La historiografía en disputa.

Abraham Moctezuma Franco.

INDICE

CAPITULO 3

CAPITULO 4

Prefacio

(Del libro de Abraham Moctezuma Franco, La disputa historiográfica en la década de 1940)"

Guillermo Zermeño

El Colegio de México

La modernidad en la que se inscribe la historiografía contemporánea se distingue por llevar en su seno el signo de la crítica. Está destinada desde su origen a una transformación constante y a una práctica que no se define solamente en términos acumulativos. Sin crítica no hay historiografía moderna, pero tampoco sin referencia a la historia no hay lugar para la crítica. Al faltar alguno de los polos se cae en el regazo protector pero engañoso de las esencias y la reiteración ideológica. Por esta razón, la revisión que nos ofrece el estudio de Abraham Moctezuma Franco sobre *La disputa historiográfica en la década de 1940* en México sólo se entiende si de inicio se asume una postura "historicista" frente a la historia científica entendida fundamentalmente como la investigación sistemática del pasado.

La idea del saber histórico como investigación del pasado es un hecho moderno que se explica solamente si se concibe al mundo como un espacio abierto, desprovisto de límites, infinito. La ciencia aristotélica y la escolástica conciben el mundo como un cosmos, es decir, como una figura dotada de una forma con límites. La concepción de la historia como investigación emerge con el nominalismo de los siglos XIV-XV y encuentra su síntesis en la filosofía de Kant. La idea de la historia como investigación -que encuentra su correlato en la noción de experimentación- conoce una expansión sin precedente bajo el signo del "positivismo" alentado por el desarrollo de las ciencias naturales del siglo XIX. Y aquí es justo reconocer que la historia científica asumida bajo la forma de investigación del pasado existe en el siglo XIX y XX como una forma entre otras de hacerse de la experiencia histórica del reino natural y humano.[1] Es posible que entre los equívocos que rodean a la "disputa metodológica" entre "historicistas" y "positivistas" de 1940 en México se encuentre en las relaciones ambiguas entre la historia como un saber especializado del pasado y la historia como experiencia de vida.

[1] Véase Otto Gerhard Oexle, *L'historicisme en débat. De Nietzsche a Kantorowicz*, tr. del alemán Isabelle Kalinowski, Paris, Aubier, 2001, pp. 1-51.

Actualmente es conocido el nuevo auge que han cobrado los estudios historiográficos en el medio de la investigación histórica. Muestra de ello es el reconocimiento del Instituto Nacional de Antropología e Historia a esta *opera prima* -germinada en el seminario que dirige Marco Velásquez desde hace ya algunos años en la Universidad Autónoma de Puebla- al otorgarle el Premio Edmundo o'Gorman a la mejor tesis de licenciatura en historiografía. Nutrido por un gran número de lecturas este ensayo nos ofrece con gran detalle una relación contrastada de las posiciones históricas en disputa. En particular se destaca la representada por los "historicistas" hispanomexicanos inspirados principalmente en la filosofía de José Ortega y Gasset y Martín Heidegger. Como se nos indica se trató en esa disputa de un diálogo de sordos que no llegó a tener ni la profundidad ni las repercusiones esperadas en el desarrollo de la ciencia histórica. El "silenciamiento" de la controversia pudo deberse a múltiples factores. No deja de llamar la atención sin embargo que la confrontación entre "positivistas" e "historicistas" ocurrió en México cuando ésta ya había sido clausurada en Alemania –su lugar de origen- una década antes. La revuelta "historicista" en contra del dogmatismo positivista tuvo su gran auge entre 1880 y 1930 y arrastró consigo a ciencias como la sociología, economía, arquitectura, filología, historia, etcétera. Y sabemos que entre los detonadores de la crítica historicista a una forma particular de entender la ciencia está el famoso texto de Nietzsche de 1874, "De la utilidad e inutilidad de la historia para la vida". Asimismo el término *historisme*, *historismus*, *historicismo* se desarrolla a fines del siglo XVIII y principios del XIX, y llega hasta nosotros sobre todo por la intermediación intelectual de autores como Ernst Troeltsch y Karl Mannheim.

La palabra *historicismo* designa fundamentalmente una relación particular con la temporalidad establecida en la época moderna y que consiste en el reconocimiento de que todo, absolutamente todo, incluso el saber histórico, es historizable. Todo deviene en historia y ésta a su vez está mediatizada por la historia. En ese sentido, en efecto, el historicismo se convierte en fundamento paradójico de toda clase de observación de la realidad social y cultural.[2] Si se mira retrospectivamente el historicismo engloba una suerte de revolución copernicana en la comprensión del mundo social. Por esa razón la idea de movimiento adquiere una centralidad en la modernidad hasta llegar a penetrar los intersticios de la vida cotidiana. En ese sentido el historicismo es

[2] Desde esta perspectiva el problema del "relativismo histórico" que emerge fue enfrentado de manera muy creativa por Ernest Cassirer, *Filosofía de la ilustración*, tr. Eugenio Imaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1943. Citado en Otto G. Oexle, *L'historisme en débat*, op. cit., p. 47.

constitutivo de la modernidad y reúne en su derredor a fenómenos tales como el movimiento de la Ilustración, la revolución política, la industrialización y el advenimiento de las ciencias naturales modernas con sus repercusiones técnicas y ambientales.

Asimismo la noción moderna de crítica y su relación con las "crisis" que generalmente desencadena es un concepto plural y abierto. Una historia de los usos de la crítica tendría que mostrar la evolución de los márgenes sociales en los que ha se ha desenvuelto. No se puede negar, por ejemplo, que los llamados "positivistas" no hayan desarrollado y aplicado una noción de "crítica" si bien circunscrita a la noción de "método". De igual manera habría que discernir el umbral en el que se perfila un concepto de crítica y de crisis de mayor envergadura aplicado a la historia en el caso de los "historicistas". Lo decisivo con todo –de lo cual se nos da cuenta en este libro- es acabar de saber cómo se desarrollaron esas relaciones entre crítica e historia, si deficitariamente o en concordancia con las condiciones propias de la modernidad.

No es la primera vez que alguien se asoma a esta *disputa historiográfica*. Existen diversos testimonios y escarceos desde la prometedora década de 1970. Lo verdaderamente nuevo de esta incursión radica en que se trata de una nueva generación inquieta por esclarecer el lugar social que le corresponde a la historia como disciplina académica en el mundo contemporáneo. Jóvenes historiadores que interpelan en ese sentido a maestros y mentores acerca de los posibles silencios que subyacen a la estructuración de la institución historiográfica en México. Silencios que no pueden ocultarse y que a todas luces no dejan de reclamar su voz. Su rumor llega hasta las generaciones recientes. Así, corriendo los riesgos propios del tema, pero con la seriedad y aplicación debidas, Moctezuma Franco se ha adentrado en esta investigación en ese eco fundador de una manera de entender y de efectuar el oficio de la historia.

Con su habitual expresividad y fácil uso de la metáfora Daniel Cosío Villegas lo llegó a vislumbrar así en sus años de mayor productividad como historiador:

> El que descubre la historia, ... debe tener muchas prendas animales y algunas humanas... una laboriosidad de hormiga; una tenacidad de perro de presa; una paciencia de araña... Entre las virtudes humanas, imaginación, talento, o sea capacidad, lo mismo de análisis que de síntesis, y sentido, gusto, refinamiento, hasta coquetería literaria.

Nadie puede dudar de las virtudes propias de los insectos o del mejor amigo del hombre; tampoco de que el oficio de la historia como el de casi todos los relacionados con la investigación científica requieren de laboriosidad, tenacidad, paciencia, talento, imaginación y capacidad para el análisis y la síntesis. Dentro de una concepción "positivista" lo sorprendente de una actividad como la historia

que se precie de científica es que Cosío haga un llamado también a la “coquetería literaria” para ser un buen historiador.

En apariencia la resultante de ese duelo intelectual que se rescata en *El historicismo en México y la crisis del modelo historiográfico científico* fue el triunfo de una noción científica de la historia, es decir, ni filosófica ni literaria. Si hacemos caso de la definición de Cosío probablemente la cuestión a dilucidar estaría en saber cómo a pesar de la impronta “literaria” la historia no deja de ser “científica”. Por esa razón se requeriría seguir profundizando en los términos “positivista” e “historicista”. ¿Qué aspectos quedan asumidos en ambas posiciones? ¿en qué otros llegan a distinguirse?

La disputa metodológica por la historia se presentó en México en un periodo bañado por la revisión de una historiografía ligada a un régimen político identificado con la filosofía positivista. Del mismo modo que el régimen de verdad positivista fue aliado del régimen político de la III República francesa se puede decir otro tanto de las imbricaciones del positivismo con la “República mexicana” acaudillada por don Porfirio. Las crisis sociales provocadas por la Primera Gran Guerra y por la Revolución Mexicana sumieron a la historia en un momento de reflexión o al menos de una mayor precaución en cuanto a esperar casi todo de la historiografía para la iluminación del presente. Pero también de una mayor ambición guiada por el principio de la ciencia experimental. Así la prosecución del discurso histórico moderno en las décadas de 1930-40 supuso una revisión parcial de la impronta positivista, sin hacerla desparecer del todo. Y es ahí probablemente donde se ve pertinente la revisión de la propuesta del historicismo que parece alejarse en dirección contraria a la filosofía positivista anudada fundamentalmente alrededor de la idea de progreso y de destino infranqueable.

Una expresión de Marc Bloch parece no dejar duda en cuanto a los dilemas abiertos durante el periodo de la entreguerra en el seno de los intelectuales: "creo en el futuro, porque yo mismo participo en su construcción..."[3] En este enunciado que Bloch toma prestado de Michelet no hace sino proseguir el proyecto inscrito en el corazón de la modernidad, otorgando a la historia y a la crítica un lugar preeminente, antídoto indispensable para salir del "estado metafísico" promulgado por el positivismo. Bloch apeló en 1932 a la historia sin más como objeto auténtico de la historia. Con ello se cerró el círculo y reaparecieron los espectros de Ranke.

[3] Citado por Carlos Aguirre en "El peligroso oficio del historiador" *La Jornada Semanal*, 262, 1994.

La historia científica anclada en las instituciones académicas -nos sugiere Moctezuma Franco- emerge del claroscuro ambiguo de esas décadas. De un lado se debe al mecenazgo de un régimen político con una clara vocación modernizante, y del otro, a las dinámicas internas establecidas en el marco de las instituciones, a las luchas estridentes o sordas entre los historiadores para encauzar y hacer la historia. Quedan muchas preguntas abiertas, pero sin duda una de las más acuciantes es saber ¿Hasta qué punto la historiografía mexicana ha conseguido darse un registro propio en la modernidad?

México, D.F., Enero 9, 2004.

INTRODUCCION.

Esta es una historia que durante muchos años ha pasado a formar parte de lo que, —en expresión de Michel de Certeau—, se ha nombrado como *los silencios de la institución* académica de la historia.

Este trabajo ha tomado como propósito la elaboración de una revisión sistemática y crítica sobre los criterios con los cuales se fueron construyendo las normatividades al interior del "campo" de la historia en nuestro país, asimismo, intenta identificar a los actores que definieron esta "práctica". Un elemento importante al tratar de reconstruir e identificar cómo se definieron dichas normatividades, es ¿quién las definió?; es decir, rastrear si fue una persona, una institución una creencia o una práctica social.

Lo interesante de poder identificar la autoría de una normatividad y su función, es que se puede empezar a reconocer la posibilidad de transformar a la misma. Se puede tomar conciencia de ello tan sólo si cuestionamos el uso frecuente de afirmaciones como la siguiente: "es que así ha sido siempre", como para dejar entrever que es inevitable. Sin embargo, basta con que reflexionemos al respecto: ¿por qué ha sido siempre así?, ¿qué o quién decidió que así fuera desde siempre?; si se logra de—construir o decodificar el código del orden establecido, entonces estaremos en condiciones de preguntarnos ¿cuáles son los supuestos que están detrás de tales normatividades? Si el planteamiento de la cuestión nos puede llevar a la conclusión de que tal *institución,* por cierto tipo de procedimientos y supuestos es la que definió tal normatividad y, no sólo eso, sino que es la que ha estado vigilando a lo largo del tiempo que se aplique la misma, estableciendo procedimientos de vigilancia y sanción, entonces es posible identificar actores concretos en la constitución de la misma[4].

Un componente esencial que da cuerpo a esta investigación, es identificar quienes fueron los sujetos que se inconformaron con el establecimiento de la normatividad y, por que razones, si es que las hubo. Considero que la importancia del asunto, radica en el hecho de que por una malsana tendencia a lo "obvio" terminamos por aceptar, cumplir e, incluso, vigilar que las normas que rigen nuestras prácticas se cumplan, pero sin reparar en que las normas no existen de forma independiente a nosotros, es decir, no tienen vida propia, no existen en si y de por si, sino que son fenómenos socialmente construidos a través del tiempo y, por tanto, están sujetos a modificación. Únicamente somos socializados en la lógica de que las normas se respetan, se

---

[4] Figueroa Perea, Juan G. "Ética, derechos y universidad", en: *Topodrilo*, núm. 45, México, marzo—abril, 1997, pp. 5-12.

cumplen, se siguen o en algunos casos se ignoran, pero pocas veces en la lógica de que pueden transformarse y re—definirse.

¿Qué se puede decir de personas que fueron afectadas por la normatividad?; ¿cómo potenciamos el pensamiento de un autor que no fue considerado como autoridad en el proceso de definición? Desafortunadamente, nuestra manera de ver la realidad es tan "obvia" que al instante aprendemos a asumirla. Y es muy probable que por ello se tiende a descalificar lo diferente, ya que "..... la reacción ante lo diferente se explica sobre todo por una falta de costumbre a cuestionar los propios supuestos"[5]. Así se termina por promover una "educación dogmática" y un efecto vinculado a esta lectura, corresponde con una "decadencia moral" que genera mayor cerrazón con relación a lo diferente; es decir, se termina por abrazar en forma feroz los valores tradicionales, dando lugar a un rígido movimiento de descalificación a lo que queda fuera de lo que se conoce.[6]

De acuerdo con todo lo anterior, la historia que aquí se narra es la de un grupo de intelectuales que en aras de la recién institucionalizada disciplina de la historia en México, resolvió poner en duda las bases y la forma en que se instituyo la *institución* dedicada expresamente a la formación profesional en el "campo" de la historia. La razón de la resistencia, entre otras cosas, tiene que ver con la instalación de espacios organizados para la producción de historiadores encargados de elaborar y preservar la memoria legítima de una "nación"[7].

---

[5] Ibid., p. 7

[6] Al respecto, Juliana González —que interpreta a Freud— nos recuerda que lo que está quebrantado en nuestra cultura es la existencia moral de los hombres y el sentido de la moral en general, en consecuencia, nos volvemos cada vez más in—distintos ante nuestros propios actos y ante cualquier forma de vida. Señala que la verdadera "crisis" contemporánea se encuentra en el sentido ético de la vida, del cual son manifestación alarmante éstos signos, incuestionablemente destructivos, de interrupción del sentido moral, de deshumanización y de efectiva *amenaza* de muerte; pero no por necesidad éstos fenómenos tienen sólo consecuencias y significados negativos. Además, no todo está perdido si reparamos en que el concepto de "crisis" es esencialmente histórico ya que sólo cobra su plena significación sobre la base del reconocimiento de la constitutiva *historicidad* de todo lo humano, por la cual, y por fortuna, el hombre no tiene una naturaleza inmutable, sino que *va haciendo su ser en el tiempo*. Juliana González, *El malestar en la moral. Freud y la crisis de la ética*, México, ed. Joaquín Mortiz, 1986, pp. 291.

[7] Aquí cabe recordar, que el proceso de institucionalización de la disciplina histórica en nuestro país dio comienzo a finales de los años treinta. Entonces, como la Revolución mexicana no se desarrollo homogéneamente en el país, —ya que revistió formas distintas a nivel regional—, una de las preocupaciones fundamentales del grupo revolucionario en el poder fue la de alcanzar la "unidad nacional", así como crear en la colectividad una conciencia de lo "nacional" que permitiera a todos los mexicanos identificarse por encima no sólo de los orígenes de clase,

En oposición a dicha noción, este grupo intelectual mostró una manera reflexiva de plantear la historia, dando lugar a la recreación de nuevas imágenes del pasado desde perspectivas diferentes. Pero en su momento hicieron frente a quienes desde la *institución* delineaban las directrices a seguir en la manera de concebir lo histórico en la historia. En esta disputa ganaron, teóricamente, los primeros; sin embargo, la "autoridad institucional" —versada en los *silencios*, artificios, suspicacias y en una tradición de archivo y documento—, terminó por imponer su idea de comprender el pasado humano.

La trama de esta historia aterriza en la década de mil novecientos cuarenta. Los protagonistas fueron hombres que integraron un muy reducido sector de la intelectualidad mexicana de aquellos años. Es importante mencionar que en esta aventura, también formaron parte intelectuales del exilio español, refugiados en nuestro país en el año de 1939 a consecuencia de la guerra civil en el suyo.

En términos generales de lo que se trata es de una disputa historiográfica que tuvo lugar en México en la década de los años cuarenta. En aquellos tiempos el país estaba recién salido de una revolución que vino a truncar su "evolución natural" y a cuestionar muchos de los ideales albergados en el ser del mexicano. Hasta finales de los años treinta, las comunicaciones históricas tuvieron lugar en el espacio de una opinión pública anónima, que en esencia aspiraba a representar gráficamente al "pueblo". Este tipo de historia —conocida como "historia anticuaria" o de "coleccionistas"— entró en "crisis" cuando la preocupación se desplazó hacia la búsqueda de un "método" que reanimara la esperanza en el conocimiento "objetivo" del pasado. Esta "crisis" abrió el camino para el establecimiento de la institución académica de la historia en México. A la preocupación que la misma cobijó, el historiador Silvio Zavala le encontró un remedio, si bien temporal e idóneo a las exigencias de su tiempo, a la larga terminó por afianzarse e imponerse en los planes y programas de estudio.

Silvio Zavala introdujo en México el "método científico" diseñado por el historiador alemán Leopoldo Von Ranke, como una manera de responder a la insatisfacción que provocaba la historiografía mexicana de ese momento. En las nuevas instituciones creadas para la producción de historiadores, se adoptó rápidamente el método rankeano, identificado con un nuevo lenguaje sobre el pasado y las reglas de su producción. Sin embargo, lo que quedo embozado, es que la historiografía de cuño rankeano se sostiene sobre un andamiaje oculto que alberga un carácter político—ideológio—instrumental. Dicho de otra forma, desde su origen, los sistemas de comunicación que la hacen posible, permiten el establecimiento de un vínculo que une a la historiografía científica con la constitución de las identidades nacionales.

---

sino sobre los regionalismos geográficos, económicos políticos y culturales. Timothy Ana, Jan Bazant, Friedrich Katz, John Womack, Alan Knight, y otros, *Historia de México*, Crítica, Barcelona, España, 2001.

De este modo, la historia queda enmarcada bajo un proyecto de "nación", por tanto, —y como recuerda Zermeño—, "la Revolución se convierte en el referente explicativo del surgimiento de las principales instituciones que se van a dedicar a la investigación histórica". Esto quiere decir que el nuevo régimen revolucionario y sus intelectuales, necesitará de nuevos científicos sociales, entre ellos historiadores, a fin de poder disponer de un retrato global de sí mismo que lo presente como culminación de un proceso histórico general[8].

Este modelo de ciencia histórica entró en "crisis" cuando enfrentó el problema de cómo validar un relato que intenta ser, no meramente la expresión de una subjetividad o de intereses particularistas, sino la del conjunto de la sociedad. La puesta en "crisis" del discurso histórico científico, tuvo lugar cuando se planteó como problema central: ¿qué es leer el pasado por medio de sus "fuentes"?; ¿por qué creemos que somos capaces de entender los documentos de épocas distintas a la nuestra?; etc., es decir, la "crisis" entró en su punto culminante con la llegada al país de una novedosa corriente de pensamiento conocida con el nombre de *historicismo*. Esta corriente de pensamiento vino a poner en duda lo que hasta antes se había considerado como "verdad" en el campo de la historia.

De esta manera, las condiciones se fueron fraguando como para que se gestara una disputa historiográfica entre los sostenedores de las viejas ideas y quienes ahora, formados bajo nuevas corrientes de pensamiento histórico—filosóficas, se mostraban reacios a seguir aceptando una teoría que, en mucho, se consideraba

[8] Si bien la construcción de cualquier "nación" es siempre una operación artificial, cultural o ideológica, —según los planteamientos de Homi Bhaba—, en el caso de los países latinoamericanos, los factores "artificiales" debieron contar con una incidencia más definitoria para lograr un efecto relativamente más convincente, al menos dentro del imaginario de cierta colectividad, de estar viviendo dentro de una "nación", la sensación de reconocerse en *una historia* y pasados comunes y, en definitiva, de la confianza depositada en la capacidad evocadora de la escritura. De este modo las estrategias que abraza el proyecto de construcción nacional, incluyendo las del ciudadano, guardan una implícita relación con el poder de la escritura. La escritura se erige así en el espacio de la ley, de la autoridad, del poder fundacional y creador de las nuevas entidades (instituciones). Como práctica social, genera un espacio adecuado (ideal) donde el mundo entra en el orden del discurso en términos de la deseada "modernidad". Bhabha, Homi *The Location of Culture*, Routledge, Londres- Nueva York, 1994; Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, ed. rev., Londres, Verso, 1991; Beatriz González Stephan, "Modernización y dicsiplinamiento. La formación del ciudadano: del espacio público y privado", en: Javier Lasarte, Graciela Montaldo, Beatriz González (comp.), *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, 1ª. ed., Venezuela, Monte Avila Editores, 1995, pp, 455.

"superada" en Europa. Pero esta corriente de pensamiento no llegó sola. Su presencia tuvo que ver con la accidentada y a la vez oportuna llegada de los transterrados políticos españoles a finales de los años treinta. Entre estos hombres había quienes conformaban los cuadros técnicos, artísticos y profesionales de su país, así llegaron historiadores y filósofos de la mayor importancia: José Gaos, Ramón Iglesia, Eugenio Imaz, Xoaquín Xirau y Wenceslao Roces, por citar algunos de los más representativos. Estos intelectuales, a través de la docencia y con la labor de traducción, actualizaron el ambiente cultural mexicano con la producción intelectual europea —sobre todo alemana— más relevante hasta ese momento. Dicho de otra manera, culturalmente vinieron a poner al día al país, pues llegaron con un cargamento de nuevas corrientes fabricadas en su continente. Por tanto, su actividad en los espacios académicos mexicanos, significo un poderoso impulso para una renovación radical del conocimiento histórico. Una vez en México, pusieron todo su arsenal teorético al servicio del historicismo y su justificación.

No obstante, en este país no todos estaban alejados de lo que se producía en Europa. Aquí había estudiosos de la historia que, de tiempo atrás, andaban dando visos de inconformidad en el terreno de lo teórico. Es el caso de dos de las más destacadas figuras de la historiografía mexicana en este periodo: Edmundo O'Gorman y Justino Fernández. De manera que entre las nuevas ideas y el afán de combate teórico, estos historiadores se propusieron desafiar la forma tradicional de pensar y escribir la historia y, particularmente, la tendencia histórica dominante —cientificista— representada en la figura de Silvio Zavala. Pero es aquí donde uno repara: de no haber contado con la presencia de los intelectuales españoles, ¿cómo se hubieran dado las cosas?; si aún con la presencia de ellos, la "crítica" de historiadores mexicanos como Edmundo O'Gorman no encontró mayor eco, y sí bastantes resistencias, ¿que hubiera podido esperarse sin el peso y la autoridad de éstos oportunos españoles? La especulación no es ociosa. Solamente responde a una actitud o'gormiana respecto al pasado, en el sentido de que la historia no es acontecer fijo, sino que tiene un sin fin de posibilidades. Así, la historia como la vida "es un discurso sin causalidad". Y en ello radica precisamente su misterio, en el hecho de que en el fondo es "posibilidad". Además, jugar con las posibilidades en la historia, pensar que las cosas pudieron ser de otra manera, es un ejercicio que nos permite situar desde otro ángulo la dimensión de lo ocurrido.

En suma, ésta obra pretende tocar fondo en lo que concierne a la "disputa" historiográfica protagonizada por Edmundo O'Gorman y Silvio Zavala durante la década de los cuarenta. El propósito es dar cuenta de qué fue lo que pasó en relación a las controversias y polémicas que suscitó esta "crítica" realizada al modelo científico de hacer historia en México. Pero, fundamentalmente, lo que se intenta mostrar es que el muchas

veces mal proclamado "debate" por la academia mexicana[9] entre estos dos historiadores no tuvo, en realidad, lugar. No tuvo lugar, no quedó concluido como se pretende hacer creer y no pasó de ser sólo una controversia debido a los *silencios de la institución* —para volver con De Certeau— y, para ser más puntuales, debido a la repentina ausencia de Silvio Zavala en lo que pudo ser uno de los más enriquecedores debates para la historiografía mexicana.

Para tal efecto, en el primer capítulo ha sido expuesto el escenario de la época. Es decir, la intención fue hacer una reconstrucción del contexto histórico, social y político del mundo en el que vivieron estos hombres; los intelectuales del cuarenta. La finalidad es que el lector pueda ubicar a los sujetos históricos en su contexto circunstancial y temporal. El final de la Revolución y su conversión en lucha ideológica y de clases, el problema obrero, el cardenismo, la consolidación del sistema político mexicano, el desesperado llamado a la "unidad nacional", la configuración de lo que posteriormente sería conocido como "milagro mexicano" y, todo ésto, en medio de un panorama mundial en el que Europa se postula como centro del acontecer histórico y al cual los latinoamericanos no tienen acceso por el mérito de su propia historia sino por su genuflexión ante la europea. La Segunda Guerra Mundial marca la crisis del eurocentrismo y de la consecuente visión de los europeos que se ven a sí mismos como "sujetos" y a los demás como "objetos".

En el segundo capítulo es tratado lo relacionado con los problemas filosóficos en torno a los que se desataron las discusiones entre los representantes de las dos tendencias históricas en nuestro país: la *historicista* y la *cientificista*. Este capítulo es una suerte de introducción para poder comprender el tercero, pues en él se muestra una explicación general acerca de los orígenes filosóficos de los principales problemas teóricos en la Historia.

La tercera parte del trabajo aborda lo relacionado con la discusión metodológica de la década. Aquí se trata todo lo relacionado con la generación intelectual que tomó parte en la contienda. Para poder tener una mejor referencia de los participantes fue preciso recurrir al trasfondo intelectual de la mayor parte de ellos, el tipo de formación con el que contaron, y su consecuente posición frente a la controvertida situación de la Historia. Los orígenes de las controversias se remontan a finales de la década de los treinta. Para su rastreo

---

[9] Al respecto, Luis González sostiene que "En 1945 tuvo lugar en México una interesante confrontación de ideas entre Edmundo O´Gorman y Silvio Zavala, representantes, respectivamente, del relativismo y del neo-positivismo." "La pasión del nido", en *Historia Mexicana*, XXV; 4, 1976, p.537, nota 11. Alvaro Matute señala que: "... Ello tuvo lugar en México en El Colegio de México, con la participación de historiadores, antropólogos y filósofos que expresaron sus puntos de vista sobre "el problema de la verdad en historia". *Edmundo O'Gorman. Historiología: Teoría y práctica*, UNAM, 1999, p. XV. Sobre el mismo asunto Josefina Z. Vázquez nos explica que "Por entonces,..... el enfrentamiento principal se daba entre el neopositivismo, que representaba don Silvio Zavala, y el historicismo, que defendía Edmundo O'Gorman." "La historiografía mexicana en las décadas recientes", en: *Universidad de México*. México. 1995. Núm. 532.

fue necesaria la revisión de los principales espacios dedicados a la publicación de artículos científicos y culturales desde la década que se menciona hasta finales de los cuarenta. Pero el punto medular del tema recae en el año de 1945, en el que se presume —según lo comentado por algunos especialistas—, la realización de un supuesto "debate" entre Silvio Zavala y Edmundo O'Gorman. En este sentido, como se comentó líneas arriba, el análisis tiene la intención de mostrar que el "debate" no fue tal debido a la ausencia de uno de los participantes: el historiador Silvio Zavala.

No obstante, los embates de la corriente historicista —representada en la figura de O'Gorman—, continuaron; de ello dan testimonio algunos artículos publicados por este aguerrido polemista después de haber tenido lugar lo que se ha dado en llamar "debate". Pero la obra capital en la que se consuma su crítica y remate a la corriente contrapuesta apareció dos años mas tarde: *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* fue un libro publicado en el año de mil novecientos cuarenta y siete. La trascendencia de esta obra, —reflejo genuino de la peculiarísima actitud de este historiador—, radica en la forma de haber llevado el ejercicio de la "crítica" a un plano, hasta ese momento, tan intolerante como irreverente a los ojos de la recién institucionalizada academia de la Historia. Hacia su análisis y de los artículos aludidos se cifra el desarrollo del cuarto capítulo de este trabajo.

CAPITULO 1

UNA PERSPECTIVA HISTORICA DE LA DECADA

DE LOS CUARENTA EN MEXICO

(....) El conflicto cultural que arrastramos desde el siglo XIX es producto de la tensión entre el proyecto de las élites que han triunfado hasta hoy, enamoradas de la modernización exógena, y que han insistido en importar e imponer modelos en las naciones emergentes, y el proyecto de la vasta mayoría de los mexicanos... que han perdido la batalla ante los mitos de la urbanización, la industrialización y la modernización (....) Bradford Burns, *The Poverty of Progreso*, Texas University Press, 1985.

CAPITULO 1

UNA PERSPECTIVA HISTORICA DE LA DECADA DE LOS CUARENTA EN MEXICO

1.1.- El Anhelo Industrial.

Un vendaval de acontecimientos emanados de una revolución negociada[10], marcó la vida de los intelectuales mexicanos en esta década. En una corta porción de hombres recayó la representatividad del intelecto en México durante los años cuarenta. Estos hombres, tuvieron por función el abstraerse del convulsionado mundo que los contuvo, para dedicarse a la asimilación racional e histórica de su tiempo.

Sin embargo, los problemas que el conocimiento histórico les planteó, fueron una proyección de los violentos acontecimientos de una Revolución que todavía alcanzaron a contemplar, pero en la que no participaron. Desde el punto de vista material, el país tuvo como tarea la construcción de una estructura emergente, que hiciera a un lado el lastre destructivo que había dejado la revolución. En el ámbito de las ideas, era menester un re—planteamiento del conocimiento histórico que definiera los nuevos rumbos del mito llamado "nación".

La re—creación material de su mundo, nos permite entender en el nuestro, el significado de fondo que para ellos tuvo buscar una nueva visión de la historia, una nueva perspectiva desde la cual mirar hacia un pasado que se moldeara a las necesidades de su presente.

[10] Aquí el término "negociación" se entiende como una categoría de análisis de acuerdo con el enfoque y aplicación que Mary Kay Vaughan le da en su estudio sobre la política cultural en la Revolución. Mary Kay sostiene que el concepto de "negociación" pone en duda la idea de construcción de una nación como una ingeniería social desde arriba, y desafía teorías que consideran a la modernización como un proceso invulnerable a toda contestación. Mary Kay Vaughan, *La política cultural en la revolución. Maestros campesinos y escuelas en México, 1930—1940,* Sep./FCE., México, 2000, p. 25.

Al exterior, un panorama mundial envilecido por la segunda guerra mundial; al interior, crecimiento económico, desigualdad social, represiones políticas, la lucha contra el comunismo, la molesta presencia de Cárdenas en el panorama político, un proceso de disputas en el ámbito cultural, y una profunda contradicción entre los principios más sólidos de la Revolución y una realidad ciega ante el ideal revolucionario; fueron factores que dieron vida al marco histórico en el que se encontraron situados los intelectuales mexicanos. Elementos que dieron forma a la asfixiante crisis histórica que les mantuvo sumergidos y, que en esta primera parte, habré de considerar como una forma de acercarnos a su peculiar circunstancia. Un acercamiento que, además, nos descubra el significado de su búsqueda por encontrar una nueva explicación histórica a su pasado.

La década cuarenta del siglo XX en nuestro país nos ha dejado ver el sorprendente crecimiento económico que experimentó la "nación". Los analistas en la materia lo nombran, —con cierto dejo de nostalgia—, "milagro mexicano". Un acelerado crecimiento económico motivó el desarrollo material de México. Desafortunadamente, la responsable de tal crecimiento fue la Segunda Guerra Mundial. Éste monstruo transformó al país en uno de los principales abastecedores de petróleo y materias primas de las potencias aliadas en el conflicto.

Este crecimiento, no fue solo exclusivo de nuestra "nación", también se hizo manifiesto en algunos otros países de los considerados en "sub—desarrollo". Al igual que estos, México aprovechó la situación bélica entre las naciones más aventajadas económicamente; para Roger D. Hansen esta fue:

.....la respuesta normal latinoamericana a las posibilidades de industrialización, derivadas de la depresión y el subsiguiente dislocamiento del comercio durante la segunda guerra mundial. [11]

[11] Roger D. Hansen, *La política del desarrollo mexicano*, Siglo Veintiuno, México, 1981, p. 67

La situación económica para el país iba en ascenso, pero ello no sólo fue la resultante del beneficio comercial generado por el enfrentamiento mundial. También dieron su aporte: la reforma a la estructura económica que se efectuó durante el régimen de Cárdenas (1934-1940); el subsecuente proceso de ahorro—inversión que llevaron a cabo los sectores público y privado; una política protectora tendiente a estimular el desarrollo industrial y agrícola y, un control férreo sobre la masa obrero—campesina iniciada por Manuel Ávila Camacho (1940-1946) y continuada magistralmente por Miguel alemán (1946-52).

Si bien es cierto que los hombres en esta década fueron testigos de un considerable desarrollo material, también lo es, que dicho desarrollo no fue equivalente a las aspiraciones mas hondas que encarnó la sangrienta revolución social. Hubo crecimiento económico, pero este, sólo originó que los ricos se hicieran más ricos y los pobres continuaran con la esperanza de elevar sus expectativas de vida; ahora veremos por qué.

Cárdenas intento que tomaran forma los principios fundamentales que respondieron a la principal preocupación revolucionaria: elevar el nivel de vida del campesino y el trabajador mexicanos. Bajo su mandato presidencial, se acabaron las grandes extensiones de tierra concentradas en unas cuantas manos y se expropiaron enormes propiedades comerciales para convertirlas en ejidos organizados y distribuidos comunalmente.

Con la ley de expropiación aprobada bajo su régimen, 34 mil 743 campesinos alcanzaron un pedazo de tierra en la región de La Laguna; otros 34 mil se beneficiaron con el reparto del 80% de las plantaciones de henequén en Yucatán. A los campesinos de la zona Yaqui de Sonora les fueron entregadas 17 mil hectáreas de

riego y 400 mil sin éste y, en Mexicali, 16 mil familias quedaron distribuidas en una superficie de 90 mil quinientas hectáreas. [12]

La clase obrera quedó unificada bajo una confederación obrera central, la Confederación de Trabajadores de México (CTM), organizada "desde arriba" por el gobierno para mejorar las condiciones sociales y económicas de los trabajadores. Está organización junto con la Confederación Nacional Campesina (CNC) permitió la articulación de intereses y reclamaciones subalternos dentro del marco de un proyecto de desarrollo capitalista. Cada uno de los trabajadores tenía que ser miembro de algún sindicato y estar protegido por un contrato colectivo de trabajo; además, durante este sexenio, los proletarios realizaron una cantidad de huelgas no igualada en la historia de nuestro país. Todas ellas, consideradas como legales y respaldadas ante una junta de conciliación y arbitraje en la que el gobierno tenía la última palabra. [13]

El todavía proceso industrializador del estado tuvo sus bases también durante este régimen. Las empresas estatales abarcaron la industria rural, el petróleo y la energía eléctrica. Los ferrocarriles nacionales pasaron a manos del Sindicato Nacional de Ferrocarrileros, en un esfuerzo por conseguir que las empresas fueran controladas por los obreros o por el gobierno en beneficio de éstos. [14]

El antiguamente Partido Nacional Revolucionario (PNR), también sufrió cambios profundos en su estructura gracias a la mano de Cárdenas. En 1938 lo transformó en el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) y, con ello, dejó de ser un instrumento de control político al servicio del gobierno mexicano.

Al quedar constituido en un partido con auténtica representación, su fuero interno quedo dividido bajo un sistema de cuatro sectores: el agrario, el obrero, el popular y el militar. Cada uno de ellos ejerciendo una destacada participación política en los asuntos de carácter social y organizados al interior del partido en torno a las

---

[12] Luis González, *Los días del presidente Cárdenas,* El Colegio de México, México, 1981, p. 101
[13] Ibid, p. 167
[14] Ibid, p. 172

agrupaciones sindicales más importantes del país: la Confederación Nacional de Campesinos (CNC), la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y la Confederación de Organizaciones Populares (CNOP). [15]

Pero todo lo anterior, sólo fue un momento fugaz de nuestra historia, en el que se intentó conciliar los principios de la constitución con su realización efectiva en el plano de lo social. Después de 1940, el proceso se invirtió a favor de la industrialización del país y en detrimento de los sectores populares que durante el sexenio de Cárdenas habían sido la más grande prioridad. A decir de Carlos Monsiváis, a partir de los años cuarenta.

Surge la nueva meta: la industrialización, el sueño que destruiría al México que lo engendra, y cuyo primer requisito es la forja de una nueva clase obrera, sumisa, enemiga del comunismo. [16]

De este modo la marcada inclinación social de la política cardenista se vino abajo durante los sexenios subsecuentes, en los cuales, se dio mayor importancia a las necesidades de la industria y la producción agrícola comercial, en perjuicio de los intereses de aquellos en quienes se inspiró la revolución. Al parecer, solo durante el régimen de Cárdenas estos intereses fueron alcanzados por las bondades de un sistema con pretensiones de equidad y auténtica conciencia social

A partir de 1940, el proceso de industrialización iniciado por Cárdenas tuvo continuidad con Ávila Camacho y cobró cada vez más fuerza. Las empresas del gobierno se extendieron no sólo a la industria del petróleo y la energía eléctrica, sino que también abarcaron el sistema ferroviario, plantas de acero y fertilizantes, la

---

[15] Ibid..,p. 249

[16] Carlos Monsiváis, "Sociedad y Cultura" en *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40.* Grijalvo. México 1990, p 263

producción de equipo ferroviario, bancos, la petroquímica, la aviación, la cinematografía, el papel periódico y la explotación minera. [17]

Todo ello tuvo que ver con un buen manejo de los ahorros y las inversiones de los sectores público y privado en nuestro país; es decir, contribuyó en buena medida la capacidad del gobierno para financiar muchas de sus inversiones a través de sus propios ahorros que se generaron por los beneficios del comercio durante la segunda guerra mundial. Esto permitió destinar financiamiento a las empresas del sector privado dedicadas a la fabricación de productos para consumo nacional, abriendo con ello la posibilidad de eliminar las importaciones de nuestro territorio. [18]

Según Roger Hansen lo que hace diferente éste despunte en la economía de aquel experimentado durante el régimen de Díaz, es que en éste la mayor parte del capital invertido era de origen extranjero, mientras que en el primero, las inversiones se hicieron con los ahorros internos.

La formación de una estructura económica en ascenso a partir de los cuarenta, fue la resultante de la puesta en práctica de una serie de políticas y programas por parte del gobierno, tendientes a estimular los esfuerzos del sector privado relacionados con el proceso de desarrollo.

La política de la administración de Ávila Camacho consistió en ofrecer protección a prácticamente todas las industrias nuevas que aparecieron en México durante los años de la guerra. Miguel Alemán, aún más determinado que su antecesor, —en lograr la meta de la industrialización mexicana—, continuó aplicando una amplia protección arancelaria para alentar las inversiones del sector privado. [19]

Una muestra de ese apoyo al emergente sector empresarial, lo dio desde un principio el gobierno avilacamachista, cuando en agosto de 1941, se estableció la nueva ley de cámaras de industria y comercio, bajo la que quedaron unificadas la facción

[17] Hansen, *La política*....p. 63
[18] Ibid., p. 66
[19] Ibid, p.68

empresarial del centro a través de la Confederación de Cámaras Industriales (CONCAMIN); así como una gran diversidad de empresas, fundamentalmente pequeñas y medianas, en torno a la Cámara Nacional de la Industria de la Transformación (CANACINTRA). [20]

Así durante esta década, el empresario mexicano contó con el respaldo de una política comercial diseñada por el gobierno para alejar sus productos de la competencia extranjera, eximiendo del pago de impuestos a las empresas nuevas, —consideradas como necesarias para el desarrollo industrial— y, deduciendo los costos de la importación de materias primas y equipo para las empresas manufactureras en desarrollo. [21]

A partir de los cuarenta, se fueron dando las condiciones que acabaron por moldear la estructura del país en los años precedentes. El gobierno avilacamachista dio lugar a la formación de grupos de poder en torno a los que comenzó a girar el rumbo económico de la "nación":

...hubo un impresionante proceso de concentración de poder y capital de un número relativamente pequeño de grupos empresariales que constituyeron la espina dorsal del sector privado. La concentración del poder económico a partir del cuarenta fue un hecho impresionante e innegable. [22]

Un elemento de considerable importancia que aportó también su contribución al rápido proceso industrializador fue "el mecanismo de la inflación". El proceso inflacionario que operó como una constante durante el período estudiado, fue un resorte más que impulsó la rápida industrialización. La elevación de los precios quedó

---

[20] Ricardo Tirado, "La alianza con los empresarios", en *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40*, Grijalvo, México, 1990.

[21] Hansen, p, 70

[22] Lorenzo Meyer, "La encrucijada", en *Historia General de México*, Tomo II, México, 1970, p. 223.

muy por encima en relación a los sueldos y salarios reduciendo el consumo o poder adquisitivo de las personas y alentando con ello la inversión.

De acuerdo con John Heath, la inflación fue una derivación del rezago de los salarios con respecto al incremento de los precios. Este hecho tuvo dos posibles causas que se perfilan como responsables del suceso: la primera destaca un impresionante aumento en la oferta de mano de obra a consecuencia de la emigración de las zonas rurales a las urbanas, ante el desplazamiento de la economía agrícola por la industrial. La segunda hace hincapié en el paulatino control sobre el obrero mexicano que durante este sexenio comenzó a perder su importancia como uno de los actores políticos protagónicos, hasta quedar firmemente controlado en el cuarenta y seis por el ahora Partido Revolucionario Institucional (PRI). De modo que a partir de esta década, la clase obrera fue objeto de una sistemática dominación, y los dirigentes obreros que manifestaban abiertamente su descontento ante el descenso de los salarios reales, por lo común eran reemplazados por otros mas dóciles a los mandatos de la nueva élite dominante. [23]

La población en su conjunto, se vio severamente golpeada ante lo erosionado del poder adquisitivo del salario y el aumento en los precios. Especialmente en los alimentos de consumo popular como el maíz y el frijol, que alcanzaron un incremento en sus precios del 68.5 hasta el 101.9 por ciento, entre los años comprendidos que van de 1943 a 1947.

En el salario promedio de la clase obrera en el Distrito Federal, se observa que el aumento en el índice salarial fue menor que el aumento en el índice de los artículos alimenticios entre 1941 y 1950. El período de mayores aumentos en los precios de alimentos básicos, fue el que comprende los años de 1943 a 1947. [24]

---

[23] John Heath, “El abasto alimentario en la economía de guerra”, en *Entre la Economía y la estabilidad política. El México de los 40*, p. 224-27

[24] Ibid, p. 230

El campo mexicano también fue alcanzado por el poder cegador del anhelo industrial. Este no pudo quedar exento del trastocamiento radical a que dieron lugar los diferentes gobiernos pos—cardenistas. La agricultura del país tomó parte en esta hipertrofia de ensueño que despertó un sentimiento de optimismo y estados de euforia entre los círculos oficiales y empresariales

Las expectativas sobre el campo tomaron la forma de un "anti—agrarismo" exacerbado. La visión cardenista del ejido tomo un giro radical y fue quedando relegada a segundo término. La visión de las "granjas privadas comerciales" acaparó el interés de la nueva élite en el poder para sacar adelante al campo de su "atraso".[25]

La visión revolucionaria sobre el campo tuvo que ir cediendo su lugar ante esta "fiebre industrial" que asestó la mentalidad de los nuevos grupos de poder. Es decir, a los intereses industriales no les interesaba contar con una agricultura que, —desde su óptica—, representaba pérdidas y retraso a través del repartimiento de tierras a personas que, sencillamente, no contaban con los recursos ni la capacidad para hacer producir al agro. Lo que en realidad interesaba, era contar con una agricultura que generara divisas y, al mismo tiempo, fuera el sustento sobre el que se levantara la gran industria:

(......) se hizo definitivamente a un lado la visión cardenista de construir una sociedad agraria con una base industrial relativamente pequeña que sirviera a sus necesidades, y lo que surgió fue exactamente lo contrario; una sociedad urbana centrada en la gran industria y apoyada en la agricultura, la cual le transfirió, muy a su pesar, grandes recursos (........) [26]

Durante el año de 1942 se desató la euforia del empresariado nacional. En el transcurso del mismo se registró el mayor déficit en la balanza agropecuaria y el

[25] Ibid, p. 235
[26] Ibid, p. 209

problema del abasto alimentario, —que en los tres años anteriores se mantuvo latente—, alcanzó matices agudos. La nueva élite en el poder representada por la "clase patronal agrícola", encontró la raíz del problema en lo ineficiente del aparato productivo del campo como consecuencia del reparto agrario. En abril de ese año esgrimió una petición a la Cámara de Diputados, en la que insistían sobre la necesidad de someter a una nueva revisión la legislación agraria; entre los puntos de su petición, destaca uno que la sintetiza:

(......) los ejidatarios carecen de los estímulos y las facilidades que se necesitan para alentar la producción, como resultado de esto, México atraviesa un período de grave crisis que consiste en una escases muy lamentable de artículos necesarios (......) [27]

Como consecuencia de lo anterior, la política del gobierno mexicano respecto al campo, tuvo como misiva hacer todo a su alcance para beneficiar al agricultor privado sobre el ejidatario, por considerar al primero más productivo.

Una de esas políticas fue la orientada hacia el establecimiento de los principales sistemas de irrigación en las regiones norte y noroeste del país. Lugares poco poblados y en donde predominaban fundamentalmente enormes propiedades privadas que, en número, quedaban muy por encima de las comunidades ejidales. Pero la razón de fondo que justifica, a la vez que confirma el porque de la implantación de los nuevos sistemas hidráulicos en esa zona, tiene que ver con el hecho de que en ese lugar se encontraban las propiedades de prominentes políticos mexicanos, de sus amigos y parientes, siendo esta modalidad cada vez mas evidente durante el sexenio de Miguel Alemán. [28]

[27] Ibid, p. 236
[28] Hansen, op. Cit., p. 110

Básicamente, lo que preocupaba al sector empresarial era el abasto de las ciudades y la exportación de productos agrícolas, sin importar un mejoramiento en el abasto alimentario del campo.

De esta manera, el ejidatario mexicano quedó desarmado ante la vorágine de intereses industriales concentrados en el agro. Su incapacidad para producir al parejo del productor privado, fue el fundamento de la política impositiva sobre la distribución del ingreso que se aplicó al campo.

El único recurso del que podía asirse el campesino mexicano era el crédito que ofrecían las dependencias gubernamentales. Una de las más importantes fue el Banco de Crédito Ejidal. Pero las estadísticas realizadas sobre el crédito que el gobierno otorgó al sector ejidal, revelan la casi nula preocupación del gobierno respecto al agro. Durante el periodo de Cardenas se destinó hasta un 4 por ciento del presupuesto federal. Durante el gobierno de Ávila Camacho y en los primeros años del gobierno sucesor, el crédito destinado para el financiamiento del ejido bajó a menos del 1 por ciento. [29]

Para el empresariado nacional la situación fue diferente. Esto debido a que en el transcurso de la década se formó en el país todo un aparato técnico y burocrático capaz de instrumentar políticas crediticias encargadas de acelerar el proceso de desarrollo industrial. Esto se hizo posible a través de la creación de toda una serie de bancos e instituciones de crédito oficiales y privadas, cuya función, fue la captación y distribución de recursos hacia diferentes ramas de la economía. De entre estas instituciones, destacan dos: el Banco de México y la Nacional Financiera.

La trayectoria de la segunda es de particular importancia. Durante el régimen cardenista su papel fue relativo y secundario; sin embargo, en los gobiernos subsecuentes, se transformó en la institución de desarrollo mas importante para el gobierno. En sus funciones estaba el buscar recursos para financiar proyectos de

[29] Ibid, p. 112

empresarios privados, promocionar a industriales con pocas expectativas y levantar empresas bajo financiamiento crediticio. Algunas de estas empresas llegaron a ocupar una importancia considerable dentro del ramo industrial. Este fue el caso de Altos Hornos de México S.A. Para mil novecientos cuarenta y seis, sus inversiones alcanzaron la cifra de 500 millones de pesos y sus intereses se concentraron en la producción de cerveza, la hostelería, transportes y comunicaciones, hierro, acero, azúcar y producción de papel. [30]

Pero por encima de todo lo anterior, la principal novedad de la década fue el partido oficial. Para Ávila Camacho, el principal problema político de México se resolvía subordinando las principales fuerzas sociales operantes del país a una institución política eficaz. Hacia tal objetivo se encaminaron sus esfuerzos y los del presidente sucesor.

Sin embargo, el panorama planteaba situaciones de cierta intranquilidad. La presencia política de Cárdenas, vista como oposición durante el gobierno de Avila Camacho, significaba una pesada loza que habría de llevar a cuestas el presidente en turno.

Cárdenas, aunque lejos del mando presidencial, no dejo de participar de manera activa en la vida política del país. Su sitial en la región del pacifico, —en la que ostento el cargo de comandante durante los sucesos de la segunda guerra mundial—, era motivo de zozobra ante la influencia que pudiera ejercer entre los gobernadores de ese sector del país. [31] El peso de su presencia no dejo de sentirse hasta final del gobierno de Avila Camacho ya que participó, aunque de manera infructuosa y un tanto clandestina, en el proceso electoral del año cuarenta y seis apoyando la candidatura del General Miguel Enriquez Guzmán.

La izquierda con Cárdenas a la cabeza, había iniciado su labor política para influir en la sucesión presidencial. Según parece, la táctica de Cárdenas consistió en dejar que corrieran los rumores de que el candidato de esta facción sería Miguel Enrique

[30] Meyer, op. cit. p. 22
[31] José Agustín, *Tragicomedia Mexicana La vida en México de 1940 a 1970*, Planeta, México, 1994 p. 274.

Guzmán para contraponerlo, de ser necesario, y cancelar al candidato que propusiera la derecha oficial. Además, realizó extensas auscultaciones con el fin de pulsar lo anónimos de gobernadores y jefes de zona, para terminar declarándose como un candidato de centro por un moderado. [32]

No obstante eso, su peso y su presencia, aunque debilitadas durante el gobierno sucesor de Miguel Alemán continuaron vigentes en el panorama político. Tal fue el caso de la campaña promovida por Alemán para exterminar del ganado mexicano a los animales que fueron duramente golpeados por la epidemia conocida con el nombre de “fiebre aftosa”. La campaña recibió el nombre de: “rifle sanitario”. Esta tuvo la presión del gobierno norteamericano ante el temor de que la infección llegara a su suelo; ante ella, los campesinos respondieron con protestas y disturbios solamente controlables por quien realmente era capaz de hacerlo en ese momento sin violencia:

(...) se soltaron rumores de que Lázaro Cárdenas alentaba la oposición a la campaña, pero cuando tuvo lugar en Michoacán un enfrentamiento en el que murieron más de 50 campesinos, Cárdenas ahí estuvo para tranquilizar a los michoacanos y pedirles su colaboración con el gobierno (.......) [33]

Por otra parte, el Partido de la Revolución Mexicana contó con dos modificaciones sustanciales bajo los regímenes pos—cardenistas. Durante el gobierno de Ávila Camacho se suprimió la participación del sector militar al interior del partido. Esto con el objeto de eliminar la posibilidad de alguna revuelta o disturbio al interior del mismo. A los militares se les permitió seguir participando en las actividades del partido, pero no como miembros de una corporación, sino como individuos integrados en el sector popular de la institución. El 4 de diciembre de 1945, el

---

[32] Luis Medina, *Historia de la Revolución Mexican, 1940-1952,* El colegio de México, México, 1982, pp. 164, p. 32

[33] José Agustín, Op. Cit., p. 118

presidente en turno legitimó tal disposición a través de un decreto gubernamental en el que ponía de manifiesto que la participación del ejercito en la actividad de los partidos "ponía en riesgo la necesaria cohesión de los militares", por tanto, estos debían mantenerse ajenos.[34] Bajo el gobierno avilacamachista, el partido quedo reducido a la participación de sólo tres sectores: el obrero, el campesino, y el popular.

La segunda modificación tuvo lugar en 1946, cuando el PRM dejó de existir para convertirse en el PRI. Este cambio no modifico la estructura del partido, pero de acuerdo con la política de Alemán, se dejó a un lado el discurso de la "lucha de clases" para sustituirlo por el de la colaboración de las mismas, en pro de un crecimiento económico acelerado. Crecimiento que, en última instancia, beneficiara "a todas" las clases sociales del país. [35]

Por su parte, los sectores obrero y campesino mas tarde serían objeto de represión en el PRI a través de diversos mecanismos de manipulación. Con los años, estos mecanismos se fueron perfeccionando hasta llegar a instaurar lo que posteriormente fue conocido como "charrismo sindical". Este fue aplicado al primero de los sectores y consistía en la eliminación de los lideres obreros subversivos que quedaban relegados de sus puestos, para ocuparlos por otros funcionarios que no representaban los intereses de los miembros del sindicato sino de quienes los habían impuesto. El "arribismo" fue practicado en el sector agrario, básicamente consistía en la imposición hecha desde arriba por los dirigentes del sindicato. [36]

Y ya que estamos hablando de control social, es importante mencionar también que durante esta década la pesadilla que mantuvo ocupada a la cúpula del poder fue el comunismo. Éste hizo acto de presencia como el enemigo a vencer, ya que había invadido los sectores de la educación, la Iglesia y los sindicatos. Un ejemplo de ello, se hizo manifiesto en el cuarenta y dos, cuando el responsable de la Secretaría de

---

[34] Medina, op. Cit., p. 45
[35] Medina, op. Cit., p. 45
[36] Ibid., p. 48

Educación Publica, Octavio Vejar Vázquez, se empecino en eliminar del magisterio a cuanto comunista se hallara dentro de la institución.

Su actitud despertó el descontento de los profesores quienes iniciaron una guerra en contra de ese "anticomunismo"; una guerra que duró aproximadamente un año. En el cuarenta y tres, los maestros consiguieron quitarle de su puesto y su lugar fue ocupado por el poeta Jaime Torres Bodet [37]

Pero este "anticomunismo" todavía alcanzaría niveles de expresión sumamente agudos durante el gobierno de Miguel Alemán, quien hasta antes de tomar posesión de su cargo, tranquilizó al gobierno norteamericano al señalar que a pesar del apoyo que pudiera tener de destacados comunistas como Vicente Lombardo Toledano, su gobierno no iba hacer condescendiente ante la presencia de estos.

Al llegar al poder, cumplió su promesa. De ello dio clara muestra desde el inicio de su gestión, cuando los trabajadores de PEMEX, organizaron una huelga como respuesta a la negativa del gobierno a nivelar los salarios. El presidente, firme en su convicción, no dudo en ordenar al ejercito mexicano que tomara las instalaciones de la empresa, para evitar así que dejara de prestar servicios a la población. Con esta actitud, el presidente puso en claro que "el 'anticomunismo' había llegado para quedarse".

Dicha campaña anticomunista se intensifico cada vez mas y llego a reafirmarse en el cuarenta y ocho cuando la COPARMEX, en una acción conjunta con el gobierno, dio origen a la formación de la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), como instrumento diseñado para el control efectivo de los obreros. No obstante esta situación, el comunismo encontró cobijo en uno de sus mas aguerridos representantes: don Vicente Lombardo Toledano, quien un año antes, se había desligado de la CTM para dedicarse a formar el Partido Popular. Este Partido nació a

[37] Hay diversas opiniones sobre el impacto de la educación socialista. Para los izquierdistas fue el momento quintaesenciado de la movilización de masas y el heroísmo de los maestros. Para la derecha fue anatema: un proyecto exótico (comunista), radicalmente inapropiado para la cultura católica mexicana. Para Alan Knight la educación socialista encontró un eco favorable en ambientes específicos, pero sostiene que, en general, fracasó por que no pudo alterar la conducta del pueblo. Alan Knight, "Popular Culture and the Revolutionary State in México, 1910-19402, en *Hispanic Amérıcan Historical Review* 74, núm. 3: 393-444.

la vida política de México como resultado de una serie de discusiones organizadas por Lombardo Toledano y en las que participaron varios intelectuales de importancia. [38]

1.2. La Revolución: un debate político nacional.

Con el objeto de tener una visión más amplia sobre el panorama político y social de los cuarenta, la intención ahora es explorar los conflictos y luchas sociales que anteceden y dan cuerpo a la dinámica de ésta década. En éste sentido, es preciso no pasar por alto que el Estado emergente a partir de 1910, fue construido por medio del diálogo con diversos movimientos sociopolíticos y surgió de una difícil “negociación” entre los actores en los lugares nacionales, regionales y locales en que el poder se disputó y se desarrolló[39]. Por tanto, nos encontramos frente a una década marcada por las preocupaciones fundamentales del grupo revolucionario en el poder, cuyo principal objetivo era ver alcanzada la “unidad nacional” que permitiera a “todos” los mexicanos identificarse por encima de las diferencias y los orígenes de clase, así como de los regionalismos geográficos, económicos, políticos y culturales.

La situación general por la que atravesaba el país era un excelente escenario para replantear el sentido y significado de la Revolución, que coincide, además, con el momento de la construcción de una nueva sociedad que tiene que re—definir su historia. Muchas turbulencias sacudían el escenario político del país y, al mismo tiempo, estaban dando lugar a la configuración de una sólida base sobre la cual se levantaría la subsecuente estructura del poder en los años posteriores.

La perspectiva económica del país nos ha mostrado, en términos generales, la abrupta transformación a que dio lugar el resurgimiento de la industria, vista como el factor de indudable reverencia en el que se cifraron todas las esperanzas de las capas sociales

[38] Ibid, p. 39
[39] Mary Kay Vaughan, op.cit., p. 24.

más altas de la "nación" y, que llevó, tanto al obrero como al campesinado, a atarse de pies y manos al servicio de "los Caballeros de la Industria."

Para entender el trasfondo de los cambios ocurridos durante la década considerada, es necesario remontarse a sus antecedentes inmediatos, que suponen, un tremendo esfuerzo por desplazar toda la estructura de un régimen construida bajo una perspectiva social, por aquella que lo sometía todo al interés industrial. Este es, a nuestro juicio, la raíz fundamental de donde emerge la decidida lucha de todas las fracciones burguesas en contra del incipiente capitalismo estatal que Cárdenas había encarnado. Para comenzar dicho análisis es preciso remontarnos, a lo sumo, dos años antes de la década considerada. Esto para dar cuenta de las condiciones históricas que hicieron posible la gestación del sistema político y social que sobrevino a la postre.

Desde 1938 comenzaron a emerger una gran diversidad de corrientes y fuerzas sociales, todas ellas, bajo un marco de acción común: echar a bajo, por todos los medios posibles, las bases del nuevo régimen político —cardenista— en el que se encontraban inmersas.

De entre estos grupos, algunos simpatizantes de la novedosa ideología fascista, —tan en boga en Europa por aquellos años—, hubo de originarse el frustrado intento de asesinato en contra del presidente Cárdenas, en noviembre del treinta y siete. Pero además, estos grupos, fueron tomando forma y cobrando cada vez más fuerza ante la paulatina tendencia al predominio de la industria sobre el campo, es decir, de los grupos urbanos sobre los rurales. [40]

Durante sus últimos años, el gobierno de Cárdenas se encontró bajo un torrente contra—reformista que incluía a las fracciones de la burguesía industrial más destacadas. Este fue el caso del grupo Monterrey y varias más organizadas en torno a distintos grupos sociales, entre ellos, podemos mencionar a: el *Partido Antirreeleccionista Acción*, la *Vanguardia Nacionalista Mexicana*, las *Juventudes*

---

[40] José Contreras Ariel, *México 1940: Industrialización y Crisis Política*, Siglo Veintiuno, México, 1980, p. 227

Nacionalistas, el *Partido Nacional Femenino*, el *Frente Constitucional Democrático Mexicano* y se extendió hasta el partido en el que se agruparon los veteranos de la revolución de los años 1910 – 1913. [41]

Llegado así al terreno de la sucesión presidencial, dos fuerzas habrían de emerger. Por una parte los avilacamachistas, cuyo propósito fundamental era hacer efectiva su labor de contra—reforma dentro del estado. Se encargaron de llevar a efecto una contra—reforma "institucional", diferenciada de la que por su cuenta tomaron en sus manos las diferentes fuerzas y corrientes sociales actuantes fuera del estado. Del otro lado los mugiquístas, que se afirmaron como la corriente opositora de mayor peso al inicio de la contienda política. Apoyados en su candidato, el michoacano y general Francisco Múgica, exhortaban a la población a seguir con el ideal y los valores revolucionarios, continuar con la política agraria de explotación colectiva de la tierra, subordinar la propiedad privada al interés social y el respeto al derecho de sindicalización de los trabajadores. [42]

Pero la campaña del general Múgica pronto encontraría su propia eliminación en el transcurso del breve espacio de tiempo en el que estuvo vigente. En ello, desafortunadamente, mucho tuvieron que ver algunos factores que fueron el engendro de su propia destrucción. Este es el caso, por ejemplo, de las constantes amenazas dirigidas por los mugiquistas hacia los malos lideres y dirigentes que incurrieran en actos indebidos para ser castigados. Ante el carácter de tales manifestaciones, los dirigentes de algunas de las más importantes agrupaciones campesinas y obreras, —entre ellas, la Confederación Nacional Campesina (CNC)—, decidieron retirar su apoyo. Por otra parte, la deteriorada fuerza política de Cárdenas, desgastada en su resistencia contra las diferentes fuerzas sociales, —tanto dentro como fuera del estado—, determinó la posición neutral del presidente y su incapacidad para inclinarse hacia la *Intelligentsia* revolucionaria.

---

[41] Ibid, p. 24
[42] Ibid, p. 51

Ante este panorama, la situación del país era interpretada por los voceros oficiales como el camino seguro que por fin habría de conducirlos hacia la esperanzadora "unidad nacional", siempre que, en su realización, no se permitiera ningún extremismo de izquierda o de derecha que oscureciera el generoso futuro que, en el discurso y sólo en él, aguardaba a la "nación".

De acuerdo con el discurso oficial que sustituía "la absurda idea" de continuar con la lucha de clases por el de la armonía fecunda de las mismas, algunos de los elementos intelectuales y agrupaciones revolucionarias de mayor peso decidieron su adhesión al avilacamachismo. De esta forma Vicente Lombardo Toledano argumentó como motivo de su adhesión al candidato oficial, el mantener unidas a las fuerzas revolucionarias para enfrentarlas a la contrarrevolución y, ante el aterrador espectáculo que ofrecía a los ojos del mundo la monstruosa guerra mundial, Lombardo esgrimía:

Vamos a defender a la patria, estamos decididos a defenderla como sea: por eso hemos llamado también a la unidad nacional, a la unidad de todos los mexicanos sin excepción: campesinos, obreros, trabajadores intelectuales, gente de la clase media, comerciantes, industriales, banqueros, todos sin excepción, todos los que habitan el suelo mexicano. [43]

Para Lombardo Toledano los acontecimientos que se desencadenaron en el viejo continente eran una clara muestra de que el capitalismo estaba entrando en su fase final. Era menester aguardar a que volviera la paz para que "las fuerzas vivas de la revolución" se afirmaran como el bastión que habría de conducir los destinos del país:

[43] Vicente Lombardo Toledano, *Obras Completas*, Vol. XXVII, Gobierno del Estado de Puebla, Puebla, 1985, p. 297

Vamos a vivir tiempos que van a conmover a la Revolución Mexicana hasta sus cimientos. Cuando vuelva la paz al mundo, va a encontrar a la revolución mexicana en crisis de integración. La paz que vendrá será más valiosa que la guerra misma, por que será signo de revolución. El régimen capitalista ha entrado en una de sus últimas crisis, quizá la última. [44]

Por otra parte el Partido Comunista Mexicano (PCM), otra de las organizaciones opositoras de mayor importancia, prefirió adoptar la táctica suicida de "unidad a toda costa" antes que arriesgarse a desplegar una política independiente o al lado de los mugiquistas.

Esta organización se mostró intolerante hacia otras corrientes revolucionarias, incluida la de los mugiquistas y, daban por supuesto, que Trosky, el revolucionario ruso exiliado en nuestro país en aquel entonces, era un "contrarrevolucionario". Así aseguraban a voz en cuello que Múgica era el candidato de Trosky. [45]

Un último factor que contribuyo a la desarticulación de la campaña de Múgica, —de acuerdo con Ariel José Contreras— tuvo que ver con el distanciamiento y la falta de consolidación del proyecto de los mugiquistas con relación a las masas de obreros y campesinos. Es decir, los muguiquistas solo se ocuparon de buscar apoyo en las organizaciones que contaban con una presencia política considerable. También ocuparon su tiempo intentando formar alianzas con pequeñas fracciones de la burguesía, desatendiendo casi por completo a la clase social en la que se inspiraba su proyecto. Cuando dicha clase tomó conciencia de lo que significaba apoyar la candidatura del general Múgica, para entonces, la campaña había caído por la borda.

Además, la clase obrera estuvo lejos de constituirse en una sola fuerza bajo la dirección de un programa común. Esto a consecuencia de la división en su interior, ya que en sus filas se encontraba la corriente obrera que si tomó parte en el debate

---

[44] Ibid, p. 93

[45] Barry Carr, *La Izquierda Mexicana a través del siglo XX*, Era, México, 1996, p.423

político de 1940, pero su composición era muy heterogénea. Esto aunado al consiguiente enfrentamiento ideológico y la lucha interna, hicieron que este sector social fuera un elemento de lucha sin hegemonía sustentada.

De esta forma, la crisis histórica tomó matices cada vez más intensos proyectados en el ámbito de un debate político de proporción nacional, que involucró a los distintos actores y fuerzas sociales sobre los que estaba en disputa el rumbo que habría de seguir la "nación" durante la década histórica del cuarenta.

Dicho debate planteaba al país la encrucijada de su propio desarrollo. Por un lado, estaban quienes apoyaban el imperialismo norteamericano, cuyo propósito, era revertir todo lo ganado por la clase obrera y el campesinado mexicanos durante el gobierno de Cárdenas. En la línea contraria, encontramos a la izquierda revolucionaria, cuya misión fundamental, era garantizar la permanencia y el desarrollo del populismo radical y el antiimperialismo de los primeros años de Cárdenas, específicamente, en lo que a la reforma agraria y las relaciones capital—trabajo se refiere.

Como ya apuntamos, la izquierda revolucionaria encontró en el PCM a una de sus más importantes organizaciones de representación. Durante el gobierno de Cárdenas pudo operar abiertamente y en cierta medida libre de la persecución del estado. En 1938, sus órganos de expresión no sólo se reducían a la publicación de un periódico *El Machete*, sino que además contaba con un programa de radio semanal *La hora del pueblo*. [46]

A pesar de esto Barry Carr afirma que no podemos hablar de una "edad de oro" del comunismo mexicano ya que muchos factores suscitaron la profunda crisis que experimento el partido, sobre todo, en los años comprendidos entre 1939 y 1940.

Si bien es cierto que el PCM había logrado que algunos de sus miembros ocuparan posiciones de liderazgo en sindicatos clave como el Sindicato Nacional de

---

[46] Ibid, p. 63

Ferrocarrileros (STFRM); el de mineros y metalúrgicos (SITMMSRM) y el de petroleros (STPRM); también lo es, que esos puestos dependían más de la reputación que con ellos alcanzaban los miembros del partido, que de una auténtica disciplina de partido estructurada mediante la sólida unión de los miembros de base politizados. [47]

Pero el problema más grave que en mucho contribuyó a la crisis del partido, tuvo que ver con la división manifiesta y las enconadas luchas entre el PCM y diversas corrientes dentro de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) dirigida por los lideres Vicente Lombardo Toledano y Fidel Velázquez. A ellos se sumaban una camarilla conservadora y anticomunista dirigida por los lideres sindicales Fernando Amilpa y Blas Chumacero.

El problema se agudizó cuando el PCM y los grupos conservadores se enfrascaron en una lucha por las posiciones de influencia al interior de la Confederación; mientras que las bases, se resistían a la centralización del poder que el Comité Nacional de la CTM proponía bajo la consigna de "unidad a toda costa" y a expensas de los sindicatos y federaciones hasta entonces autónomas.

Dicho problema, iba mas allá de la aparente lucha por el poder entre la izquierda y la derecha, básicamente, lo que se puso en debate, fueron las dos diferentes concepciones de democracia sindical que proponían, como camino a seguir, tanto el ala izquierdista como la fracción conservadora de la CTM.

La primera de ellas hacía énfasis en que la dirección de la Central tomara en cuenta la opinión de las bases. Subrayaba además la importancia de seguir conservando la autonomía tanto del sindicato local como el regional y la necesidad de romper con la tradición corrupta y antidemocrática del "liderismo". La segunda creía en la necesaria centralización de la autoridad, que consistía, en crear organizaciones de masas vinculadas estrechamente con las metas económicas y políticas del gobierno.[48]

---

[47] Ibid, p. 68

[48] Ibid, p. 79

Finalmente dicha confrontación se decidió en favor de la segunda de estas alternativas. Ello fue la consecuencia de un pacto privado entre los líderes del PCM y Vicente Lombardo Toledano. En él se acordó la destitución de Miguel Ángel Velasco como candidato para el puesto de Secretario de Organización del partido, por la designación de Fidel Velázquez en contra de las expectativas de la mayoría de los delegados.

Ante esta situación muchas federaciones estatales y sindicatos industriales nacionales, abandonaron la CTM como protesta a sus políticas arbitrarias y antidemocráticas. El PCM por su parte salió de dicha controversia incapacitado para continuar su lucha por democratizar la CTM. Además quedo desprestigiado ante esos mismo sindicatos que lo consideraban la representación del compromiso leal y honesto de los principios del sindicalismo democrático y revolucionario.

En la resuelta adhesión del PCM a la CTM también influyó la intervención del Partido Comunista de los Estados Unidos: la *Comitern.* A través de uno de sus más importantes delegados internacionales: Vittorio Codovilla, se "sugirió" a los comunistas mexicanos que superaran sus desavenencias con el para entonces conocido "Maestro Lombardo", pues advirtió, que si los dirigentes del PCM no actuaban con rapidez, corrían el riesgo de quedar fuera del escenario político ante la amenazadora idea de Lombardo de formar un nuevo partido que aglutinara a toda la izquierda mexicana.

Y fue al mismo Codovilla a quien se debió la idea de hacer una "limpieza de la casa" al interior del partido para expulsar de él a los anatematizados troskistas y elementos deshonestos. Pero ésta, en realidad, no fue sino la justificación bajo la cual tuvo lugar la purga de los más altos dirigentes de izquierda dentro del mismo.[49] De esta manera, se fueron dando las condiciones que dieron vida a la profunda crisis que experimento

[49] Ibid., p. 812

el PCM y que concluye con su capitulación frente a la dirección de la central obrera. Capitulación simbolizada por la adopción de la consigna: "unidad a toda costa".

Así las cosas, la esperanza de que el PCM emprendiera una nueva era de actividad creativa e independiente quedó ahogada en el curso de los años posteriores. Para 1940, el partido reafirmó su interés de unirse al PRM (Partido de la Revolución Mexicana), cuando la consigna de "unidad nacional" resonaba con fuerza y, paulatinamente, se iba imponiendo como el único rumbo de la "nación".

En el panorama internacional era el momento en que la idea del fascismo amenazaba con transformarse en un movimiento universal. La amenaza provenía del eminente desarrollo de una Alemania emergente, que se advertía como una sólida y agresiva potencia decidida a negociar con las armas una nueva distribución de las zonas del poder político y económico del mundo. Era el momento en que Italia también se encontraba permeada de este frenesí expansionista. Bajo la dictadura de Mussolini estaba presta para entrar en la contienda bélica. En España, las fuerzas de Franco, apoyadas por la aviación alemana y las tropas fascistas italianas estaban dispuestas a mitigar los esfuerzos liberatorios del pueblo español. [50]

El movimiento fascista en Europa es de particular importancia para la década que ahora estamos estudiando. Como fue comentado antes, algunos de sus simpatizantes en el país participaron en forma activa en el desmoronamiento del régimen cardenista. Incluso, algunos llegaron al extremo de involucrarse en el intento de asesinato del presidente Cárdenas. Más tarde, su influencia en el país fue uno más de los factores que representaron una amenaza potencial a los esfuerzos de homogenización.

Sin embargo, considero que su tratamiento requiere de un análisis especial que aquí no será abordado en detalle, ya que el propósito de éste primer capítulo, es mostrar únicamente y a grandes rasgos, algunos de los aspectos políticos, económicos, sociales y culturales más relevantes y decisivos en la vida del México de aquel

[50] Eric Hobsbawn, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 611.

entonces, el de los cuarenta. Por tanto, en lo que toca a este punto, sólo diremos que este movimiento, considerado no tradicional de la derecha radical, surgió en varios países europeos a finales del siglo XX como una reacción contra el liberalismo, es decir, contra la transformación acelerada de la sociedad por el capitalismo y contra los movimientos socialistas obreros en ascenso. De ahí que ante la emergencia de distintas corrientes ideológicas —como ésta— actuantes en el vacilante escenario político mexicano, se considerara como prioridad fundamental el desesperado llamado y consecuente establecimiento de la "unidad nacional".

1.3 La renovación cultural.

Frente a una época de cambios, consolidación de estructuras, en medio de incertidumbres, agitaciones, represiones y luchas sociales, terminó por imponerse todo un elaborado sistema de mediación: la *Institución*. Desde aquí, se fue construyendo el mito de la "nación" y lo "nacional" como uno de los más poderosos fetiches de la modernidad con pretensiones de homogenización. Al calor de la elaboración de una complicada trama hegemónica, se transformó a la *Revolución* en *Institución*. Y desde el ámbito de la misma habría de establecerse un nuevo régimen de vida para los mexicanos. La transformación de una revolución armada convertida en revolución ideológica, hizo que el "ser" social y político de México, —que hasta ahora no ha sido definido democráticamente—, descubriera la imperiosa necesidad de crear algo nuevo, propio; un nuevo cauce que significará al México y al mexicano de los años cuarenta.

En las manos de algunas generaciones de intelectuales mexicanos, quedó la responsabilidad de esta difícil tarea. Motivados por esa búsqueda de identidad histórica emanada de la revolución, estas generaciones sentarían las basas de una

etapa de renovación profunda en el ámbito de la disciplina y el conocimiento histórico en nuestro país.

De acuerdo con el método de las generaciones empleado por tres historiadores mexicanos, —Wigberto Jiménez, Luis González y Enrique Krauze—, han sido cuatro las generaciones de intelectuales que en el transcurso del siglo XX marcaron el derrotero de la cultura en México. [51]

Nos referimos en primera instancia a la generación de los nacidos a principios de siglo (1891—1905) que ha sido clasificada bajo la etiqueta de "Generación Constructivista" por el propio Luis González o "Generación del 15" para el caso de Krauze. Pero quizás, los términos que mejor definan a ésta generación — a decir de Krauze — sean los de "fundación y auto—conocimiento"; es decir, que ellos se encargaron de establecer las más importantes instituciones políticas y de cultura de las que hoy todavía disponemos. Su preocupación fundamental fue una obsesiva búsqueda por definir al mexicano y su cultura. De entre estos hombres, destacan:

Narciso Bassols, Alfonso Caso, Lucio Mendieta y Núñez, Jaime Torres Bodet, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog, Luis Chávez Orozco, Samuel Ramos, Angel María Garibay, Manuel Tossaint, por mencionar sólo algunos de esta vasta agrupación. A ellos también se sumó una camarilla de intelectuales exiliados en México a consecuencia de la guerra civil española. Españoles de la mayor importancia para la cultura de nuestro país, algunos de ellos fueron: José Gaos, Ramón Iglesia, Rafael Altamira y Crevea, Pedro Bosch Gimpera, Eugenio Imaz, Wenceslao Roces, José Medina Echevarría y Luis Buñuel.

La segunda generación de intelectuales de este siglo en nuestro país, corresponde a los nacidos entre los años que van de 1906 a 1920. Éstos fueron en mucho "los hijos

---

[51] Sobre el método generacional empleado por estos dos autores, véase Luis González y González "La cultura humanística en la Historia de México", en: *Historia de México. Enciclopedia Salvat,* op cit., p.p. 2742-2754; y Enrique Krauze, "Cuatro estaciones de la cultura mexicana", en *Caras de la historia,* Era, México, 1983, pp. 169-174.

intelectuales" de la primera generación. Su obra se enmarca dentro del ámbito del profesionalismo y la especialización, sobre todo en lo que a las humanidades se refiere. Ellos han sido llamados también los "revolucionarios—institucionales", pues su función de auténticos "intelectuales orgánicos", ayudo a consolidar y encarnar el sistema mexicano. Su formación filosófica en Heidegger, Hegel, Toynbee, Ortega y Dilthey, les ayudo a ampliar su visión sobre el "ser" del mexicano y el "ser" de América, así como a dar un vuelco definitivo a los estudios históricos en nuestro país. Algunos de los más representativos de esta generación son: Mariano Azuela, Eduardo García Maynes, Gonzalo Aguirre Beltrán, Arturo Arnaiz y Freg, Fernando Benitez, Wigberto Jiménez Moreno, Ignacio Rubio Mañé, Silvio Zavala, Leopoldo Zea y Salvador Toscano, entre otros. Para Luis González los más significativos de este grupo son dos: el poeta Octavio Paz y el historiador Edmundo O'Gorman.[52] Aunque habría que precisar, en este caso, que en cuanto a la edad no había mucha equidad, ya que el primero fue más joven que el segundo.

La que sigue es la generación de "medio siglo" —según Wigberto Jiménez Moreno— y corresponde a los hombres que nacieron entre los años de 1921 a 1935. Ésta es la más heterogénea de las cuatro aquí brevemente expuestas. Es una generación "cosmopolita" y la mayoría se formó en las facultades de Derecho, Filosofía y Economía de la Universidad Nacional. Algunos más, ingresaron a la escuela de Antropología e Historia o a El Colegio de México. El mundo que les tocó vivir no les tuvo tan conformes. No se contentaron con el análisis del mismo, lo que más les favoreció fue la denuncia:

[52] Gonzáles y Gonzáles Luis. "La Cultura...p.2745

Exhiben la ostentación de la burguesía, la corrupción administrativa, la enajenación de los medios de comunicación, la mentira de la prensa, el charrismo, la forma del discurso oficial, el saqueo alemanista, el desarrollismo sin justicia social.[53]

Su heterogeneidad, se proyecta a través de los distintos cauces tomados en el estudio de la historia. Algunos son seguidores de Collingwood, otros de la academia de Ciencias de la U.R.S.S., otros más todavía leen a Langlois y Seignobos y, algunos, se inclinan por los estudios de Marc Bloch y Fernand Braudel. Incluso hay quienes los clasificaron como alumnos de O'Gorman, o de Zavala, o de Garibay, o de Roces.[54]

Con ellos concluye el largo periodo de auto—conocimiento del mexicano y se orientan hacia la búsqueda de actitudes y estados mentales. De ello dan cuenta las obras de Luis Villoro sobre las etapas del indigenismo y las actitudes históricas en la independencia y Luis Gonzáles con su estudio sobre el optimismo como factor en el movimiento independiente. Algunos de los más destacados de esta generación, aparte de los ya mencionados son: Carlos Fuentes, Jorge Ibarguengoitia, Miguel León Portilla, Román Piña Chan, Josefina Zoraida Vázquez, Berta Ulloa, Pablo González Casanova, Guillermo Bonfil y Emilio Carballido.[55]

Por lo que toca a la última de las generaciones, —llamada por Krauze "del 68"—, no nos extenderemos más, ya que de hacerlo, nos estaríamos alejando de nuestro cometido inicial cifrado en el análisis de las dos primeras. Sin embargo, de ésta sólo mencionaremos algunas de las personalidades más representativas de éste último grupo. Encabezan la lista tres de los más renombrados: Carlos Monsivais, José Emilio Pacheco y Elena Poniatowska. De ellos se desprenden: Arnaldo Córdova, Enrique Florescano, Enrique Krauze, Luis Medina, Lorenzo Meyer, José Agustín, Héctor

---

[53] Krauze

[54] González., op.cit., p.2752

[55] Krauze. Op.cit.,p. 145

Aguilar Camín, Alejandra Moreno, Olga Pellicer, Sergio de la Peña, Elías Trabulce y Gabriel Zaid.

Ahora bien, volviendo al espacio temporal que nos hemos fijado, diremos que entre 1930 y 1940 comenzaron a fraguarse las condiciones que permitieron una renovación cultural a fondo en nuestro país y la consecuente emergencia de muchas de sus instituciones. De esto habrán de ser directamente responsables las dos primeras generaciones de las que ya hicimos referencia arriba.

La primera de ellas, —como advertimos—, adquiere el carácter de fundadora de las más importantes instituciones políticas y culturales. Son hombres que "no participaron en la revolución, pero la contemplaron heredándola como único objetivo de interés y responsabilidad". La revolución significó para ellos "un llamado a la oportunidad de ordenar y encausar".[56]

Su legado revolucionario trajo consigo una preocupación fundamental. Ante todo se requería de un "ente nacional". Si aceptamos que el "ser" mexicano existe, entonces, es menester definirlo. Adquirir una nueva identidad histórica que dé sustento a lo heredado: la Revolución.[57]

Hacia tal propósito se encaminaron sus esfuerzos dando por resultado una filosofía que intentó ser reflejo de una "conciencia nacional" preocupada por la realidad mexicana. Es así como emerge la "filosofía de lo mexicano", cifrada en elevar la categoría humana del mismo, dignificándolo e intentando erradicar de raíz el tradicional sentimiento de inferioridad albergado en la "conciencia del pueblo". Pero más importante aún, es que se encargó de dar forma y contenido a la consigna de "unidad nacional" emanada del temor generalizado que desató la segunda guerra mundial y, sobre todo, ante la necesidad de encubrir la dominación de una clase sobre el resto de la sociedad. La "filosofía de lo mexicano" trató de encontrar aquello que

[56] Krauze.op.,cit. p.130

[57] Eugenia Meyer. "Del ser mexicano y de la historiografía de la revolución", en: *Conciencia y Autenticidad Históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman.* México .UNAM.1968.PP.436-215

cohesionara al mexicano. Fue en busca de su “ser”, un “ser” aprehensible y abarcable en el que México y los mexicanos fueran vistos como entidades homogéneas. En fin, un ser que logrará conciliar los antagonismos de clase.[58] Así la integración de la sociedad se pensó de acuerdo con el carácter ideológico de la misma como justificadora y legitimadora del proceso económico, social y político que se vivió en el país. La consigna de esta nueva visión nacional podría traducirse en los siguientes términos: en México ya no hay explotados ni explotadores, sólo mexicanos.

El deseo de esta generación de intelectuales de encausar y re—orientar el destino del país, hace que se les vea, de algún modo, semejantes a los liberales de tiempos de Juárez. Al respecto Luis González nos dice:

(...) se parecen a los hombres de la reforma liberal, al equipo de Juárez y los primeros albañiles de la modernización mexicana. [59]

Estos hombres no sólo se quedaron en el ámbito del pensamiento, de ahí, pasaron al terreno de la acción y de sus manos salieron una gran diversidad de espacios políticos y culturales.

Narciso Bassols, por ejemplo, fue el primer crítico y en buena forma fundador de las modernas juntas de Conciliación y Arbitraje, también fundó la revista *Combate*. Manuel Gómez Morín fundó y fue dirigente del Partido Acción Nacional, el más fuerte opositor de derecha. Vicente Lombardo Toledano que desde el veintinueve intervino de manera activa en la codificación de la *Ley Federal del Trabajo*, fundó el Partido Popular Socialista, el más fuerte opositor de izquierda. Este último, junto con Efraín González Luna, figurarían más tarde como candidatos a la presidencia del país. [60]

---

[58] Luis Villoro. “Historia de las ideas”, en. *Historia Mexicana. Vol. XIV.* Octubre de 1965.p.59-60
[59] González...op.cit.,p.2746
[60] Ibid.,p.2748

Alfonso Caso le debemos el Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Instituto Indigenista. A Daniel Cosío Villegas el Colegio de México, el Fondo de Cultura Económica, la Escuela Nacional de Economía y las revistas: *El Trimestre Económico*, *Foro Internacional* e *Historia Mexicana*. Por su parte, Rafael García Granados y Pablo Martínez del Río fundaron el Instituto de Investigaciones Históricas. Manuel Toussaint hizo lo propio con el Instituto de Investigaciones Estéticas y Jesús Silva Herzog fundó la revista *Cuadernos Americanos*.[61]

De entre otras instituciones de importancia, también figuran: la Universidad Nacional Autónoma de México y su "Selección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras", el Departamento de Humanidades y la Comisión Editorial de la misma institución. La Escuela Nacional de Antropología, El Centro de Estudios Hispanoamericanos dirigido por José Gaos y el Centro de Estudios Sociales dirigido por José Medina Echavarría. Los institutos oficiales de mayor renombre fueron: el Museo de Historia, El Archivo General de la Nación y El Colegio Nacional.[62]

Además de las ya citadas, también aparecieron una gran diversidad de instituciones nacionales como extranjeras preocupadas por la difusión y especialización del conocimiento histórico. Es el caso de las academias: Mexicana de la Historia, Nacional de Geografía e Historia y la Mexicana de Genealogía y Heráldica. Las sociedades: Mexicana de Antropología, Mexicana de Historia, Mexicana de Geografía y Estadística, la Antonio Alzate y la Folklórica de México. Las instituciones extranjeras de cultura establecidas en México fueron: la Biblioteca Benjamín Franklin, el Instituto Anglomexicano de Cultura y L'Institud Francais de Amerique Latine en las que también se discutían problemas relacionados con la historia.

En esta ardua empresa de institucionalización, no estuvieron solos los hombres de la generación fundadora del quince. También fueron artífices los de la generación

[61] González. op.,cit.p.2748

[62] Edmundo O'Gorman, "Cinco años de historia en México", en: *Filosofía y Letras*, núm. 20, México, octubre 1945, p.167-183

precedente (1906-1920), llamada por algunos neo—científica para diferenciarla de los "científicos" del porfirismo. Estos hombres, fueron los "primogénitos de la revolución". Ellos formaron parte de una generación que nació en la revolución, pero sin contemplarla.[63]

Los "neo—científicos", llamados así por su afán de identificar el progreso propio con el de la nación, vivieron los tiempos de la profesionalización. Sobre todo, en disciplinas como la historia; es decir, a partir de los cuarenta el oficio de historiador adquirió el rango de profesión. Una profesión tan seria como la de un médico.

Hasta antes de la década de 1940 la vocación de historiador se hacía por libre voluntad, fundamentalmente, entre quienes contaban con un peculio, un puesto importante en la política, la diplomacia, la abogacía o la burocracia. De otro modo, difícilmente se podía sobrevivir ejerciendo el oficio sin un contrato de medio o tiempo completo con alguna institución.[64]

Las condiciones de estabilidad y riqueza emanadas de la industrialización permitieron a los intelectuales apartarse de las tareas políticas inmediatas y ofrecer una mayor dedicación a la investigación teórica y su consecuente especialización.

Muchos de ellos salieron de las aulas de la generación fundadora. De las aulas de Gaos, Caso, Manuel Pedroso, etc. Y en uno de los momentos de mayor tensión ideológica de este siglo para el país, retomaron las lecturas del filósofo iniciador de la llamada "filosofía de lo mexicano": Samuel Ramos. Los autores de moda comenzaron a emerger del ámbito filosófico. Las filosofías vitalista de José Ortega y Gasset, existencialista de Heidegger, la historicista como Croce y, en menor grado, las de los líderes de la Revolución Rusa de corte marxista.[65]

Estos nuevos historiadores académicos, junto con los de la generación que los vio nacer habrían de ser los responsables de las más importantes obras historiográficas

---

[63] Krauze...p.135

[64] Josefina Zoraida Vázquez. "La historiografía mexicana en las décadas recientes", en: *Universidad de México*. México.1995.Núm.532.

[65] Krauze...p.141

que se produjeron en los cuarenta. Durante esta década aparecieron las obras de la generación fundadora en las que se proyecto su preocupación fundamental por la problemática particular de su tiempo. Así, Vicente Lombardo Toledano publicó las *Cincuenta verdades sobre la URSS* y *¿Moscú ó Pekín?*. Por su parte, Manuel Gómez Morín hizo llegar al público: *Diez años de México;* Daniel Cosío Villegas expuso en su obra *El sistema Político Mexicano* y Efraín González Luna el *Humanismo Político*.
El conocimiento histórico se diversificó. La producción historiográfica, en consecuencia, mostraba una considerable variedad de temas tratados con rigor, que iban desde los relacionados con las culturas prehispánicas, hasta los que se referían a la Historia de las ideas.

La disputa sobre los orígenes de la mexicanidad dividió a los estudiosos de la historia en indigenistas y colonialistas. Del primer grupo destacan las investigaciones de Alfonso Caso sobre la civilización mixteca y azteca. Alfredo Barrera Vázquez en lo que concierne a la civilización maya y Miguel Othón de Mendizábal descubrió los modos de producción de algunas comunidades del México antiguo. Además de ellos, Angel María Garibay presentó su obra *Historia de la Literatura Nahuatl.* Rafael García Granados sacó a la luz pública su *Diccionario biográfico de historia de México* y Pablo Martínez del Río presentó su investigación sobre *Los orígenes americanos.*[66]

Por otra parte, los colonialistas estuvieron dispuestos a demostrar que la raíz de México se encontraba en el prejuicio que nos legó la acción española en Nueva España. Y de aquí salieron las obras de Antonio Castro Leal sobre *Juan Ruiz de Alarcón*; Luis Chávez Orozco se dio a la tarea de encontrar los modos de producción y la lucha de clases durante la vida novohispana. Gonzalo Aguirre Beltrán se dio a conocer por sus obras: *Luchas agrarias en México durante el virreinato* y *La población negra*. El periodista y Antropólogo Fernando Benítez escribió dos obras

---

[66] Ibid.,p.2747

más al respecto: *La ruta de Hernán Cortes* y *La vida criolla en el siglo XVI*. Alfonso Méndez Plancarte publicó: *Poetas Novohispanos*.[67]

A pesar de esto, un grupo reducido de intelectuales consideró que no era necesario indagar las raíces prehispánicas o coloniales para dar con el meollo de la mexicanidad. Como en el caso de Antonio Martínez Báez, se dedicaron a explorar el periodo de independencia. Otros como José C. Valades se remitieron al estudio del siglo XIX y a las figuras centrales de la época Alamán, Santa Ana, Ocampo y Juárez.[68]

El género biográfico tuvo un auge considerable con las obras de Romero de Terreros: *Hernán Cortés, sus hijos y nietos*; Esquivel Obregón: *Biografía de Francisco Javier Gamboa*; García Guiot: *Rodríguez de Albornoz*; Héctor Pérez Martínez: *Cuauhtemoc* e Ignacio Rubio Mañé sobre *Revillagigedo*.[69]

Un capítulo importante dentro de esta vasta producción histórica de la década lo integraron los estudios relativos a la historia del arte. En 1940 Cardoza y Aragón publicó: *La nube y el reloj*; Moreno Villa: *La escultura colonial*; Manuel Tossaint: *Pátzcuaro.* En 1942 Justino Fernández publicó: *José Clemente Orozco*; y en el 44 Salvador Toscano: *El arte precolombino*.[70]

La diversidad en los temas permitió también que una historia de la religión se proyectara a través de Cosme: *La obra de los jesuitas mexicanos (1941)*, de García Gutiérrez: *Apuntes sobre el regio patronato* (1941); y *Herejías y supersticiones en la Nueva España* de Jiménez Rueda.[71]

Como aportación a la historia de las instituciones hubo también destacadísimos estudiosos. De entre ellos cabe mencionar a José Miranda como investigador de *Las instituciones políticas del mundo colonial*; José Ignacio Rubio Mañé puso énfasis en

---

[67] Ibid.,p.2748
[68] Ibid.,p.2748
[69] Edmundo O'Gorman. "Cinco años....p.176
[70] Ibid., p.177
[71] Ibid., p.177

su investigación sobre la vida y los milagros de los virreyes en Nueva España; Esquivel Obregón presentó sus *Apuntes para la historia del derecho en México* y María del Carmen Vázquez se afirmó como historiadora de *El estado de guerra en la Nueva España y la esperanza de la colonia hacia las regiones septentrionales*.[72]

Este tipo de historia particular merece especial atención, pues aquí figura uno de los especialistas mas destacados: don Silvio Zavala. Aplicador vigoroso del "método científico" en la historia a quien le rodeó la fama de ser uno de los más grandes historiadores de las instituciones jurídicas y sociales en la época española. Este hombre, también hizo su aportación personal al caudal historiográfico de la década con las obras: *La encomienda indiana*; *Ensayos sobre colonización*; *Fuentes de trabajo en la Nueva España*; *La historia universal del Renacimiento para acá* y *Aproximaciones a la historia de México*. Importantes también fueron sus estudios en torno alas ideas: *La filosofía de la conquista*; *La Utopía de Tomas Moro en la Nueva España* y *El ideario de Vasco de Quiroga*.[73]

La novedosa "Historia de las Ideas" fue traída a México por los intelectuales españoles exiliados en el país y abrió brecha en el ámbito historiográfico de la década. En este sector encontramos las obras de Samuel Ramos: *Historia de la filosofía en México*; Leopoldo Zea: *El positivismo en México y Apogeo y decadencia del positivismo en México*; Pérez Merchand: *Dos etapas ideológicas del siglo XVI* y José Gaos: *Pensamiento de lengua española.*[74]

A pesar de la cortedad de este nuevo sector las obras, prólogos y algunas selecciones de las *Colecciones de Antologías del Pensamiento Democrático y Político Americanos* realizados por Edmundo O'Gorman, representaron todo un acontecimiento historiográfico entre el gremio de historiadores de nuestro país. Aquí cabe citar la edición y prólogos realizados por este historiador a las obras de Joseph

[72] Ibid., p.2751
[73] Ibid, p.2755
[74] Edmundo O'Gorman...p.176

de Acosta: *Historia natural y moral de las indias...*, (1940); Renato Leduc: *Versos y poemas*, (1940); Fray Fernando Teresa de Mier: *Antología del pensamiento hispanoamericano*, (1945) y Gonzalo Fernández de Oviedo: *Sucesos y diálogos de la Nueva España*, (1946). De entre sus obras más importantes de este periodo destacan: *Fundamentos de la historia de América*; *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* y *Breve historia de* las *divisiones territoriales*.[75]

Ahora bien, en lo que al pasado inmediato se refiere, muy pocos intelectuales se ocuparon del tema de la Revolución Mexicana. En su momento aducían como razón, una falta de perspectiva histórica para poder examinar, sistemática y "objetivamente" la vida mexicana de 1910 a 1940. Sin embargo, hubo quienes se atrevieron al análisis de la misma a pesar de lo que el común esgrimiera al respecto. De ello dan testimonio las obras de Alfonso Reyes: *Pasado Inmediato* y José C. Valades: *El porfirismo*. Algunos otros estudiosos de la historia se remitieron a la investigación de los aspectos culturales del periodo revolucionario. Es el caso de Leopoldo Zea y Francisco Larroyo quienes se dieron a la tarea de reseñar las ideas filosóficas de la época. Justino Fernández se ocupó de las artes plásticas. Antonio Acebedo Escobedo, José Alvarado, María del Carmen Millán y José Luis Martínez hicieron lo propio con las letras.[76]

La renovación cultural en México, fue un hecho que sobrevino después de la Revolución. La gran diversidad de institutos fundados con el propósito de impulsar a nuevas generaciones de historiadores, filósofos, antropólogos y, la consecuente producción historiográfica referida, dan testimonio de lo que en el ámbito de la cultura estaba ocurriendo en nuestro país. No obstante esto, la llegada de los exiliados políticos españoles, a partir de 1939, representó un enorme avance para los estudios históricos en México.

---

[75] Ibid, p.176

[76] González...p.2747

Cuando en 1936 estalló la guerra civil en España, México se afirmó como un país genuinamente solidario para con el gran éxodo venido de la segunda república, y a los exiliados les acogió ampliamente. En su mayoría adultos, tenían un nivel de preparación superior al común de los españoles de su tiempo. Eran personas que conformaban los cuadros técnicos, profesionales, científicos y artísticos más destacados de España.

De entre este numeroso grupo de refugiados, se encontraban quienes desde su país natal habían incursionado en actividades académicas relacionadas con la historia. Ramón Iglesia, por ejemplo, llegó a tomar como cauce en sus investigaciones, la historia de la Nueva España en sus años de investigador en el Centro de Estudios Históricos de Madrid. En los estudios de historia y prehistoria ibérica, destacaban los nombres de Rafael Altamira y Pedro Bosch Gimpera. Entre quienes traían una tradición filosófica considerable, especializados además, en historia de la filosofía y del pensamiento llegaron a ser conocidos los nombres de: José Gaos, María Zambrano, Eugenio Imaz y Joaquin Xirau.[77]

Muchos de ellos, al igual que algunos de los historiadores de nuestro país, la disciplina en la que primero se formaron fue el Derecho. Es decir, muchos de los que en el exilio se dedicaron a la investigación histórica habían cursado sus estudios en las facultades de Derecho de las Universidades españolas.

Sin embargo, aquí algunos se lanzaron al estudio de las instituciones jurídicas y políticas, entre ellos: José Miranda, José Mantecon y Javier Malagon. Otros se abocaron al estudio del Derecho Romano como Wenceslao Roces. Hubo quienes pisaron el terreno de la sociología como José Medina Echavarría; y tambien hubo especialistas en la filosofía del Derecho, este es el caso de Luis Recasen Siches.[78]

---

[77] Clara E. Lida, *Los historiadores españoles exiliados en México,* en: *Universidad de México,* México, 1995, núm. 532.

[78] Ibid., p.11

Al llegar a México los historiadores españoles encontraron las condiciones propicias para contribuir con su aporte al enriquecimiento de la etapa de renovación que, nuestro país, apenas experimentaba en el ámbito del conocimiento histórico.

Cabe referir, que los estudiosos españoles no sólo se formaron en un contexto universitario que se había profesionalizado cada vez más a partir de la primera guerra mundial, sino que además, la formación profesional obtenida en las universidades españolas, contaba con el respaldo de una Junta para la Ampliación de los Estudios (JAE) y un Centro de Estudios Históricos en los que se estimulaba el desarrollo de la investigación en diferentes áreas, incluyendo la historia.[79]

En México encontraron un ámbito académico menos especializado en la disciplina histórica y todavía acabando de consolidar su proceso de profesionalización. La Casa de España, fundada en 1938, —específicamente para albergar a los intelectuales refugiados y, más tarde, convertida en El Colegio de México—, fue el primer centro en el que comenzó la labor de estos hombres. A ellos se debió, en gran medida, la formación de muchos de los historiadores educados a partir de los cuarenta en las universidades mexicanas y en los institutos relacionados con la difusión y especialización del conocimiento histórico.[80]

En las aulas de las recién establecidas instituciones para la enseñanza profesional de la historia, vertieron todo su caudal de conocimientos con relación a las teorías histórico—filosóficas y la manera de hacer y entender la historia, hasta ese momento, concebidas en el viejo continente. Dicho en otras palabras, vinieron a poner al día a la apenas incipiente enseñanza académica de la historia en el país[81].

De acuerdo con Clara E. Lida la influencia de estos historiadores en exilio sobre el desarrollo de la historiografía mexicana, tuvo que ver también, con una relación

[79] Ibid., p.13
[80] Ibid.,p.13
[81] Luis González. “Historiadores en el exilio”, en: *Nicolás Sánchez Albornoz.*. Instituto de Cooperación Iberoamericana. p.259-266

directa entre ellos y quienes en este país se dedicaban a los estudios históricos, pues juntos, se encargaron de enseñar, traducir y publicar. Sin dicha relación, los historiadores españoles difícilmente hubieran podido prosperar en este país.

Su llegada también contribuyó a ampliar el ámbito de los intereses y métodos del análisis histórico, así como estimular la profesionalización e institucionalización del estudio de la historia de México. Pero posiblemente, quien mayormente destacó de entre este grupo de intelectuales exiliados fue José Gaos. Este hombre estuvo a la cabeza de los muchos profesores que establecieron la civilizada hegemonía de su generación con respecto a la enseñanza de la historia. Enseñanza que permeo a dos generaciones de intelectuales posteriores a él.

José Gaos se encargo de moldear a toda una generación de historiadores de las ideas:

"A él se debe, sin duda, el auge de los estudios sobre distintos aspectos de la historia del pensamiento en la Nueva España y en México. Desde el Seminario para el Estudio del Pensamiento en los Países de Lengua Española, que estableció en el Colegio de México a partir de 1941, Gaos alentó la investigación de corrientes filosóficas y de pensamiento a través del análisis riguroso de los textos de la época. Así se abordaron varios problemas de la historia filosófica del siglo XVII, desde el estudio de la obra de Gomarra, de la Inquisición, de los eclécticos innovadores españoles y portugueses hasta el estudio de los positivistas mexicanos e hispanoamericanos, los precursores de la Independencia mexicana y los indigenistas de la revolución. En su Seminario tampoco faltaron estudios sobre pensadores españoles, incluyendo a José Ortega y Gasset y otros de Lengua inglesa."[82]

La novedad de los planteamientos y la profundidad de los temas abordados en los seminarios y cursos de estos intelectuales, contribuyeron a dar una formación

[82] Clara E. Lida. Los historiadores...p.14

académica nueva, que difería, sustancialmente, de lo que había sido una práctica tradicional de la docencia en los institutos para la enseñanza histórica.

Su formación española y europea les permitió introducir nuevos temas y enfoques para abordar la investigación. De esta forma sugirieron nuevas rutas en el estudio de la historia de las instituciones jurídicas y políticas americanas. Un trabajo que había iniciado en nuestro país el entonces joven historiador Silvio Zavala, gracias a su formación en Madrid bajo la enseñanza de uno de sus profesores: Rafael Altamira.

Pero los refugiados españoles no sólo se limitaron a investigar y enseñar como se hace la historia. Su conocimiento en torno a la extensa bibliografía europea, les permitió colaborar en la construcción de una extensa biblioteca de historia en México. Esta labor se vio materializada a través de las traducciones que hicieron para el Fondo de Cultura Económica y otras editoriales mexicanas. Gracias a ellos, llegaron a México las traducciones de Marx, Huizinga y varios más.[83]

El propio Gaos se encargó de la traducción de la *Metafísica de Aristóteles* para la nueva colección Biblioteca Serptorum Graecorum Romanorum Mexicana que Francisco Larroyo hecho a andar desde 1944 en el departamento de humanidades de la Universidad Nacional. En esos días Eugenio Imaz realizo la traducción y el prólogo a la obra de Kant: *Filosofía de la historia.* Dirigió la publicación de la obra completa de Dilthey, incluso, realizó la traducción. Por su parte, José Carner entregó al español los *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*, de Vico y *La ciudad de Dios del siglo XVIII* de Becker. Wenceslao Roces realizo la traducción de las *Reflexiones sobre la historia universal* de Burckhardt. Xoaquín Xirau la *Padeia* de Jaegger. José Medina Echavarría pasó al español el *Diagnóstico de nuestro tiempo* de Mannheim. Luis Recasens Siches la *Historia de la Cultura* de Alfred Weber y Juan David García Bacca hizo la traducción y comentarios a *El poema de Parménides*, así como de algunos otros filósofos presocráticos, para acabar,

---

[83] Ibid.,p.14

después, con toda la obra de Platón para la nueva colección bilingüe de Larroyo. De él también son los prólogos, notas y comentarios a sus traducciones de Heidegger de filosofía y ciencias griegas.[84]

A esta incesante labor de traducciones se sumó el trabajo de uno de los historiadores más representativos de ésta década: Edmundo O'Gorman. O'Gorman llevo a cabo las traducciones de las siguientes obras: *Teoría de los sentimientos Morales* de Adam Smith; *Diálogo sobre la religión natural* de David Hume y el libro de J. N. Figgis sobre el *Derecho divino de los reyes.* Además, en colaboración con el poeta Jorge Hernández Campos, trajo al español la *Idea de la Historia* de Collingwood, cuando la muerte de Eugenio Imaz dejó inconcluso este proyecto.

Las condiciones eran favorables para que el conocimiento historiográfico de nuestro país ascendiera a niveles, hasta ese momento, desconocidos. Sin embargo, uno de los principales obstáculos que enfrento su proceso de modernización, estuvo representado por la polarización evidente entre dos grupos de historiadores con relación a la metodología y concepción de la verdad histórica que cada grupo del gremio defendía.

Por una parte, todavía algunos historiadores concebían su tarea como la búsqueda de "datos inéditos" que acumulados, algún día, iban a permitir conocer la verdad. Este grupo, estaba empecinado en la idea de elevar a la historia a categoría de ciencia y, —a decir de Luis González—, hacían suyas las aspiraciones de Leopoldo Von Ranke: "*Desearía que enmudeciese por completo mi voz para dejar hablar por sí a los hechos... Trato simplemente de exponer como ocurrieron las cosas...* Aspirar *a la verdad escueta sin ningún adorno... sin* nada *de imaginaciones.*"[85]

De acuerdo con esta corriente, el buen historiador sería aquel que no se identificara con ningún país ni época determinada. Debía proceder a su trabajo sin ideas previas, sin prejuicios ni ficciones que suplieran en forma alguna las lagunas documentales.

---

[84] Enrique Florescano y Ricardo Pérez Monford. "El profesor O'Gorman y la metáfora del martillo", en: *Historiadores de México en el siglo XX*. México.1995.Fondo de Cultura Económica. pp147-148.

[85] Luis González. "Sobre la invención en historia", en *Diálogos, Artes, Letras y Ciencias Humanas.* El Colegio de México, núm.52.1973.pp.28-30

Esta manera de hacer historia encontró una oposición tajante entre quienes se habían formado bajo el cobijo de una novedosa corriente historiográfica conocida con el nombre de historicismo. Pero su llegada no fue casual, mucho tuvo que ver con los transterrados políticos españoles. Esta corriente de pensamiento también fue conocida con los nombres de relativismo histórico y perspectivismo. Su construcción se relacionó con las aportaciones filosóficas que se gestaron en países como Alemania (Dilthey), Italia (Croce), Inglaterra (Collingwood) y España (Ortega y Gasset). Los formados en esta línea, vieron en la historia una modalidad de la vida. Historia como vida, no como ciencia. El historiador no puede separarse de la historia, de su experiencia humana. Su trabajo no se concibe sin la conexión que media entre el pasado y el presente: la imaginación. Esta corriente considero que los documentos no eran "fuentes de primera mano" sino "objetos culturales".

Un tanto rezagada, también hizo acto de presencia una corriente derivada de la revolución. Está trato de incorporar elementos marxistas a la interpretación de la historia. Pero para entonces, el marxismo aún no cobraba la fuerza e importancia que adquirió décadas más tarde, en los sesenta y setenta. Sin embargo, hubo quienes en esta década, escribieron historia bajo los lineamientos más generales del marxismo: Alfonso Teja Zabre, Miguel Otón de Mendizábal y Luis Chávez Orozco, por mencionar a los más representativos . Esta corriente no pudo llegar a afirmarse como la opositora del cientificismo. Tampoco pudo disputarle el cauce historiográfico al historicismo. Esto se explica debido a que cuando se empezó a escribir historia bajo una perspectiva marxista, las obras más divulgadas de Marx y Engels como el *Manifiesto Comunista*, apenas empezaban a ser conocidas en el país, por tanto, no había una ortodoxia marxista lo suficientemente fuerte que disputara la hegemonía de los estudios históricos en los cuarenta. De manera que la justa verso entre estas dos últimas: el cientificismo y el historicismo.

De esta manera, las condiciones comenzaban a anunciar el posible advenimiento de una contienda teórica entre los sostenedores de las ideas consideradas “antiguas” y, los que ahora, se mostraban reacios a seguir aceptando una doctrina que, en mucho, ya había sido superada en Europa.

El propósito de este trabajo es explorar las dificultades que enfrentó nuestra disciplina en su proceso de profesionalización y consecuente ingreso a la “modernidad”. Dicho proceso estuvo atravesado por una revolución particular. Fue una revolución historiográfica que tuvo lugar en México en la década de los cuarenta. Sucede que después de la revolución armada, sobrevino una revolución más, pero esta vez, tuvo lugar en el terreno de las ideas, particularmente, en el plano de lo que a la historia y a la historiografía se refiere.

En aquel momento se vivió una crisis histórica muy fuerte. El problema que tenían enfrente los más destacados intelectuales de la época, era saber como explicar la realidad histórica de la que estaban formando parte. Del *cientificismo* o “neo—positivismo” prácticamente diluido con la Revolución, aún quedaban algunos vestigios. Había en el país importantes representantes de esta corriente de pensamiento, que exigían reconocimiento y demandaban el lugar prioritario que ocupó durante el antiguo régimen. Querían seguir detentando la responsabilidad de hacer de la historia una ciencia al estilo de las matemáticas o la Física. La “crisis” histórica alcanzó su punto culminante con la llegada al país de una teoría crítica y propositiva: el *historicismo*; cuya función, fue poner en tela de juicio lo que hasta ese momento se había aceptado como verdad en el campo de la historia.

El terreno de batalla, inicialmente lo ofrecieron las aulas del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Ahí se daban cita los más connotados intelectuales del momento, entregados a la noble labor de formar a las incipientes generaciones de estudiantes en torno al conocimiento de la historia. Pero la contienda fue creciendo cada vez más y a ella se sumaron filósofos, historiadores, arqueólogos,

antropólogos y demás gente inmiscuida en el universo de las humanidades. Con el paso del tiempo, la controversia fue ocupando los espacios de expresión escrita destinados a la publicación de artículos científicos y culturales.
Llegado el momento, la revolución estalló. Para ser precisos el 15 de junio de 1945 se convocó la primera de una serie de mesas redondas a la que fueron llamados los más fuertes exponentes teóricos de la historia, tanto del lado cientificista (Silvio Zavala), como del lado historicista (Edmundo O'Gorman). Para que a través de ellos, encarnara una batalla teórica, una contienda historiográfica, cuyas repercusiones, dejaría una honda marca con respecto a la manera en que posteriormente se concibió la historia en nuestro país.

CAPITULO 2

LOS PROBLEMAS FILOSÓFICOS

(.......) Todo lo que se ve, es lo que se idea, pero lo que se idea es lo que se inventa (.......)

Martín Heidegger. *Ser y Tiempo*.

CAPÍTULO 2

LOS PROBLEMAS FILOSÓFICOS

2.1 El paradigma en la historia

Este renacer de la cultura en México durante los años post—revolucionarios fue un hecho evidente, sin embargo, la institucionalización de la historia y su consecuente profesionalización vendrían acompañadas de problemas mayores. Problemas que desembocaron fuertes debates y controvertidas polémicas, que anunciaban la presencia de una profunda "crisis" en el ámbito de la disciplina. Como fue señalado, esta "crisis" terminó por marcar una profunda división en la recién formada comunidad de historiadores en nuestro país.

Tal como fue mostrado en el capitulo anterior, los tiempos fueron significados bajo el emblema del cambio. Fueron remplazadas las formas de interpretar el momento histórico: industrialización por Revolución, y "unidad nacional" por lucha de clases. Estos tiempos, también exigían un re—planteamiento del conocimiento histórico, una nueva perspectiva desde la cual abordar el turbulento pasado de la "nación". En suma, se buscaba una manera distinta de interpretar la realidad nacional, que además, representara el camino a seguir para sacar al conocimiento histórico de la "crisis" por la que atravesaba en aquel momento.

Como recuerda Gérard Noiriel, desde hace aproximadamente dos siglos, las "crisis" de la historia se han manifestado como una constante a través del tiempo. Estas han tomando diferentes formas, distintos matices, en función de las circunstancias específicas de cada momento y de las consideraciones filosóficas que a éstas circunstancias acompañan.

En 1820, por ejemplo, Agustín Thierry afirmaba que ya no era posible seguir escribiendo historia como hasta ese momento sé había hecho. Más tarde en 1868, Renán hacía público el declive de la historiografía francesa y, a principios de siglo, Peguy hablaba acerca de los callejones sin salida en los que los historiadores se habían metido con el positivismo. [86]

[86]Gérard Noiriel. *Sobre la crisis de la historia,* Frenesi Cátedra Universitat d Valencia. Madrid, España, 1997, p. 305

De esta manera, la crisis de la historia se ha manifestado como una constante a lo largo de todo el siglo XX, pero presentada bajo diferentes variables, mismas que van desde su conceptualización hasta su método y su escritura.

La particularidad de las "crisis" en la historia, es que tienden a dejar una marcada escisión entre la comunidad de quienes se dedican a la investigación histórica como actividad profesional. De tal manera que quienes se ven involucrados en ellas, participan con la finalidad de hacer prevalecer su propia posición frente a la historia, pero más específicamente, lo que se busca, es reafirmar su posición de entre el medio intelectual del cual se está formando parte. [87]

Así en el seno de esta dividida comunidad, de pronto, un grupo de historiadores habrá de proclamar "la crisis de su disciplina" con la finalidad de desacreditar a sus competidores o a sus antecesores juzgado sus trabajos como tradicionales, arcaicos ó ya superados; presentando sus propias investigaciones como solución a la "crisis" que se está advirtiendo.

Llegado a este punto, la discusión enfrenta a historiadores que representan los dos polos opuestos de la disciplina, ya sea por sus afinidades políticas o por sus enfoques metodológicos ó epistemológicos. Pero cada uno de ellos, intenta interpretar la crisis de la historia a partir de los principios sobre los que descansa su propia concepción de la verdad histórica.

En estos términos cada grupo detenta su propia verdad histórica que contrapone a los demás. Pero en el trasfondo de estas controvertidas polémicas y acalorados debates, también subyacen problemas institucionales, que tiene que ver, con la institución de investigación científica a que cada grupo está representando o aquella a la que se pertenece.

Esto es precisamente lo que ocurrió en el ámbito de la disciplina histórica en nuestro país en la década de los años cuarenta. En términos generales, la pretensión de este trabajo es mostrar una de esas tantas "crisis" que han tenido lugar en el campo de la historia y, especialmente, en lo que al caso mexicano se refiere.

Siguiendo con Gerard Noiriel, la crisis de la historia más bien debe ser entendida como la crisis de un paradigma, lo que para Guillermo Zermeño Padilla la noción de "crisis" —de acuerdo con las reflexiones que este historiador a realizado sobre la semántica de la temporalidad moderna de Koselleck y los planteamientos de Luhman—, debe ser entendida a partir de la diferencia dada entre

[87] Ibid., p. 42

experiencia y expectativa o entre pasado y futuro, [88] pero sobre esto último volveremos más adelante.

Para el primero de los dos autores arriba mencionados, toda la historia de la disciplina ha venido atravesando por una serie de contradicciones, emanadas de los discursos generacionales que sobre la historia, se han visto obligados a esbozar los propios historiadores en pro de la justificación de su oficio. Pero en este proceso han abandonado paulatinamente el terreno de lo que el trabajo puramente empírico supone, a favor de un "metalenguaje" tomado directa o indirectamente de disciplinas vecinas, —especialmente de la Filosofía—, y adaptándolo a las necesidades e intereses del ámbito de la historia.

Esta es la peculiaridad que ha hecho de la disciplina histórica el abono de toda una serie de conceptos con la finalidad de legitimar las prácticas realizadas por el historiador. De acuerdo con Noiriel, una muestra de ello lo ofrecen las obras epistemológicas de Paul Veyne *Como se escribe la historia;* y de Michael de Certeau: *La escritura de la historia,* a quienes —en palabras de este autor—, se les considera los iniciadores de un diálogo de sordos que desde los setenta hasta la fecha no ha hecho sino intensificarse.

Pero de ésta manera, es como se ha venido formando el "paradigma" científico de la historia, si entendemos por "paradigma" a un conjunto de creencias, valores y técnicas comunes a los miembros de una determinada comunidad de investigadores o especialistas que han recibido la misma formación, en el marco de un tipo de literatura técnica común de la cual puede entresacarse idéntica enseñanza. Esto es a lo que T.S. Kuhn denomina "matriz disciplinar". [89]

Ahora bien, la constitución del "paradigma" científico en la historia nos obliga a mirar el proceso que dio lugar a la formación de esa "matriz disciplinar" y el pensamiento de quienes han sido los responsables de presidir su creación y perpetuación.

Desde los tiempos de la noche la historia era concebida como una pluralidad de ejemplos. Era representada como una serie de experiencias de lo que en su momento le había acaecido a un rey, a un guerrero, sacerdote o santo, para que sobre la base de ello, tomaran ejemplo quienes se formaban bajo ese tipo particular de enseñanza histórica.

A decir de Collingwood, el tipo de historiografía más antiguo del que tenemos conocimiento, —la historiografía greco–romana—, se caracteriza más que nada por ser un relato de la historia humana,

---

[88] Guillermo Zermeño Padilla. "Crítica y crisis en la historiografía Contemporánea de México; Retos y posibilidades" en: *Actas del II Congreso europeo de latinoamericanistas*, Martín Luther-Universitat Halle-Wittember, 1998. El colegio de México.

[89] T. S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas,* citado en G. Noiriel, p.52

un relato de los hechos del hombre, de sus propósitos, sus éxitos y sus fracasos. Pero este tipo de historia fundamental se levanta sobre la base de todo un complejo sistema metafísico, cuya categoría elemental, es la sustancia. De esta manera, la historia así escrita en otro tiempo admitía la participación de agencias divinas. Pero la participación de éstas, estaba estrictamente limitada, pues según Collingwood y su estudio, la voluntad de los dioses era una "voluntad que apoya y secunda la voluntad del hombre, permitiéndole vencer allí mismo donde, de otro modo, habría fracasado". [90]

En la edad media los problemas cruciales que mantuvieron el pensamiento de la época se referían a la teología y, consecuentemente, los problemas filosóficos emanaron de la reflexión sobre ésta ocupándose específicamente de las relaciones entre Dios y el hombre.

En este tiempo la idea de la historia fue moldeándose de acuerdo con la influencia revolucionaria del pensamiento cristiano y, toda historia escrita desde esta forma de concebir el mundo, tuvo que ser necesariamente *universal*, entendida como la historia del mundo que se remonta hasta el origen del hombre; *providencial*, en tanto que es la providencia la que se encarga de pre—ordenar el curso de la historia, siendo asimilada esta última como un "drama escrito por Dios; pero un drama en que ningún personaje es el favorito del autor", su matiz *apocalíptico*, tiene que ver con la forma en que ordena el curso general de los acontecimientos, partiendo de la vida histórica de Cristo y tomándola como referencia de un antes y un después. [91]

A partir del siglo XVI e incluso hasta el siglo XIX, el esfuerzo del pensamiento humano tuvo como misiva la fundamentación de las ciencias naturales, entonces, la filosofía encontró como tema principal el estudio de las relaciones entre la mente humana, en cuanto sujeto, y el mundo natural de las cosas situadas espacialmente en torno a ella, en cuanto objeto. Pero durante todo ese tiempo, el pensar histórico estuvo lejos de ser considerado por su importancia, ya que a él, se le habían puesto rivales mucho más fuertes como las matemáticas y la Física y, en última instancia, no se le consideró como disciplina imprescindible en tanto que no suscitaba problemas de difícil solución.

Pero no todo fue gris para la historia en aquel tiempo. En el siglo dieciocho, la gente empezó a pensar críticamente acerca de la historia, de la misma forma en que había aprendido a pensar críticamente acerca del mundo exterior; fue entonces, cuando la historia empezó a dar visos de una forma particular de pensamiento, que no era ni semejante ni inferior, a aquel que producían las matemáticas, la teología y la ciencia.

[90] R.G. Collingwood, *Idea de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, p. 307

[91] Ibid, p. 53

Estas transformaciones de los modos de pensar, dieron origen así, fundamentalmente bajo el impulso de Voltaire, a una forma inédita de reflexión sobre el pasado: la filosofía de la historia. Por vez primera, un mismo concepto será utilizado para designar a la historia y la reflexión sobre esa realidad. [92]

Esta manera de pensar la historia sirvió para mostrar que la teoría del conocimiento edificada sobre la base de las matemáticas, la teología y la ciencia, no era suficiente para dar solución a los problemas del conocimiento en general. El pensamiento histórico erigió un objeto dotado de peculiaridades propias: el pasado. Constituido por acontecimientos particulares situados en el tiempo y en el espacio, pero que no pueden ser captados o aprehendidos por el pensamiento matemático, por que este tipo de pensamiento, sólo se ocupa de objetos que no tienen situación especial en el tiempo y el espacio. Este pasado, tampoco es aprehensible por la vía del pensamiento teológico, en tanto que el objeto de éste, es un objeto singular e infinito, y los sucesos históricos son plurales y finitos. Lo mismo sucede con el pensamiento científico, por que las verdades que la ciencia descubre adquieren tal categoría de verdad, en tanto son encontradas a través de la observación y la experimentación, pero en el caso de la historia, su objeto, el pasado, ha desaparecido y las ideas que nos formamos acerca de él no se pueden verificar como lo hace la ciencia con sus hipótesis científicas. [93]

De esta manera, la historia empezó a convertirse en el terreno propicio para la indagación filosófica de su ser, que demandaba soluciones reales a problemas concretos, vistos desde una perspectiva rigurosamente crítica y que no habían sido planteados antes de la ilustración.

De tal forma, el pensamiento de la ilustración trasformó radicalmente la manera de pensar la historia, transfigurando las categorías del cristianismo adecuadas a la historia, por otras de carácter fundamentalmente racional y humano; Guillermo Zermeño Padilla lo expresa de la siguiente forma:

> El pensamiento ilustrado fue el que transformó el campo de la historia en un proceso... La idea de la historia en proceso ó progresiva vino a sustituir la de la escatología cristiana; aunque habría que hablar como señala Kosellek, que se trata más bien de un movimiento en el que se transfieren y se aplican a la historia los elementos constitutivos de la escatología cristiana: la del tribunal divino y el juicio final al tribunal de la razón de cara al futuro. La forma de impartición de la justicia sobre toda clase de acontecimientos —pasado, presente ó futuro— se torna "subjetivo" en la medida en que se deja de contar con las medidas o magnitudes acostumbradas de corte universal. Esta modalidad transforma a la historia en un proceso cuyo desenlace queda pendiente tanto tiempo cuanto las categorías privadas del juicio no sean capaces de dar alcance a los acontecimientos que ellas mismas ayudaron a desencadenar.

[92] Noiriel, op. cit., p. 53
[93] Ibid, p. 15

El plan de salvación se convierte por tanto en una planificación del futuro obra de una nueva elite, justificada no sólo moral sino también militarmente.” [94]

No obstante, desde finales del siglo XVII ésta perspectiva racionalista desarrollada por la ilustración, —cuya pretensión fundamental, era el de adquirir un matiz universalista, evaluando todas las épocas y civilizaciones según los valores de la Europa dieciochesca y, específicamente, bajo la voluntad napoleónica de imponer en los territorios los principios de la Revolución Francesa—, encontró una oposición tajante por parte de la escuela histórica alemana, cuando en la figura de Herder, se hizo manifiesta la teoría de la diferenciación racial en la que se consideró que la humanidad no estaba compuesta de una sola naturaleza humana, fija, como suponía la idea de la Ilustración, sino de varias naturalezas humanas fijas.[95] En consecuencia: “cada pueblo es una entidad en sí que elabora su propia cultura y su propia identidad colectiva y nadie esta autorizado a juzgarlo exteriormente, en función de otro sistema de normas”. [96]

Mas tarde, a principios del Siglo XIX, Niebuhr se encargó de sentar las bases que darían origen a la creación de un método en la historia. Dicho método postulaba el establecimiento de los hechos a partir de la crítica científica de las fuentes, agrupándolos y extrayendo de ellos “sólo las conclusiones que el examen de las mismas imponga”. [97]

Sin embargo, dentro del pensamiento histórico alemán fue la imponente figura de Hegel la que propuso un nuevo tipo de historia a la que llamó filosofía de la historia; pero ésta fue una manera de pensar la historia distinta de la concepción volteriana, es decir, no una historia permeada de irracionalidad inherente en cuya marcha ascendente es orientada por la luz de la razón; sino más bien, es un tipo de historia tornada fundamentalmente en filosófica y, de esta manera, es como Hegel se propone corregirle la plana a Voltaire. [98]

Dicho en otras palabras, para Hegel la filosofía de la historia no supone mirar a la historia como un proceso en cuanto tal y la consecuente reflexión sobre dicho proceso; él concibe a la historia como un proceso unitario y totalizante, cuya meta, habrá de ser la realización plena de la racionalidad. Pero para decirlo en términos del pensamiento hegeliano, él ve en la historia realizarse la tesis de la racionalidad de lo real y de la realidad de lo racional, todo lo racional es real, en tanto le ponemos a

[94] Zermeño, p. 94
[95] Collingwood, p. 94
[96] Noiriel, p. 54
[97] Ibid, p. 55
[98] Juan A. Ortega y Medina, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana,* UNAM, México, 1980, pp.263.

la realidad nuestras categorías ó conceptos para significarla, todo lo real es racional, en tanto la realidad se encuentra integrada por nuestras categorías. [99]

Toda la filosofía de la historia de Hegel no es sino la síntesis intencionada del pensamiento de Kant, Herder, Schiller, Fichte y Schelling. De cada uno de ellos extrajo las ideas o tesis más significativas para combinarlas hábilmente y presentar una explicación totalizadora, que resuma, los elementos del pensamiento filosófico de su tiempo.

Hegel condensa en su filosofía todas estas ideas y al igual que sus antecesores, postula la existencia de una entidad metafísica operando tras la realidad. De esta forma, afirma la existencia de un Dios—Naturaleza que sustituye a la divinidad de la idea cristiana y a la cual la bautiza bajo una gran diversidad de conceptos: el Espíritu Absoluto, la idea absoluta, la Idea Universal, El Mismo, La Razón, La Voluntad y la Idea. Así, según Hegel, para comprender la historia en su sentido filosófico, lo más importante es capturar la "intención última", la "Idea" suprema que se manifiesta en el auto—desarrollo de lo universal. Hegel presenta una nueva historia filosófica interesada en comprender los hechos, en averiguar las razones, en ver los pensamientos que están detrás de los hechos, —dado que la historia es historia del pensamiento según Hegel—, y no una historia interesada solo en comprobar los hechos empíricamente. [100]

Así el nuevo historiador—filósofo tendrá que acercarse a la historia fijándose minuciosamente en lo que pensaron las gentes que actuaron en tal o cual acontecimiento y no tan sólo en lo que hicieron, puesto que la historia no debe ser entendida como puro acontecer. Todo lo que sucede en la historia y lo que sucederá, es consecuencia de la voluntad del hombre como resultado de la forma en que va interiorizando la " Idea" y, la voluntad de éste, no es sino pensamiento traducido en acción, por que todo acto racional o irracional es exteriorización de un pensamiento y tiene tras de sí una intención. [101]

Por último, diremos que Hegel consideraba que el historiador de su tiempo creía ser puramente receptivo en tanto se entregara al dato (documento) sobre el que intentaba reconstruir un acontecimiento determinado. Con relación a esto, él afirmaba que el pensamiento del historiador no era pasivo, sino que en realidad, hacía intervenir sus propias categorías y veía el dato a través de éstas. A razón de lo anterior, afirmaba que la misión del filósofo era sacar a la luz las entidades

[99] José Gaos, *Historia de nuestra idea del mundo,* UNAM, México, 1994, pp. 789.
[100] Ortega y Medina, op. cit., p. 26
[101] Ibid, p. 28

metafísicas que se encuentran operando en el trasfondo de la realidad, para que a través de ello, se pueda tener acceso a la objetividad. [102]

El pensamiento filosófico de Hegel termina por elevar a la filosofía a su rango más alto, afirmando la subordinación de la historia a ésta. Pero su manera de pensar la historia pronto encontraría respuesta durante las primeras décadas del siglo XIX por parte de algunos historiadores también alemanes y, específicamente, en las figuras centrales de Guillermo de Humboldt y Leopoldo Ranke.

Con la finalidad de defender las prácticas de su oficio, de dotar al conocimiento histórico de una cierta autonomía en relación con la filosofía y de conquistar un lugar en la institución universitaria que hasta ese momento no había tenido la historia, — puesto que en las facultades de filosofía, teología y derecho sólo era vista como una "pluralidad de ejemplos"—, estos historiadores estuvieron dispuestos a demostrar que el conocimiento del pasado que ellos ofrecían no lo podía ofrecer la filosofía.

Ranke, por ejemplo, quiso demostrar que la investigación empírica, que el estudio de los hechos, es lo que posibilita el progreso del conocimiento en la historia y no las especulaciones metafísicas sobre el sentido de la misma. De ninguna forma trata de abordar el campo de la historia desde una reflexión teórica o filosófica al estilo de Hegel, sino que por el contrario, su intento específico es que la disciplina histórica tenga como misión ocupar el lugar de la filosofía. [103]

En este contexto, situado en las primeras décadas del siglo XIX, los debates sobre lo arriba anunciado mantuvieron ocupada la vida intelectual alemana. Ranke respondía a su colega en la Universidad de Berlín, Hegel, con la famosa frase que posteriormente suscitó hondas protestas por parte de los historiadores:

> Se ha atribuido al historiador la misión de juzgar el pasado, de enseñar al mundo contemporáneo para servir al futuro: nuestro intento no se inscribe en tan elevadas misiones; sólo intenta mostrar lo que realmente fue (wie es eigentliche gewesen ist). [104]

Para Ranke, la historia es un proceso objetivo, que puede ser estudiado científicamente. Para él, la historia debe ser la guía, la única guía para la verdad filosófica. Dentro de la concepción Rankeana de la historia, el historiador así como el filosofo se ocupa de buscar verdades de eterna validez, pero

---

[102] Noiriel, p. 54

[103] Ortega y Medina. Op., cit. p. 64

[104] Leopoldo Ranke, "Prefacio a la primera edición de las historias de los pueblos latinos y germánicos", en: Ortega y Medina Juan A., op. cit., p. 157

el tipo de verdades que busca el primero, son radicalmente distintas de las que busca el segundo, por ejemplo, para Ranke las ideas son extraídas de lo concreto, de la vida, de lo temporal. [105]

La objetividad que pretende Ranke esta contenida en el método que propone a seguir, en el cual, los documentos por él manipulados deben hablar por sí solos. Pero en esto, no consideró —como atinadamente apunta Ortega y Medina—, que el manejo de tales o cuales eventos no pueden escapar de la doble subjetividad a la que esta sujeta toda fuente, es decir, el contenido de intencionalidad por parte de quien la escribió, y la subjetividad íntima del historiador que la interpreta. [106]

Sin embargo, Ranke estaba convencido de que la tarea del historiador debe consistir en mostrar verdades objetivas; que el relato del historiador debe deslizarse independientemente de sus opiniones o ideas, de su imaginación, de su invención, en tanto que para él, la verdad es más interesante y más bella que la ficción.

Para Ranke, la historia en sí misma tiene una estructura ya dada, de manera que, basta con tan sólo reunir los documentos para que a través de ellos se puedan descubrir, reunir y presentar los hechos que habrán de brotar de los documentos mismos y, así, podamos conocer lo que en verdad pasó. Mediante la reconstrucción histórica del método científico se intenta la obtención de verdades irrefutables y de valor universal que eleven a la historia a la categoría de ciencia natural. Pero este elevar a la historia a categoría de ciencia, debía ser entendido, como una historia cuya pretensión fundamental fuese el trazar leyes generales para que así pasase a ocupar un puesto junto a la Química, la Física o la Mecánica. De esta manera, la ciencia en la que había que convertirla, comenzó a ser blanco de diversos nombres: Antropología, Economía, Ciencia Política o Social, Filosofía de la historia y Sociología. [107]

Ahora bien, para comprender de un modo más claro la concepción de la historia introducida por Ranke, es menester que demos un esbozo muy general al origen de donde ha emanado tal concepción, y aquí, es preciso que hablemos de quien pudo ser la influencia directa de Ranke: Guillermo de Humboldt. [108]

El ensayo de este hombre: *Sobre la tarea del historiador*, leído y publicado años antes que los de Leopoldo Ranke, ha representado para muchos historiadores, el inicio de la reflexión epistemológica sobre la historiografía moderna no solo cientificista sino también historicista; es decir, el contenido temático de sus reflexiones en este ensayo, lo constituyen elementos de carácter científico–idealista,

[105] Ibid, p.63
[106] Ibid., p. 58
[107] Ibid, p. 62
[108] Noiriel, p. 56

sutilmente entrecruzados y que dieron como resultado un documento en el que por vez primera se dio una "definición epistemológica" de la historia, así como también, sentó las bases de donde se alzaron algunas de las grandes reglas, que aun hoy, rigen el oficio de historiador.

Desde el primer párrafo de su ensayo, Humboldt afirma lo que posteriormente Ranke no hará sino repetir: "La tarea del historiógrafo consiste en la exposición de lo que ha sucedido." [109]

Efectivamente, Humboldt se encargaría de agrupar en torno a la recién formada Universidad de Berlín, a personalidades de la talla de: Fichte, Hegel, Scheleimacher, Savigny, Eichorn, Wolf, Ranke, Boeckh y Lachman. Si bien es cierto que Humboldt rechaza las especulaciones filosóficas hegelianas sobre la historia, en el sentido de que no le interesan tanto las causas finales sino las motoras o determinantes, —que según su pensamiento constituyen el tejido de la historia—, también es cierto que admite el hecho de que: "(...) La historia en su totalidad no es sino la realización de una Idea (...)", es decir, él admite la presencia de la "Idea", en tanto los acontecimientos humanos estén sometidos a la regularidad o plan de la naturaleza, pero también advierte, que si la manifestación de la "Idea" a través de los fenómenos históricos, es meramente intemporal y abstracta, entonces no puede ser universalmente válida, en este sentido, él más bien se expresa por el conocimiento de las "Ideas" en las individualidades históricas concretas y manifestadas en el tiempo, de esta manera señala, que la mejor forma de tener acceso a lo universal es estudiándolo en sus realizaciones concretas e individuales, [110]

Para Humboldt la misión del historiador debe ser la indagación de la "Idea", pero no fuera del contexto en el que se produce, —como sugería Hegel—, sino concretizada en el ámbito de lo individual. Así se acepta que la "Idea" sólo puede actuar y presentarse en el auto—desarrollo de lo universal, pero la manera de verificar su presencia sólo es a través de los fenómenos particulares porque: "(...) La idea puede confiarse solamente a una fuerza espiritual individualista (de aquí se desprende que) cada individualidad humana es una idea enraizada en la realidad (...)", [111] por lo tanto, Humboldt afirma que la "determinación del historiador debe consistir, en exponer como una idea va haciéndose efectiva en la realidad."

A grandes rasgos, esta fue la respuesta de la Escuela histórica alemana al pensamiento ilustrado con relación a la historia. La importancia otorgada a la crítica de las fuentes, el papel esencial atribuido a la escritura de la historia y el rechazo del racionalismo abstracto de la ilustración, fueron

---

[109] Guillermo de Humboldt, "Sobre la tarea del historiógrafo", en Ortega y Medina Juan A., op. cit., p.95
[110] Ibidem., p. 82
[111] Ibid, p. 108

condicionantes que dieron la posibilidad de que la forma de pensar la historia se modificara una vez más.

De este modo, a comienzos del siglo XIX quedaron establecidos dos elementos fundamentales que pasaron a formar parte de la constitución del “paradigma” de aquello que empezaba a apuntar hacia un tipo de historia—ciencia. Es decir, en primer lugar, la filosofía de la ilustración se encargó de elaborar un nuevo concepto de la historia que sirvió para significarla como realidad situada en el ámbito del pasado y como reflexión o representación de esa realidad.

Posteriormente, los representantes de la escuela histórica alemana —contra la filosofía de la historia—, fundamentaron la legitimidad de la investigación empírica, dando a conocer una primera sistematización orientada hacia el establecimiento de las formas en que el historiador habría de proceder a su trabajo.

Pero el acontecimiento fundamental que vino a hacer sólido el “paradigma” en la historia y a transformar radicalmente la investigación histórica, fue la profesionalización de la disciplina. Esto como consecuencia del cambio que trajo consigo una nueva forma de pensamiento representada por el positivismo. Es decir, a pesar de que a principios del siglo XIX habían sido creadas algunas cátedras de historia en las universidades, todavía no existía una auténtica “comunidad profesional” de historiadores. La existencia de ésta tuvo que ver con aspectos novedosos de la filosofía positiva de Augusto Comte. [112]

Para darnos cuenta del papel que jugó esta corriente de pensamiento en la constitución del “paradigma” en la historia y, con la finalidad de comprender la crisis que más tarde sobrevino a este mismo, intentaremos acercarnos de un modo muy general a algunos de los principales planteamientos de esta concepción filosófica.

El positivismo ha sido considerado como la reacción violenta contra el idealismo, es decir, que después del largo dominio de las especulaciones abstractas del idealismo alemán, el positivismo tendría como cometido el establecimiento de una concepción realista del mundo orientada hacia el análisis del hombre concreto, de las cosas concretas, encaminadas a comprender el mundo real, material.

Esta filosofía intentó quitarle a la historia todos los *aprioris* idealistas para entregarse de lleno a la realidad y encontrar en ella el sentido de la historia y del hombre. Los objetivos del positivismo —a decir de Ortega y Medina— fueron básicamente dos: uno que tuvo que ver con la crítica a las doctrinas idealistas, en tanto son incapaces de estudiar al hombre real, de carne y hueso; y el otro,

---

[112] Noriel, p. 59

fue el preparar un programa nuevo cuyo propósito fuera encontrar un verdadero sentido a la historia. [113]

Para resolver el problema anterior, Comte trató de encontrar una "ley natural" que aplicada al estudio de la sociedad pudiera explicar la evolución de la misma. La concepción que este hombre tuvo del conocimiento científico le fue dada por el contexto histórico que le tocó vivir, en el que la revolución industrial había hecho todavía más grande el prestigio y el reconocimiento de la ciencia. Esta había demostrado que el verdadero conocimiento es aquel que está sujeto a la experimentación, a través de la cual se comprueban las hipótesis teóricas. Así, la filosofía de la historia quedó desplazada por la filosofía de la ciencia, y en ella se consideraba que toda ciencia —que se precie de serlo— debe estar sometida a un método único y producir leyes. [114]

De esta manera es como el positivismo de Comte decide poner fin a la travesía metafísica dándole un giro radical y anteponiendo su interés por los hechos. El propósito ahora era empezar a fijar en la historia hechos, adentrarse en lo concreto—humano, pero esta tarea no solo debía reducirse al rescate y establecimiento de hechos objetivos, habría que interesarse en buscar más allá de ellos, buscar las leyes que los determinan, en suma, buscar leyes universales en estos. [115]

Esta última intención es la que impulsó a Comte a construir una ciencia de la sociedad: la Sociología; pensada de acuerdo al modelo de las ciencias de la naturaleza y con la pretensión de ayudar a los hombres a resolver los males de su tiempo. El entusiasmo general por la ciencia y el planteamiento de nuevos objetos para la investigación histórica, estimularon el apoyo que los gobiernos de los países desarrollados ofrecieron en pro del avance en el conocimiento histórico. Pero más allá de esto, la razón que explica dicho apoyo tuvo un carácter fundamentalmente político. El auge del positivismo está comprendido entre los años de 1860 y 1880, la guerra franco—alemana del 70 había acelerado el proceso de nacionalización de las naciones europeas, en consecuencia, los estados exigían a sus historiadores la función de levantar y difundir la identidad nacional de cada estado. [116]

En última instancia, el positivismo estuvo ligado a la ideología del pensamiento liberal burgués y así se extendió por toda Europa, especialmente, en Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Rusia e Italia. Pero su extensión hacia otros lugares y otras formas de pensar, lo hicieron objeto de variantes de considerable importancia que dieron origen a otras corrientes de pensamiento en la historia. Marx,

[113] Ortega y Medina, p. 43
[114] Ibid, p. 42
[115] Ortega y Medina, p. 43
[116] Gaos, p. 647

por ejemplo, elaboró su materialismo histórico. Spencer tomó como referente al darwinismo para realizar su sociología evolucionista y John Stuart Mill, empezó por examinar los fenómenos históricos para determinar sus leyes a través de una trilogía muy singular: raza-medio-momento. [117]

Ahora bien, este entusiasmo general por la ciencia que motivó a los diferentes gobiernos a brindar su apoyo a la disciplina histórica, hizo que el trabajo del historiador se transformara en un auténtico “oficio” tan digno de respeto y consideración como cualquier otro. Así tuvo lugar la profesionalización de la disciplina. Esta llevó a los historiadores a encontrar en la docencia su área de trabajo con la finalidad de transmitir a los más jóvenes los conocimientos de las generaciones anteriores. [118]

En este sentido, quedó establecido que quienes tuvieran interés por integrarse a la profesión, habrían de hacerlo después de recibir una formación especializada. Al mismo tiempo, esta formación tendría que verse reflejada al final en la realización de una tesis en la que se demuestre la puesta en práctica de las normas de cientificidad inherentes a la disciplina. Además de esto, la formación de comunidades de especialistas que empezaron a comunicarse entre sí por la vía de distintas revistas especializadas, fueron factores que contribuyeron con su aporte a la constitución del paradigma en la historia, que hubo de determinar, en mucho, la forma de trabajar hasta hoy conocida por el historiador. Kuhn lo expresa de la siguiente forma:

> (...) la creación de revistas especializadas, la fundación de sociedades de especialistas y la reivindicación de un lugar especial en el conjunto de los estudios generalmente están ligadas al momento en que un grupo encuentra por vez primera un paradigma único. [119]

En el seno de esta novedosa concepción histórica, fueron re—interpretados los fundamentos que habían dado forma a “la tarea del historiador” que décadas atrás planteó por vez primera Humboldt. Ahora estos principios eran adecuados a las exigencias del positivismo y la profesionalización. De entre estos, se llegó a afirmar que en tanto la historia sea una ciencia empírica, como la física o la fisiología, entonces ya no necesita de la filosofía ni de sus “intenciones últimas”. El método que se propone a seguir requiere de una actividad especializada cuya base sea el contacto directo con las fuentes y el empleo de un método expositivo rigurosamente científico, en el que cada afirmación este acompañada por una referencia a las fuentes y a las citas. [120]

---

[117] Ibid, p. 648
[118] Noriel, p. 63
[119] T. S. Kuhn, op. cit. p. 64
[120] Noiriel, p. 67

Y así, después de una serie de modificaciones y re—interpretaciones, hemos llegado al momento en que la construcción del "paradigma" en la historia era firme, sólido e iba en ascenso. Pero esta construcción no tardaría mucho en sufrir serias "críticas" y sus cimientos severamente golpeados por otras formas de pensar la historia.

2.2 Lo particular y lo general

Este fugaz recorrido realizado a través de las distintas formas de pensar la historia en el tiempo, da la impresión de ser una empresa vana y sin ninguna intención tras de sí. Pero a decir verdad, el conocimiento de éstas, nos permite pisar el terreno propio de las ideas en el que quedaron circunscritas las reflexiones teóricas que mantuvieron ocupada y preocupada a la intelectualidad mexicana durante los años cuarenta. Es decir, la primera gran "crisis" de la historia tuvo lugar en Europa durante las últimas décadas del siglo XIX, —cuando los fundamentos del positivismo se vieron amenazados por otras tendencias de pensamiento en la historia, edificadas sobre la base y crítica de esta misma corriente—, llegando a tener sus repercusiones en nuestro país hasta la segunda mitad del siglo XX; aproximadamente cien años después, por tanto, es menester detenernos aquí para considerar los problemas que suscitó la noción de la historia elaborada en Occidente y las soluciones que a estos mismos problemas fueron presentadas. Soluciones que, posteriormente, fueron motivo de reflexión para los intelectuales mexicanos de los cuarenta.

Esto desafortunadamente es así, por que como refiere Álvaro Matute, la teoría de la historia en México ha tenido como rasgo distintivo, la adecuación de las ideas que originalmente han surgido en el ámbito europeo a nuestra realidad concreta local. [121] Sin embargo, esto no demerita el esfuerzo realizado por quienes en este país no solo han realizado una enorme labor de asimilación y cotejo entre nuestra realidad y la universalidad que ha pretendido alcanzar alguna doctrina; sino que, incluso, dentro de este estrecho contexto, también han realizado aportaciones dignas de todo respeto y consideración. En este sentido, el ejemplo a la mano que se puede referir es el del propio historiador mexicano Edmundo O'Gorman.

El caso de este historiador será examinado más adelante, lo importante aquí es hacer énfasis en el hecho de que la crisis del cientificismo en Europa llegó a ser conocida en nuestro país hasta la década de 1940. Para poder entender las dimensiones de esta misma crisis en México, será necesario

[121] Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973), e*d. Sep—setentas Diana, México, 1981, p. 205.

remitirnos al origen de donde emanó la misma, es decir, conocer de raíz los principales planteamientos que fueron socavando a esta corriente concebidos en el ámbito de la reflexión europea sobre la misma.

Dicho análisis nos sitúa ahora en las últimas décadas del siglo XIX. Durante este periodo, el viejo continente fue testigo de la gestación de nuevos brotes y distintas direcciones de pensamiento en torno al conocimiento histórico. Estos diferentes causes que empezó a encontrar la forma de pensar la historia, advertían la presencia de una cierta reacción contra el cientificismo. Una especie de rebelión por parte de quienes se negaban a considerar a la ciencia como la única forma de conocimiento que podría existir. Fue una especie de rebelión en contra de una teoría que reducía el intelecto al tipo de pensamiento característico de la ciencia natural. Esta nueva dirección del pensamiento, en realidad, fue un esfuerzo más para volver a demostrar que la historia es una forma de conocimiento diferente al de la ciencia natural y tan válida por derecho propio como la segunda.

Aunque los defensores más representativos de estas nuevas ideas realizaron su esfuerzo a la sombra del positivismo y enfrentaron muchas dificultades por evitar el punto de vista positivo, en algunos otros puntos lograron superar esta dificultad. [122]

La problemática fundamental que hubo de originar la marcada crisis de la corriente positivista, vino dada cuando comenzó a pensarse en el ámbito de la investigación histórica positiva, el papel que habría de atribuirse a las relaciones entre lo particular y lo general; entre el análisis y la síntesis.

El positivismo en la historia advertía el peligro que representaba el realizar generalizaciones prematuras a través de las cuales se corriera el riesgo de tener una recaída en los vastos sistemas *a prior* que pretenden abarcarlo y explicarlo todo. El planteamiento se basa en una investigación lenta y metódica edificada sobre la base de lo particular y cuya aspiración es llegar a lo general; es decir, otorgar más importancia a lo particular por encima de lo general, puesto que lo segundo vendrá sólo si hay una construcción sólida y sistemática de lo primero.

Sobre el problema de lo particular y lo general fueron atacadas las dos escuelas cientificistas de la historia: la escuela positivista en Francia y la escuela conservadora alemana que tuvo su origen en Ranke.

Estas dos escuelas antagónicas coincidían en que la historia "puede" y "debe ser" un conocimiento "objetivo". La primera de ellas se caracterizó por un marcado desinterés por lo filosófico y la absolutización por el "hecho científico". Esto provocó que la reflexión teórica de los historiadores de esta corriente fuera quedando sofocada y, en consecuencia, mostraran un peculiar desdén por el

[122] Collingwood, op. cit. p. 136

análisis de lo particular y lo general, al cual contraponían, el establecimiento de un empirismo de principio, el culto del objetivismo y los hechos desnudos. [123]

Mientras la escuela positivista estaba interesada en la búsqueda de "leyes" y "tendencias", la escuela alemana cifró su atención en los acontecimientos políticos y las instituciones jurídicas pero, particularmente, predominaban sus estudios sobre personajes notables, pues según esta corriente, la historia consiste en la aparición de la divina providencia manifestada a través de la acción de personalidades significativas en las cuales se condensan todas las ideas y tendencias de una época. Consideraban también que el carácter científico de la investigación histórica dependía en alto grado de los métodos críticos y exactos de investigación sobre las fuentes. [124]

La prioridad por lo particular, dejando prácticamente a un lado lo general, fue el basamento que sostuvo a la escuela conservadora alemana, pero a la vez, hubo de convertirse en el blanco hacia el que se destinarían los ataques de sus críticos. En un manuscrito de 1860, Ranke dejó en claro su posición al respecto:

> La investigación de lo particular, incluso de un punto único, tiene su mérito cuando está bien hecha (...) No tenemos por que temer poner fin a las vagas generalidades con las que se contentaba la época anterior (haciendo alusión a Hegel). Comprender la totalidad y hacer justicia, no obstante, a la ley de la investigación quedará siempre, por cierto, como un ideal. [125]

Karl Lamprecht, un importante representante del cientificismo alemán, marcó una pauta en lo que a la crítica de esta corriente se refiere. Llegó a la conclusión de que la línea seguida por Ranke en sus investigaciones, reduciendo la historia a la actividad de personas notables y a la descripción de hechos políticos, era insatisfactoria.

La crítica de Lamprecht partió de una consideración inicial: "(...) ¿es posible que se considere científico el estudio de los singular? (...)". Su respuesta ponía énfasis en la reflexión teórica sobre lo particular y lo general que no era precisamente algo en lo que se detuvieron a pensar concienzudamente los historiadores cientificistas. Para él trabajar científicamente supone el establecimiento no solo de lo singular, sino más importante aún, de lo universal. Dominar el vasto mundo de lo singular mediante conceptos generales que proporcionen la posibilidad de un efectivo dominio sobre la particularidad y su ordenación. En oposición a la vieja tradición en la que se había

---

[123] I. S. Kon, *El idealismo filosófico y la crisis en el pensamiento histórico*, eds. Cultura popular, México, 1974, pp. 225.
[124] Ibid, p. 47
[125] Leopoldo Von Ranke, "Lo particular y lo general en el estudio de la historia (Manuscrito de 1860)", en Ortega y Medina, op. cit., p. 170

formado, Lamprecht no se sujetó a la orientación “individualista” que dominó el cambio de la investigación histórica. Él propugnaba por una nueva orientación “colectivista” en la que la masa sea considerada el actor principal de la historia. Su orientación estuvo marcada por un determinismo, pero en el que los factores más importantes no eran los materiales. El trató de encontrar las “leyes de la historia” en la sicología de los hombres. [126]

Para Lamprecht, la historia debe ser entendida como la historia de la cultura, es decir, una historia cultural en la que se pueda dar testimonio de los distintos factores que han contribuido al desarrollo psíquico y social de los hombres, sus relaciones con el lenguaje, la economía, el arte, etc. La clave para poder entender la peculiaridad de cada periodo histórico —según Lampracht—, tiene que buscarse en la “Conciencia de los pueblos”. [127]

La creciente influencia del positivismo en el campo de la historia había enfrentado a los historiadores cientificistas de la “escuela de los hechos” a un empirismo llevado a su extremo, que se afirmaba, además, como el mayor y más grande obstáculo que habrían de librar, cuando frente a ellos les era presentada una problemática llevada al terreno de lo teórico.

En este sentido, la reflexión teórica de estos historiadores se encontraba rezagada, desarmados e inertes en el terreno filosófico, fueron comprobando con pena la vaguedad de sus puntos de vista cifrados, fundamentalmente, en un pragmatismo de principio.

2.3 Análisis y síntesis

En el marco de la reflexión positivista en Francia, las reflexiones sobre lo particular y lo general fueron pensadas a nivel de la relación entre el “análisis” y la “síntesis”. Es decir, el problema que representó para los historiadores alemanes una verdadera reflexión sobre el paso ascendente de lo particular a lo general, llevó a la escuela francesa a considerar una nueva concepción del problema, pero entendida bajo los términos de “análisis” y “síntesis”.

Para estos historiadores positivistas, también representaba una complicación especial poder generalizar observaciones particulares, pues para esta corriente, el estudio de lo particular supone el “análisis” de una parte del todo a la que el historiador debe enfrentarse con la finalidad de explicarla. Según esta escuela, la particularidad se encuentra presente en cada época, en cada cultura, en cada uno de los mundos que el historiador estudia, de tal modo, que cada particularidad

[126] Kon, p. 51
[127] Ibid, p. 52

era entendida como una expresión del todo, a la que debía otorgarse el "nexo" correspondiente que vaya uniendo los distintos elementos de la particularidad y dé sentido a su relación con la totalidad.

De esta manera, el trabajo que supone la "síntesis" debe aguardar a una realización efectiva, lenta y metódica del análisis. El análisis fue pensado desde el punto de vista científico y de acuerdo al uso que algunas ciencias como la química orgánica hacen de éste. Es decir, en el ámbito de la ciencia, el trabajo de análisis permite producir nuevas sustancias a partir del aislamiento, purificación y combinación de ciertos elementos presentes en las mismas, con la finalidad de ir obteniendo una nueva síntesis.

Esto es lo que algunos historiadores franceses como Charles Victor Langlois y Charles Seignobo sugerían que fuese aplicado al ámbito de la investigación histórica. [128]De acuerdo con esta manera de concebir la investigación científica adecuada al caso de la historia, lo importante ahora era dar preferencia al estudio del "análisis" como fundamento del oficio del historiador. Esto es, realizar operaciones directamente sobre los materiales al igual que la química orgánica procede para con las sustancias que analiza. Sólo que aquí, la crítica externa e interna de los documentos serán a la historia lo que el aislamiento y la purificación son a la química, la diferencia entre ambas es que la historia no aísla y purifica sustancias sino hechos.

Así, el trabajo de análisis adquiere un estatuto dentro de la jerarquía que corresponde a la labor del historiador y sólo después de haber cubierto esta parte de su trabajo, entonces éste estará en condiciones de realizar "síntesis", comparando, relacionado y agrupando los hechos, en cuadros generales que den por resultado el establecimiento de los mismos desde el punto de vista científico.[129]

Pero esta manera de concebir la investigación histórica desde el punto de vista positivista, requería la participación de toda la comunidad profesional de historiadores a que había dado lugar la institucionalización de la disciplina con el positivismo mismo. Las pretensiones supuestas de dicha corriente no podían ser trabajo de uno solo o de varios "autores", sino de todos los involucrados en la disciplina. Un trabajo así exigía la colaboración de todos los investigadores.

Langlois y Seignobos hacían referencia a este hecho planteando en la relación análisis—síntesis una división de carácter "horizontal". Es decir, una división que tuviera que ver con los diferentes niveles de formación por parte de quienes integran la comunidad profesional. [130]

---

[128] Noiriel, p. 70
[129] Ibid, p. 69
[130] Ibid, p. 69

Planteado de esta forma, a los historiadores más jóvenes les sería destinado el trabajo de "análisis" en el que se apliquen las reglas propias del método científico a la investigación histórica, estudiando directamente las fuentes con sus correspondientes técnicas de erudición. Estos historiadores estarían sujetos a la supervisión y dirección de sus profesores quienes se ocuparían del trabajo que supone la "síntesis". En esta última parte, los historiadores consagrados dedicaron prácticamente todo su tiempo a la "síntesis" mediante el estudio sistemático del trabajo hecho por sus alumnos en el "análisis", para ir integrando este último en construcciones generales.

De esta manera, el carácter científico de la historia empezó a entenderse como un trabajo de todos. La cientificidad de la historia habría de ser un peldaño por ocupar, pero un lugar que sólo podría ser ocupado si los historiadores trabajaran juntos en la construcción de un saber especializado que haga la producción de hechos algo no exento de ser verificado.

Bajo esta postura la disciplina histórica, en tanto ciencia, trastocó su significación inicial. Para los historiadores positivistas el carácter científico de la disciplina ya no tendría que ver tanto con el hecho de que ésta obedezca los principios teóricos que rigen a las ciencias de la naturaleza; sino más bien, el carácter científico a esta disciplina le sería dado en tanto se entendiera como un conocimiento aceptado por el conjunto de los historiadores competentes.

Es así como los historiadores positivistas franceses decidieron afrontar el problema de lo particular y lo general, pero significado bajo las categorías de "análisis" y "síntesis". De esta misma forma, intentaron dar una solución elevándose al plano de las amplias generalizaciones sólo después de un intenso y exhaustivo trabajo sobre la particularidad, entendida como "análisis".

Pero levantar el vuelo hacia las generalizaciones, sólo se quedó entre estos historiadores positivistas como un ideal, ya que la investigación histórica desde una concepción cientificista fue revelando toda una serie de dificultades que hicieron prácticamente imposible alcanzar el nivel deseado de generalización y terminó haciendo aquello que criticó. Termino idealizando la investigación histórica bajo el supuesto de que la historia no puede ni debe limitarse únicamente a la descripción de hechos, sino que debe producir una generalización sobre la base de estos y extraer de los mismos leyes definidas. Cuestión que nunca fue alcanzada.

Los investigadores positivistas fueron advirtiendo los peligros de las generalizaciones. Ante la dificultad que representaba el estudio de los materiales, estos aumentaban de forma considerable y, al momento de la "síntesis", empezaban a disiparse las líneas claras y precisas a seguir consideradas inicialmente.

Esta circunstancia abrió el camino a las vacilaciones, al temor a las generalizaciones y al escepticismo. El método planteado en un principio no cubrió las expectativas que se esperaban. El trabajo "horizontal" entre los historiadores evidenció ser muy lento y la acumulación de los estudios monográficos realizados por los estudiantes sólo dio por resultado el establecimiento de "síntesis" incompletas e incoherentes.[131]

Los historiadores del positivismo poco apoco se fueron enfrentando a un cuadro complejo. Los conceptos generalizadores optaron por rechazarlos, pero no fueron capaces de crear otros nuevos. Invadidos por un gran escepticismo, los historiadores de esta corriente afirmaron que sólo los hechos eran reales y que las generalizaciones representaban un juego intelectual subjetivo, que hacía falta emplearlo lo menos posible. Ante la falta de fundamento de las generalizaciones, la historia escrita desde una perspectiva positivista buscó salida negándolas, procurando salvar su "objetivismo" y escudándose detrás de la comprobación de los "hechos puros".[132]

2.4 El problema de la verdad en la historia

En el ámbito intelectual europeo las críticas y reflexiones de una nueva oleada de pensadores y filósofos, tomaron la forma de duros embates destinados a minar el territorio de la escuela positivista en la que muchos de ellos se habían formado. La crítica del conocimiento histórico iniciado a mediados del siglo XIX se intensificó a finales del mismo y cobro una fuerza avasalladora a principios del siguiente. Este nuevo movimiento intelectual, con marcados matices de renovación, fue ganado el espacio suficiente como para quedar constituido en una corriente de pensamiento distinta, cuyo paso arrollador amenazaba con quitarle al positivismo su lugar en la reflexión histórica y filosófica. A esta corriente le fue dado el nombre de *Filosofía Crítica de la historia* y, en ella, quedaron condensadas las más diversas tendencias filosóficas concebidas a partir de la crítica a la que fue sometida la filosofía de la ciencia.

De esta novedosa corriente emanaron distintas vertientes y formas de pensamiento que habrían de dar al historicismo su forma más acabada: el neokantismo, el neohegelianismo, el "vitalismo", el "existencialismo" y la "fenomenología", sólo por citar algunas de las más representativas.

Si bien es cierto que en el escenario de las ideas el positivismo había sufrido serias embestidas bajo el problema de la particularidad y la generalidad, también lo es que este no fue el mayor y más

[131] Kon, p. 53
[132] Ibid, p. 55

grande problema que enfrento. Las nuevas corrientes de pensamiento apuntaban en el marco de sus reflexiones hacia un problema crucial que, en última instancia, determinó en mucho la revolución que sacudió al mundo de la ciencia, la filosofía y la historia en el viejo continente. El problema al que nos referimos es al de la verdad.

La importancia de abordar el problema de la verdad en este apartado tiene que ver con el hecho de que, sobre este mismo problema, fue sobre el que se desató la discusión en nuestro país en la década de los cuarenta. Esto trajo como consecuencia la emancipación del conocimiento histórico respecto a las teorías positivistas y cientificistas, dando lugar al advenimiento de una nueva escuela marcada por el historicismo.

En efecto, el principal objetivo de la escuela historicista en nuestro país fue el combatir con todo su arsenal teórico y filosófico al cientificismo dominante en México, defendido y practicado por importantes historiadores cientificistas, los cuales, hicieron suyo el "culto a los hechos" y la "objetividad" como aspiración suprema. La reflexión filosófica sobre la verdad, sin duda, nos acerca cada vez más a la comprensión de lo que fue discutido en los años cuarenta por los intelectuales mexicanos. Por tal motivo, a continuación propongo una breve génesis acerca de la misma.

A finales del siglo XIX, los historiadores positivistas analizaban minuciosamente las fuentes, y reducían su labor al acopio de montañas de documentos y hechos. Como fue señalado, pocos intentaron pisar el terreno de las amplias generalizaciones. Su labor quedó justificada bajo los principios de "exactitud" y "prudencia científica" que no hacían sino restringir el horizonte de la historia. El pensamiento positivista se desarrolló bajo la consigna de "objetividad" porque la finalidad era que el historiador diera cuenta del pasado histórico tal y como había sucedido.

Sin embargo, la idea de la "verdad objetiva" que dominó la esfera del pensamiento europeo durante el siglo XIX y las grandes revoluciones que habían tenido lugar en algunas ciencias como la física, demostraron la imposibilidad de alcanzar una "verdad objetiva", en consecuencia, la ciencia fue objeto del más desenfrenado relativismo, un relativismo que permeó otras formas del saber como las matemáticas, la química y la biología. [133]

La física había demostrado ya la "falta de leyes" en el microcosmos. Con ello, libero también a los hombres de la esclavitud de las mismas. La ciencia física devolvía su autonomía al proceso histórico.

La crisis en el pensamiento científico tuvo sus repercusiones en el pensamiento histórico, como una lógica consecuencia de la influencia del primero sobre este último. En el caso de la física como en la

[133] Ibid, p. 52

historia, por ejemplo, la crisis tuvo lugar en cuanto a la actitud mecanicista que ambas compartían en relación a su forma de proceder. Fincaron sobre la base de un materialismo metafísico el estudio de sus respectivas áreas de la realidad. Pero las dificultades que encontró a su paso el desarrollo del pensamiento científico, provocó que los problemas en éstas ciencias se multiplicaran y se extendieran vertiginosamente, haciendo prácticamente insuficientes sus antiguos métodos de investigación.

En consecuencia, las deficiencias teóricas del conocimiento científico fueron aprovechadas por el idealismo filosófico, el cual, no vaciló en desatar aplastantes críticas que tuvieron como finalidad invalidar la posibilidad misma del conocimiento científico. La nueva filosofía de la historia, entonces, se esforzó por darle un sentido diferente al proceso histórico pero sin el auxilio de las ciencias de la naturaleza y sin la pretensión de encontrar en ella leyes que expliquen el desarrollo social. [134]

Este giro en el pensamiento fue testigo de la gestación de una nueva idea en torno a la historia, misma que quedó ensamblada bajo los lineamientos propuestos por una nueva forma de hacer historia a la que se dio el nombre de: historicismo.

Esta corriente nació de la crítica hecha al conocimiento histórico cientificista y a los supuestos teóricos que la sustentaron. Además, se afirmó como una franca opositora del mecanicismo y el determinismo, a los cuales, contrapuso un relativismo y un perspectivismo de principio. El pensamiento historicista fue expuesto en su momento por José Gaos de la siguiente forma:

> Del historicismo se ha dado esta definición: es la filosofía que sostiene que el hombre no tiene naturaleza, sino historia. Se quiere decir que en el hombre no hay nada de una naturaleza inmutable, sino que al hombre lo penetra toda la mutación histórica (...) La concepción historicista de la realidad o el historicismo en general (...) pretenden ser una pura descripción de la realidad universal. [135]

El cómo se llegó a esta manera de concebir la historia nos remite al pensamiento filosófico de algunos de sus principales precursores. A finales del siglo XIX, Arturo Shopenhauer negó categóricamente el derecho a llamar ciencia a la historia: "(...) aunque nos brinda conocimientos, no es una ciencia, puesto que nunca conoce lo particular a través de lo general, y siempre debe aceptar

---

[134] Ibid, p. 60

[135] José Gaos, "Notas sobre la historiografía" en *Historia Mexicana,* vol. IX, núm. 4, abril-junio de 1960, p. 507.

indirectamente lo particular como tal (...)”. [136] Para Shopenhauer, la historia no sólo no es capaz de aprender lo general, sino que de lo singular sólo captura lo más superficial.

La idea sostenida por Shopenhauer más tarde fue reforzada por Federico Nietzsche, quien condenó rotundamente la historia objetiva y naturalista. Exigió que el conocimiento fuera puesto al servicio de la vida, que el conocimiento histórico, en tanto emanación del primero, fuera puesto al servicio de la misma. Nietzsche también hizo suya la negación de la historia como ciencia y se lanzó a la defensa de lo considerado en su tiempo como “anti—histórico”:

> Como la historia sirve a la vida, sirve a una fuerza no histórica, y por este motivo nunca podrá ser una ciencia pura, como las matemáticas. [137]

Su posición frente al problema de la verdad advertía la presencia de uno de los antecedentes más preclaros de esta novedosa corriente de pensamiento:

> (...) lo necesario es que algo deba ser tenido por verdadero, no que algo que sea verdadero. El mundo verdad y el mundo apariencia (...) El hecho de que nosotros debamos tener estabilidad en nuestra fe para medrar nos lleva a imaginar al mundo verdadero como inmutable, no como un mundo que varía y deviene [138]

En Inglaterra, un importante filósofo, Bradley, se convirtió en el jefe del movimiento intelectual crítico al causar revuelo en el mundo de la historia con la publicación de su libro *Premisas de la historia crítica* (1874). En él, Bradley manifestó su posición escéptica con relación a la posibilidad de alcanzar una “verdad objetiva” en la historia. La actitud que despertó la reflexión de este pensador fue la de un nuevo historiador crítico que no se contentaba con decir: “(...) Las autoridades afirmaban que ocurrió tal y tal suceso y, por tanto, yo creo que así fue (...)” sino que ahora dice: “(...) Las autoridades afirman que sucedió y a mí me toca decidir si dicen o no la verdad (...)”. [139]

Bradley partió del hecho de que una historia crítica era posible, y que toda la historia, en realidad, había sido hasta cierto punto crítica. Este filósofo sostuvo que el conocimiento histórico no era producto de una mera aceptación pasiva de testimonios, sino de una interpretación crítica de ellos. Esto supone un criterio que el historiador lleva consigo al trabajo de interpretación. Por lo tanto, el criterio es el historiador mismo. De este modo, afirmó que la historia crítica debe tener un criterio y

---

[136] Arturo Shopenhauer, “El mundo como voluntad y representación.” Libro III en: Fernando Montes de Oca (comp.). *La Filosofía en sus fuentes*. Porrúa, México, 1976, p. 46.

[137] Federico Nietzsche “La voluntad de poder” en Montes de Oca, p. 46.

[138] Ibid, p. 47

[139] Collingwood, p. 142

éste sólo puede serlo de quien la escribe, porque el historiador no puede ser un apacible espejo que refleje lo que el testimonio dice. Éste sólo es capaz de hablar cuando el historiador se esfuerza por interpretarlo, pero en dicha interpretación, el historiador pone su propia experiencia, es decir, su manera de experimentar el mundo en que vive para que sea ésta, en última instancia, la que lo ayude a decidir o a formarse un criterio con relación al testimonio que está interpretando. [140]

De este modo, Bradley también hizo evidentes sus dudas sobre la posibilidad de alcanzar una "verdad objetiva" en el campo de la historia. Sostuvo que el criterio de la verdad histórica es el propio historiador, quien es el que estudia, selecciona y generaliza los datos de las fuentes con relación a su propia experiencia humana, su medio social, sus puntos de vista, etc.

Bradley consideró que no había por qué sojuzgar el pensar histórico a los caprichos de la soberana absoluta del mundo intelectual de su tiempo: la ciencia. Para él, el único criterio de la historia es la historia misma y no necesita la validez de nada que esté fuera de ella; es un pensar autónomo en sus principios y métodos, sus leyes son las del espíritu histórico que se crea a sí mismo en la labor de investigación histórica.

La tenaz polémica que este filósofo sostuvo contra la lógica positivista tuvo que ver con el hecho de que para él, lo abstracto universal y lo abstracto particular no existen. Lo único que tiene realidad es lo concreto particular y lo concreto universal, como formas distintas que se condensan en lo individual. Lo que es real es lo individual. Pero este individual, por su diversidad, puede considerársele también universal. De modo que al hombre se le puede llamar particular, o también universal, "porque al ser individual, es en realidad los dos (...) lo individual es al mismo tiempo un concreto particular y un concreto universal." [141]

Así la participación de Bradley dio lugar a una nueva forma de concebir la realidad histórica que no consiste ni en particulares aislados ni universales abstractos, sino en hechos individuales cuyo ser es histórico.

Por otra parte, en Francia, las críticas al determinismo en el terreno de lo histórico corrieron a cargo de dos importantes filósofos: Gournot y Boutreux. El primero llegó a la conclusión de que la historia no estaba sujeta a leyes, sino tan solo a la probabilidad. Para el segundo, las leyes de la naturaleza no estaban sujetas a la causalidad sino a la "casualidad", por tanto, afirmó sin menoscabo que "en el fondo todo es casual". [142]

---

[140] Ibid, p. 144
[141] Ibid, p. 147
[142] I. S. Kon. *El idealismo filosófico....* op. cit. p. 70.

2.5 Objetivismo y subjetivismo

La crisis en el pensamiento cientificista y positivista había llevado a los historiadores de la llamada "filosofía crítica" a considerar la imposibilidad de un conocimiento objetivo; en consecuencia, terminaron reduciendo el conocimiento histórico a una actividad de la conciencia.

Nuevamente la filosofía idealista reafirmó su posición, al socavar los cimientos de la añeja tradición realista sobre la que ha descansado el pensamiento filosófico de Occidente y, que a decir de Edmundo O'Gorman, desde los griegos, ha tenido como apriorismo fundamental y condicionante de todos sus razonamientos, la idea de que las cosas, son ellas, algo en sí mismas.

El insondable debate en el que se encuentran y desencuentran las posiciones realistas e idealistas, cobró vigencia en el mundo intelectual mexicano durante los años cuarenta como una emanación de los alcances logrados en el ámbito de las corrientes idealistas—subjetivistas en el viejo continente.

El problema también es tan añejo como las posturas en pugna. El realismo aboga por la idea de la "objetividad" e independencia de nuestros propios pensamientos o conceptos respecto a los objetos. Esta corriente, afirma que todas las cosas, todo lo que vemos, tocamos y oímos, es tan independiente a nosotros, a nuestro verlo, tocarlo u oírlo, que seguiría existiendo tal y como existe, aún cuando dejara de existir todo sujeto capaz de verlo, tocarlo u oírlo[143]. De aquí se desprende el llamado "sustancialismo" que, como se verá, más adelante, fue uno de los puntos medulares hacia el que se destinaron los ataques del historicismo en general y del más grande exponente historicista mexicano en particular : Edmundo O'Gorman[144].

El idealismo por su parte, opone a lo anterior la idea de la subjetividad de nuestras cualidades sensibles. Es decir, esta corriente afirma que son nuestros conceptos, los que integran a la realidad y consecuentemente a los objetos que forman parte de esa realidad. Para el idealismo, son nuestros conceptos no sólo los que integran o construyen los objetos de nuestro pensamiento científico—natural. [145]. La razón integra a la realidad, o dicho en otras palabras: "que el ser de las cosas no es algo que ellas tengan de por sí, sino algo que se les concede u otorga."[146].

---

[143] Gaos, *Historia de nuestra idea,* op. cit., p. 365.

[144] El pensamiento "sustancialista" define la idea de que el ser —mas no la existencia de las cosas—, es algo definitivamente sustancial e inminente a las cosas mismas, es decir, que lo que se piense en un momento determinado que "es" una cosa, es lo que en realidad ha sido siempre y para siempre será, sin que haya alguna posibilidad de que deje de ser lo que "es", para ser algo distinto.

[145] Gaos, p. 366.

[146] Edmundo O'Gorman, *La invención de América,* Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 48.

En el presente trabajo no pueden exponerse ampliamente los numerosos intentos hechos para resolver el "problema de la realidad" por las variedades del realismo y el idealismo; sin embargo, si podemos advertir, que es precisamente en este punto en el que la realidad se vuelve un problema para estas dos diferentes posiciones filosóficas. En el "problema de la realidad", tocan fondo estas dos irreconciliables visiones del mundo, enfrentadas a un problema prácticamente insalvable o imposible: ¿se trata de probar la existencia de un mundo exterior "ante los ojos", o la existencia de un mundo exterior concebido desde el fondo de la conciencia?, dicho de otro modo: ¿la realidad es lo que vemos o lo que nos figuramos ver?

Sin embargo, las corrientes idealista-subjetivistas cobraron cada vez más fuerza en el debate filosófico sobre la verdad al haber establecido los "límites" de la ciencia y, consecuentemente, proponer caminos distintos a seguir en los que se pueda encontrar la manera de probar que la verdad no es algo que se encuentra expresamente "frente a los ojos" de un hombre, sino algo que éste construye, concibe, se figura o cree.

Hacia 1890, Wilhem Dilthey afirmaba que para poder analizar y comprender la "realidad exterior" es menester, en primer instancia, considerar como punto de partida al análisis de la conciencia.

> (.....) Pues si ha de haber para el hombre una verdad universalmente válida, es necesario aplicar el método propuesto por primera vez por Descartes, abriéndose el pensamiento un camino desde los hechos de la conciencia hasta la realidad externa (.....). [147]

Treinta y siete años más tarde (1927), Martín Heidegger también hizo del "problema de la realidad" uno de sus puntos de reflexión y, al respecto, emitió la siguiente aseveración:

> (....) con el limitarse a una fe en la realidad del mundo exterior se sigue concibiendo inadecuadamente el problema, al devolverle expresamente a esta fe su propia legitimidad. En el fondo se repite la petición de una prueba, aunque se intente satisfacerla por un camino distinto del de una prueba rigurosa... Creer en la realidad del mundo exterior, con o sin derecho, probar esta realidad, satisfactoria o insatisfactoriamente, presuponerla, expresamente o no, semejantes intentos presuponen un sujeto que empieza a carecer del mundo o no estar seguro del suyo y que por tanto necesita en el fondo asegurarse primero de uno (....). [148]

De esta manera las corrientes filosóficas idealistas, —consideradas por algunos, como la más fuerte expresión del irracionalismo vertido en corriente filosófica—, adquirieron un impresionante auge en

[147] Wilhem Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu,* Fondo de Cultura Económica, 2ª Edición, México, 1949, p. 37.

[148] Martín Heidegger, *El ser y el tiempo,* Fondo de Cultura Económica, México, 1997, pp. 478,p. 226.

la esfera del pensamiento europeo en las primeras décadas del siglo XX. La importancia de éstas y su significación para el conocimiento histórico, hicieron eco en nuestro país en la ya aludida década de los años cuarenta, en buena medida, a consecuencia de la accidentada y a la vez oportuna llegada de quienes fueron los transmisores de estas nuevas ideas: los intelectuales transterrados españoles. Ideas prácticamente desconocidas en el medio académico de la historia en México y, cuya responsabilidad directa, se atribuye a la generación de estos intelectuales exiliados de la guerra civil española.

Gracias a ellos fueron conocidas las nuevas vertientes del pensamiento europeo. Estas novedosas corrientes filosóficas, influyeron de manera importante en el pensamiento de quienes se formaron en los cursos de estos distinguidísimos catedráticos españoles. De los cursos de José Gaos, uno de los más destacados intelectuales españoles del exilio, salieron importantes historiadores mexicanos.[149]

Ahora bien, de entre estas corrientes de pensamiento que alcanzaron una difusión considerable en la recién profesionalizada carrera de historiador en México, destaca por su importancia el existencialismo. Esta corriente se remonta al danés Soren Kierkegard (1813-1855), en tanto que otros importantes representantes alemanes fueron: Federico Nietzsche, Karl Jáspers, Martín Heidegger y Luwing Sinswanger.

El existencialismo no busca valores absolutos, normas establecidas o leyes universales. Su interés se centra en acercarse al hombre "real" en su existencia auténtica y desnuda. Las preguntas por el ser y el sentido del mundo, ya no las busca por referencia a respuestas absolutas, eternamente válidas; sino en la dimensión del tiempo en la que el ser humano se cuestiona en su soledad, en su cuidado y en su angustia. Esta corriente sostiene que es nuestra duda la "esencia del hombre", tradicionalmente dada por supuesta, y que permitía una mirada "objetiva" de la existencia. El hombre no puede seguir siendo objeto de un estudio frío y calculador. El hombre sólo puede ser aprehendido "desde dentro", en tanto ser autónomo en su temporalidad y su finitud. En última instancia, el existencialismo se ocupa de estudiar la existencia del hombre, entendida como una realidad total"[150].

Por otra parte, la fenomenología, con toda su fecundidad y alcance, también hizo acto de presencia en el escenario de las ideas de nuestro país, al ser considerada como uno de los más grandes acontecimientos intelectuales del nuevo pensamiento filosófico europeo. La fenomenología parte de la experiencia sensible del ser humano y trata la serie de fenómenos de la conciencia. Se interesa por el estudio de las "esencias" (conceptos, principios lógicos u objetos ideales) que acompañan a las

[149] Josefina Zoraida Vázquez. *La historiografía mexicana*... Op. Cit., p. 4.
[150] Julián Marías, *Historia de la filosofía,* Alianza Universidad, Madrid, España, 1985.pp. 350.

vivencias; entendidas estas últimas como "intencionales" que apuntan hacia un objeto con miras a encontrar una significación. Partiendo de Hegel, Husserl buscó fundar un objetivismo nuevo en la experiencia sensible por medio de una razón que es innata a la humanidad. Tomó como eje la relación hombre—mundo, "el ser para el mundo", que es siempre intencional, o sea que el conocimiento y la conducta del hombre responden a una intencionalidad consiente, se refieren a un mundo que desde siempre está estructurado por el hombre y es modificado por él, con lo cual, adquiere valor y sentido la ya citada concepción de Sartre: (....) El hombre está condenado a la libertad (....) que posteriormente fue modificada por el pensamiento fenomenológico francés, en particular, por el fenomenólogo francés Merleau-Pounty en: (....) El hombre está condenado al sentido (....)[151].

Otra más y, quizá, la más importante de las innovaciones filosóficas conocida en nuestro país, fue la presentada bajo el nombre de "Filosofía de la vida" cuyo origen se remonta al pensamiento de Wilhelm Dilthey. Dilthey intentó elaborar una "Crítica de la razón histórica" necesaria para completar las tres críticas de Kant. Sin embargo, la intención de Dilthey, más tarde, fue rebasada por el pensamiento de otro gran filósofo, en este caso español: Ortega y Gasset, quien con su "Idea de la vida", construyó todo un sistema filosófico conocido con el nombre de "Filosofía de la razón vital".

Esta nueva filosofía de la razón vital, también aterrizó en el contexto cultural del México de los años cuarenta, fundamentalmente, por conducto de José Gaos, —considerado en aquellos momentos como el alumno predilecto de Ortega— y quien se encargó de fundar una auténtica escuela histórica en nuestro país.[152]

El punto de partida de este nuevo enfoque histórico, lo encontramos en el pensamiento del Wilhelm Dilthey aunque, cabe advertir, que el pensamiento de Ortega, no fue por influencia directa de éste. Ambos, centraron sus reflexiones en torno a la "Idea de la vida" pero por caminos diferentes".[153]

Sin embargo, si es posible encontrar, dos puntos de referencia semejantes en el pensamiento de estos dos grandes filósofos. Por ejemplo, la lucha contra el "naturalismo" fue una lucha compartida por los dos, aunque en el correspondiente tiempo y momento de cada cual.

---

[151] Ibid., p. 3392.

[152] Josefina Zoraida. *La historiografía...*, Op. Cit., p. 5.

[153] Así lo expresa el propio Ortega en su prólogo para alemanes: "Ahora bien, ni yo ni nadie en Alemania — salvo, a lo sumo, sus personales discípulos— sospecha en 1913, ni mucho tiempo antes, ni mucho tiempo después, que Dilthey representaba una filosofía de la vida, al contrario, Dilthey representaba la convicción de que no se podía tener una filosofía". Ortega y Gasset, *Prólogo para alemanes,* en: Montes de Oca, *La filosofía en sus fuentes,* op. cit., p. 18.

Mientras que Dilthey mostró una oposición radical a la transformación de las ciencias humanas en una replica de las ciencias naturales, —aduciendo una división entre éstas y, sugiriendo además, el nombre de Ciencias del Espíritu para las primeras—[154], Ortega pugnaba por una auténtica razón, pero no precisamente científica, sino histórica: "En suma, que el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... Historia, o lo que es igual: lo que la naturaleza es a la cosas, es la historia al hombre"[155].

Si bien es cierto que en el pensamiento de estos dos hombres, encontramos una oposición franca y abierta, a la inserción de la historia en las ciencias de lo natural, también lo es, el hecho de que para los dos, la única realidad radical es la vida. Su oposición no sólo fue contra el "naturalismo" sino también en contra del pensamiento abstracto idealista, al cual, antepusieron el fenómeno de la vida, como el basamento que sostiene a la única realidad del hombre.

Dilthey rechazó el racionalismo por considerarlo "consecuencia de una simple actividad intelectual". El conocimiento de lo humano, no puede llegar por la vía de las consideraciones abstractas del racionalismo. Dilthey incitó ir a la concreto, a lo vital: "La vida es el hecho fundamental, que ha de servir de punto de partida a la filosofía", demostró que esa realidad esencial y única, no se puede expresar mediante generales abstractos[156].

Por otra parte, Ortega, también manifestó su inconformidad en relación al pensamiento idealista. Consideró que únicamente reduce la realidad toda del hombre a un proceso de la conciencia. Para éste filósofo español, el pensamiento idealista sólo aleja al hombre de su auténtica y genuina realidad: la vida. Así lo expresó el propio Ortega:

> Por eso he sido y soy enemigo irreconciliable de este idealismo que al poner el espacio y el tiempo en la mente del hombre pone al hombre como siendo fuera del espacio y del tiempo.[157]

Y en otro de sus ensayos expresó:

> La vida humana es una realidad extraña, de la cual lo primero que conviene decir es que es la realidad radical, en el sentido de que a ella tenemos que referir todas las demás, ya que las demás realidades, efectivas o presuntas, tienen de uno u otro modo que aparecer en ella[158].

---

[154] Dilthey Wilhelm. *Introducción...* Op. Cit., p. 18.
[155] Ortega y Gasset, *Historia como sistema*, ed. El Arquero, Madrid, España, 1970, pp. 152, p. 51.
[156] Dilthey, Ibid., p.19.
[157] Ortega y Gasset. *Prólogo para los alemanes...* Op. Cit., p. 494.
[158] Ortega y Gasset. *Historia como sistema...* Op. Cit., p. 3.

Para estos pensadores en la "comprensión" de la vida, de mi vida y de la del "otro", se encuentra el extracto de la razón histórica. La vida como historia, o la historia como vida, fue uno de los planteamientos de Edmundo O'Gorman influido por este pensamiento.

El proceso de la "comprensión" se apoya en el razonamiento de que las ciencias de la naturaleza tratan de cosas físicas, en tanto que el objeto de las humanidades es el espíritu humano. De esta manera, la historia —por no decir la vida—, exige un tipo de comprensión distinto de aquel con que se estudian los fenómenos físicos. "Que cosa sea la vida, es la historia que deberá decírnoslo. Pero ésta última depende de la vida"[159]; afirma Dilthey.

Dilthey se apoya de la sicología para entender la historia, Ortega, hace lo propio pero bajo el apoyo de la filosofía. Para Dilthey, el pasado, no puede entenderse por los datos. Estos, en realidad, sólo ofrecen la ocasión de vivir en la mente del historiador, la "actividad espiritual" que los produjo. Es menester intentar penetrar en el mundo interior de aquellos a quienes se esta estudiando, es menester, intentar "participar" en la experiencia de otro a través de la "imaginación creadora", para entender la vida de los muertos. El conocimiento científico, es el intento por comprender fenómenos que se presentan como espectáculos externos; el conocimiento histórico, es una experiencia interna de su propio objeto, es decir, que permite una penetración interior a su objeto, en tanto que el físico, no puede meterse "dentro" de los objetos que estudia"[160].

Mientras que Dilthey se apoya en su filosofía de la experiencia interior, en su filosofía de la auto—conciencia, de la reflexión de la vida acerca de sí misma; Ortega también orienta la dirección de su pensamiento en torno a la comprensión de la vida, pero desde el punto filosófico y, en virtud de este particular enfoque, advierte que la vida del hombre es siempre un "que hacer", es siempre "un hacer algo" en vista de su propia circunstancia, es "un hacerle frente", un "hallar" que hacer con ella.[161]

Ortega afirma que la vida del hombre siempre está envuelta en una única e ineludible circunstancia y, que es ésta última, la que le va indicando la trayectoria necesaria hacia la cual tiene que dirigir su vida. Ortega sintetizó la médula de su pensamiento bajo el aforismo: "Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo". Según Ortega, cada cual debe aceptar su propia vida con todo y la inexorable circunstancia que a ésta le acompaña.

De acuerdo con su pensamiento, el hombre es la única criatura hecha de pasado, en función de ese pasado, el hombre se va inventando un programa de vida nuevo y diferente que responde satisfactoriamente a las dificultades que la circunstancia le plantea. Ahora bien, en tanto que el

[159] Diltehy, Ibid., p. 22.
[160] Collingwood, Op. Cit., p. 171.
[161] Ortega, Ibid., p.69.

hombre siempre evita ser lo que fue, para ser algo distinto, su pasado sigue actuando en su presente, en la forma de ser lo que "ha sido" personal y colectivamente. De esta manera, resuelve que: "El hombre no es, sino que va siendo esto y lo otro", ese "ir siendo" es a lo que llama vivir. El hombre no esta dotado de un ser fijo y estático, el hombre no "es", sino que vive o "va siendo"[162].

De acuerdo con el razonamiento de Ortega, "el hombre se va haciendo un ser en la serie dialéctica de sus experiencias", pero esta dialéctica, advierte, no es la de la razón lógica, sino la de la razón histórica, cuya función, es la de averiguar y explicitar como el hombre "va siendo". En este sentido, para Ortega la razón histórica, es como la física, una razón a posteriori, en la medida en que muestra como "el hombre es en la forma de haber sido"[163].

Ahora bien, toda esta novedosa filosofía llegada al país acaparó la atención del círculo de intelectuales mexicanos, quienes empezaron a digerir casi vorazmente las meditaciones de Dilthey, Hegel, Heidegger y Ortega, hasta acabar con el historicismo de Croce y Collingwood, a quienes por último dedicamos un breve espacio.

En lo que se refiere al pensamiento del historiador italiano Benedetto Croce, diremos que este hombre llamó a su filosofía "historicismo absoluto". Su concepción de la historia, la planteó bajo los siguientes términos:

> (....) historicismo (la ciencia de la historia) en la acepción científica del término, es la afirmación de que la vida y la realidad son historia y nada más que historia. (....)[164]

Benedetto Croce representó en su momento una vuelta al pensamiento filosófico de Hegel. Influido por esa particular visión del mundo se afirmó como el líder del neo—hegelianismo italiano. Para Croce la realidad y la vida son la misma cosa, es decir, el espíritu eterno en su auto—desarrollo desplegado en una: "verdadera unidad de identidad del espíritu consigo mismo, del espíritu que se nutre de sí mismo y crece sobre sí mismo"[165].

De esta manera, Croce retoma la "Idea" y el "espíritu" del pensamiento hegeliano para adaptarlo a su historicismo, el cual: "sea como fuere, —advierte— niega las restricciones en el tiempo y el espacio", niega también las de carácter cualitativo y, entiende como historia toda historia, la de la acción y el pensamiento no menos que la de la Literatura y el Arte"[166].

---

[162] Ibid., p. 53.
[163] Ibid., p. 58.
[164] Benedetto Croce, *La historia como hazaña de la libertad*, Fondo de Cultura económica, México, 1971, p. 294, p. 53.
[165] Ibid, p. 32.
[166] Ibid, p.288.

Croce también se opuso a que el pensamiento científico invadiera el terreno de la historia. Desde el primero de sus ensayos escritos en 1893 opuso enérgicamente la historia a la ciencia. Según su pensamiento, la historia no tiene por que ser considerada una ciencia, más bien, debe ser considerada un arte. Croce llegó a esta conclusión bajo el razonamiento de que, cuando lo particular se somete a lo general, entonces estamos en presencia de la ciencia. Pero cuando lo particular es considerado como tal, lo que tenemos es arte.

En tanto la historia no elabora conceptos generales sino que presenta lo particular concretamente, entonces la historia es un arte, es la "representación artística de lo real". Y aunque los temas en la obra de arte pueden ser inventados y la historia sólo debe describir la realidad, en el fondo, no hay diferencia posible entre historia y arte por que trabajan con idéntica forma y contenido, siendo la forma la representación de lo individual y, en cuanto a los contenidos, el arte trabaja con lo posible, la historia con la realidad, pero lo real, bien pudo no pasar, o ser imposible, de esta suerte, la realidad también entra en el esfera de lo posible, siendo la historia y el arte la misma cosa: intuición y representación de lo individual[167].

Mientras en Croce la historia es la actividad de un espíritu dinámico que se auto—desenvuelve, de un espíritu eternamente viviente —en cuya actividad potencialmente individualizadora—, va haciendo posible la realidad; de la misma forma el artista hace posible la obra que crea.

En Collingwood encontramos a uno de los numerosos seguidores de la escuela de Croce, quien en su obra *La idea de la historia* llega a la conclusión de que "toda historia es historia del pensamiento"[168]. En Coollingwood el "naturalismo" encuentra a otro más de sus oponentes, pues considera que el hombre de ciencia se ocupa de acontecimientos, mientras que el historiador se ocupa de pensamientos. Para Collingwood los acontecimientos de la ciencia no dejan de ser sino meros acontecimientos y no actos de agentes que expresan un pensamiento. El historiador trata de ver más allá del acontecimiento: una acción, a través de la cual, se ha expuesto el pensamiento que lo corresponde:

> Para el hombre de ciencia la naturaleza es siempre y puramente un fenómeno, un espectáculo que se presenta a su observación inteligente; mientras que los acontecimientos de la historia nunca son meros fenómenos, nunca meros espectáculos para la contemplación, sino cosas que el historiador mira, pero no los mira, sino que mira a través de ellos, para discernir el pensamiento que contienen. [169]

---

[167] Ibid, p. 121.
[168] Collingwood. *Idea de la historia.....* op. cit. p. 210.
[169] Ibid, p. 209.

Collingwood afirma que si ha de haber una causa en el acontecimiento histórico, ésta debe entenderse de un modo distinto a cómo lo entiende el conocimiento científico, es decir, no una búsqueda de la causa ulterior que desencadenó un acontecimiento, sino el descubrimiento del pensamiento que se expresó en el acto correspondiente.

De esta manera, Collingwood sostiene que el historiador no puede estar buscando "meros acontecimientos", sino los "procesos de pensamiento" que dieron lugar a "procesos de acciones". Según su pensamiento, esto debe ser así, por que es menester considerar al hombre como el único animal capaz de pensar con la suficiente claridad, como para hacer de sus acciones la expresión de sus pensamientos. En consecuencia, si la función del historiador es el descubrir los pensamientos que se esconden tras las acciones, entonces, el método que propone a seguir es el de reposar los pensamientos de otro en la propia mente del historiador.

> (...) el mismo método histórico es el único por medio del cual se puede conocer tanto la mente de otro, como la mente colectiva de una comunidad o época. [170]

Pero ese re—crear el pasado o los pensamientos de otro o de otros que desencadenaron acciones pretéritas en la mente del historiador, no puede ser posible según Collingwood sin el auxilio de la "imaginación histórica", también llamada por él "imaginación a priori". La imaginación, no operando caprichosamente como la fantasía, sino en su forma a priori, sirve al historiador para "imaginar el pasado", para que éste pueda construir una imagen del pasado que en tanto no es objeto posible de percepción, puede, mediante esta actitud, convertirle en objeto de su propio pensamiento.

De esta manera, para Collingwood, el elemento que hace coincidir tanto a la novela como a la historia, es el elemento de la "imaginación a priori". Si en algo difieren, es en el hecho de que la historia construye una imagen que pretende ser verdadera y la novela únicamente construye una imagen coherente y dotada de sentido. Para el caso del novelista, la imaginación no tiene límites, para el caso del historiador, la imaginación tiene un límite y se llama: testimonio histórico.

---

[170] Ibid, p. 214.

CAPITULO 3

LA CONTROVERSIA HISTORIOGRÁFICA DE LA DECADA Y LA SOLUCIÓN METODOLOGICA A LA CRISIS DE LA HISTORIA.

El pasado no está allá, atrás, en una fecha; el
pasado está aquí, en mí, el pasado soy yo.

Ortega y Gasset, *Historia como sistema*.

CAPITULO III

LA CONTROVERSIA HISTORIOGRÁFICA DE LA DECADA Y LA SOLUCIÓN METODOLOGICA A LA CRISIS DE LA HISTORIA

3.1 Tiempos de jóvenes: la generación crítica de los cuarenta.

En la década de mil novecientos cuarenta en México se vivió una crisis histórica profunda. Fue una etapa de transición, y por tanto, uno de los momentos de mayor tensión ideológica que en el país hayan podido vivirse en el curso de su reciente historia. El país estaba recién salido de una revolución. Esta vino a truncar su "evolución natural" a la vez que a cambiar muchos de los ideales que en el nuevo "ser" del mexicano comenzaron a edificarse. Los hijos de la revolución, heredaron un país en el que era necesario re—plantear los problemas que durante el porfiriato habían quedado al margen. El espíritu revolucionario de la época, quedó de manifiesto entre el círculo de intelectuales mexicanos, con el empeño en nuevas formas de solución a los viejos problemas, pero a su paso, no podían menos que tropezar con los vestigios del pasado inmediato, teniendo en el grupo "tradicionalista", la representación del enemigo a combatir resuelta y definitivamente.

En la posición revolucionaria, aún quedaban huellas "tradicionalistas", ávidas de reaccionar ante la eminente agonía de un siglo de intentos por adoptar soluciones extranjeras a problemas mexicanos. En la esfera del pensamiento mexicano, hubo la conciencia de que debían plantearse soluciones propias y, en este afán, algunos voltearon la mirada al pasado colonial como fuente de inspiración. Para otros, el centro de su atención lo representaron los problemas del campo y del indio, el nativismo, siempre presente en la historia del país, volvió a exaltar el interés por el pasado indígena.

Muchos fueron los problemas que provocó el "socialismo" del plan sexenal cardenista. La expropiación petrolera, no parecía haber sido suficiente como para advertir el arribo hacia una conciliación interna que terminara con las discordias.

Como ya fue mencionado, ante el peligro latente que representaba la guerra mundial y la acción de facciones internacionales en el país, —como el comunismo ó el fascismo— , se hacía casi indispensable buscar los mecanismos que terminaran con los partidismos y promovieran la "unidad nacional". Indigenistas e hispanistas habían llevado sus juicios a extremos, tal como lo muestran los libros oficiales de la Secretaría de Educación

Pública, los artículos del general Rubén García y el mural de Rivera en el Palacio Nacional, esto sin omitir los libros de los religiosos Cuevas y Márquez Montiel.171

La llegada de los refugiados políticos españoles al final de la década de 1930, parecía advertir el inicio de una conspiración en contra de los extremismos y en contra del "tradicionalismo". Con el caudal de conocimientos que traían en torno a las corrientes filosóficas en boga, contribuyeron poderosamente a renovar el ambiente cultural mexicano y a acelerar el proceso de confrontación de la cultura mexicana consigo misma. Una labor, que ya había sido iniciada por el filósofo mexicano Samuel Ramos en *El perfil del hombre y la cultura en México*, (1934). Pero este proceso de profunda renovación cultural, fue obra, básicamente, de las dos primeras generaciones de intelectuales mexicanos a las que ya hicimos alusión en el primer capítulo.

El tema de las generaciones, a pesar de su complejidad y de los no menos confusos modelos para determinar las distinciones entre unas y otras, ha sido motivo de análisis —como fue señalado— de por lo menos tres reconocidos historiadores mexicanos: Wigberto Jiménez Moreno, Luis González y Enrique Krauze.

Pero desde el punto de vista muy personal de quien escribe, pienso que no vasta diferenciar una generación de otra por la vía de una distinción meramente biológica o por las muchas o pocas obras realizadas, sino más importante aún, por la manera de concebir la propia situación histórica, que condiciona una manera o forma de ser diferente y, consecuentemente, de asumir una circunstancia específica.

Para el caso de las generaciones antes aludidas, podemos mencionar, que la pequeña brecha biológica que las separa no es un factor que obstaculice o niegue el entrecruzamiento de las mismas. Si ninguna generación es "hija de sí misma", en tanto que, —a decir de Gaos—, (....) Las generaciones nacen en plena vida de grupos anteriores y mueren en plena vida de grupos posteriores integrando así, en parte la historia (....), 172 se puede constatar el hecho de que unas y otras se encadenan y enlazan en el amplio marco de las preocupaciones que son comunes a los miembros de una generación, mismas, que habrán de replantear y resignificar los sucesores y alumnos de los primeros.173

Se trata pues de enmarcar la gran obra compartida por un grupo de personas, integrantes de un muy reducido sector de la intelectualidad mexicana de los años cuarenta, quienes retomando la incipiente labor de sus antecesores se propusieron hacer avanzar al conocimiento histórico. El interés estaba cifrado en la articulación de

---

[171] Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación en México,* ed. El Colegio de México, México, D.F. 1975, pp. 331 p. 226

[172] José Gaos. "Historia y Ontología", en : *Conciencia y autenticidad históricas*. Op. Cit., p 36

[173] Conrado Hernández López, *La idea de la historia en Edmundo O´Gorman y sus implicaciones éticas y políticas,* Trabajo de tesis para optar el grado de Maestro en historia de México, UNAM, 1996.

una nueva forma de pensar y escribir la historia, que diera lugar a la recreación de nuevas imágenes del pasado desde perspectivas inusuales y prácticas desconocidas en el país.

En este apartado intentaré presentar algunas de las personalidades más significativas y, a mi juicio, representativas de las más importantes corrientes de pensamiento en el México de los años cuarenta. Estas figuras intelectuales influyeron notoriamente en esta etapa de renovación, participando desde el ámbito de unas recientes y atrincheradas instituciones.

Partamos pues de la *Idea de las generaciones*, según la cual, la generación renovadora de los cuarenta se autoconceptualiza y concibe a sí misma. Entre las novedades filosóficas llegadas al país —examinadas someramente en el capítulo anterior—, una de las más impactantes y de honda repercusión fue la filosofía vitalista de José Ortega y Gasset. Su obra *El tema de nuestro tiempo*, hubo de definir, en mucho, el rumbo del pensamiento mexicano en los años mencionados.174 Veamos el carácter de su influencia.

Ortega consideró que su tiempo demandaba una "filosofía beligerante" que aspirara a eliminar el pasado mediante su superación; una filosofía tendiente a derrumbar y sustituir los "tiempos de viejos" llamados a ceder su lugar por "tiempos de jóvenes, edades de iniciación y beligerancia constructiva".

En el curso de la historia, Ortega descubrió que los llamados a esta "histórica misión", se encuentran impelidos a cada época histórica determinada bajo la forma de generación. Una generación para él, es la variación de sensibilidad vital decisiva en la historia de la cultura:

> (.....) Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa; es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada. La generación, … es el concepto más importante de la historia, y por decirlo así, el gozne sobre el que esta ejecuta sus movimientos, (.....)175

Esa trayectoria vital determinada, —según Ortega— , puede tomar dos caminos. En tanto las generaciones nacen unas de otras, la nueva, tiene la misión no sólo de recibir las formas que a la existencia impone la anterior, —ideas, valoraciones, instituciones, etc. —, sino que a lo dado y hecho por la antecedente, a la nueva le corresponde "dejar fluir su propia espontaneidad". Pero suele haber generaciones que desoyendo la voz de lo espontáneo, se entregan dóciles y fieles a la autoridad del pasado, siendo infieles así mismas y a su misión específica. Cuando esto pasa, se vive lo que Ortega llama épocas acumulativas. Sin embargo, las hay que no habiéndose identificado con el bagaje recibido, sienten una profunda heterogeneidad para con la generación que

---

[174] Tzvin Medin, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana,* Fondo de Cultura Económica, México, 1994, pp. 307.

[175] José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo. La rebelión de las masas,* Porrúa, México, 1985, p. 9

les antecedió y acometen resueltamente a la tarea que les es propia: el desarrollo de lo espontáneo y propio. Cuando esto último ocurre, sobrevienen épocas "eliminatorias y polémicas" al mando de las generaciones de jóvenes ó "generaciones de combate".176

En México, el generacionalismo orteguiano fue el instrumento teórico idóneo en la toma de conciencia generacional por parte de una juventud mexicana, que vivió una etapa incierta entre el fin de la lucha armada y el inicio de una etapa de estabilización sin rumbo claro. La teoría de las generaciones de Ortega, hizo cimbrar a un importante sector del mundo intelectual mexicano durante las décadas de los años veinte y treinta, hasta alcanzar su solidez en los cuarenta.

El impacto de las ideas de Ortega se entiende mejor, si consideramos que en el curso de las décadas arriba mencionadas, el país atravesaba por cambios profundos en su fisonomía social, política y cultural. Cambios ante los cuales, los jóvenes mexicanos buscaban un lugar de vanguardia y una teoría que justificase su acción política y cultural, frente a los generales que habían hecho la revolución. El tiempo exigía cambios, al mismo tiempo, éstos demandaban la presencia de una juventud que los ejecutase y se abriera paso ante la elites dominantes y revolucionarias que dominaban por completo la escena nacional.177

Así entre las décadas que corresponden a los años veinte y treinta, comenzaron a tener una difusión considerable en el país las obras de José Ortega y Gasset, siendo la primera de estas: *Meditaciones del Quijote*, a la que le siguieron *El tema de nuestro tiempo* y otras más. En estas obras, las nuevas generaciones además de encontrar un nuevo aparato teórico y conceptual que dotó de significado histórico a sus sentimientos, ambiciones y aspiraciones, hallaron en él, la posibilidad de inconformarse con el romanticismo filosófico y antiíntelectualismo de Caso y Vasconcelos, pero sin caer en un racionalismo clásico, viendo en la doctrina de la razón vital, el ingrediente nuevo que habría de justificar una auténtica filosofía nacional.178

De esta manera, la generación renovadora de los cuarenta —por consigna de Ortega—, consideró su faena en dos direcciones:

> (...) por una parte recibir lo vivido por la antecedente (ideas, valores, etc.) y por la otra ejercitar su propia espontaneidad. Sólo así puede la vida humana correr por un cauce ininterrumpido e ir al mismo tiempo, como el agua del río, reflejando en su camino paisajes siempre nuevos.179

---

[176] Ibidem., p. 7

[177] Tzvin Medin. *Ortega y* …… op. Cit., p. 141

[178] Samuel Ramos, *Historia de la filosofía en México,* Imprenta universitaria, México, 1943, p. 149.

[179] José Ortega y Gasset. *El tema de* … op. Cit., p. 11.

Ese tránsito por el sendero de lo espontáneo y propio, brindó la posibilidad de plantear en el terreno filosófico la “fisonomía peculiar del hombre mexicano”, en base a su circunstancia, a la determinación de lo que es ó puede ser su cultura y “considerando las modalidades propias de su historia.”[180]

En *El perfil del hombre y la cultura en México,* (1934); Samuel Ramos hizo evidente un ejemplo genuino de la aplicación del circunstancialismo orteguiano como salvador de las circunstancias propias a través de la conceptualización y comprensión de las mismas. Aunque la obra de Samuel Ramos fue publicada originalmente en el año de 1934, en ella se advierte la influencia de Ortega en la conformación de un pensamiento filosófico nacional, que habría de asentarse y difundirse en los años cuarenta y cincuenta.[181]

Por otra parte, Octavio Paz en el año de mil novecientos treinta y nueve, desde su revista *Taller,* también aludió al generacionalismo orteguiano. Pero evitando caer en una posición militante, propuso el empleo de tal teoría no para exaltar la lucha generacional, sino para “profundizar” la renovación iniciada por las anteriores, sugiriendo la continuidad y comunidad nacional y humana en la misma creación y renovación generacional. Paz considero que

---

[180] Samuel ramos. *El perfil del hombre y la cultura en México,* p. 101.

Ramos, Samuel (1897 – 1959). Nació en Zitácuaro, Mich., y murió en la Cd. De México. Al tomar la dirección de *La Antorcha,* fundada por Vasconcelos, le añadió el titulo de *Revista de la Nueva Generación* advirtiendo la influencia del pensamiento orteguiano en el mismo. Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue profesor y director de la facultad de Filosofía de la misma institución universitaria. A sus 30 años de edad, es decir, en 1927, sostuvo una polémica con Antonio Caso, en la cual, atacó su racionalismo bajo la perspectiva del historicismo orteguiano. Iniciador de la corriente llamada “Filosofía de lo mexicano”. Entre sus obras pueden mencionarse: *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), cuando el autor contaba con 37 años de edad, *Hacia un nuevo humanismo* (1940), publicado a sus 43 años e *Historia de la filosofía en México* a sus 46 años de edad.

[181] Tzvin Medin. *Ortega en* … op. Cit., p. 60.

Octavio Paz. Nació en Mixcoac, D.F., el 31 de marzo de 1914. A sus veintitrés años de edad (1927), viajó a España y al año siguiente regresó a México y contribuyó a la formación del diario *El Popular*. En 1939, con escasos 25 años de edad, tomó la dirección de su revista *Taller* y al año siguiente (1940), participó en la formación de la revista *El hijo pródigo.* A los 31 años (1945), recibió la beca de la fundación Guggenheim. Entre algunas de sus principales obras destacan: *Entre la piedra y la flor* (1941), *A la orilla del mundo* (1942), *Libertad bajo palabra* (1949) y *El Laberinto de la soledad* (1950). Octavio Paz, obtuvo numerosas distinciones en México y en el extranjero, entre las que destaca el premio Nobel de Literatura, con el que se le distinguió en mil novecientos noventa.

la tarea específica de su generación, era recibir lo heredado por la inmediatamente anterior, pero no como una obra acabada sino como instrumento para crear la propia.[182]

La concepción generacionalista de Paz enmarcada en la "unión y profundización", tomó forma en el contexto cultural nacional; escenario de una revolución que para fines de los años treinta ya se había institucionalizado con Cárdenas y, consecuentemente, con Ávila Camacho y Alemán, se tornó en un proyecto de modernización nacionalista, tendiente a buscar la unificación nacional que rebasara las disputas y confrontaciones clásicas y de generaciones.

Con todo lo anterior, la intención era salvar la circunstancia nacional. De acuerdo con el pensamiento de ésta época, ello sólo era posible por medio de la filosofía y la cultura. Tal era la consigna del: "yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo", es decir, se afirma la necesidad de la salvación del pueblo por la cultura, a través de la meditación filosófica. La salvación de las circunstancias por el *Espectador*, se convirtió en *El tema de nuestro tiempo*: racionalización de la vida por una razón vital.

De esta manera en el nuevo panorama nacional se impuso el circunstancialismo, el perspectivismo y el historicismo orteguiano, que filosóficamente justificaron la reinvindicación de la creación cultural nacional y el reconocimiento de su valor universal; es decir, rescate y salvación de la cultura nacional elevada a un plano universal. De ahí la profunda necesidad sentida por construir el nuevo ser del mexicano rescatándolo de la injusticia, la frivolidad y la muerte.

De acuerdo con el estudio realizado por Tzvin al respecto, no fueron pocos los intelectuales mexicanos que se identificaron plenamente con la teoría de las generaciones y con el pensamiento de Ortega. Además encontraron la posibilidad de autoconceptualizarse y, por ende, de situar su labor en términos de una misión histórica y revolucionaria.

Este fue el caso de dos de las más grandes figuras intelectuales de nuestro país: Daniel Cosío Villegas[*] y Manuel Gómez Morín. A mediados de los años veinte y al calor de las recién llegadas obras de Ortega, no vacilaron en

[182] Ibid., p. 68.

[*] Cosío Villegas, Daniel (1898 – 1976). Historiador y sociólogo, nació y murió en la Cd. de México. Colaboro con José Vasconcelos en la *Antorcha* y más tarde dirigió esa revista. A los 27 años de edad (1925), obtuvo el grado académico de lecenciado en Derecho. Realizó estudios de Economía en las universidades de Harvard, Wisconsin y Cornell y luego en la London School of economics y la Ecole Libre de Polítiques (Paris, Francia). A sus 36 años, (1934), fundó y dirigió la revista *El trimestre Económico*. Contando con 41 años de edad (1939), promovió la venida de intelectuales españoles a México a reanudar sus actividades docentes y de investigación. En ese mismo año, fue cofundador de la casa de España en México, actualmente El colegio de México. Fundó y dirigió el Fondo

hacer suya la conceptualización generacianalista orteguiana y en ufanarse al advertir, —para el caso de Daniel Cosío Villegas—, que en el movimiento revolucionario era menester "una nueva ideología, un nuevo punto de vista, una nueva sensibilidad vital, una nueva generación, —siendo que, advertía— esa generación somos nosotros, y por eso afirmamos que nosotros somos la revolución."[183]

Por otra parte, Manuel Gómez Morín[*], fundador del partido opositor más fuerte de derecha en México, denominó a la generación de la cual formó parte como "La generación del 15". En dicha conceptualización e influido por el espíritu orteguiano, afirmó que la generación debía entenderse como un momento de lucha entre lo creado y el espíritu creador, entre lo que intenta preservar y lo que intenta cambiar, variar. Gómez Morín definió a su generación como "(…) un grupo de hombres que están unidos por esta íntima vinculación quizás imperceptible para ellos: La exigencia interior de hacer algo, y el impulso irreprimible a cumplir una misión que a menudo se desconoce y la angustia de expresar lo que vagamente siente la intuición(......)"[184]

Desde el punto de vista intelectual, algunas figuras representativas de la generación crítica de los cuarenta, —como es el caso de Octavio Paz, Edmundo O´Gorman, Leopoldo Zea, Justino Fernández,—, tuvo como puente de enlace con la inmediatamente anterior, —Daniel Cosío Villegas, Manuel Gómez Morín, Samuel Ramos, Jesús Silva Herzog—, la confrontación para con los problemas nacionales y la problemática de la filosofía misma, que atiende el debate sobre la naturaleza de la filosofía, la verdad, el relativismo y el perpectivismo.

En el trasfondo de esta etapa de análisis y reflexión mucho tuvieron que ver las ideas descollantes de Ortega —emanadas, claro, de su formación filosófica alemana—, que en su momento, le permitieron volverse filosóficamente sobre su misma circunstancia nacional española. Ortega consideró que la meditación sobre la propia circunstancia podía ser filosófica, y por esta vía se aventuró hacia una búsqueda desesperada por la verdad de España y el sentido de lo español. Lo anterior con la intención manifiesta de salvar su circunstancia nacional,

---

de Cultura Económica. Presidente de El Colegio de México (1957 – 63). Autor de: *Historiofrafía política del Méxcio Moderno; EE. UU contra Porfirio Díaz; El sistema político mexicano* y otros.

[183] Tzvin Medin.Ortega y Gasset en … op. Cit., p. 48.

[*] Gómez Morín, Manuel. Nació en Batopilas Ch., en 1897. A los 22 años de edad, (1919), se graduó de abogado en la Universidad Nacional, donde formó parte del grupo de jóvenes conocido como Los siete sabios. Fue consejero en materias jurídicas y económicas de los presidentes Alvaro Obregó y Plutarco Elías Calles. A los 29 años de edad (1926), publicó un libro titulado: *1915 y otros ensayos*, en el que definió a su generación bajo los términos y categorías del pensamiento orteguiano. En octubre de 1933, contando con 36 años de edad, ocupó el cargo de Rector de la Universidad Nacional. A sus 42 años, en febrero de 1939, fundó el Partido Acción Nacional, el principal partido opositor de derecha en México hasta los ochenta, mismo que presidió hasta septiembre de 1949.

[184] Citado en Tzvin Medin. Ibid., p. 50.

en la que consideraba, le iba también su salvación personal. El pensamiento orteguiano representó un giro radical en el modo de filosofar al invertir las pretensiones universales y tradicionales de la filosofía, por las particularidades concretas nacional y personal a las que atiende su filosofía. Trataba pues, de superar las abstracciones del idealismo y de negar la vida ideal a la que éste alude, postulando en su lugar "mi vida", la vida concreta de cada uno, como realidad primaria y radical.

Cada hombre es su circunstancia dado que se encuentra situado en una parte del mundo, "el mismo es porción del mundo". De esta manera, a cada existencia le corresponde una circunstancia que es vista bajo una perspectiva individual. En este sentido, la "perspectiva" es entendida como "el orden y la forma que la realidad toma para quien la contempla". De aquí se desprende que "perspectivismo" y "circunstancialismo" se enlazan en una unidad de sentido que aguardan un proyecto de salvación, en el que la cultura —expresión de la vida humana—, y la razón —manifestación en alto grado de la cultura—, quedan involucradas. Si hemos de salvar la circunstancia, entonces la cultura y la razón deben ser puestas al servicio de ésta. En suma, Ortega promueve el establecimiento de una razón circunstanciada, que en última instancia, se opone a la "razón pura".[185]

El circunstancialismo orteguiano desarrollo las ideas fundamentales que dieron forma y contenido a la meditación filosófica sobre la realidad nacional, no únicamente española, sino a toda realidad nacional que se sujetase a esta forma especia del pensamiento. Pero con miras a aclarar lo que la "perspectiva" sea, considero que aquí vale la pena citar las palabras propias del filósofo y maestro español:

> Cada vida es un punto de vista sobre el universo. En rigor, lo que ella ve no lo puede ver otra. Cada individuo —persona, pueblo, época— es un órgano insustituible para la conquista de la verdad… El error inveterado consistía en suponer que la realidad tenía por sí misma, e independiente del punto de vista que sobre ella se tomara, una fisonomía propia. Pensando así, claro esta, toda visión de ella desde un punto determinado no coincidiría con ese aspecto absoluto y , por tanto, sería falsa. Pero es el caso que la realidad, como un paisaje, tiene infinitas perspectivas, todas ellas igualmente verídicas y auténticas. La sola perspectiva falsa es esa que pretende ser la única.

Mas adelante, enfático sostiene:

> La razón pura tiene que ser sustituida por una razón vital, donde aquella se localice y adquiera movilidad y fuerza de transformación… De esta manera, la peculiaridad de cada ser, su diferencia individual, lejos de estorbarle para captar la verdad, es precisamente el órgano por el cual puede ver la porción de realidad que le corresponde. De esta manera, aparece cada individuo, cada generación, cada época como un aparato de conocimiento insustituible. [186]

---

[185] Conrado Hernández López. *La idea de*….. op. Cit., p. 50.

[186] José Ortega y Gasset. *El tema* … op. Cit., p. 142- 143.

Queda así planteada la posibilidad de conocer las cosas dentro del marco de una “perspectiva”; es decir, desde un determinado “punto de vista” en el que lo absoluto, lo fijo y lo inmutable, quedan desplazados como valoraciones arcaicas y lejos de quedar articuladas —en lo considerado en aquellos años— conocimiento actual del hombre.

El impacto del “yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”, influyo tanto en nuestro país como en el resto del mundo de habla hispana. Esto gracias a que los alumnos de Ortega se encontraron entre los exiliados políticos españoles que constituyeron una nueva e importante vía de transmisión y difusión de la nueva filosofía crítica y, por supuesto, de la obra de Ortega. Las nuevas ideas llegaron a países como Argentina (lugar de exilio del propio Ortega y Gasset); Puerto Rico (en el que fueron acogidos Antonio Rodriguez Huescar y Julian Marías, ambos alumnos de Ortega); Venezuela (que contó con la visita de Eugenio Imaz y García Bacca); Cuba (en donde residió durante 10 años María Zambrano) y México (en donde es indiscutible la presencia orteguiana vía José Gaos, considerado el alumno predilecto de Ortega).[187]

Entender la adecuación del pensamiento filosófico orteguiano a la circunstancia específica latinoamericana, se torna todavía más comprensible si consideramos, —como apunta Tzvin—, que la crisis del eurocentrismo planteo a América la desafiante responsabilidad de volver la mirada hacia sí misma. Esto equivale a echar mano de sus propios instrumentos para empezar a caminar sin ayuda de sus averiadas “muletas europeas”. Dicha crisis, planteó la posibilidad de encausar los esfuerzos hacia una auténtica y genuina revalorización de lo propio, de la circunstancia propia, y bajo un enfoque circunstanciado. Revalorización, que llevaba en sí, el deseo de reivindicar el pasado cultural visto como el objeto más digno de investigación y estudio de la creación propia del espacio histórico latinoamericano. La introducción del pensamiento orteguiano hizo posible que América se confrontara consigo misma, con sus problemas, su cultura, su historia; es decir, que tomara conciencia de sí, en tanto espacio histórico que se niega a seguir aceptando su categoría de espejo, que únicamente refleja el esplendor de la cultura europea.

En el seno de esta auténtica revolución intelectual emerge el “hispanoamericanismo”, como un movimiento que intentó recuperar la tradición y la cultura, mostrando la reivindicación de los valores propios y el deseo por unificar a la cultura hispánica. Según Luis Villoro, fue un movimiento de “desenagenación espiritual, descubrimiento del ser auténtico, (y) búsqueda de los orígenes”. Luis Villoro considera que la generación renovadora de los cuarenta, busco “traer la cultura a la vida, fincarla de nuevo en la tradición y en la realidad nacionales. Un doble movimiento se esboza: la negación de las formas impuestas y el retorno a nuestra verdadera realidad oculta por ellas”.[188]

---

[187] Tzvin Medin. *Ortega y Gaseet en* … op. cit., p. 137.

[188] Citado en Conrado Hernández López. *La idea de*… op. cit., p. 15.

Sin embargo, en nuestro país —siguiendo con Villoro—, ese ideal de “auto—conocimiento” hizo que esta revolución intelectual fuera adoptando un carácter de tipo nacionalista, al irse identificando como la expresión ideológica de un grupo en el poder y como religión del Estado. Para Villoro, la historia de las ideas fue una clara manifestación de ese propósito utilitario, cuya intención era: construir “en el pensamiento una cultura en evolución que sirva de polo espiritual a la integración de la sociedad en una nación. La historia de las ideas es un instrumento intelectual de ese propósito”.[189]

A los ojos de la época, Ortega había devuelto a América su derecho a mirarse y concebirse con miras a adoptar una plena conciencia vital, en la que se organizan las ideas y las cosas en función de la vida y no en función del supuesto grado de universalidad de su ser. Su filosofía vitalista resultó ser el gran proyecto de salvación para las nuevas generaciones hispanoamericanas. Un proyecto que implicaba una creación cultural propia, acompañada de la posibilidad de reivindicación del pasado cultural. Rescate, que es salvación y explicitación del valor de la cultura hispana.

Como fue señalado líneas atrás, en lo que al caso de México se refiere, el ejemplo más claro en el que se expresó esta enorme labor de salvación—reivindicación del pensamiento mexicano, fue en la obra de Samuel Ramos *El Perfil del hombre y la cultura en México.* Su impacto fue considerable en los círculos culturales mexicanos, fundamentalmente, por que el movimiento nacionalista que se desarrolló después de la Revolución sólo había permeado a algunas regiones de la cultura mexicana, —como es el caso de la poesía y la novela—, dejando prácticamente intacta a la filosofía debido al carácter universal de la misma. Pero al llegar *El tema de nuestro tiempo* y *Meditaciones del Quijote*, la filosofía en México encontró la justificación teórica y conceptual para el establecimiento y construcción de una filosofía nacional.

Apenas transcurridos tres años de aparecida la obra de Samuel Ramos, o sea, en 1937, se desencadenó una sorprendente actividad editorial en el gremio de los historiadores mexicanos. En ese año, por ejemplo, Edmundo O´Gorman[*] y Jutino Fernández[*] presentaron: *Santo Tomás Moro y la utopía de Santo Tomás Moro en la Nueva*

---

[189] Ibidem., p.31.

[*] Edmundo O´Gorman. Nació en la ciudad de México en 1906. A los 32 años de edad (1938), se incorporó al Archivo General de la Nación y, a partir de 1940, fue profesor y director del Seminario de historiografía de la Fac. de filosofía y Letras de la UNAM. Maestro en Filosofía (1948) y Doctor en historia (1951) por la UNAM. Principal representante de la corriente historicista en México.

[*] Justino Fernández. (1904 – 19729. Nació y murió en la cd. de México. A los 32 años (1936) se incorporó al Instituto de investigaciones Estéticas de la UNAM. En 1953 obtuvo la maestría en historia y en 1954 el doctorado en filosofía por la UNAM. Fue uno de los pocos representantes de la corriente historicista que se adentro en la teoría del arte mexicano.

España; un trabajo aparecido en *Alcancía*, editorial que ambos habían fundado "en minúscula prensa instalada en la cochera de casa de los O´Gorman".

Por otra parte, en 1938 Silvio Zavala se encargo de fundar su *Revista de Historia de América* después de haber terminado su formación profesional en España. En dicho país realizó trabajos de investigación histórica de considerable importancia. A su regreso a México en 1937, una de sus primeras publicaciones fue: *La utopía de Tomás Moro en la Nueva España*.

Esta nueva actitud intelectual, rebelde, desafiante e inquieta, demandaba una nueva re—significación del pasado. A esta ardua empresa se sumó Gabriel Méndez Plancarte, fundador de la revista de cultura mexicana *Abside*, quien además, contribuyo al momento de renovación con la publicación de un artículo de Robert Ricard sobre Fray Fernando de Ojea.

Lucio Mendieta y Nuñez, quien para 1939 ya era director del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, también formó parte de esta eclosión en el ámbito de las humanidades participando desde su *Revista Mexicana de Sociología*.

De entre los animadores de los estudios económicos en México, el nombre de Daniel Cosío Villegas figura como uno de los grandes precursores. Desde 1934 su revista el *Trimestre económico* se estableció como uno de los primeros productos culturales de su propia creación.

Jesús Silva Herzog, otro coloso del pensamiento económico, político y social de México, participó con las revistas : *Investigación económica* (1941) y *Cuadernos americanos*(1942); revistas que fundó y dirigió.

 Silvio Zavala. Nació en Mérida, Yucatán en 1909. A los 22 años (1931) fue nombrado Licenciado en derecho por la Univ. Central de Madrid y becario de las fundaciones Guggenheim y Rokefeller. En 1940, o sea, a los 31 años es fundador y director del CEH de El Colegio de México. Introductor del método científico difundido por Ranke. En la docencia y la investigación desempeño una trayectoria de carácter cientificista y documentista. Asimismo ha logrado importantes distinciones nacionales e internacionales.

 Gabriel Méndez Plancarte. (1905 – 1949). Sacerdote y humanista mexicano. Fundador del Seminario de Cultura Mexicana en la UNAM (1942), así como de la revista *Abside*, misma que dirigió junto con su hermano Alfonso Méndez Plancarte.

 Lucio Mendieta y Nuñez. Nació en la cd. de México en 1896. Licenciado en 1920 y en 1950 por la UNAM. Director del Inst. de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del Partido Nacional Revolucionario en 1935. En 1939 fue director del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Junto con Luis Garrido, fundo la escuela (actual facultad) de ciencias políticas de la UNAM.

 Jesús Silva Herzog. (1992 – 1985). Licenciado en Economía por la UNAM (1940) y doctorado por la Universidad de Toulose, Francia (1959). En 1930 fue miembro del consejo nacional del PNR y organizó con Miguel Othon de

Ante la inminente agonía de las teorías cientificistas, el historicismo y sus vertientes teóricas —el relativismo y el perspectivismo histórico—, empezaron a desplazar los esquemas y formas tradicionales de abordar el estudio del hombre y de su historia. Ya no era suficiente mirar en el hombre a un fenómeno más de la naturaleza al cual se le pueda reducir y entender a partir de cifras, fórmulas o leyes. Al hombre, era menester entenderlo bajo otros métodos que no necesariamente fueran los de las "ciencias exactas" como las matemáticas. En el hombre no hay naturaleza, hay historia. Esta era la nueva "perspectiva", la nueva tendencia en el estudio de las humanidades. Todavía en los cincuenta, el mismo Jesús Silva Herzog compartía la opinión de Leonardo Sismondi, —precursor del historicismo en los estudios económicos— y, al igual que él, consideraba "categóricamente que las leyes de la Economía no son naturales sino históricas."

Jesús Silva Herzog expuso su opinión al respecto y aludiendo al pensamiento de Benedetto Croce expresó:

(.....) El hombre es el ser más complejo del mundo en que habitamos; y por eso. Precisamente por esa complejidad, no se la puede reducir a cifras, ni puedan las matemáticas abarcarlo en su oscura y a la par luminosa personalidad. "El hombre, dice Croce es una síntesis de la historia universal". La historia es el drama del hombre y es obvio que el drama escapa al guarismo y que no cabe representarlo ni por cien , ni por mil, ni por diez mil. Tampoco puede reducirse a números la emoción estética: "La piedra" de Miguel Angel o la novena sinfonía de Beethoven. No hay balanzas de precisión para medir el odio, el amor, el deleite, el miedo o la vanidad de un ser humano cualquiera (.....).[190]

La *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, se abrió paso también en los cuarenta como otro de los más importantes órganos de expresión de la cultura en México. La dirección de la misma estuvo a cargo de Eduardo García Máynez, uno de los más destacados filósofos del derecho no sólo en México sino también en América Latina.

Mendizabal la Universidad obrera y campesina. En 1934 participó en la fundación del F. C. E.. En 1940 fue nombrado director de la Esc. Na. de Economía y en ese mismo año fundó el Instituto de Investigaciones Económicas . En 1943 publico: *La Revolución mexicana esta en crisis*. En 1940: *La Revolución mexicana es ya un hecho histórico*. En 1961 firmó una declaración Bolivariana de México en apoyo y defensa de la revolución cubana. En 1969 solicitó públicamente la libertad de universitarios politécnicos y ciudadanos presos por el movimiento de 1968.

[190] Ibid., p. 112.

García Máynez, Eduardo. Hizo sus estudios jurídicos en México. Entre los años de 1932 y 1933 estudió filosofía en las universidades de Viena y de Berlín. Al volver a México fue nombrado profesor de ètica en la Facultad de Filosofía y Letras y de Filosofía del derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. En 1940 fue electo director de la facultad. Uno de sus libros más importantes se titula: *"La definición del derecho. Ensayo de perspectivismo jurídico" Tzvin. Op. Cit., p. 174.*

Este lúcido filósofo del derecho en México, tampoco pudo estar al margen del andamiaje historicista sólidamente cimentado desde las décadas de los veinte y treinta. Acusando una profunda influencia del pensamiento orteguiano, García Máynez expresó sin reparo en una de sus más importantes obras lo siguiente:

(.....) El término perspectivismo es empleado aquí en la misma acepción que le da Ortega y Gasset en *EL tema de nuestro tiempo*. . No se trata de una formulación nueva de la postura subjetivista, según la cual hay tantas verdades como individuos. Lejos de reincidir en el error de Protágoras, el perspectivismo ofrece una fiel visión de la realidad, pero una visión condicionada por la situación del espectador (.....)[191]

Las revistas *Letras de México* y *El hijo pródigo* estuvieron a cargo de Octavio G. Barreda. La revista *Occidente* aparecida también en los cuarenta, fue animada por un grupo de intelectuales a cuya cabeza se encontraba Agustín Yánez, [□] quien en esta misma década publicó *El contenido social de la literatura Iberoamericana;* en tanto que Manuel Toussaint[□], uno de los más grandes historiadores y críticos de Arte de esta época, preparaba su *Historia de Arte colonial*.

Mientras todo esto pasaba, Pablo Kirchkoff[□] presentaba sus lúcidas diez páginas sobre mesoamérica. Es aquí donde las generaciones biológicamente separadas por el tiempo, se van enlazando intelectualmente en virtud de la "perspectiva" en común, de su horizonte cultural y de sus expectativas. Una y otra mostrando su manera de ser de acuerdo a su manera de entender el pasado.

---

[191] Citado en Tzvin. Op. Cit., p. 174.

[□] Yáñez, Agustín. Nació en Guadalajara, Jalisco, en 1904. A los 25 años (1929) obtuvo el grado académico de Licenciado en derecho por la Escuela de jurisprudencia de Guad. En 1942 fue profesor de la facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 1946 profesor de la Universidad femenina. En 1949 fue miembro del Seminario de Cultura Mexicana.

[□] Manuel Toussaint. (1890 – 1955). Historiador y crítico de Arte, nació en la cd. de México y murió en Nueva York. En 1939 aparecen sus *Paseos Coloniales*. En 1945 fundó en la Fac. de Filosofía y Letras la cátedra de arte colonial. En 1946 publicó su estudio de arte muudejar en América y en 1947 fue nombrado académico de la historia.

[□] Kirchkoff Weprup,Paul. (1900 – 1972) Nació en Hörste, Alemania y murió en la cd. de México. En 1929 fue profesor del museo de Etnología de berlín. En 1930 llegó a México a realizar investigaciones en diversos campos de la antropología y Etnología de mesoamérica.

Fue maestro fundador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y catedrático de la UNAM.

En este momento pleno de revaloración y auto—conocimiento, Wigberto Jiménez Moreno preparaba su ambiciosa edición de la *Historia General de las cosas de Nueva España*, a la que le siguieron *Tula y los toltecas* (1941) y *Tribus e idiomas del norte de México* (1944).

Miguel Othon de Mendizabal, quien se distinguió por su lucha en el campo y en la cátedra por la reforma agraria y por el mejoramiento de la población indígena, estaba ocupado en desentrañar los modos de producción de algunas comunidades del México antiguo.

Luis Chavez Orozco estaba sumido en los documentos para el estudio de la educación, él junto con Alfonso Teja Zabre, representaron la osadía de quienes iniciaron las primeras interpretaciones inspiradas en la filosofía marxista; intentaron explicar la historia de México a partir de la lucha de clases y de los modos de producción.

Por su parte, Arturo Arnaíz y Freg anotaba la autobiografía de José María de Heredia, posteriormente, sería reconocido por la forma brillante en que estudio a dos de las más grandes figuras de nuestra historia: Alamán y Mora.

La cultura indígena fue valorada y puesta al servicio de los interesados en su historia, sus letras y su pensamiento, gracias al Seminario de Cultura Náhuatl que por estos años Angel María Garibay estaba

---

 Wigberto Jiménez Moreno. Nació en el año de 1909. Etnólogo mexicano. Distinguido prehispanista y un reconocido colonialista tal y como lo muestran sus estudios de arte colonial. Entre sus principales obras se encuentran: *Brevísimo resumen de historia antigua de Guanajuato* (1933), *Tula y los toltecas* (1941) y *Tribus e idiomas del norte de México* (1944).

 Miguel Othón de Mnedizabal. Historiador y antropólogo. Nació y murió en la Cd. de México. Fue director del Museo Nacional. Rector de la Universidad obrera. Director del Ins. de Investigaciones Sociales de la UNAM. Impartió cátedra en la UNAM, en el Museo Nacional, en el Inst. Politécnico Nacional, y en la Escuela Nacional Superior.

 Luis Chávez Orozco. Nació en Irapuato Guanajuato. Y murió en la Cd. de México. A los 37 años de edad, fue el primer Secretario General del Sindicato de Educación y Subscrito. de Educación Pública. Publicó: *Ensayo de Crítica Histórica*. En 1940 fue jefe del departamento Autónomo de Asuntos Indígenas. En ese mismo año, presidente del Congreso Interamericano y consejero del presidente de la república.

 Alfonso Teja Zabre. (1888 – 1962). Nació en Sn. Luis de la Paz, Gto. Y murió en la cd. de México. Se tituló abogado en leyes en la Universidad de México. Profesor de Historia y autor de obras históricas como lo muestran sus biografías de Cuautémoc, Morelos y Leandro Valle.

Entró como miembro a la Academia de la historia. Fue diplomático; Consejero en la Habana Y Embajador en la Dominicana y Honduras

 Arturo Arnaíz y Freg. Nació en el año de 1915. Historiador mexicano. Ha publicado: *Síntesis de historia de México; Lucha del pueblo mexicano por su libertad* y otras. Fue articulista de “Excelsior”.

empezando a armar. En 1937 dio a conocer su primer trabajo: *La poesía Lírica azteca* en la revista *Abside*. En 1940 volvió a hacer ruido al sacar a la luz su *Colección de trozos clásicos con gramática y vocabulario. Llave del náhuatl*.

En la Universidad Nacional también se impartían los puntuales cursos de invierno en la facultad de filosofía y Letras a cargo de Antonio Caso[*], Samuel Ramos, Eduardo García Máynez y Leopoldo Zea[*] entre otros.

El mismo Leopoldo Zea, quien fuera discípulo del discípulo predilecto de Ortega y Gasset, José Gaos, se vio impregnado de un profundo historicismo —básicamente orteguiano— que le llevo a ocupar un lugar de honor en el desarrollo de la historia de las ideas en América Latina. El pensamiento de Zea al igual que el de sus contemporáneos, tuvo como misiva la reivindicación de lo propio en medio de la crisis europea, afirmándose así, como uno de los grandes reivindicadores de lo latinoamericano en las décadas de los años cuarenta y cincuenta. A comienzos de los cuarenta, algunos de sus primeros escritos fueron: *En torno a una filosofía actual*; *El sentido de la responsabilidad en la filosofía actual* y *Ortega y la historia*. En 1943 dio a conocer su primer y clásico Libro: *El positivismo en México*, realizado bajo el cuidado y orientación de su maestro José Gaos.[192]

Por otra parte, los transterrados españoles ofrecían sus valiosísimos cursos en El Colegio de México y también en la misma Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Cursos que estuvieron en manos de José Gaos, Joaquín Xirau, Luis Ricasés Siches, Eugenio Imaz y Ramón Iglesia entre otros. Ellos fueron también, en buena medida, los responsables de difundir y promover la reivindicación de la cultura propia y la preeminencia

---

[*] Angel María de Garibay Kintana. (1982 – 1967). Nació en Toluca, Edo. de México y Murió en la misma cd. Eclesiástico, investigador maestro y traductor en el campo de las culturas clásicas: Hebrea, Griega, Latina y Mexicana prehispánica. Buscaba el trato de intelectuales como Agustín Yañez, Justino Fernández, Edmundo O´Gorman y los Méndez Plancarte.

[*] Antonio Caso. (1883 – 19469. Filósofo mexicano. Perteneciente al famoso grupo del Ateneo de la juventud, que renovó el ambiente cultural de México y donde se incubaron las directrices filosóficas y literarias que revolucionaron el ambiente cultural del país. (1910)

[*] Leopoldo Zea. Nació en México D.F., el 30 de junio de 1912. A los 31 años de edad (1943), obtuvo el grado de Maestro y, al año siguiente, doctor por la facultad de filosofía y Letras de la UNAM. En ese mismo año fue profesor de filosofía de la historia de la facultad de filosofía y letras. En 1947, a los 35 años de edad, fue titular del Seminario de Historia de Las Ideas en América: Es Autor de: *El positivismo en México* (1943 y dos ediciones más), *Apogeo y Decadencia del positivismo en México* (1944 y una edición más), *En torno a una filosofía americana* (1949) y *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica* (1949).

[192] Ibid., p.172.

que se le otorgó a la “perspectiva” particular, con miras a alcanzar un humanismo universal, al que no veían con desprecio sino como una manera de implicar a la una con la otro.[193]

Algunos provenían de la Escuela Clásica de la Filosofía Alemana, que en cuanto a bagaje intelectual, ofrecía profundas convergencias con el pensamiento de Ortega y Gasset. Estos notables profesores de Filosofía e Historia, con sus cursos y aportaciones personales al espíritu renovador de la época, provocaron un tremendo impacto en el ambiente intelectual mexicano y, en torno a ellos, su formaron los futuros difusores de las nuevas tendencias del pensamiento en nuestro país. Merece especial atención José Gaos quien se encargó de difundir las más importantes corrientes filosóficas europeas como el historicismo y el existencialismo, que ayudaron, en mucho, a la comprensión del ser nacional como realidad histórica.

Bajo la dirección de José Gaos, el circunstancialismo y el perspectivismo orteguianos fueron filtrados al país por vía de su pensamiento y a través del desarrollo de una “Historia de las Ideas”. El impulso de autognosis o auto—conocimiento se fortaleció gracias a las enseñanzas del maestro Gaos, quien al echar a andar la fundamentación teórica de ese particular género de historia, promovió el estudio del mismo proceso histórico latinoamericano, especificando sus orígenes y sus peculiaridades culturales en medio de sus circunstancias propias.[194]

En los cuarenta Gaos expresó su manera de percibir la realidad histórica del país, no como un mero punto de la vista, sino como una justificación teórica tendiente a dar cuneta del sentido y significación de dicha “Historia de las Ideas” y de la necesidad a que habría de responder en su momento:

> (…) lo que hay de original, que lo hay, en el positivismo mexicano, es la refracción que la doctrina hubo de experimentar al pasar del medio francés al mexicano, para poder cumplir con el programa de alta política nacional que inspiró la importación de la misma. Como consecuencia de su historia hasta el día de hoy,… tiene México planteados problemas que van desde la actitud ante su pasado indígena y su tradición española hasta su compromiso revolucionario con el futuro internacional: estos problemas tienen raíces en profundidades a que sólo puede calar la filosofía; será, pues, acometiendo o continuando el correcto planteamiento de los mismos y la busca de soluciones para ellos en conceptos, …. como se llegará a tener plenamente aquella filosofía que constituye el consideratum, no sólo de México, sino de los demás países de la misma familia…Por eso buena parte de la ambición creadora debe

---

[193] Antonio Saborit. “El profesor O´Gorman y la metáfora del Martillo”, en. *Historiadores de México en el siglo XX*. Enrique Florescano… op. Cit., p. 145.

José Gaos y González Pola. (1900 – 1969). Nació en Gijon Oviedo (España) y murió repentinamente en una de las aulas de “El Colegio de México”. A sus 28 años de edad (1928), obtuvo el grado académico de en la Universidad Central de Madrid y fue discipulo de José Ortega y Gasset y Manuel García Morente. A los 39 años, emigro a México y fue uno de los fundadores de la Casa de España en México, después “El Colegio de México”. En 1945 fue catedrático de la UNAM y en ese mismo año publicó *Pensamiento de Lengua española*. Traductor de Edmund Husserl, Martin Heidegger, Johan fichte, Soren Kierkegaar, Max Scheler y otro.

[194] Tziivi. Op. Cit., p. 174.

enderesarse hacia la elaboración de una historia de las ideas en México y de aquellas que han sido fuentes de la misma, hecha con el espíritu más filosófico posible, (…)” [195]

La dependencia cultural con Europa, no dejaba de ser el infortunio que se cernía en el horizonte de lo americano; sin embargo, el historicismo, específicamente en su versión circunstancialista y perspectivista vino a negar la idea de la mera copia e imitación. Cabe recordar también, que de sus cursos salieron las primeras promociones de historiadores profesionales, tanto nacionales como de otros países.

Junto con Gaos, Ramón Iglesia[□] se encargó de reafirmar la hasta ese momento novedosa corriente de pensamiento filosófica: el historicismo. Ramón Iglesia se encargó de impartir el seminario de historiografía de 1941 a 1945 en El colegio de México y al igual que O´Gorman y Gaos, se lanzó a la crítica de las prácticas tradicionalistas en la historiografía, oponiéndose al documentismo y mecanicismo aplicados al ejercicio de la historia. Ramón Iglesia exhorto a sus alumnos e historiadores jóvenes, a la lectura atenta y reposada de las fuentes con miras a alcanzar niveles de comprensión de orden superior, para aspirar a un tipo de historiografía que rebasara la “estática e inconmovible visión del pasado positivista”. Su preocupación se centro en las nuevas generaciones de jóvenes historiadores “…a quienes —expresó— nunca se recomendará lo bastante que no olviden que la rebusca minuciosa de nuevos datos y documentos jamas pueden ser un fin en sí, sino un medio para elevarse a perspectivas superiores.” En la década de los cuarenta, Ramón Iglesia aportó importantes obras históricas en pro del avance en el conocimiento historiográfico de nuestro país; en 1942 publicó: *Cronistas e historiadores en la conquista de México; El Hombre Colón* y otros ensayos, en 1944 y *Estudios de la Historiografía de la Nueva España*, en 1945.

También de España, Rafael Altamira y Crevea[□], prolífico y riguroso historiador en cuya figura encarnó una orientación cientificista de la historia. Fue uno de los hoy tan recordados transterrados españoles. Con su

---

[195] Gaos, José. “Cinco años de filosofía en México”, en *filosofía y Letras*, tomo X, núm. 20, octubre – diciembre, 1945. pp.145 –165. P. 164 –65.

[□] Ramón Iglesia Praga (1905 –1948). Nació en Santiago de Compostela, España y murió trágicamente en Medison, Wisconsin, E.U.A.. Como tantos otros intelectuales, se traslado a México en ocasión de la guerra civil española. A los 37 años (1942) publicó: *El ciclo de Hernán Cortés*. En 1943 fue profesor de la escuela de verano en la UNAM. En 1944 publicó: *El hombre Colón* y otros ensayos.

[□] Rafael Altamira Y Crevea. (1886 – 19529. Nació en Alcicante (España) y murió en la cd. de México. Obtuvo el grado académico de en la Universidad de Madrid. En 1939 publicó: *Técnicas de la investigación en la historia del derecho indiano*. En 1944 se estableció en México donde fue profesor de la Facultad de Filosofía y letras de la UNAM. En ese mismo año publico: *Cartas de Hombres* y continuó su labor de investigación en la historia del derecho español y la América Hispánica.

“Historia de la civilización” y sus proyecciones sobre el continente americano alentó el desarrollo de los estudios históricos en su país en alumnos prominentes y destacados como Silvio Zavala a quien, en España, encauso en la historia de las instituciones en América. Una vez en México, ambos fueron colegas en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México.

Antes de concluir el presente apartado, quiero enfatizar, que lo anteriormente expuesto no deja de ser sino una visión muy personal de las generaciones referidas y de su correspondiente enfronte para con su propio pasado. Visión o “perspectiva” que con todo y las marcadas carencias que se puedan entrever, no habrá de quedarse en el intento de ofrecer un punto de vista propio sobre lo que he dado en llamar: la generación crítica de los cuarenta; sino que además, se vislumbra como una potencial línea de investigación, que aguardará más hondas y aventuradas veredas que transitar. Más allá de tomar por referencia a los venerables oficiantes de la historia en nuestro país, la intención es tratar de analizar a las generaciones en sus circunstancias y en virtud de la imagen que tuvieron de sí mismas; tal como han procedido otros investigadores citados reiteradamente líneas atrás.

3.2 Silvio Zavala y Edmundo O´Gorman.

En el terreno de esta oleada de estudios y consecuente re—significación del pasado nacional, se fueron imponiendo dos maneras o formas de comprensión del pasado. La una, cientificista, mecanicista ó neopositivista, — así considera por sus críticos— cuya pretensión fundamental era mirar en el pasado un objeto de conocimiento puramente observable, del mismo modo en que se observan los fenómenos de la Naturaleza que constituyen el objeto de estudio de las “ciencias exactas”. Hacer de la historia una “ciencia pseudo matemática del pasado humano”, tal era el propósito –según palabras de O´Gorman— de esta corriente de pensamiento en la historia.

Buscaba anteponer al hecho histórico un ser fijo, permanente y estable, válido para todos los tiempos, situaciones y espacios. Mantenía pues una visión de la historia de carácter universal— escencialista, en la que el todo y lo absoluto, estaba representado en la figura de un ente no menos abstracto: el método, en quien recaía la responsabilidad del pasado y su comprensión.

La otra, se oponía a las consideraciones abstractas y a los absolutos cualquiera que estos fueran, llámense Dios, la ciencia ó la “vida de ultratumba” como responsables del discurrir histórico. Argumentaba que al único ente que se le puede responsabilizar de su propio pasado es al hombre. Se negaba a ver en el hecho histórico un ser fijo, estático e inerte. Algo muerto. Mas bien veía en el ser del hecho histórico una entidad viva y cambiante a través de los tiempos; es decir, veía en la historia, algo susceptible de historiarse constantemente. Buscaba el tratar de explicar el significado humano de los hechos históricos; explicar las diferentes imágenes del pasado

elaboradas por los historiadores en virtud de las circunstancias en que vivieron. Veía, pues, en la comprensión del pasado, una manera o forma del pensamiento. Una manera de la existencia. Un modo de ser humano.

Dos visiones del pasado, dos diferentes maneras de entenderlo. En suma, dos posturas en pugna que comenzaron a perfilarse como candidatas a convertirse en la corriente de pensamiento histórica dominante en nuestro país. En 1945, el propio O´Gorman con su característico y peculiar tono enfático y recio sostuvo: "… hay en México dos tendencias que se oponen y combaten: la tradicional científica positivista y la tendencia historicista."[196]

Y en efecto, en el medio académico de la historia en México, hubo de desencadenarse una batalla teórica, una contienda historiográfica entre quienes enarbolaban el estandarte de la tradición, y quienes advertían la presencia de una crisis en el conocimiento histórico emanada de la misma.[197]

En ese mismo año, Gaos expresó que en México "puede pensarse en continuar la obra de los grandes maestros de la generación que superó el positivismo del siglo pasado", a lo que reparó: "la diferencia está en que los universalistas piensan que 'su' posición es universal y el historicista piensa que 'su' posición no es más que tal."[198]

Al primer grupo pertenecen los señalados cientificistas, buscadores de verdades absolutas que fincadas sobre la base de datos, fuentes y fichas, aspiraban a tener un conocimiento férreo de *lo que verdaderamente ocurrió*.

Del segundo grupo son, quienes ahora formados bajo otras corrientes de pensamiento, veían en —lo que calificaron como— el modo "tradicional" de concebir el pasado humano, una estrategia inoperante para explicar al hombre y el consecuente desgaste de sus posibilidades en tal empresa. En contraste con los cientificistas, los historiadores historicistas negaban la existencia de una verdad absoluta en la historia. Para ellos, las verdades son relativas a cada época histórica determinada. Una doctrina es verdadera, en tanto resuelve los problemas o las cuestiones que en ese momento se plantean. De esta manera, Ramón Iglesia afirmando el matiz siempre cambiante de la realidad histórica, como cambiantes son los puntos de vista o enfoques desde los que se le mira, expresó: "La verdad histórica no es una, sino múltiple, según los lugares y las épocas."[199]

En la década de mil novecientos cuarenta en México, la corriente historiográfica cientificista fue severamente cuestionada en sus fundamentos y puesto en tela de juicio el supuesto grado de objetividad que pretendía alcanzar en algún memorable día.

---

196 Edmundo O´Gorman. *"Cinco años de Historia en México"*, en *Filosofía y Letras*. Tomo X, núm. 20. Octubre – diciembre de 1945. P. 180.

197 Es menester recordarle al lector, el planteamiento de Gérard Noiriel sobre las crisis en la historia, expuesto en el capítulo dos de este trabajo y que aparece en el apartado que titulé: El paradigma en la historia.

198 José Gaos. "Cinco años de filosofía en México"… op. Cit., p. 162.

199 Ramón Iglesia, *Letras de México*, marzo – abril, 1940.

Dicha tarea corrió a cargo de un muy reducido sector de la intelectualidad mexicana de aquellos años. Me refiero, por supuesto y en primera instancia a Edmundo O´Gorman, Justino Fernández, José Gaos, y Ramón Iglesia, por citar a los más fuertes exponentes teóricos del historicismo en nuestro país, y responsables directos de esta gran crisis de la historia en la década de los años cuarenta.

Por otra parte, la corriente cientificista no estuvo exenta de defensores. Estuvo representada por brillantes historiadores cientificistas y autores de obras importantes. En esta trinchera, figuran los nombres de Silvio Zavala, Rafael Altamira y Domingo Bárnes.

No obstante, es menester cifrar la atención en las dos más grandes figuras intelectuales de la historiografía del México de aquellos años. Aludimos, claro esta, al iniciador o provocador del escándalo historiográfico de dicha década: Edmundo O´Gorman; y a su oponente, el más destacado y prolífico historiador, difusor y representante del método científico en la historia: Silvio Zavala.

Ambos, fueron considerados los representantes más fuertes de las tendencias historicista y cientificista, respectivamente. Cada uno, en el curso de sus obras, en la cátedra y en los seminarios, intento defender su propia concepción de la verdad histórica. Cada uno, anteponiendo al otro su propia concepción y método.

En virtud de lo que sigue, que se refiere no al mal llamado "debate", sino a la confrontación historiográfica de la década cuarenta en México, considero conveniente subrayar, en trazos muy generales, la importante trayectoria de los ya mencionados profesionales en alto nivel del ejercicio historiográfico y representantes mas destacados de las corrientes mencionadas.

En medio de una acalorada búsqueda por re—definir lo "mexicano", alcanzaron una presencia considerable tres tendencias del pensamiento histórico en los años cuarenta: el materialismo, el cientificismo y el historicismo. Es preciso decir que en aquel entonces, la primera, o sea, la marxista, aún no cobraba la fuerza y el impacto que alcanzó en los sesenta y setenta. Por tanto, la justa versó entre las dos últimas. Estas dos distintas maneras de comprender el pasado humano, generaron una profunda división en el gremio de los historiadores en México, dividiéndolos en dos grupos de acuerdo al enfoque, método y concepción de la verdad histórica. En dicho gremio, los había quienes todavía consideraban su labor como la búsqueda de "datos inéditos" que, acumulados, habrían de esperar pacientemente el momento de la gran "síntesis" que permitiera conocer la "verdad". También estaban los estudiosos que trascendían esa limitada visión y concebían la función del quehacer historiográfico bajo horizontes más amplios.

De uno y otro lado, había figuras indiscutibles en quienes recaía la representatividad de cada grupo. Silvio Zavala representaba a la corriente cientificista, de la que —a decir del propio O´Gorman—, era el principal exponente en México y en aquellos años. Por otra parte, Edmundo O´Gorman se convirtió en el combatiente y defensor

número uno de la escuela historicista, a la vez que "provocador casi profesional de polémicas, tanto con historiadores nacionales como extranjeros".[200]

Ambos, en el medio académico de la historia fueron ocupando un sitio de ineludible importancia. Zavala en los cuarenta, ocupo el cargo de director del Centro de Estudios históricos de El Colegio de México, y estaba encargado de organizar la maestría en historia en la misma institución. Institución de la que, por cierto, fue cofundador junto con Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas. El mismo Zavala nos recuerda:

> (...) Aquí es donde se incubó la idea que yo traía, por la experiencia en España, de la formación de los investigadores en los centros de trabajo de El Colegio de México. ¿Por qué? Por que a esos centros iban a venir los becarios mexicanos y los de otros países; se les iba a formar después de varios años de trabajo… Al recordarme pasa que nunca hablo de ello, pero la idea de los centros nació aquí, en este lugar, se la explicamos a don Alfonso Reyes, el decía: ' yo no quiero formar escuelitas, yo quiero trabajar con adultos' …Cosío, con más sentido pedagógico respondía: 'Bueno, se puede estudiar', y ayudó a la constitución de los centros. Así nació en 1941 el primero de ellos, fue el Centro de Estudios Históricos, y después vinieron los otros (...)[201]

Cabe destacar, que su idea y aspiración de formar investigadores profesionales de la historia, en su momento, significo toda una revolución, pues desde su labor docente influyó considerablemente en la formación de un alto número de jóvenes historiadores, en quienes cultivó la práctica de la historia con pretensiones de exactitud y de carácter documentista y cientificista. Así nació la costumbre que consuetudinariamente se asienta como la base de los modernos análisis historiográficos y estudios de historia económica–social, sociopolítica y de la cultura. Además de estas innovaciones, amplió el marco de interés por la historia de Hispanoamérica, —aunque centrada en la época colonial—, y exigió a profesores y alumnos dedicación exclusiva al quehacer historiográfico. Silvio Zavala es sin más, el introductor en nuestro país del método científico en la historia, expuesto y difundido por el historiador alemán Leopoldo Von Ranke. De entre el gremio de los historiadores, destacó por la calidad en sus investigaciones sometidas al tratamiento riguroso y sistemático de las fuentes, lo que representó una aportación y una diferencia radical frente a los estudios de su tiempo.

Sin embargo, no menos importante fue el vigoroso empuje que O´Gorman dio al conocimiento historiográfico en nuestro país. A pesar de la estulta indiferencia con que lo vieron y de la indiferente condescendencia con que se ve hoy su obra en el medio académico de la historia, su contribución más importante fue el haber cuestionado

---

200 Josefina Z. Vázquez. "La historiografía mexicana en las décadas recientes", en *Universidad de México* …op. Cit., p. 5.

201 Silvio Zavala, "Conversación autobiográfica con Jean Meyer", en: Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, *Historiadores de México en el siglo XX*…. Op. Cit., p. 322.

la historia dominante en el México de su tiempo. El pensamiento de Heidegger —"que le valió horas de lectura y reflexión"—, despertó en él una irreverente sensibilidad filosófica, que lo condujo a manifestar un profundo rechazo para con las verdaderas objetivas y absolutas en la historia, construidas a partir de "documentos inéditos". Situación que —según Josefina Z. Vázquez— fue considerada como "anatema" por parte de los historiadores, además de traerle consigo la aversión del mismo gremio.[202]

O´Gorman poseía un profundo conocimiento en torno a las obras de cronistas e historiadores mexicanos y en torno a la historiografía occidental. Armas, que le permitieron mostrarse desafiante ante la simple rebusca de documentos y búsqueda de datos. "Con los salones llenos hasta al tope", sus innovadoras clases de historia de la historiografía, geografía histórica, filosofía de la historia y el seminario de investigación, permitieron que generaciones de jóvenes se formaran como historiadores, sólo que en este caso, convencidos de las limitaciones del conocimiento histórico y de la necesidad de replantearlo.

La escuela de O´Gorman se afianzó en la facultad de Filosofía y Letras hasta convertirse en la dominante. Su influencia trascendió a otras instituciones como la Universidad Iberoamericana, la Veracruzana y el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.[203]

Tanto Zavala como O´Gorman tuvieron una formación jurídica y, de los dos, era común el interés por el pasado colonial de América. Dicho interés los hizo romper con el provincialismo tradicional de centrarse en el estudio de la historia mexicana. Así lo muestran algunas de sus principales obras. Para el caso de Zavala: *La encomienda indiana*, *Instituciones Jurídicas en la conquista de América* (1935); *La filosofía política de la conquista de América* (1947) y *Ensayos sobre la colonización española en América* (1944). En el caso de O´Gorman se pueden referir: *Fundamentos de la historia de América* (1942); *La idea del descubrimiento de América* (1951) y la *Invención de América* (1958). Zavala combino tareas diplomáticas con la historia, lo que le valió numerosas distinciones y condecoraciones así nacionales como en el extranjero. O´Gorman, por su parte, dedicó su vida a la academia.

Pero la principal divergencia entre los estudios de uno y otro, tiene que ver, fundamentalmente, con los dos diferentes tipos de influencias intelectuales en las que se formaron. Éstas los hicieron tomar rumbos distintos en lo que a la comprensión del pasado humano se refiere.

La formación de Zavala, inspirada en el pensamiento de Leopoldo Von Ranke, lo llevó a considerar la posibilidad de alcanzar una verdad objetiva en el campo de la historia que, además, permitiera conocer "lo que

---

[202] Josefina Z. Vázquez, "La historiografía mexicana en las décadas recientes", en *Universidad de México* …op. Cit., p. 4.

[203] Josefina Z. Vázquez. "Edmundo O´Gorman y la historiografía mexicana", en : *Universidad de México*…op. Cit., p

realmente paso". O´Gorman desde una perspectiva heideggeriana, consideraba a la historia como "un recordar ontológico", es decir, como la explicitación de " la estructura del ser con que dotamos al pasado al descubrirlo como nuestro". Dicho en otras palabras, como "la capacidad de la existencia humana para conocerse a sí misma". Zavala se formó bajo una corriente de pensamiento que consideraba la posibilidad de alcanzar verdades objetivas que permitan, "elevar a la historia a la dignidad de ciencia". O´Gorman, por su parte, afirma a la historia no en tanto ciencia, sino como conciencia de lo que somos, una manera de conocernos y re—conocernos en ella, que es, en última instancia, la "manera en que la conciencia hace inteligible para sí misma su propia actividad".

Ahora bien, ¿cuál fue el origen que dio lugar a la concepción, método y verdades que cada cual defendió en relación al conocimiento histórico?. Aquí conviene subrayar, el tipo de influencias intelectuales de cada uno.

Silvio Zavala fue el encargado de difundir en nuestro país, el método científico utilizado por Leopoldo Von Ranke en el estudio del pasado. Dicho método lo aprendió durante su formación profesional en España, país en el que contó con las enseñanzas de Rafael Altamira y Crevea. Las cátedras que impartió Altamira en España —quien en los treinta fue Juez de la Corte Internacional de la Haya— sobre "Historia de la Civilización", "Derecho Indiano" e "Instituciones en América", le permitieron a Zavala interiorizar el método y la concepción histórica de su maestro. Gracias a ello, logró definir una línea en sus investigaciones que vino a desembocar en la "Historia de las instituciones en América". Su primer trabajo: *Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España*, fue una tesis presentada bajo el cuidado y la orientación de Altamira. Así lo expresa Zavala: " (....) El interes de Altamira por esta tesis se debía a que respondía a una concepción económica de la historia, a saber, ¿quiénes pagaron la conquista? Esto le parecía original, y así me lo dijo y lo escribió en el prólogo"[204]

El método científico en la historia, cuyo fundador es Leopoldo Von Ranke (1795 –1889), consideraba la posibilidad de imparcialidad en los estudios históricos; es decir, hacer de la actividad histórica una réplica de la científica, la cual se basa en la observación sistemática y rigurosa de los fenómenos físicos y biológicos. De este mismo modo, el cientifismo aplicado a la historia, exigía al historiador el deber de limitarse a dar cuenta de lo que "realmente paso", sin que en este dar cuenta, mediaran sus opiniones personales y mucho menos sus juicios de valor.[205]

De esta manera, la objetividad quedaba garantizada por el método, tomando como modelo el empleado por las "ciencias exactas". De acuerdo con Ortega y Medina, Ranke fue el precursor del "estudio científico de los materiales y la ciencia de la prueba mediante el análisis de autoridades coetáneas a la luz del temperamento de los autores y por medio de la comparación con otros escritos testimoniales. Exigió en todo historiador la

[204] Silvio Zavala. "Coversación…… op. Cit., p. 318.

[205] Conrado Hernández. *La idea de la historia en Edmundo O'Gorman*….. op. Cit. , p.20.

obligación de manifestar sus fuentes y de investigar críticamente de donde obtuvieron sus datos los informadores."[206]

Como partes constitutivas del método, se establecieron dos principios fundamentales: uno se refiere al grado de veracidad del documento o testimonio, el cual, mientras "más cercano en el tiempo y en el espacio, mayor posibilidad de verdad habrá en él". El otro, estaba encaminado a eliminar y a prever el "error" en la historiografía, despojándola de todo cambio y contradicción, así: "En caso de contradicción entre dos testimonios distintos frente a un mismo hecho, uno de ellos deberá ser falso, con lo que se elimina la contradicción. Si el historiador no puede mostrar el error, deberá esperar el documento inédito que venga a descubrirlo"[207]

De esta manera Ranke creyó en su tiempo que sería plausible "elevar a la historia a la categoría de ciencia". Es decir, a través de verdades objetivas, fundadas en pruebas empíricas irrefutables y de consecuente valor universal que no dejaran lugar a parcialidad alguna.

La pretensión, en suma, es ésta: ajustarse a los hechos, neutralizar la personalidad propia del historiador y el utilizamiento de técnicas adecuadas para la crítica de fuentes documentales. Considerando todo lo anterior, el pasado queda predeterminado por el método. El pasado es, en consecuencia, todo lo que el método pueda captar y, en este mismo método, recae la responsabilidad de dotar de ser al pasado.

Al respecto, Guillermo Zermeño Padilla nos comenta que: "La intención de Ranke de fundar una nueva historia nos revela la voluntad de distanciarse de la próxima anterior."[208] Es decir, que la novedad rankeana básicamente consiste "en el carácter de la *institución* en la que inscribe su operación de fabricar una nueva historia desde el origen. Para ser aceptada en la universidad estaba obligada a disponer de un método propio. Para independizarse de la filosofía, la teología o el derecho, donde circulaba tradicionalmente, requería de hacerse de un lugar con estratégias metodológicas propias." [209] En este sentido, la *institución* era el lugar mas importante para Ranke pues habría de posibilitar la construcción y enseñanza del elemento clave: "la capacidad de olvidar o de cuestionar las interpretaciones históricas consabidas, para acercarse a las fuentes producidas en el momento de la ocurrencia de los hechos, y con ello formarse de manera autónoma un juicio sobre el pasado."[210] El objetivo era

---

[206] Juan A. Ortega y Medina. *Teoría y crítica* ….op. cit., p. 57.

[207] Ibidem., p. 58.

[208] Guillermo Zermeño Padilla, "Sobre las huellas de Ranke", en: *Historia y Grafía,* México, Universidad Iberoamericana, No. 15, Año 2000, pp. 11-48. p.20

[209] Ibidem.,p.23 (El subrayado es mío.)

[210] Ibidem.,p.22

impulsar “la voluntad de separar a la historia del lugar que tradicionalmente se le había asignado: el de divertir o el de moralizar a la sociedad.”[211]

La difusión de este método en México corrió a cargo de Silvio Zavala, quien lo asimiló y practicó en sus investigaciones gracias a las enseñanzas de su maestro e “historiador de la civilización” Rafael Altamira.[212] Una vez en México, Zavala y Altamira trabajaron juntos en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México “con el ánimo de superar la etapa pre— científica de la historia”. Por tanto, una de las principales preocupaciones que se impuso en el ambiente historiográfico de la década, estaba centrada en la aspiración de hacer de la historia, una disciplina sistemática y rigurosa tendiente a alcanzar un conocimiento objetivo o científico del pasado del hombre. Esta manera de pensar la historia, acabo por tomó cuerpo en una tendencia representada en la figura de Zavala.

Por otro lado, se advierte la formación historicista de Edmundo O´Gorman quien, en los cuarenta, se encontraba cursando la maestría en filosofía en la Universidad Nacional. Estando previamente formado, en los seminarios de José Gaos tuvo ocasión de discutir sus ideas en torno a las figuras filosóficas más representativas de la cultura occidental: Descartes, Kant, Hegel, Dilthey, Ortega y Heidegger.

O´Gorman buscó el apoyo de la filosofía, la cual le permitió replantear el sentido y significado de la labor del historiador. Si bien es cierto que sus primeros acercamientos a la filosofía los tuvo en las clases de Samuel Ramos, —con quien empezó a asimilar a Ortega y Gasset—, también lo es, que su formación filosófica era ya sólida cuando llego José Gaos a México en 1938. Gaos fue recibido como ex–rector de la Universidad Central de Madrid y como huésped de la Casa de España, actualmente, El Colegio de México. Junto con Gaos, Ramón Iglesia y demás colegas de ambos, vinieron a plantear una manera diferente y original de considerar los escritos y la docencia filosófica.

Pero particularmente, el filósofo José Gaos y el historiador Ramón Iglesia, vinieron a enseñar una novedosa orientación en los estudios históricos: el historicismo.. En él se mantiene la convicción de que el hombre guarda una profunda relación “vital” con su pasado. Esta relación le permite construir sus propias verdades en virtud de las circunstancias de cada presente. Bajo este argumento, la objetividad en la historia se queda en el intento de construir una verdad impenetrable o inmutable. Según esta corriente, la convicción de la historiografía cientificista de alcanzar una verdad absoluta, condujo fatalmente al desgaste de sus posibilidades reales y, la “salida vital” de esta aporía, la ofrece el relativismo de la conciencia historicista. Que no es un relativismo en sí,

---

[211] Ibidem.,p. 23

[212] Silvio Zavala también se expreso del historiador alemán Leopoldo Von Ranke, y lo hizo en los siguientes términos: “..... tiene más influencia sobre mí de lo que parece”. Silvio Zavala, “Conversación autobiográfica … op.. cit., p. 327.

—explica O´Gorman—, sino un relativismo aplicado a la postura tradicional cientificista. De modo que al deshacemos de la supuesta "verdad absoluta", desaparece también el relativismo; en consecuencia, el pasado deja de ser un término de comparación con ese sentido absoluto, para convertirse en "nuestro pasado, propio, único y constitutivo de nosotros mismos". A decir de Tzvin interpretando a O´Gorman: "Nosotros a través de nuestra evolución a través del tiempo".[213]

Como señala P. Romanell, estas tendencias de pensamiento fueron introducidas a nuestro país vía España, a través de algunos de sus intelectuales en el exilio: José Gaos, Ramón Iglesia, Juan David García Bacca, Wenceslao Roces, Eugenio Imaz, Joaquín Xirau y Luis Ricases, entre otros.[214] En las corrientes de pensamiento historicista y existencialista, O´Gorman encontró la concepción y método que le acompañaron a lo largo de toda su ejemplar obra.

A partir de 1940, historicismo y existencialismo comenzaron a despuntar como las nuevas tendencias del pensamiento en el estudio del hombre y de su historia. Estas formas de abordar la historia, alcanzaron una gran difusión en los años siguientes gracias a la obra de los maestros españoles. O´Gorman albergó sus reflexiones "historiosóficas" bajo el cobijo de las mismas, para oponerse al modo "tradicional" de concebir y escribir la historia.

Cabe recordar también, que la difusión de las nuevas ideas se realizó con el respaldo de las traducciones que los intelectuales españoles hicieron de importantes obras europeas. Obras como: *La historia como Hazaña de la libertad* de Benedetto Croce, publicada por el fondo de Cultura Económica en 1942; *El historicismo y su génesis* de Friedrich Meiecke, publicada en 1943; así como la obra completa de Dilthey traducida por Eugenio Imaz y *El ser y el tiempo* de Martín Hiedegger, cuya traducción corrió a cargo de José Gaos. (ver: la renovación cultural: Cap.1)

A decir de las influencias intelectuales de O´Gorman, una muy significativa que lo acercó al mundo de las realidades humanas fue la "filosofía de la razón vital" de Ortega y Gasset. Como fue mencionado, después de la revolución, el pensamiento de Ortega influyo poderosamente a las jóvenes generaciones comprometidas en la

[213] Tzvin. Op. Cit., p. 175.

[214]En relación con lo anterior, el estudio de Patrick Romanell sobre *La formación de la mentalidad mexicana*, nos muestra que hay dos periódos decisivos durante la primera mitad del siglo XX, en los que el pensamiento mexicano tuvo influencias significativas que orientaron el rumbo de su reflexión. En el primero, de 1900 a 1925, advierte el predominio de las "ideas contemporáneas francesas", de Comte a Bergson. En el segundo, de 1925 a 1950, la médula del pensamiento mexicano fue tocada por la "ideología alemana importada por vía de España" . Patrick Romanell. *La formación de la mentalidad mexicana. Panorama actual de la filosofía en México. 1910—50*. Fondo de Cultura Económica, México, 1954.

construcción de nuevos horizontes para la comprensión de la realidad nacional. El mismo O´Gorman, señala haber tenido una influencia innegable del pensamiento orteguiano, del cual se expresa en los siguientes términos:

> (....) Ortega con sus ensayos y muy en especial con *El tema de Nuestro tiempo*, siendo aún yo muy joven, me abrió la luz en el sentido de un camino distinto a lo que se cultivaba en México, que era una historia documentista, escencialista, neopositivista, tradición de archivo documentista. Todo ello sin reflexión sobre la misma tarea histórica y su sentido (....)[215]

O´Gorman reconoce explícitamente su deuda con Ortega y, al referirse a él, expresó: "No lo conocí personalmente pero lo considero mi maestro".[216] No es difícil entrever la influencia de Ortega en el pensamiento de O´Gorman, sobre todo si reparamos en su punto de vista sobre el pasado humano. De él desentrañó la idea de la vida como el único absoluto válido y aceptable, en tanto que es: la "realidad primaria y radical a la cual se refieren todas las demás".

El perspectivismo orteguiano tomó forma en sus penetrantes análisis historiográficos, al considerar al hombre como "historicidad", "cambio", "mutación". De acuerdo con esto, el cambio de dichas mutaciones se gesta en "la vida espiritual" de los pueblos, en su cultura, en sus valores morales, intelectuales y éticos. Vista bajo este enfoque, la historiografía queda liberada de sus pretensiones de cientificidad y se difumina la aspiración de alcanzar una "Verdad Absoluta". En el entendido de una historia íntimamente vinculada con la "experiencia vital", se asume la firme convicción de que las generaciones pasadas, a su modo, intentaron dar respuestas a las preocupaciones particulares de su presente. Consideración que la historiografía cientificista no puede llevar a fondo, ni explicar a partir de los supuestos en los que reposa.[217]

El pensamiento de Dilthey, —otra de sus influencias intelectuales—-, también aterrizó en el ambiente cultural mexicano. Su difusión corrió a cargo de José Gaos , Eugenio Imaz y Eduardo Nicol. De estos tres sendos filósofos, al que podemos identificar como principal difusor, es a Eugenio Imaz. Baste decir, que todos los volúmenes que forman la obra completa del pensador alemán, fueron traducidos al español bajo el cuidado y la dirección del mismísimo Imaz. Pero por si fuera poco, todavía dedicó —en ésta década— dos obras de su propia hechura al análisis y reflexión sobre Dilthey. Obras a las que tituló: *Asedio a Dilthey;* y *El pensamiento Dilthey. Evolución y sistema.*

En 1945, Gaos escribió para la revista *Cuadernos Americanos*, acerca de la importante labor de Eugenio Imaz como difusor de la obra de Dilthey en México:

---

[215] Entrevista a O´Gorman por Tzvin. Op. Cit., p. 175.

[216] Ibidem., p. 175.

[217] Corado Hernández. Op. Cit., p. 42.

(....) No habiendo podido hasta ahora reanudar el estudio completo de esta obra que estaba llevando a cabo en la última época de la estancia en España anterior a la guerra civil, no me atrevo a emitir más que una impresión, pero esta es que la idea que Imaz se ha hecho de la obra de Dilthey da una visión de esta obra que resulta más coherente que las conocidas y parece en realidad más fundada histórica, psicológica y filosóficamente… (además) que resuelve de un modo convincente la cuestión fundamental de las relaciones entre la psicología y la hermeneutica (…)[218]

En ese mismo año, Imaz fue becado por El Colegio de México específicamente para que se dedicara al estudio del pensamiento diltheyano. Por tanto, podemos suponer, que la influencia de Dilthey en el pensamiento de O´Gorman, fue reforzada a través de otro transterrado español: Eugenio Imaz. Sin embargo, dadas las convergencias en el pensamiento de Ortega y Gasset (Filosofía de la razón vital) y W. Dilthey (Critica de la razón histórica), en México, desde un principio, la influencia de pensadores como Dilthey empezó a llegar y a relacionarse con la Filosofía de Ortega y Gasset.[219] No obstante, como sabemos —remito al lector al capítulo dos de este trabajo—Ortega no supo de Dilthey sino hasta después de haber delineado las directricas de su propio pensamiento.

Otra influencia harto significativa en el pensamiento de O´Gorman, corresponde a la doctrina existencialista del filósofo también alemán Martín Heidegger. O´Gorman plasmó en una de sus más grandes obras, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, su visión de la historia profundamente enraizada en las enseñanzas del filósofo alemán. Al plantear los "nuevos horizontes" de la "historiología", —tal como llama a la ciencia de la historia que propone seguir— en detrimento de la "historiografía tradicional", exhorta al "historiógrafo ortodoxo y tradicionalista" a ser capaz de librar una "batalla" con la aplastante y demoledora doctrina heideggriana, a la que considera, una modalidad del ser "autentico" de la existencia en oposición a la "inautentica" forma de ser con que el cientificismo pretende estudiar el pasado del hombre. Al respecto, comenta:

(....) Esta ya muy dicho y ahora vuélvase a decir, que semejante fundamental distingo de modalidades del ser de la existencia procede en derechura de las enseñanzas de Martín Heidegger, a quien me complace, una vez más, reconocerle el socorro que el le debo. A Heidegger remito al historiagrafo ofendido, si alguno hay, para que entre en batalla con él en defensa del honor de su ciencia. Ya lo advertí: me parece que a estas alturas no se puede pretender avanzar en la grande y secular discusión en torno al conocimiento histórico sin tomar en cuenta los análisis de Ser y Tiempo, ya sea para repudiarlos con causa, ya para beneficiarse de ellos como es razón si convencen (....)[220]

---

[218] José Gaos. "La jornada de Dilthey en América", en: *Cuadernos Americanos*. Año IV. Núm. 2, 1945. Septiembre – diciembre.

[219] Patrick Romanell. *La formación…*op. Cit., p. 174.

[220] Edmundo O´Gorman. *Crisis y porvenir de la ciencia Histórica*. UNAM. México, D.F. 1947. P. 282.

En la filosofía de Martín Heidegger, O´Gorman encontró el sustento teórico que le ofreció la posibilidad de enderezar poderosamente su crítica al cientificismo en la historia. La doctrina heideggeriana de la historia, aplicada magistralmente por O´Gorman al ámbito historiográfico, nos da una muestra del carácter político—ideológico del discurso histórico científico. Según el estudio de O´Gorman, de dicha concepción, ha emanado un tipo de historiografía de carácter pragmática, utilitarista e instrumental, cuya "última consecuencia fatal e inconsciente fin", ha sido engendrar un tipo de historia que tiende a matar al hombre. Pero sobre este último y muy significativo punto, habremos de regresar en apartado posterior. Ya se verá por qué.

3.3 <u>Los orígenes de la polémica historiográfica de los años cuarenta.</u>

Para ampliar nuestra comprensión respecto a la inquietud de los intelectuales mexicanos por replantear el sentido y significado de la tarea del historiador en los años cuarenta, considero importante volver la mirada a las formas de concebir la historia en el México de otros tiempos y de otros hombres, para situar el papel que ha jugado la historiografía en la construcción de lo que llamamos "nación".

Durante el siglo XIX, con el triunfo de la facción republicana—liberal, se observa también su triunfo pero en el ámbito de lo historiográfico. Fue, por tanto, el siglo de los liberales y del surgimiento de la "historia nacional". Así pues, —como señala Ma. de la luz Parcero—, al surgir nuestro país como estado moderno, a su historia se le transfiere el ideal social y político del nuevo grupo en el poder.[221]

Desde entonces, la historiografía mexicana no ha sido sino el reflejo de las aspiraciones de algunos hombres en quienes ha descansado la responsabilidad de la "nación", y de las formas o procedimientos que han ideado para imponer sus aspiraciones al resto.[222]

De esta manera, la historiografía a jugado un papel de sobrada importancia en la vida mexicana a través de los tiempos. Mas que una actividad puramente erudita, su ejercicio ha estado vinculado con los intereses estrechos de un grupo social, presentados como problemas inherentes al desarrollo del país. Desde la Independencia, se

---

[221] María de la luz Parcero, "El liberalismo triunfante y al surgimiento de la historia nacional", en: *Veinticinco años de investigación histórica en México,* México, El Colegio de México, 1967, p.443.

[222] Para Edmundo O´Gorman "el ser de México … radica en el modo en que esos hombres (los liberales) concibieron y en la manera cabal en que cumplieron sus responsabilidades en la esfera de los intereses de la nación. Tal la esencia de toda entidad histórica; tal es pues, la de México; proceso que se despliega en la historia y que descansa y depende de la responsabilidad de sus hijos." O´Gorman, Edmundo, *"El triunfo de la república en el horizonte de la historia", en: A cien años del triunfo de la república*. Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México, 1967, p. 342.

firmó como “arma de lucha” y estrategia tendiente a encausar el destino de la sociedad mexicana; fue el único fundamento teórico y justificación de los actos bélicos, programas legislativos y educativos de las fuerzas en pugna. A rebasado los límites franqueables del puro conocimiento, se le ha disfrazado como “acto de conciencia”, “experiencia que enseña”, pero en el fondo, es el instrumento político de los grupos disputantes.

Baste pues, recordar, el surgimiento de nuestra historia nacional, —en sentido historiográfico— , como reflejo de las demandas urgentes de su tiempo, o más bien, del tiempo de ciertos grupos de hombres que deciden con las armas quien tiene el poder, quien asume el control. En ella se condensan de forma muy expresiva las ideas y creencias del momento histórico que las parió.

Al volver la mirada a aquella etapa histórica y turbulenta de nuestro país, (principios del siglo XIX), el pasado nos revela un largo proceso de revolución, avatares políticos y conflictos militares, fruto de la confrontación entre dos ideas, dos proyectos de Estado, dos modos especiales de entender el ser y la historia del disputado “pueblo mexicano”: la escuela “conservadora”, representada en la figura de Lucas Alaman, y la escuela “liberal”, cuyo exponente fue José María Luis Mora.

A decir de O´Gorman, dicha etapa planteó dos posibilidades de ser al México que se independizó; es decir, dos Méxicos diferentes, dos Méxicos en franca pugna: el monárquico y el republicano. Ambos, en la lucha, jugándose su propia existencia. Pero para ser más puntuales, quizás sea mejor decir, dos grupos que se disputaron la representatividad de los demás, o sea, del resto de la sociedad. En medio de tan dramático escenario, los historiadores exteriorizaban y matizaban los ideales del partido de que se tratara, fuera “el partido del orden, tradicionista, católico y monarquizante”, o bien, “el partido del progreso, racionalista, liberal y democrático.”[223]

Según O´Gorman, el problema que se presentó a los intelectuales de aquel tiempo, fue el tratar de entender y explicar el desencanto que produjo en ellos la guerra de independencia, la cual, lejos de haber hecho entrar al país por la mágica vereda de la paz y el progreso, lo mantenía sumergido en una crisis. Liberales y conservadores se inculpaban mutuamente de haber desencadenado tal desastre y, al tratar de comprender el pasado mexicano, caían en una contradicción por demás irreductible.

Los conservadores se valieron del servicio de la historia para demostrar por que el país no podía desprenderse ni mucho menos serle infiel a la venerable tradición. Los liberales hicieron uso de la misma viendo en ella lo contrario: la pululante necesidad de destruir las huellas del tormentoso pasado.

De esta manera, Josefina Vázquez de Knauth ha mostrado el sentido pragmático—político que, desde sus orígenes, a encausado las aspiraciones por realizar una “síntesis” de la historia de México.[224]

---

[223] Ibedem., p. 344.

[224] Vázquez de Knauth, Josefina, “Síntesis de la historia de México de historiadores mexicanos”, en: *Veinticinco años de* … p. 213 – 225.

No esta de menos decir, que sobre este último punto y para variar, O´Gorman sostuvo que un "claro síntoma de que, por lo visto, un pragmatismo político es indisoluble a toda síntesis histórica, consiste en la existencia de eso que se llama 'la historia oficial', y a la que, secreta o confesadamente, aspiran a llegar a ser todas las interpretaciones que no han recibido ese espaldarazo. Tal parece, pues, que por mas imparcialidad que se suponga en el historiador, por más pureza que se atribuya a su interés en conocer el pasado, un pragmatismo político, en el mejor sentido del término, es el de la esencia de su tarea, a no ser, quizá, que se llegue a concebir a ésta de un modo distinto."[225]

Sólo después de la llamada decena trágica (1838 – 1848) que incluye la guerra de Texas y la guerra contra Francia, pasando por la otrora gran década de la reforma y la Intervención (1857 – 1867), cuando con el triunfo de la república —o sea, 1867— los liberales, siendo ya dueños del poder, intentaron integrar una historia filosófica y razonada con la finalidad de fundamentar la nacionalidad "republicana", fincada sobre las raíces del pasado indígena en detrimento y rechazo del pasado español.

En la obra cumbre de la historiografía de dicho siglo *México a través de los siglos*, publicada entre los años de 1884 y 1889[226], y al calor de las ideas románticas nacionalistas popularizadas por los liberales, dicho grupo en el poder, intento explicar como se había llegado a formar la nacionalidad de la que se ufanaba. Bajo un "sello liberal, romántico y positivista", intentaron sojuzgar a la historia bajo las exigencias y autoridad de la sociología con la finalidad de que "fuera útil". Presentaron —a su juicio— los hechos "en su verdadera luz", sin apasionamientos ni parcialidad alguna; en suma, ofrecieron desde su particular enfoque, una historia despojada de "falsos criterios políticos" y con la única intención manifiesta de "servir a la nación" reconstruyendo la historia mexicana. En torno a un nuevo criterio histórico: "el mestizaje físico y espiritual", aniquilaron la antítesis conservadora y cobró fuerza en su más hondo significado la unificación de los intereses de los grupos en pugna, ni españoles ni indígenas: simplemente mestizos.

El gobierno liberal llegó a la conclusión , de que la manera de vencer resuelta y significativamente a los conservadores era estimulando un "nuevo espíritu" en el "ciudadano". Fomentando la "religión de la patria" y la idea de un México mestizo, la intención era promover la unificación de todas las fuerzas del país a sabiendas de su entrada en la ya avizorada —por ellos— era positiva y de progreso.[227]

---

[225] Comentario de Edmundo O´Gorman al trabajo de Josefina Vázquez de Knauth, en *Veinticinco años de* ...p. 227.

[226] Cabe recordar que esta obra fue escrita bajo la influencia de las tesis positivistas de Augusto Comte, difundidas en el país por Gabino Barreda desde 1857.

[227]En este punto, vale recordar el concepto de hegemonía en Gramsci que, como señala Marcos del Roio, se refiere a "la dirección moral e intelectual que asume un grupo social revestida de poder coercitivo contra las clases

Las "síntesis" de historia de México, destinadas a "la instrucción de la juventud" y acendradas en la visión liberal—positivista, comenzaron a aparecer desde mediados del siglo XIX en forma de "catesismo". Así lo confirma el título de una de las primeras: *Catecismo de la historia de México, desde fundación hasta mediados del siglo XIX, formando con vista de los mejores autores y propio para servir de texto a la enseñanza de instrucción pública*. A la que le siguieron: *Compendio de la historia de México, desde sus primeros tiempos hasta la caída del Segundo Imperio,* publicada en 1883 de Luis Pérez Verdía y *Lecciones de Historia patria* de Guillermo Prieto publicada en 1886.[228] De este último poeta y político liberal, es conocida la polémica que sostuvo en 1891 con Enrique C. Rebsamen "acerca del estudio de la historia patria en las escuelas primarias".[229]
En la década de los noventa del siglo XIX y todavía hasta en las dos primeras del siglo XX, prevaleció la línea oficial conciliadora liberal positivista en la visión de la historia. El sustento teórico y legítimo sobre la comprensión del pasado, lo ofrecieron las ideologías positivista y spenceriana que acabaron por moldear una visión "evolutiva de la historia", y en la que se consideraba a la sociedad como un "oragnismo en evolución".[230]
De acuerdo con los especialistas en la historiografía de dicho periodo, fue en la obra de Justo Sierra *Evolución Política del pueblo mexicano*, en la que la idea de la historia encuadrada bajo el esquema positivo encontró su

---

antagónicas". Marcos del Roio, "Gramsci contra Occidente"; en: *Bajo el volcán. Revista del posgrado de Sociología.* Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Año,2; núm. 3; 2º. Semestre de septiembre, 2001.

[228] Vázquez de Knauth, Josefina. "Síntesis … op. Cit., p. 215

[229] En dicha polémica, Guillermo Prieto salió a la defensa de una "visión liberal de la historia patria", que, como todo buen liberal, valga la redundez, condenaba a la conquista, al mundo colonial y al imperio. Sus puntos de vista los esgrimió con argucia frente a un "osado pedagogo" suizo- mexicano como Enrique C. Rebsamen, quien olvidando o desconociendo los principios liberales por los que Prieto había luchado incansable, sentenció: "¡Sed, pues, verídicos, maestros¡" ¡No falsifiqueis la historia, ni con la mejor intención, ni siquiera por patriotismo¡". Ver Ortega y Medina, Juan A. *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*. UNAM. México D.F. 1992. pp. 473. p 283.

[230] De acuerdo con esta concepción de la historia, Edmundo O´Gorman refiere: "…hombre y animal quedan colocados en un mismo orden de existencia, y se pensara que la historia es para el hombre lo que la evolución es para la zoología ("el hombre es producto de la historia" en lugar de "la historia es el producto del hombre") historia y evolución se convierten en sinónimos conceptuales, como lo atestigua el hecho de que haya perpetuado con singular tenacidad la designación de 'Historia natural' para mentar las disciplinas que se ocupan de la naturaleza, así como la circunstancia de que la historiografía jamás haya logrado sacudirse la pesadilla del evolucionismo que la a acompañado a todo lo largo de su carrera científica." *Crisis y porvenir* ...... op. cit. p. 231.

más genuina expresión.[231] Así pues, al sobrevenir esa gran época de nuestra historia conocida como porfirismo (1876 – 1910), el positivismo tendió a consolidarse en la medida en que condujo a aplacar el conflicto liberal–conservador y, en mayor grado, gracias a que ofreció el instrumento teórico idóneo para mantener en orden al "organismo social". El positivismo lejos de ser una simple visión de la historia, se convirtió en la filosofía oficial del régimen con marcadas pretensiones prácticas, políticas y sociales que intento "cumplir —a decir de Gaos— con el programa de alta política nacional que inspiró".[232]

Sin embargo, en el fondo, "El positivismo fue el instrumento con el cual se quiso limitar los derechos de los demás a favor de los intereses de un grupo determinado. Se pretendió fortalecer a México materialmente para hacerlo apto para su propia defensa; se habló de un programa material semejante al que se realizaba en los países sajones; pero este progreso se redujo en México a la formación de unas cuantas fortunas que beneficiaron a unos cuantos en vez de a la colectividad. México siguió siendo tan débil como al principio. Su economía, base del progreso material, estaba en manos del capitalismo europeo y del propio norteamericano. El ideal del positivismo mexicano fue una utopía más semejante a las utopías que criticaba. Tan soñador fue el liberal del 57 como el positivista y 'científico' del porfirismo...." en suma, el positivismo no dejó de ser sino "...un sueño de orden imaginario para servir a los interese de una burguesía cansada del desorden que hacia inestables todas sus conquistas."[233]

Ahora bien, el fracaso teórico de esta doctrina es muy semejante al experimentado en el viejo continente (ver: análisis y síntesis. Cap.2), en el sentido de que buena parte de los historiadores positivistas mexicanos, se vieron constreñidos en su labor, al advertir las carencias de su método y constatar sobre la marcha "la imposibilidad de formular leyes", por lo que sus esfuerzos se encaminaron única y específicamente hacia la mera "comprobación de los hechos".[234]

---

[231] Para Leopoldo Zea "La obra histórica, como memoria integradora de un pueblo, tiene en Justo Sierra a uno de sus exponentes más brillantes e influyentes, quien en su Evolución Política del pueblo mexicano mantiene una idea de evolución que es la sostenida por la doctrina positivista de Herbert Spencer, " Zea Leopoldo. *El positivismo en México. nacimiento, apogeo y decadencia.* Op. Cit., p. 407. Según Josefina Vázquez "Justo Sierra tal vez sea el que ofrezca la más acabada interpretación positivista en la síntesis histórica." Op. Cit., p. 215.

[232] Gaos. *Cinco Años de Filosofia en México....* op, cit; p 164.

[233] Zea. Op. Cit., p. 411.

[234] De entre este grupo de intelectuales han sido identificados los historiadores Alfredo Chavero, Elías Amador, Francisco García Icazbalceta y Francisco del Paso y Troncoso como representantes genuinos del "culto al documento y al monumento". L. González. *Todo es historia*. p.p 170 –172.

No obstante, en la revolución de 1910 se desplegó un doble proceso de "negación": negación del orden impuesto a la existencia y, por consecuencia, negación de los valores engendrados por dicho régimen. A la par del movimiento bélico, se entronizó en el ámbito de la cultura uno no menos impactante y de honda repercusión. Fue el iniciado por un grupo de intelectuales conocido como el "Ateneo de la Juventud" y conformado por figuras de primer orden en el panorama cultural del país; es el casó de José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Antonio Caso, Martín Luis Guzman y Pedro Henríquez Ureña, entre otros. Estos intelectuales iniciaron un proceso de "renovación espiritual", animado por su descontento ante la proclividad de la concepción positivista a empobrecer los valores culturales y a reducir su enfoque al descubrimiento, —en lo social—, de formulas y leyes calculables por la vía de la lógica matemática.[235]

A la concepción estática y utilitarista de la vida social, opusieron "filosofías de la intuición, de la emoción y de la vida" tendientes a cifrar la atención, en la "espontaneidad creadora" y en la pluralidad de las cosas.[236] Con dicha actitud filosófica, en los veinte, comenzó el resquebrajamiento de la concepción positivista que aún se mantenía sólidamente arraigada en el pensamiento de un grupo de intelectuales mexicanos, quienes consideraban, y además creían posible, re—orientar el sistema porfirista por la senda filosófica y bajo un correcto planteamiento político.

Tal dualidad de posturas, aparece en la escena filosófica de nuestro país, cuando el filósofo ex—positivista Antonio Caso rompe con tal "visión del mundo" y sale a la defensa de las doctrinas idealistas y "anti—intelectualistas", a las que se aferra y presenta con denuedo, en acalorado debate sostenido con uno no menos fuerte y combativo defensor de la bandera filosófica positiva: el Ingeniero Agustín de Aragón.

Dicha polémica, —que se extendió hasta el año de 1936 y a la que se sumaron otros tres intelectuales interesados en el asunto: Manuel Brioso y Candiani, Alberto Beteta y Jesús Galindo y Villa—, hubo de sucitarse a la sazón de un libro que expone *La teoría de la historia* del historiador rumano Alexandru Dimitriu Xenopol, cuya publicación, despertó una airada crítica por parte del filósofo Caso, al oponerse al carácter científico que, según Xenopol, "posee la trama de los hechos históricos".

Frente al positivismo "ortodoxo" de Agustín de Aragón, quien salió a la defensa de la obra en cuestión, Caso, representante de las entonces nuevas corrientes "idealistas", sustentó su critica sobre la base de pensadores como Schopenhauer, Kant, Bergson y Croce, y negó que la historia pudiera tener un carácter científico, más, la definió como "un saber sui generis" en el que interviene la "intuición creadora".[237] Quede pues, lo anterior, como el antecedente más preclaro en el que comenzó la agonía teórica del positivismo en nuestro país, y que,

[235] Villoro. "La cultura mexicana de 1910 a 1960" en : *Cultura, ideas y mentalidades*, p. 241.

[236] Ibedem., p. 241.

[237] Ver Ortega y Medina. *Polémicas y ensayos*, op. Cit., pp. 372- 386.

paulatinamente, fue dando lugar al consecuente abandono de la concepción de la historia, como necesaria para encontrar “formulas” o “leyes” reguladoras de la “evolución social”.

De esta manera, en los veinte, el positivismo fue diluyendose hasta perder su gran fuerza, ante la relampagueante ascensión de otras formas de historiar emanadas de su herencia. Aludimos al “empirismo tradicionalista” que pretendía continuar la tradición de investigadores como García Izcazbalceta y Paso y Troncoso, en los que descanso la tarea de encontrar y publicar “documentos inéditos” con la finalidad de conocer más y mejor la historia de México. También nos referimos al “pragmatismo político”, que fue la respuesta que la revolución dio en materia historiográfica. En este último, civiles y militares se encargaron de dar vida a esta modalidad, escribiendo sus memorias e historias con la intención manifiesta de convencer a sus lectores de que lo expresado en ellas: era “lo que realmente había ocurrido”, y fundamentaban además sus discursos con la experiencia vivida y documentos de primera mano.[238]

Dicho pragmatismo, se orientó fundamentalmente hacia el campo de la educación en el que la intención fue muy clara: “modelar las nuevas conciencias”. Las medidas revolucionarias contra la Iglesia provocaron una reacción clerical que desembocó en la experiencia cristera. El conflicto religioso se trasladó al ámbito historiográfico. Los católicos, contra la radicalización de la posición oficial, escribieron también un tipo de historia pragmática nacionalista teñida de su propia concepción y consecuente interpretación de la historia.[239]

El consabido conflicto ideológico liberal—conservador volvió a resurgir, pero esta vez, a través de la confrontación directa entre Iglesia y Estado. Por tanto, la polémica indigenismo—hispanismo nuevamente fue llamada a escena. Por un lado, los liberales oficialistas entregaron su interpretación de la historia en forma de libros de texto a la Secretaría de Educación; de ello dan cuenta el libro de Alfonso Toro *Compendio de Historia de México* (1926), escrito —según Josefina V. de Knaut—, “bajo un punto de vista anticlerical y antihispanista”, y los artículos del Gral. Rubén García matizados de un nacionalismo a ultranza. Del otro lado, los conservadores tradicionalistas respondieron con libros de texto “conscientemente conservadores” y antioficialistas; aquí destacan los libros de Joaquín Márquez Montiel, *Apuntes de historia genética mejicana* (1934) y Mariano Cuévas *Historia de la nación mexicana* (1940). De este último grupo, también son los libros de corte “antioficialista”: *Breve historia de México*, (1940) de José Vasconselos; e *Historia de México* de José Bravo Ugarte, (1940).[240]

A finales de los años treinta, acorde con el ambiente que imperaba, apareció otra corriente historiográfica que intentó explicar la historia de México a partir de un enfoque marxista. Como advertimos en otra parte, aquí

[238] Matute Alvaro. Op. Cit., p. 12.

[239] Ibidem., p. 13.

[240] Vázquez de Knauth , Josefina. Op. Cit., p. 217.

figuran los nombres de Luis Chavez Orozco y Miguel Othon de Mendizabal, además de las aportaciones en este renglón de Alfonso Teja Zabre con su *Historia de México* (1936) y Hernán Villalobos Lope; *Interpretación materialista de la historia de México*, (1937). Pero esta corriente, —a juicio de los especialistas—, aunque intentó observar la historia desde un mirador marxista, en sentido estricto, no fue genuinamente marxista, dado que su interpretación no rompió por completo con los moldes del positivismo (a Miguel Othón de Mendizabal se le acusa de no haberse desentendido de las enseñanzas positivistas de uno de sus maestros: Andrés Molina Enriquez, y el trabajo de Luis Chavez Orozco es considerado como "una importante obra de erudición".) El asunto es que esta corriente historiográfica no penetró hondamente en los análisis del pasado mexicano sino hasta mucho tiempo después en el que encontraría su fuerza y enriquecimiento.[241] Haría falta investigar más a fondo por que no pudo penetrar.

En el campo de la comprensión del pasado humano, surgieron en los treinta, tres grupos que reclamaban para sí la posesión de la verdad histórica: los conservadores, los liberales oficialistas y los marxistas. Cada cual, con sus respectivos autores, participaron del nacionalismo propio de su tiempo y de la disolución, del para entonces, vacilante esquema positivo.[242]

Vale recordar, otra vez, que estos grupos, mantenían un tipo de historiografía no sólo acorde con intereses de grupos específicos, sino también, se mantuvieron dentro de las venerables formas tradicionalistas que la vieja escuela positivista había heredado. Por tanto, la historia que escribían no llegaba más allá de su método. Es decir, que los límites a los que llegaba el neo—positivismo en la historia, no permitía a los historiadores mexicanos —llámense liberales o conservadores— más que a cumplir con "la primera parte del programa"; o sea, la parte del "análisis" que supone una mera "constatación" y "comprobación de los hechos". Pero tal teoría, mostraba sus deficiencias prácticas al no poder ofrecer la ejecución de la segunda parte, que tiene que ver, con la elaboración de "síntesis" construidas a partir de "la formulación de leyes".

Esto dio lugar a la producción de "obras generales" caracterizadas por el poco rigor en las investigaciones y cargadas de ideas superfluas de dudosa fundamentación. Por tanto, la preocupación se desplazó hacia la búsqueda de un "método" que reanimara la esperanza en el conocimiento "objetivo" del pasado. A dicha preocupación, Zavala le encontró un remedio, si bien temporal e idóneo a las exigencias de su tiempo, a la larga terminó por afianzarse e imponerse en los planes y programas de estudio.

---

[241] Matute, Alvaro. Op. Cit., p. 13. Para Josefina V. De Knauth, a fines de los años treinta: "el grupo marxista es el peor presentado, puesto que, en una forma u otra, sus componentes son partes del *establishmen* y además sus conocimientos de marxismo son superficiales como para poder aplicarlos con seriedad al caso mexicano" op. Cit., p. 219.

[242] Ibidem,.p.222

A finales de los años treinta, el historiador Silvio Zavala introdujo en México el "método científico" diseñado por el historiador alemán Leopoldo Von Ranke. Ello como una manera de responder a la preocupación de la historiografía mexicana de ese momento. Zavala se entrego a la idea de dotar al oficio de historiador, de cualidades a las que a su juicio no se les consideraba seriamente en el medio como: "la sobriedad, la objetividad, la imparcialidad (y) la honestidad intelectual". Se mostró dispuesto a hacer de la historia una auténtica ciencia capaz de proceder conforme a un orden metódico. De acuerdo con esta idea, el trabajo de archivo juega un papel central como medio para validar "empíricamente" lo que habría de conducir a la presentación de los hechos, en apego irrestricto a la "verdad" de los mismos.

A decir de Guillermo Zermeño:

> Don Silvio Zavala podría presentar mejor que ningún otro este impulso renovador fincado en el periodo de lo que se conoce como la etapa constructiva de la Revolución. Zavala es emblemático por ser uno de los que encabeza la cruzada para instaurar la historia científica en México. Aquí podriamos decir que la vieja historia anticuaria o de coleccionistas entra en 'crisis', lo mismo que la historia política del siglo XIX. Entra en 'crisis' en razón de la crítica hecha a los supuestos que la sostienen.[243]

Mientras Zavala había hecho entrar en crisis las formas de historiar a finales de los treinta, un último grupo de historiadores apareció a la cabeza del historiador Edmundo O'Gorman.[244] De éste último grupo, podemos decir, que su interés "vital" por el estudio del hombre como historicidad, temporalidad y finitud, les permitió superar —a diferencia de los demás—, sus filias políticas e intereses partidistas, además, pugnaban por la función ética de la historia y por la autonomía del conocimiento histórico.

3.4 El inicio de la controversia: Discusiones sobre la enseñanza de la historia.

La versión oficial de la historia de México, —ya entrados en el cuarenta—, sufría una honda crisis ante la variedad de interpretaciones que se disputaban entre sí la preeminencia de contar con la verdadera visión. La crisis había alcanzado niveles insospechados gracias a la presión de las fuerzas confrontadas política y

---

[243] Guillermo Zermeño Padilla. *Crítica y Crisis en* op.cit.,p.12

[244] Para Guillermo Zermeño Padilla, O'Gorman es "el más moderno entre los historiadores modernos mexicanos." El filósofo español José Gaos, se expresó en los cuarenta del todavía licenciado O'Gorman en los siguientes términos: "El licenciado O'Gorman ha visto como nadie los temas y problemas radicales, esto es, filosóficos de la historia." Francisco Larroyo lo calificó como el "*enfant terrible* de la historiografía." Y para Josefina V. de Knauth, O'Gorman ha sido de los historiadores mexicanos "el único totalmente original en pensamiento,...." por citar algunos teóricos de la historia que han estudiado su ingente obra.

militarmente en los años veinte y treinta: la Iglesia y el Estado. Sin embargo, los peligros avizorados en el exterior, forzaron el apaciguamiento de la lucha interna y plantearon la posibilidad de considerar la "unidad nacional", como la única alternativa para poder sobrevivir en el estremecedor contexto histórico mundial. Por tanto, los esfuerzos en el ámbito historiográfico, debían encaminarse hacia la búsqueda de una visión conciliadora que menguara el ánimo partidista y acabara con las diferencias de interpretación.

Los libros que aparecieron a partir de 1940 buscaron adecuarse en sus planteamientos a la necesidad del país. Mostraban, según Josefina V. de Knauth, "un ánimo menos polémico y más conciliador." No obstante, la polémica indigenismo—hispanismo no había desaparecido del todo, mas bien, fue enriqueciéndose gracia a la pasión, interés y estudio cada vez más especializado de las etapas prehispánica y colonial. Esta preocupación condujo finalmente a un tipo de apreciación un tanto más maduro, en el que se volvía a reconocer la realidad mestiza de México.

Ante el ánimo conciliador imperante en la visión del pasado mexicano, ahora la preocupación se desplazaba hacia los problemas para la enseñanza de la historia en México. Tal preocupación, no era casual, emanaba del célebre libro del filósofo mexicano Samuel Ramos *El perfil del hombre y la cultura en México*. En él, se muestra el retrato de un México condicionado por un profundo y a la par complejo sentimiento de inferioridad, derivado de la estimación propia a partir de una escala de valores ajena. El análisis histórico—psicológico realizado por el filósofo Samuel Ramos, empezó a acendrar una inquietante preocupación entre intelectuales y educadores, quienes consideraban, que el rechazo constante de la raíz indígena y española de nuestro ser, no hacía sino contribuir a la negación y consecuente agravamiento del problema. Por tanto, el interés estaba en encontrar alguna especie de "formula educativa" que eliminara del mexicano ese terrible sentimiento. La manera de combatirlo, pensaban, tenía que ser por diferentes frentes. En primer lugar, comenzar por eliminar los excesos a que habían dado lugar indigenismo e hispanismo y sus divergencias enraizadas en la ideología política, asimismo, postular casi como principio la "concordia". En segundo lugar, desterrar de la visión de la historia el artículo tercero de la constitución —de aquel entonces— referente a la educación socialista; la intención era desembarazar a nuestra historia del tormentoso proceso de la "lucha de clases", para verla como el proceso de formación de nuestra "nacionalidad", pues se quería formar al individuo bajo la impronta de una historia que uniera y no que dividiera. En el tercer y último punto, el gobierno cifraba sus expectativas en convencer a los diferentes grupos de sacrificar sus posiciones partidarias en pos de una nueva era de conciliación.

El problema, ceñido a la preocupación sobre la importancia y consecuencias de la transmisión de la interpretación del pasado mexicano, empezó a revelarse como prioritario en los congresos y mesas redondas entre los historiadores. Tal dimensión alcanzó, que en el *Sexto Congreso Mexicano de Historia* celebrado en Jalapa en el año de 1943, se puso de manifiesto el sentir de los historiadores frente a este problema y expresaron

que ante el estado de “anarquía” en el que se encontraba la historia, era menester, reunir una conferencia de mesa redonda que se ocupara de estudiar los problemas relativos a la enseñanza de la historia en México. Al siguiente año (1944), el establecimiento de dicha mesa redonda tuvo lugar, y del 11 al 18 de mayo se realizó la *Primera Conferencia de Mesa Redonda para el Estudio de la Técnica de la Enseñanza de la Historia*. En ella, participaron distinguidos y connotados historiadores y profesores, quienes se sujetaron a las disposiciones de la mesa directiva que tuvo como presidente al historiador Luis Chávez Orozco.[245] Esta reunión de mesa redonda, tendiente a analizar la enseñanza de la historia en todos los ciclos y en todos los libros de texto, fue inaugurada por el Secretario de Educación Pública Jaime Torres Bodet, quien en su discurso de apertura, señaló en trazos generales los lineamientos a seguir en las mesas de discusión:

(...) Bien está.... que se cancelen los odios en la redacción de los libros ...... Bien está asimismo que se emprenda una campaña depuradora para arrancar a los textos las páginas negativas. Como Secretario de Educación Pública aplaudiré todo lo que se haga en este sentido; pero como funcionario y también como hombre, habrá siempre de preocuparme por que en nuestro empeño de eliminar errores, no terminemos absurdamente por confundir los juicios con los prejuicios y por tender sobre los dolores del pasado.... un velo hipócrita y tembloroso que daría a las nuevas generaciones una impresión destacada de nuestra vida y que, por desfiguración de los arduos asuntos que trataron de resolver, colocara a los héroes de México en la equívoca posición de protagonistas sin contenido y de seres que pelearon contra fantasmas (...)[246]

Sin embargo, en las mesas de análisis uno de los puntos fundamentales a tratar fue la “creación de un sentimiento de solidaridad nacional como factor fundamental para la integración de la patria.”[247]

En suma, la enseñanza de la historia en México debía considerar como prioridad fundamental la necesidad del país, que es, la necesidad de su gobierno. Así, se demandó la presencia de la historia para explicar a los hijos de la patria, las estructuras de las instituciones políticas, económicas, jurídicas y culturales. Que desde el primer nivel se echaran las bases para desarrollar en “el espíritu cívico” del estudiante, un profuso sentimiento de “unidad nacional” pero “sin deformar la verdad”. En el nivel secundario la exigencia era conservar “el culto de los héroes y el respeto de las instituciones constitucionales republicanas y democráticas.” A nivel preparatoria, habría que formar en el alumno “la conciencia de que el criterio de la ‘unidad nacional’ en los actuales momentos es el más favorable para facilitar la evolución social de México.”[248] La preocupación del gobierno por la

---

[245] Josefina V. de Knauth, *Nacionalismo y educación en México,* El Colegio de México, México, pp. 331, p.243

[246] Ibidem.,p.244

[247] No obstante, los temas de discusión giraron en torno a preocupaciones diversas, desde “conservar la estructura espiritual de los indígenas” en la historia, hasta evitar el “sello comunista” en la enseñanza histórica escolar. *Excélsior,* del 12 al 19 de mayo de 1944, México, núms. 9785—9792, año XXVIII, Tomo III.

[248] *Excélsior*, “Primera Sección”, jueves 18 de mayo de 1944, México, núm. 9791, año XXVIII, Tomo III.

transmisión del pasado mexicano a las nuevas generaciones, encontró eco en la publicación de libros que hicieron menguar su angustia: *México, historia de su evolución constructiva* (1945) y *México y la Cultura* (1946). Entre estos libros se encontraba uno que iniciaba la serie: *Síntesis de la historia del pueblo mexicano* de Silvio Zavala.[249]

En ésta obra: "La frialdad científica del historiador y sus conocimientos sólidos permitieron que cumpliera con su cometido; relataba la historia del pueblo mexicano sin mutilaciones y sin agravios, simplemente como proceso de constitución de un pueblo a través de vicisitudes muchas veces trágicas, lo que en última instancia había preparado al espíritu mexicano para enfrentarse a la vida con valor y resistencia."[250]

Las resoluciones de la *Primera Conferencia* se encaminaron a hacer manifiestas a la Secretaría de Educación, las exigencias a las que debían responder los libros de texto a nivel primaria y secundaria. Como parte de las resoluciones, también se acordó nombrar una comisión organizadora de un *Primer Seminario para el Estudio de la Técnica de la Enseñanza de la Historia*[251]. Este *Seminario* se reunió al año siguiente. Se reunió, para ser precisos, durante los días del 16 al 21 de marzo de 1945. La organización del mismo respondió a la necesidad de "completar los trabajos" que la *Primera Conferencia* había dejado inconclusos, y estuvo integrado por: Luis Chávez Orozco, Alfonso Caso, Rafael García Granados, Arturo Arnaíz y Freg, Edmundo O'Gorman, Rafael Altamira y Silvio Zavala entre otros. A este Seminario fueron invitadas distintas autoridades del país vinculadas con la enseñanza de la historia. En el *Universal* aparece la siguiente información:

> Serán miembros del Primer Seminario citado: a) Los delegados acreditados por las instituciones educativas de la república; b) los delegados acreditados por otras instituciones, sociedades e institutos de investigación histórica y las asociaciones magisteriales; c) los representantes de otras instituciones, los historiadores y maestros mexicanos que reciban especial invitación de la comisión organizadora. Esta se encargará de realizar todos los actos materiales que conciernan a la instalación de la conferencia y funcionará como autoridad provisional en la primera sesión, durante la cual se designarán las autoridades definitivas y las comisiones necesarias[252].

---

[249]Josefina V. de Knauth, op. cit. p.246

[250] Ibidem.,p.248

[251] La prensa escrita reportó el cierre de ésta *Primera Conferencia* con un final feliz, que culminó en una "entrevista" sostenida por los conferencistas con el "Señor Presidente" en su residencia de los pinos. En dicha "entrevista": "..... el General Manuel Ávila Camacho expuso a sus visitantes, encabezados por el profesor Luis Chávez Orozco, el interés con que había seguido aquellas deliberaciones, y la satisfacción que le producía conocer el móvil de unidad nacional que los inspira". En respuesta, el historiado Jesús Romero Flores, a título de relator, presentó un resumen de las exposiciones hechas, y los acuerdo alcanzados durante la semana, a lo que comentó: "Todos los esfuerzos en ese sentido realizados hasta ahora, tuvieron por móvil crear la nacionalidad mexicana mediante la sólida y perdurable unión de todos los hijos de México; consolidar esa unión para realizar nuestro progreso interior, y crear la respetabilidad indispensable para favorecer nuestras relaciones con los demás países del mundo". *Excélsior*, "Primera Sección", viernes 19 de mayo de 1944, México, núm. 9792, año XXVIII, Tomo III.

[252] *El Universal*, domingo 11 de marzo de 1945, México, núm. 10360, año XXIX.

Mas adelante se advierte que:

> Ninguna persona podrá hacer uso de la palabra por más de 10 minutos y cuando alguno de los delegados no se ajuste al carácter científico de la conferencia, la asamblea decretará su expulsión del Seminario y comunicará el acuerdo a la institución que lo haya designado[253].

En la sencilla ceremonia inicial Torres Bodet anunció: "Hoy 16 de marzo de 1945 tengo la honra de declarar formalmente inaugurados los trabajos del Primer Seminario para el estudio de la Técnica de la Enseñanza de la Historia"[254]. En entrevista, al terminar su participación comentó:

> Me complace aprovechar esta circunstancia para manifestar que la Secretaría de Educación Pública — concediendo como concede a esta disciplina del pensamiento el gran valor constructivo que es justo reconocerle — se ha interesado por mejorar en sus planes y en sus programas el desarrollo de las asignaturas que directa e indirectamente le atañen y para ello ha utilizado las conclusiones a que llegó la Conferencia de Mesa Redonda celebrada en México en Mayo de 1944.

En este *Seminario* se retomaron problemas que tienen que ver con el tipo de historiografía institucional u oficial, de marcada inclinación nacionalista, de donde procede buena parte de la formación del mexicano. Una formación plagada de deficiencias, inconsistencias y temas tratados con poca precisión[255].

Las ponencias fueron presentadas sobre el tema *La técnica de la enseñanza de la historia* en sus distintas variantes: en la escuela normal, primaria, secundaria, preparatoria, universidad, en los museos y hasta en la "película histórica".

Pero las discusiones fueron llevando a los discursantes a reflexionar en torno a los problemas teóricos y filosóficos que acechan al conocimiento histórico en general. Y fue precisamente en éste último punto, en el que se encontraron de frente dos formas diferentes de comprender el pasado humano. De pronto, en dicha reunión, alguien levantó la voz para pedir que el historiador posea una determinada preparación filosófica. Insistente, pedía se considerara cabalmente, la imposibilidad de que el historiador abrace en una narración todos los matices

---

[253] Ibid. p. 21

[254] *El Universal*, sábado 17 de marzo de 1945, México, núm. 10360, año XXIX, Tomo CXIII.

[255] En una de las mesas de discusión de mayo del 44, o sea, de la *Primera Conferencia*, se produjo un debate en torno a las "inexactitudes" que contienen algunos libros de historia universal, —uno de ellos, el de Wells—, que afirman que la cultura precortesiana era propia de "mentes débiles". Con el fin de evitar tales "distorsiones", se propuso la redacción de un libro de historia universal, realizado por un mexicano, que "no menoscabe nuestro prestigio", es decir, que "sirva a los intereses del país". Ante dicha resolución, "Edmundo O'Gorman se opuso, *so pretexto* de que tal actitud demostraba una tendencia nacionalista. No obstante, contra el criterio del discrepante O'Gorman, se aprobó aquella disposición, y luego otra del profesor Paredes, en el sentido que la Secretaría de Educación elabore un libro de lectura, auxiliar de la enseñanza de la historia y relativo al progreso técnico industrial de México". *Excélsior*, "Primera Sección", jueves 18 de mayo de 1944, México, núm. 9791, año XXVIII, Tomo III, p. 1.

del suceso que narra, mas bien, pugnaba por tener conciencia de tal imposibilidad y, en consecuencia, proponía suplir con la interpretación personal del historiador, aquellas partes oscuras, no reveladas del acaecer histórico.

En la misma reunión, alguien que debió sentirse interpelado ante tan filosos comentarios, contestó con una reflexión referida a los límites que habría de ponerse a la interpretación subjetivista de la historia. ¿Hasta que punto la interpretación subjetiva es válida?, —replico esta otra voz—, pues eso de "ignorar paladinamente los hechos" no puede menos conducir a "ensueños" y no a un deseable contacto con la "realidad objetiva", de la que, no está de más decir, que no poseemos más que "huellas". Considerando los argumentos de la primera postura, entonces, la denodada cuestión sería: ¿en el límite entre la ficción y la realidad a donde ponemos a la historia?.

Aquella voz que había iniciado la controversia, repara en el sentido de que a la historia no había por que desligarla totalmente de la novela, aunque no por esto, confundirlas. La única diferencia entre ambas, está en que la novela es una ficción concebida *a priori* por el novelista, en tanto que la historia, es una reconstrucción subjetiva elaborada por el historiador *a posteriori* del conocimiento objetivo de los hechos. Por tanto, es menester un cierto "calor imaginativo" en el historiador, cuasi literario, que le permita "dotar de ser" al pasado.

Aunque ya lo habrá advertido el lector, las voces a las que nos referimos y que le dieron un tono de polémica o controversia a la reunión, corresponden a las del todavía en aquel año del 45 licenciado O'Gorman, y el para entonces ya doctor en historia Zavala[256].

En aquella reunión, la controversia no pasó de ser tal. Sin embargo, se sintió la imperante necesidad de considerársele con toda la seriedad que exigía el caso. No era para menos, las resoluciones habían tomado un giro considerable. Habían surgido como respuesta a una preocupación fundamental: la enseñanza de la historia; pero de ahí, las discusiones fueron revelando problemas de mayor fondo y, por ende, bajo el carácter de una discusión que se antojaba tan rica como inaplazable. De discusiones que inicialmente se fijaron como tarea poner los ojos en los planes de estudio y libros de texto, se pasó al planteamiento de un problema clave: la orientación a seguir en la comprensión del pasado humano.

Estas reflexiones, que animaron las discusiones del *Seminario para el Estudio de la Técnica de la Enseñanza de la Historia*, obligaban a una junta mas, pero ésta, se habría de realizar bajo la consigna de abordar en su justa dimensión la evidente "crisis" de la historia. Para ello, fueron convocados los exponentes teóricos más fuertes, en

[256] Lamentablemente, a falta de una "fuente" que corrobore esta discusión, se ha echado mano de un cierto "calor imaginativo" que supla de algún modo la laguna documental. Llama la atención que después del 18 de marzo del 45, la prensa repentinamente dejó de informar el curso que estaban tomando las discusiones en el *Seminario*. Curiosamente, la información cesa a partir del día lunes 19 de marzo en el que tuvieron lugar las ponencias de Silvio Zavala —sobre *La técnica de la enseñanza de la historia en los Institutos de Investigación*—, y Rafael Altamira — respecto a *La técnica de la enseñanza de la historia en las universidades europeas*—. A saber por el programa y temario del *Seminario*, —el cual fue publicado cinco días antes de su realización—, es posible inferir que Zavala y su maestro Altamira participaron ese día.

cuyas figuras, cobraron vida dos maneras opuestas de concebir la realidad histórica. La intención era confrontar en un "debate" teórico y abierto a las dos posturas en pugna. Pero dejemos que sea el mismo O'Gorman quien lo relate:

(...) De una discusión sostenida en esta reunión entre el doctor Silvio Zavala y el que escribe estas líneas, se vio la necesidad de convocar a una junta para discutir libremente los problemas filosóficos implícitos en la actividad del historiador. La Sociedad Mexicana de Historia se avocó el conocimiento de esta cuestión, y previo los arreglos del caso convoco a la junta. Se convino entre el doctor Silvio Zavala y Edmundo O'Gorman que cada uno escribiría una breve ponencia sobre el tema "Consideraciones sobre la verdad en Historia" y que, además de invitar a los más distinguidos historiadores y filósofos para que participaran en los debates, tanto el doctor Zavala como O'Gorman invitarían especialmente cada uno a dos intelectuales cuyas opiniones coincidirían con las de ellos. El doctor Zavala designó a los señores Rafael Altamira y Barnés; O'Gorman, a José Gaos y Ramón Iglesia(....) [257]

Por otra parte, en la *Revista de Historia de América* dirigida por Silvio Zavala, en su sección de "noticias" se comenta sobre el mismo suceso lo siguiente:

En el mes de mayo de 1944 tuvo lugar, en la ciudad de México, la Primera Asamblea de Mesa Redonda para el estudio de la enseñanza de la historia, de la que surgió una comisión encargada de organizar un seminario para el estudio de la "Técnica de la enseñanza de la Historia", seminario que se reunió los días 16 a 21 de marzo del presente año (1945) en los salones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y Academia Nacional de Ciencias Antonio Alzate.[258]

Más adelante, en la misma, se ofrece que: "Las conclusiones a estas ponencias se publicarán en el número siguiente de esta revista". Sin embargo, dichas ponencias no fueron publicadas. Al parecer, después de ésta "información", la historia también dejó de ser "noticia" para éste órgano de expresión.

Sobre los pormenores y alcances de la "junta" a la que alude O'Gorman, habremos de acotar en apartado por venir. Antes, quisiera exponer, — hasta donde la investigación y sus bajos recursos me lo han permitido—, el impacto de la controversia historiográfica en los medios de expresión escrita de la época, destinados a la publicación de artículos científicos y culturales.

3.5 La contienda en el horizonte de lo editorial.

La revolución historiografía en la década cuarenta en México tomó varios frentes. Las batallas comenzaron a sucederse una a otra fraguándose al calor de una aula de clases, en la publicación de un artículo o en las

[257] Edmundo O'Gorman. "Cinco años de Historia en México"; en: *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México*. Núm. 20, Oct.—Dic. de 1945. op.cit.,p180

[258] *Revista de Historia de América*. Núm. 19. Junio—Diciembre de 1945.

reuniones y conferencias entre académicos y teóricos de la historia. En la facultad de filosofía y Letras de la UNAM se respiraba un aire de tensa calma ante la hostilidad abierta, secretamente confesada, para con los considerados "profesores escépticos" y hasta "ateos", cuya "rareza", era la expresión que dejaban sentir, a quienes les veían ya como iniciadores de una autentica rebelión en el medio académico de la historia. Rareza por la novedad en sus planteamientos, en sus cátedras, en su enfoque y métodos, que los condenaban a marcar la diferencia en un medio dominado por el *silencio* y la ausencia de "crítica" en la disciplina y su funcionamiento. Bordieu comenta al respecto:

> Esta idea de diferencia, de desviación, fundamenta la noción misma de *espacio*, conjunto de posiciones distintas y coexistentes, externas unas a otras, definidas en relación unas de otras, por su *exterioridad mutua* y por relaciones de proximidad, de vecindad o de alejamiento y asimismo por relaciones de orden, como por encima, por debajo y *entre*; ..... las divisiones trazadas en *La distinción* corresponden efectivamente a unas diferencias reales en los ámbitos más diversos, incluso más inesperados, de la práctica. Estos principios de visión y de división, las diferencias en las prácticas, en las opiniones expresadas, se convierten en diferencias simbólicas y constituyen un auténtico *lenguaje*. Las diferencias asociadas a las diferentes posiciones, las prácticas y sobre todo las *maneras*, funcionan.... como *signos distintivos*[259].

Hay que decir también, que del señalamiento no salieron bien librados los osados estudiantes —posteriormente distinguidos historiadores y filósofos—, quienes atrevidamente resolvieron formarse en los cursos y seminarios de estos revolucionarios en el pensamiento histórico y, en quienes además, hecho raíces la escuela historicista en nuestro país. Entre el encanto y el descreimiento navegó la bandera filosófica historicista en el medio académico de la historia. Cuestionando los ayeres del ejercicio historiográfico en México, la corriente historicista fue ganando espacios, en los que su voz, osada, molesta y desafiante preparaba la inminencia de su ascensión, hacia un lugar de predominio teórico en el ámbito de las ideas.

Precisamente, uno de esos frentes a que me refiero, habrá de ser analizado en este apartado y tiene que ver con la extensión del conflicto teórico e historiográfico al ámbito de los libros y de las revistas.

Este movimiento, advino en los cuarenta bajo la forma de una rebelión. Rebelión en contra de los celosos defensores del "orden historiográfico tradicional"; rebelión en contra de ese "terrorismo historiográfico" muchas veces señalado en instancias de difusión del conocimiento histórico vía ensayos, artículos, reseñas, libros y demás instrumentos empleados en la conflagración escrita.

Cada una de las partes en conflicto fue tomando su posición en el horizonte de lo editorial. Algunas de las revistas y libros publicados en la época, hicieron las veces de trincheras, desde las cuales, se podía entrever de donde provenían los impactos, críticas, señalamientos, propuestas y la dirección a que habían sido destinados.

---

[259] Pierre Bordieu. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción.* Ed. Anagrama. Barcelona. 2001.pp. 16-20-22.

Pero a decir verdad, los ataques de la recién llegada corriente historicista al país, fueron una respuesta demoledora y contundente al “viejo orden historiográfico”, el cual, ante tan férreos embates, acabó por perder su capacidad de reacción a la ofensiva.

Alcancía, *Letras de México*, *Cuadernos Americanos* y *Filosofía y Letras*, fueron algunos de los más importantes órganos de expresión escrita en torno a los que se concentraron las fuerzas del historicismo. El cientificismo, por su parte, tuvo resguardo en una muy precaria zona de refugio, y llevaba consigo un silencio tan ruidoso, que parecía ser su mejor arma de defensa ante la andanada de cuestionamientos que la barra historicista descargó sobre éste su acérrimo adversario.

Específicamente hablando, fue en la *Revista de Historia de América* en la que se guarnecieron las plumas más representativas de la corriente cuestionada. La dirección de la misma estuvo en manos de Silvio Zavala y contó con la participación de su colega y amigo, el historiador norteamericano Lewis Hanke, y su maestro Rafael Altamira.[260]

De su revista, Silvio Zavala comentó en el año de 1992 lo siguiente: “… la funde en 1938, y aunque ya no la hago, me satisface ver que continúa, con sus índices y anexos. Es un surco de los que a veces se abren en el campo y muestran ser fecundos .”[261]

Visto hacia atrás, parece ser que el último rastro de beligerancia en esta historia, se halla en el año de 1937. Digamos que en abril de este año, se escucharon las primeras detonaciones que inauguraron la contienda. Provenían de una modesta revista: *Alcancía*, hecha casi rudimentariamente por sus fundadores Edmundo O´Gorman y Justino Fernández. Estos dos jóvenes aficionados, artistas “buscadores de lo inútil”, se encargaban de lo que conocemos como coordinación editorial e impresión de textos de la misma. Cuentan que la revista, cuando contenía ilustraciones, éstas “iban pagadas a mano” y era de edición limitada.[262] La prensa de la misma estaba instalada “en una de las cocheras de la casa de los O´Gorman en el barrio de San Angel.”[263]

---

[260] Cabe recordar, que los tres, en mayor o menor grado fueron cuestionados en los cuarentas por Edmundo O´Gorman. Sobre la polémica que Edmundo O´Gorman sostuvo con el historiador Lewis Hanke ver: Carmen Ramos, “Edmundo O´Gorman como polemista”, en *Conciencia y Autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman,* Op. Cit., pp. 49-58. En relación a la polémica con Altamira y Zavala más adelante será abordada.

[261] “Silvio Zavala. “Coversación autobiográfica con Jean Meyer”, en *Historiadores de México en el siglo XX*. Enrique Florescano y R. Pérez Montfort. pp. 315 – 332 p. 327.

[262] “Recordando a Justino Fernández”, en *Historiadores*…op. Cit., pp. 123-136 p. 125 (Teresa del Conde)

[263] Antonio Saborit. “El profesor O´Gorman y la metáfora del martillo”, en *Historiadores…* op., cit. P. 137.

Pues bien, en la mencionada fecha del año 37, apareció un número más de la revista —que por cierto, había comenzado a circular desde 1932——, pero esta vez, salió a la luz bajo el siguiente encabezado: *Justino Fernández y Edmundo O´Gorman, Santo Tomás Moro y La Utopía de Santo Tomas Moro en la Nueva España, una conferencia sobre Vasco de Quiroga, por Justino Fernández, y un ensayo sobre Tomás Moro, por Edmundo O´Gorman*. La importancia de este número en especial de *Alcancía*, tiene que ver con el hecho de que el *ensayo sobre Tomás Moro, por Edmundo O´Gorman*, no fue otra cosa sino la respuesta crítica de O´Gorman a un libro que ese mismo año se publicó en México: *La utopía de Tomás Moro en la Nueva España* de Silvio Zavala. El mismo Zavala ha comentado de su obra lo siguiente:

(...) cuando regrese a México en 1937, una de mis primeras publicaciones fue la *Utopía de Tomás Moro en Nueva España* que es la explicación del ideario social de Vasco de Quiroga y de sus grandes trabajos en defensa de los indígenas, primero como oidor de la audiencia de México, luego como obispo de Michoacan (...)[264]

Sin embargo, desde el prólogo de esta obra, O´Gorman no tuvo reparo en señalar inconveniencias e insuficiencias emanadas de los "prejuicios" a través de los cuales, la historiografía "neopositivista" mira al pasado. En el prólogo que realizó Genaro Estrada a la obra de Zavala, se advierten dos puntos como medulares sobre los que descansó toda la estructura y composición del libro. En uno de ellos, Genaro Estrada sostiene que la obra tiene la intención de mostrar la importancia del humanismo en la conquista de América y, en el otro, declara que el deseo del autor es revelar a nuestros ojos las obras de Tomás Moro y Vasco de Quiroga como los antecedentes más preclaros de los modernos ideales de justicio social, distribución de la riqueza y organización del trabajo.[265] De acuerdo con este argumento, al humanismo de aquella época (siglo XVI), se le intentó relacionar con la moderna idea de justicia social que impera en la concepción del hombre hasta nuestros días. Sin embargo, para O´Gorman, el humanismo no fue sino una etapa oscura en el pensamiento, y conminó a que las ideas de los teólogos cristianos del siglo XVI, no fueran vistas a través de conocimientos actuales, sino en virtud de las circunstancias a que respondieron. O´Gorman recalcó que la obra en cuestión es una muestra de los "prejuicios" contemporáneos con que se mira al pasado. Dichos "prejuicios", en su opinión, no hacen sino responder a un claro "pragmatismo político".[266]

O´Gorman acuso una utilización pragmática—política de la obra, al advertir los incisivos comentarios de Genaro Estrada sobre la misma. Genaro Estrada apuntó que la obra de Moro "es de lo mejor calculada para nutrir el

---

[264] Ibidem., p.320.

[265] Conrado Hernádez. *La idea de la historia en …*op., cit., p. 56.

[266]Ibidem; p.57.

corazón de un radical… en estos momentos de reforma social en México."[267] A lo que O´Gorman contestó, que en dicha frase "se advierte la intención de presentar a la ideología del renacimiento como un primer paso de la mentalidad europea hacia el socialismo actual, y que, hombres distinguidos y puros como Tomás Moro y por reflejo Vasco de Quiroga, son precursores de los postulados del materialismo histórico."[268] He aquí, el error interpretativo en el que cae Genaro Estrada respecto a la obra de Zavala, y la consecuente distorsión de tal interpretación.

Pero además, en el trabajo de Zavala no se advierte que Tomás Moro entregó su vida a un ideal medieval, y que su obra, como la de Vasco de Quiroga, respondieron a un esfuerzo asido a la mentalidad católica de su tiempo. El problema, pues, advertido por O´Gorman, es que no se sitúa a los sujetos en su justa dimensión, es decir, no se habla de sus ideas como respuesta precisa a un determinado tiempo y circunstancia, sino que, se reconoce implícita y explícitamente, que dichas ideas pueden servir a los intereses y necesidades particulares de nuestro mundo. Esto es, que no podemos comprender un mundo histórico distante al nuestro, si asumimos la actitud de verlo bajo el velo de los conocimientos, necesidades, creencias y valoraciones propias del nuestro. Las ideas, para comprenderlas a cabalidad, hay que verlas al calor del tiempo y las circunstancias de donde emergen y cobran fuerza.

Así fue como empezaron las primeras hostilidades en el terreno de la preocupación teórica de la historia en nuestro país en el año de 1937. Un año más tarde, el joven O´Gorman de 32 años de edad, resolvió abandonar el despacho donde se desempeñaba brillantemente como abogado, para entregarse de tiempo completo al estudio y reflexión de la historia. Gracias al favor de un abogado amigo suyo, ingresó al Archivo General de la Nación para ocupar el cargo de historiador "C" junto a don Luis González Obregón. Ese fue el lugar en el que O´Gorman comenzó a velar sus armas. Entregado a una "selva de libros que hablaban", comenzó a idear una manera diferente y original de entablar un diálogo con los documentos. Ahí delimitó su estrategia y comenzó acuñar un poderoso método, con miras a ver en la historia "una modalidad de la vida" auto—proyectada en documentos escritos, a los que se negó a ver —contra la tradición— como "simples fuentes de primera mano", para ver en ellos, "objetos culturales".[269] Ernesto de la Torre Villar, al comentar la innovadora actitud de éste historiador en

---

[267] Genaro Estrada, "Tomás Moro y la Nueva España", en *Letras de México*, vol. 1, no. 4, 1937. P. 2. Citado por Conrado. Op. Cit., p. 57-

[268] Santo Tomás More y "La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España," libro compuesto por un ensayo de Edmundo O´Gorman y precedido por un estudio de Justino Fernández sobre "La vida de Vasco de Quiroga." Citado por Conrado ibidem., p. 57

[269] O´Gorman en 1995, es decir, a sus "ochenta y ocho años y pico", expresó de su estancia en el archivo lo siguiente: "Trabajar ahí era una delicia, pues era una selva de libros que hablaban. Trabajé mucho ahí, además de

el Archivo, refiere: "… Con una nueva visión de la vida y un nuevo sentido de la historia, su presencia en el archivo resultaba anacrónica a los ojos de los anticuarios y de los escribas…"[270]

Pero lo que más interesa para el asunto que nos hemos propuesto observar, es que precisamente en ese año del 38, a razón del fallecimiento de don Luis González Obregón, —de quien pasó a ocupar su lugar en el archivo—, el todavía desconocido O´Gorman realizó un ensayo en su homenaje. Dicho ensayo, —a juicio de Arnaíz y Freg—, rebasó en mucho sus pretensiones de rendir honor a un hombre a quien O´Gorman considero: buscador de "caminos nuevos en su empeño de establecer ligas con la vida". En este documento O´Gorman delineó en trazos generales la trayectoria que iba a seguir en su infatigable búsqueda de nuevos horizontes en la historia. Para Arnaíz y Freg, éste ensayo más que un homenaje fue un "manifiesto" y, en él, O´Gorman puso el dedo en la llaga de la discusión, entre quienes se oponían a la cientificidad y quienes veían en la "causalidad" la llave de acceso a la determinación de "leyes históricas". Este ensayo fue publicado por la revista *Letras de México* en el año de 1938. O´Gorman escribio:

> Por mi parte no veo por que se ha de privar la historia del elemento más bello y fecundo del espíritu: la pasión. Todo estriba en saber que hay pasiones buenas y que las hay malas y en que la pasión no está necesariamente en oposición a la verdad. Ese deseo de imparcialidad, que indiscutiblemente honra a aquellos hombres (los historiadores mexicanos del siglo XIX) es, sin embargo, lo que produjo esa historia muerta, sin intuición, carente de inspiración que inhabilita a la historia a cumplir su misión fundamental en relación con la cultura… es una historia conceptuada en términos de una Ciencia Natural, en tanto que cada día se siente la necesidad de liberarla de esa servidumbre, reconociéndole autonomía científica." [271]

De esta manera, O´Gorman comenzó a despuntar de entre el círculo de intelectuales de su tiempo y frente al receloso gremio de historiadores, llegaron sus críticas en el sentido de que la deseada "imparcialidad" no estaba "dentro de las posibilidades humanas", más bien, la definió como el instrumento a través del cual el historiador "oculta sus preferencias y su indómita subjetividad". En 1940 ingresó a la facultad de Filosofía y Letras "con un doble status": entró como maestro y como estudiante a revalidar materias que le faltaban para cubrir un grado

---

otras cosas como el Boletín del Archivo General de la Nación. Yo llevé ese boletín que publicaba documentos del archivo, les hacía prólogos y ensayos..." Alicia Olivera. "Edmundo O´Gorman. El asombro gozoso de la historia", en *Historia e Historias. 50 años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas.* UNAM. México, D.F. 1998. pp. 249 p. 183.

[270] Ernesto de la Torre Villar, "El doctor O´Gorman. Su separación del Archivo", en *Boletín del Archivo General de la Nación.* México, Secretaria de Gobernación, 19 Serie, Tomo XXIII, Núm. 2, abril – junio, 1952, pp. 131 –135. Citado por Saborit. Op, cit; p.138

[271] Edmundo O´Gorman, "La obra de Luis González Obregón", *Letras de México,* vol. 1, núm 31, 1 de septiembre, 1938, p. 2.

más en su formación. O'Gorman recuerda: "En la facultad, en historia, daba yo mi clase y luego iba a tomar mi clase."[272] Sin embargo, su despunte vino acompañado de recelo, desconocimiento y hasta de una imagen de "intratable" en el gremio. El propio O´Gorman comenta:

(...) En esa época, los que ya estaban instalados como maestros de historia de México eran de un grupo en torno de Martínez del Río y Rafael García Granados; todos eran ya profesores en la facultad. Yo ya había leído mucho de historia, de teoría de la historia, de filosofía y otras cosas… Como decía, se fundó el Instituto de Investigaciones Históricas y para su planeación me habló don Pablo, que era amigo de mi padre, y que fue quien tuvo la idea de fundarlo. Luego lo crearon y no me pusieron en la lista, pues no, lógicamente no les parecía ni mi formación ni mi carácter crítico: usted no hace historia, usted hace filosofía. Lo que yo hacía era una crítica, con muchas polémicas, ha sido así a lo largo de mi vida, y eso me parecía una aberración, que yo no estuviera en el instituto, pero en cambio si estaba en la facultad (…)[273]

En la facultad, no fue menos intolerable el trato para con este rebelde de la historiografía. El historiador Juan A. Ortega y Medina, uno de sus alumnos, comenta:

(...) Extraño profesor y raras cátedras, se pensaba y discurría con mal sofrenada cólera dentro del claustro profesional y hasta tal punto se encrespó la tormenta crítica que a más de un alumno se nos citó a consejo para que expusiéramos nuestras ideas sobre aquellas intolerables novedades que desde la cátedra lanzaba el incorregible profesor. Contra lo que se suponía, los alumnos, poquísimos en número, no dijimos lo que esperaban oír los celosos defensores del orden historiográfico tradicional, antes bien coincidíamos, casi unánimemente, en que las lecciones del licenciado O´Gorman eran estupendas, profundas, bellísimas, ingeniosamente expuestas, demoledoras. A decir verdad defendimos con calor algo que no acabábamos de entender, del todo bien, como aquello de que Colón no descubrió América sino que la inventó. Bueno, aclaremos que así nos sonaba la paradoja histórica de O´Gorman; sus explicaciones nos resultaban a veces enigmáticas y las interpretábamos como Dios nos daba a entender (....)[274]

No obstante, los embates del historicismo continuaron en franca lid a través del más fuerte de sus exponentes. En el mismo año de 1940, preparo la edición mexicana de la historia natural y moral de las Indias del Padre José de Acosta, y volvió a sacudir los cimientos de las formas tradicionalistas de entender el pasado, además, dio muestras de los alcances de la nueva corriente aplicada al análisis de textos. Dicha edición, resultó ser "el gran acontecimiento historiográfico de la década", pues puso al descubierto una manera original y diferente de mirar el pasado.

En su análisis, O´Gorman dio cuenta de que los prejuicios objetivistas en los estudios tradicionalistas, en sus afanes por dar con el "prurito de originalidad", terminaron por convertir a José de Acosta en "plagiario" y, con

[272] Alicia Olivera. Op. Cit. P. 182.

[273] Ibidem., p. 182.

[274] Juan A. Ortega y Medina, "Y va de cuento…", citado por Antonio Saborit. *El profesor O´Gorman y*…op. cit. P. 143.

ello, también quedó oculta su obra como una respuesta de la mentalidad europea a la duda que engendró la accidentada aparición de un continente hasta antes desconocido. Con este argumento, O'Gorman revelo lo insatisfactorias que resultaban los estudios e interpretaciones anteriores que habían dado por plagio a la obra. El problema fue que Acosta no se refirió al códice —después llamado Ramírez— de donde se sirvió como fuente de información para el libro VII. Sin embargo, para O´Gorman, tal omisión no corresponde con el criterio de "objetividad" desde el que se le ha querido enjuiciar, sino que, mas bien, anula la posibilidad de entresacar la riqueza interpretativa de la obra que remite a la transición entre dos formas del pensamiento: la medieval y la renacentista.[275]

La defensa de O´Gorman para con la obra de. Acosta recibió la aceptación de Ramón Iglesia. En la revista *Letras de México*, Iglesia expreso lo siguiente:

> En el estudio de O´Gorman apreciamos desde la primera línea hasta la última una reflexión tensa, una actitud alerta, decidida, de buen cazador de ideas, que contrasta abiertamente con la modorra de los pescadores de caña en que están sumidos los historiadores positivistas, a quienes sólo muy de tarde en tarde sacude de su sopor el tirón del pez en el anzuelo —el suspirado documento inédito….. interrogando con habilidad el texto de Acosta para con seguir que le entregara "su" verdad, el sistema de ideas y los conocimientos que en él existen, que podrán relacionarse —¿quien lo duda?— con los de otros autores, pero sin perder nunca de vista que el interés primordial no estriba en estas referencias, sino en la captación de la unidad viva y coherente de la totalidad de la obra examinada.[276]

En el género del ensayo, O´Gorman encontró el terreno propio para el desarrollo de un estilo personal e inconfundible, así como el espacio idóneo para lanzar sus numerosas aportaciones y polémicas al estudio de la historia mexicana. Sus primeros escritos salieron a la luz enmarcados dentro del género ensayistico. De ello dan cuenta: *Hegel y el moderno panamericanismo*, un sayo publicado en el año de 1939 por la revista *Letras de México; El arte o la monstruosidad*, publicado en la revista *El tiempo* en 1940; y *La historia en la edad media* apareció en *Del cristianismo y la edad Media* en el año de 1942, por nombrar algunos de los más destacados.

Desde el ensayo, O´Gorman tuvo ocasión de lanzar sus críticas y demoledores puntos de vista teniendo como soporte su novedosa concepción de la historia. En el último de los ensayos arriba mencionados, O´Gorman volvió a sorprender con otro de sus "alardes hermeneúticos", al realizar contra las reglas de la tradición, —de mantener una asidua y rigurosa investigación documental—, un penetrante análisis acerca de la "conciencia histórica" de la Edad Media a partir de un solo documento.

---

[275] Conrado. Ibidem., p.59.

[276] Ramón Iglesia, "Un estudio histórico de Edmundo O´Gorman", *Letras de México*, vol. II, núm. 15, 15 de Marzo, 1940, p. 5. Citado por Antonio Saborit. Ibidem., p. 147.11

Semejante atrevimiento, se antojaba como una provocadora transgresión al orden historiográfico "tradicional". En el texto O´Gorman expresó que en la manera en que el hombre cuenta su pasado, encontramos también, una vía a través de la cual conocemos lo que piensa de sí mismo. Es decir, en su manera de contar el pasado, va implícita también, su manera de concebirse a sí mismo. La manera de pensar su pasado, le proporciona una suerte de "condicionamiento histórico", que le prepara el terreno para la formulación del concepto en el que se tiene a sí mismo. Ser en le forma de haber sido. Se es de algún modo, precisamente por haber sido esto o aquello y, siendo la historia, no otra cosa que la historia de la cultura humana, entonces, lo que el hombre piensa de su pasado, determina, condiciona y señala lo que piensa de sí mismo. En suma, al dotar de ser a su pasado, también dota de ser a su existencia —ya que el hombre "es dotador de ser"—.

Esto es a lo que O´Gorman llamó "conciencia histórica" y es la que posibilita la "individuación" de una época frente a las otras. Por tal razón, acercarse a la conciencia histórica de una época dada, supone primero "preguntarse por las relaciones vitales que el hombre de esa época tiene de su pasado (su manera de pensar y contar su pasado); y más radicalmente, equivale a preguntarse por el concepto que de sí mismo tiene ese hombre."[277]

De aquí se desprende la concepción de la verdad histórica defendida por O´Gorman, expresada en este mismo texto y definida como la "elaboración literaria" de un determinado repertorio de hechos "que se interpretan, es decir, se subordinan a las exigencias del concepto que de sí mismo tiene en una época dada el hombre."[278]

Bajo este enfoque, el conocimiento histórico no es otra cosa sino un "intento de adecuación" de determinadas regiones del pasado a las necesidades y exigencias del presente. Es decir, el pasado tiene acomodo en el presente según el módulo del interés, necesidad, y exigencias vitales del hombre de una época histórica determinada. Pero O´Gorman advierte, que esta "adecuación no debe tener una finalidad pragmática, debe responder, mejor dicho, debe ser una experiencia de vida."[279]

Con este planteamiento, O´Gorman encontró una manera completamente original de deslizarse por el mundo de las ideas a través del tiempo. Es una visión que rompe con el objetivismo cifrado en una mera y rigurosa constatación de los hechos. La propuesta es hacer surgir un tipo de historia que vaya más allá de los hechos, que sea capaz de mostrar al hombre expresándose en su obra, "sea para revelarse o para encubrirse", ya que, en el fondo de su relato histórico, "el hombre muestra a sus semejantes próximos una historia de sí mismo que es la que se cuenta a sí mismo también". Esta idea de la historia, lo llevó no sólo a desentrañar la "conciencia

[277] Citado por Conrado. Ibidem., p. 60

[278] Ibidem., p. 60.

[279] Ibidem., p. 60.

histórica" de la Edad Media por la vía de un documento, también le permitió asomarse al tema de "América" de un modo inusual.

En el mismo año del 42, publicó *Fundamentos de la historia de América* que tuvo como finalidad dar con la forman en que Europa pensó América, no sólo para esclarecer la "significación constitutiva" de su ser en el ámbito de la cultura europea, sino más importante aún, para entrever de un modo más "luminoso" el significado oculto de la conquista.[280] O'Gorman comenta:

> Desde 1940, cuando me fue encomendada la tarea de reeditar la gran obra histórica del Padre José de Acosta, percibí vagamente que la aparición de América en el seno de la Cultura Occidental no se explicaba de un modo satisfactorio pensando que había sido 'descubierta' un buen día de octubre de 1492. En efecto, en las páginas de Acosta se transparentaba la existencia de un proceso explicativo del ser del Nuevo Mundo que parecía innecesario de ser cierta aquella interpretación. A ése proceso llamé, por entonces, la 'conquista filosófica de América' en un pequeño libro que publiqué dos años más tarde.[281]

Como explica Conrado Hernández, en este nuevo abordaje, O'Gorman reafirmó su postura en contra de la forma tradicionalista de entender y tratar los temas históricos, pero en este caso, en lo que al tema de América se refiere. O'Gorman no dirigió sus reflexiones hacia el humanismo de acuerdo a como a procedido la tradición. Más allá de eso, observo en el problema de América un punto de encuentro entre la filosofía y la historia. Es decir, siendo América tema común para la filosofía y la historia, el camino propicio para la indagación de su ser lo ofrecía la gran tradición filosófica europea. Por tanto, O´Gorman comenzó dicha indagación filosófica partiendo de Bartolomé de las Casas, en quien consideró habían alcanzado plenitud la Escolástica y el pensamiento cartesiano por debajo del humanismo.

Su investigación comenzó con el libro de Las Casas *De Unico Vocationis Modo,* en el que —a su juicio— tomó expresión la forma en que fue concebido el mundo americano desde un principio. Europa comenzó a pensar a

---

[280] Cabe recordar, que esta "obra Hermeneutica", nació al calor de los seminarios que le filósofo José Gaos impartió sobre "Historia de las ideas" y en los que se formaron excelentes lectores de textos. Este trabajo, atravesó por todo un proceso conformado por un par de etapas más (*La idea del descubrimiento de América; historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos,* 1951; y *La invención de América; el universalismo de la cultura de occidente,* 1958) siendo en la última, en la que alcanzó solidez y maduración, sin alterar la esencia ni los propósitos iniciales que la fraguaron. Cabe decir también, que este tema y la forma en como fue trabajado por O´Gorman, no pasó por indiferente en el viejo continente, pues dicha obra, le valió la tercera gran polémica que sostuvo a lo largo de su vida, pero esta vez, fue con el historiador francés Marcel Bataillon, de quien Silvio Zavala tuvo una gran amistad y admiración.

[281] Edmundo O'Gorman. *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*. Fondo de Cultura Económica. México, 1986.

América al calor de la duda que engendró la presencia de un ente geográfico hasta antes desconocido. Dicha dubitación encontró albergue durante el siglo XVIII. Los ilustrados se encargaron de hacer entrar al Nuevo Mundo dentro de su propio horizonte de ideas y creencias, y terminaron por concebirlo como terreno idóneo para estudiar la historia natural del hombre. Llegados al siglo XIX, la filosofía hegeliana y su Historia Universal abrazó al Nuevo Mundo para considerarlo como mera posibilidad de llegar a ser Europa. [282]

El trabajo realizado a la postre por O´Gorman sobre éste tema, lo condujo a poner en entredicho *La idea del descubrimiento de América* emanada de la historiografía tradicional y de su particular enfoque escencialista. Para O´Gorman, el concepto con que dotamos de significado a aquel memorable acontecimiento histórico, está equivocado, es decir, no corresponde con lo que refiere que pasó. El concepto "descubrimiento" analizado con rigor, nos deja ver el absurdo en el que ha caído la historiografía tradicional al referirse a un "descubrimiento de América". El problema, pues, advertido en este caso, es que suele verse a América como un "ente descubrible". Si se parte de éste supuesto, entonces se admite la idea de que América, en tanto "ente descubrible", ya existía como una realidad cuando Colón llegó a ella; es decir, estaba ahí desde siempre y en disponibilidad de ser descubierta por el primer navegante que se topara con ella.

Pero en esta manera de entender el suceso, no se percibe que cuando fue advertida la presencia de un ente geográfico desconocido, éste no era conocido como "América". Tampoco se repara en el hecho de que cuando fue encontrado dicho ente, la idea que se tenía del mundo en aquel momento no permitía considerarlo como "América". Mucho menos se toma en cuenta, que cuando Colón llegó a la hoy llamada "América", en ese momento, dicho ente podía ser cualquier otra cosa —las indias, una isla, el paraíso— podía ser todo, menos "América". Así, la contundencia de tales argumentos, anula el concepto de "descubrimiento" por ilegítimo e inaplicable al suceso que refiere. Al demostrar lo errónea de la idea del "descubrimiento de América", por sus absurdas consecuencias, O'Gorman sostiene: "Puesto en duda el habitual y venerable concepto es ya posible iniciar en firme un examen crítico de los fundamentos de la interpretación tradicional del acontecer americano que … nos entregará los elementos necesarios para una segunda y más profunda exploración que tenga por objeto ya no el ser del 'descubrimiento de América' sino de América misma".[283]

En efecto, luego de mostrar lo inconsistente y errónea de la interpretación historiográfica tradicionalista, O'Gorman propone remplazarla por otra, por la acertada, por la de: *La invención de América*. En ésta otra interpretación, se considera que Europa pensó a América en tanto América, es decir, que la ideo, que la fue inventando como parte de todo un proceso paralelo a la historia misma de América. O sea, América como

[282] Corado. Op. cit., p. 61 –62.

[283] Edmundo O´Gorman. *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, 2ª. ed., México UNAM, 1976, p. 22.

resultado del pensamiento occidental y no América como cosa en sí. Evidentemente, aquí también, su propuesta se levanta sobre el soporte de una férrea crítica a la corriente cientificista, nada exenta del sustancialismo y escencialismo propios de la cultura de Occidente.

Volviendo al año de 1942, algunas voces se manifestaron para dar cuenta del estado de alerta en el que se encontraban ante la dirección que estaban tomando los estudios históricos en nuestro país. Voces que de pronto se levantaron para condenar y señalar a la tradición. Mientras que otras, por su parte, hacían esfuerzos por resistir los embates, en medio de la cuestionable situación en la que el historicismo había puesto al enfoque señalado como "tradicional".

En el año del 42 en la recién fundada revista *Cuadernos Americanos*, se abrió paso la voz de su director —Jesús Silva Herzog—, la cual, insuflada de las nuevas corrientes de pensamiento, pugnaba por un "nuevo humanismo" en el que el hombre fuera "periferia y centro" en detrimento de las distintas concepciones que lo han llevado hacia su propia destrucción. A su juicio, el hombre ha intentado

> ..... por múltiples vías, (de) aproximarse siquiera a la tierra de promisión, a la ciudad de maravilla, cima y síntesis de sus anhelos. Se inventaron con ingenio diabólico mundos ilusorios como refugio para los desheredados,…. Se idearon sistemas para hacer más dichosos o menos desventurados a los hombres; y, ya puestos en marcha, sus autores tomaron el medio por el fin y cegados por la pasión y el amor propio, se olvidaron del hombre y lo hicieron víctima del sistema. Esta antinomia se ha repetido una y cien veces en la atmósfera social, pudiendo observarse con honda inquietud torturante, la tendencia de su índice que ha sido y sigue siendo ascendente en el ritmo de crueldad.[284]

Aludiendo a la filosofía de la razón vital orteguiana, en el sentido de que la vida no debe ser puesta al servicio de Dios o la cultura, sino a la inversa, Dios y la cultura al servicio de la vida, Silva Herzog expresó: "Todos han olvidado al hombre que es lo fundamental. Que no nos hablen de la ciencia por la ciencia ni del arte por el arte, sino del arte y de la ciencia al servicio del hombre. Que no nos hablen del progreso, de la cultura o de la civilización con alejamiento del interés concreto de la especie humana. El hombre es periferia y centro, medio y fin, irradiación y foco luminoso de él mismo".[285] Mas adelante, parafraseando a Nietzsche sostiene: "Es preciso decir una y mil veces que lo que importa es el hombre, que lo que importa es conservar sus valores auténticos y lograr su superación. El ideal supremo estriba en que del hombre nazca el superhombre. La ciencia y el arte deben aspirar a esa ilimitada finalidad."[286]

---

[284] Silva Herzog, Jesús. "Lo humano, problema esencial", en *Cuadernos Americanos*, vol. II, núm. 1, enero – febrero, 1942.

[285] Ibidem., p. 15.

[286] Ibidem., p. 15.

En el pensamiento de Herzog estaba enraizada la esperanza de formar en Iberoamérica "…con la eficaz cooperación intelectual de los españoles ilustres que han encontrado asilo en nuestras patrias después del desastre de la República", una nueva conciencia humanistica capaz de "actualizar el sueño de Bolivar e influir por primera vez en forma decisiva en el drama de la historia universal"[287]

En efecto, el historicismo y demás componentes teóricos fueron considerados como la nueva filosofía del momento; aquella de la que el hombre debía asirse para salvar su circunstancia personal. Aquella que, a palabras de otro gran protagonista de aquel momento: "…con tanta mayor razón la reclamamos por que es el requerimiento del momento…" Para Eugenio Imaz, la consigna consagrada por Cicerón en el sentido de que la historia es maestra de la vida, debe ser necesariamente invertida para comprenderla a cabalidad en su significación real, y dice: "Es la vida actual, con sus requerimientos, la gran maestra de la historia, la que la establece para nosotros, librándonos así del peso muerto del pasado en que nos hallamos sumergidos y preparándonos serenamente para la acción… Todas las grandes obras de historia —recuerda el alma dormida de Tucídides, a Polibio y hasta el mismo Herodoto— han nacido de las exigencias prácticas del momento…".[288]

Cabe recordar también, que la urgente necesidad del mundo intelectual de los cuarenta por encontrar, idear, una nueva moralidad, una nueva cultura enraizada en la historicidad del hombre, era una preocupación acendrada en la perturbación y desasociego que la estrujante guerra mundial había producido en el pensamiento de aquel tiempo. Una guerra que, —a juicio de los defensores de las nuevas tendencias filosóficas—, hubo de desencadenarse como consecuencia de la ciega fe puesta en las doctrinas y teorías que auguraban alguna "meta final" en la historia. Así lo explica Eugenio Imaz al comentar *La historia como Hazaña de la libertad* de Benedetto Croce:

> Si la historia es la narración de la libertad… si la historia es -¡oh atolondrados¡- cuento de nunca acabar y retahila del progreso, tratará de no enbaucarnos con el sueño de una meta final o un paraíso más o menos artificial. El progreso, según Croce, es una forma cada vez más alta y completa del sufrimiento humano. La historia —la filosofía de Croce— no nos promete nada definitivo. Pero tampoco lo prometió Kant ni, a pesar de sus palabras, Hegel, y tampoco los gigantones hermanos siameses que dedicaron su vida a instruir a los hombres para la "Lucha final". Por la sencilla razón de que hay luchas y siempre habrá luchas que luchar, …".[289]

Por otra parte, de la corriente cuestionada, se manifestaron algunos comentarios, forzadas omisiones y tímidas respuestas ante la tormenta critica desatada por el historicismo. A cinco años de publicada la respuesta crítica de

---

[287] Ibidem., p. 16.

[288] Eugenio Imaz. "Conquista de la Libertad", en *Cuadernos Americanos*, vol. II, núm. 1 enero – febrero, 1942. p.p 87- 89 p. 87.

[289] Ibidem., 88.

O´Gorman a *La utopía de Tomás Moro en la Nueva España,* Zavala dirigió una carta a don Alfonso Reyes.[290] Dicha carta fue publicada por la revista *Cuadernos Americanos* en el año de 1942. En ella, Zavala se propuso hacerle saber "algunas noticias sobre una de sus varias inquietudes de cultura."[291] Tal inquietud, tenía que ver con los avances que en ese momento, diferentes investigadores habían realizado con respecto a la influencia de la "Utopía" de Moro en el pensamiento y en las obras de los dos grandes obispos de México y Michoacán, Fray Juan de Zumárraga y Vasco de Quiroga, respectivamente. Al hacer un breve recuento y apretado análisis de "otros trabajos que mantienen vivo el interés por el tema", Zavala refiere a uno en especial, que si bien no dice cual, específicamente, al compararlo con aquellos otros trabajos, señala: "En cambio, aquella literatura hagiográfica y superficial, que se adueñó del tema la otra vez, ha colaborado ahora con su silencio".[292] Tal señalamiento y considerando los antecedentes arriba expuestos, hace suponer que el trabajo aludido responde al título de *Santo Tomás Moro y la Utopía de Tomás Moro en la Nueva España* realizado por Edmundo O´Gorman y Justino Fernández en el año de 1937. Sin embargo, Zavala no va más allá en su respuesta y prefiere situar el centro de su atención en estudios sobre el particular a los que considera de gran valía como los publicados por el historiador francés Marcel Bataillon y al que califica de "precursor" por "haber hallado páginas erásmicas en las obras mandadas imprimir por Zumárraga…"[293]

Al final de esta carta, se refiere a la obra que publicó cinco años antes: "Cuando yo publique mi primer trabajo sobre Moro y Quiroga también se habló entre los críticos responsables de 'hondas concomitancias nunca antes observadas'."[294] No hay más comentarios al respecto. Al parecer nos encontramos ante pequeños destellos de un cientificismo vacilante.

La polémica o controversia sobre la manera adecuada de entender el pasado, comenzaba a poner a contraluz a una doctrina considerada ya "superada" y a la que se intentaba buscar un lugar en ese mismo pasado. Sin embargo, aún había batallas que librar y cuestiones que discutir antes de llegar a la contienda final. Pequeñas batallas teóricas fueron tomando su lugar y preparando el terreno decisivo para la gran conflagración. Una de ellas, se suscitó en el año de 1942. En esta ocasión, el campo de batalla lo ofreció la revista *Cuadernos*

---

[290] Escritor mexicano de la mayor envergadura quien en otro tiempo había influido poderosamente en la orientación intelectual del país con obras como *Visión de Anáhuac, El Deslinde* y *La experiencia Literaria.*

[291] Silvio Zavala. "Letras de Utopía". Carta a don Alfonso Reyes, en *Cuadernos Americanos*, vol.II, marzo – abril, 1942. P.p. 146 –153, p. 146.

[292] Ibidem., p. 147.

[293] Ibidem., p. 152.

[294] Ibidem., p. 152.

Americanos. En dicha revista, José Medina Echavarría y José Gaos, se enfrascaron en "una polémica" que tuvo como propósito dar con las directrices adecuadas para el establecimiento de una auténtica "ciencia del hombre".

Dicha polémica se desató a raíz de la publicación de un libro: *Sociología, teoría y técnica*; publicado por el Fondo de Cultura Económica en el año de 1941. En el libro, el autor, profesor y sociólogo José Medina Echavarría, contra las nuevas tendencias de pensamiento, mantenía en firme su determinación de encuadrar a la sociología bajo el marco general del concepto de ciencia, según la acepción que este vocablo le da el "conocimiento positivo".

Frente a esta postura tan resuelta, José Gaos decidió salir al paso para reclamar a la sociología un tratamiento especial, de acuerdo a la consideración de su objeto: el hombre. Por tanto, este otro profesor de altura, consideró que en la sociología no debía verse a una ciencia natural, sino a una "ciencia del espíritu o cultural".

El debate sobre la sociología como ciencia, en tanto ciencia "natural" o "cultural", condujo la discusión hacia un problema de fondo: el problema sobre lo que sea o deba ser entendido por "ciencia". Gaos situó el punto de la discusión en los siguientes términos: "La pugna entera se mueve en último término, en torno al concepto de ciencia, a una concepción de la ciencia."[295]

Para el filósofo Gaos, la problemática giraba en torno a dos "bandos", es decir, en torno a dos distintas concepciones de la ciencia. Desde su enfoque, caracterizó al "bando" opuesto de la siguiente manera: "…lo que este bando 'quisiera'. Por que se trata en definitiva de un 'querer'. Se ve perfectamente cual es su 'ideal' – 'naturalista', de 'poder', de 'dominación'. La ciencia es la ciencia de lo natural. A esta ciencia deben asimilarse, si 'quieren' ser 'ciencia' las humanas….¿por qué 'Ah', por que la ciencia natural, gracias a sus conceptos, y a sus símbolos, y a su tratamiento de éstos, es eficaz, tiene éxito ….. (en consecuencia) El sociólogo debiera manipular unos símbolos –y manejar, dominar la sociedad, los hombres. Se quisiera 'poder' manejar y 'dominar' a los hombres como se maneja y domina la naturaleza …Unas correlaciones —y la dosificación de unos sentimientos crearía la felicidad conyugal…Vamos, hombre, buenos estaríamos. Sería lo único que nos faltaba".[296]

Gaos, representante mayor como difusor de las nuevas corrientes del pensamiento europeo; al igual que Herzog e Imaz, mantenían en común su aversión para con las llamadas "ciencias" que en el ámbito de lo social, promovieron el establecimiento de fórmulas y leyes para crear formas de vida "ideales" que sólo consiguieron "destruir al hombre": "Pues en el 'ideal' de las 'ciencias' sociales, de esto en definitiva se trata: del 'ideal' de un afán de dominación universal, ilimitada, absoluta, que consentiría en incorporarse en un dictador máquina él mismo, con tal de que los hombres fuesen reducidos a máquinas maquinalmente dominables, sin más resistencias

[295] "En busca de la ciencia del hombre", (una polémica), en *Cuadernos Americanos*, vol. II, marzo- abril, 1942, pp. 103 – 113,. P. 104.

[296] Ibidem., p.105.

ni reservas de las que opone la naturaleza o le quedan. El 'naturalista' del positivismo". —Más adelante señala— "El fracaso de las ciencias sociales es la mayor de las aventuras- y de las esperanzas….Las ciencias sociales deben curar definitivamente de la obsesión de las naturales y más bien acordarse de las demás ciencias humanas. El ideal 'naturalista' de estas ciencias todas, ceder definitivamente al verdadero 'ideal', 'humanista', que les es único propio."[297]

Pro su parte, Medina respondió a los señalamientos hechos para con las llamadas Ciencias Sociales y aclaró: "Unificación no significa incorporación de todo pensamiento que quiera ser científico a un mismo esquema constructivo. En este sentido, las ciencias naturales no tiene otro valor que el de haber desprendido antes que otras lo que consideramos hoy como "método científico general."[298] Después de esta aclaración, Medina se propuso salir a la defensa del considerado "método científico en general", por lo que arremetió contra la corriente historicista: "otra forma de 'razón histórica' que no sea a su vez 'razón experimental' será siempre más o menos inefable y, a pesar de todas las protestas en contrario, forma en realidad de irracionalismo. El problema del historicismo consiste en que una vez dentro de él, arrastrados en la influencia continua, ya no es posible encontrar un punto de reposo: ¿verdad del día? ¿de la hora? ¿del minuto? ¡del segundo?. La circunstancialidad tiene pues que encontrar sus soportes en las verdades relativas de la inteligencia experimental…"[299]

Para Medina el establecimiento de los hechos "de un modo científico", no supone "la limitación de lo posible" en la historia, ni mucho menos la eliminación o disminución de una "libertad autentica", sino por el contrario, en la acción el hombre "es tanto más libre cuanto más capaz sea de anticipar sus resultados"[300] Medina aclaró su postura de la siguiente forma: "Por tanto, aún suponiendo —cosa al parecer fundadamente improbable— que la ciencia social alcance algún día la capacidad de predicción de que disponen las naturales, no por eso se convertirá el hombre en le sujeto mecánico que a todos nos repugna. Su mayor avance en aquella dirección no habrá de significar sino que quedará más reducido el circulo de nuestras alternativas, de las expectativas encerradas en una situación y de lo hacedero en ella; más precisamente por eso, será más auténticamente libre el acto de decisión, Nuestras decisiones sociales tienen en su mayor parte el carácter de decisiones infantiles por que como en las decisiones del niño es cortísima su capacidad de anticipación."[301] Replicando la afirmación de Gaos, Medina comenta: "El fracaso de las ciencias sociales —la necesidad de su reconstrucción— no ha dependido de su carácter científico, sino al contrario, de su carencia de él. Diversas incitaciones la llevaron a

---

[297] Ibidem., p. 106.

[298] Ibidem., p. 110.

[299] Ibidem., p.111.

[300] Ibidem., p. 111.

[301] Ibidem., p. 111.

abandonar su tarea, a engañarse quizá con falsos 'afanes puros de ver y saber', olvidándose así de su esencial carácter instrumental y anticipatorio."[302]

Ambos intelectuales abrazaron su propio enfoque y expusieron sus argumentos *En busca de la ciencia del hombre,* tal como fue titulada dicha polémica en la citada revista. Cada uno, presentó su crítica aparejada de una propuesta teórica de acuerdo a la concepción que le era propia.

Siguiendo el orden de exposición, a Gaos tocó señalar las inconveniencias de los sistemas "ideales" por sus "sangrientas" consecuencias. Para éste filósofo, la manera de entender al hombre y su pasado —de acuerdo al modo preconcebido por la doctrina "cientificista"— sólo había conseguido poner "la verdad absoluta en poder de un dictador". Por tanto: "Lo que hay que hacer no es obstinarse en alcanzar el extremo del dominio inhumano sobre lo humano, sino potenciar el dominio humano sobre lo humano".

Gaos sentencia: "la ciencia económica no ha fracasado en cuanto técnica, sino por falta de una moral 'vigente'. La técnica toda está fracasando sangrientamente por esta falta. La cuestión social no será resuelta, la justicia social no instituida, la reconstrucción social y de las ciencias sociales no llevada a cabo, una nueva vida vivible no vivida, un nuevo arte de vivir la vida no descubierto ni poseído, por las ciencias naturales, ni por las ciencias humanas simias de las naturales…"[303]

Frente a este panorama propone el establecimiento de unas ciencias humanas "que sientan, conciban, prediquen y difundan de hecho la nueva moral que es lo que hace falta, con ciencias humanas que no renieguen de éste calificativo, antes sean fieles a la peculiaridad que expresan…"[304]

El filósofo español advierte, que de las ciencias naturales no podemos hablar de "escuelas" o "cátedras" en tanto que su labor se realiza en los "laboratorios". Más, éstas nuevas "ciencias humanas", deben fraguarse sobre la base de "comunidades" que operen bajo la comunión entre personas y bajo un "magisterio de personalidades". De acuerdo con este argumento, la manifestación primera de estas ciencias humanas debe ser en la historia. ¿Por qué?, pues por que "Los conceptos que ellas creen no se distinguirán de los vulgares por la vía de los conceptos de las ciencias naturales, por la vía de la abstracción creciente, que será la de una creciente historización y humanización, adaptación al caso colectivo y hasta al personal… La idea de que las cosas humanas pueden acabar siendo simbolizadas por una letra del alfabeto con eficacia alguna, es una idea sencillamente grotesca, digna sólo de un luliano rezagado u otro ente cómico por el estilo."[305]

---

[302] Ibidem., p. 112.

[303] Ibidem., p. 107.

[304] Ibidem., p. 107.

[305] Ibidem., 109.

Esto es posible, en su opinión, "aprendiendo la lección de nuestro tiempo definitivamente: La lección de la limitación, de la finitud de lo humano, por que es la de la transitoriedad, la temporalidad del mismo hombre."[306]
Gaos termina su participación argumentando que el tener conciencia de la finitud y temporalidad del hombre, nos permite observar que "¡La verdad absoluta, por ejemplo, en poder del hombre, en poder de un dictador!…. requiere, para no ser el instrumento específico de lo satánico, en su poseedor la moralidad absoluta. Por ello sin duda nos ha hecho a los hombres el beneficio sumo de reservársela para sí Dios."[307]

Medina respondió a la andanada de señalamientos de la siguiente forma: "Se propone hoy atribuir a nuestra conciencia histórica aquello que llamas la lección de nuestro tiempo: la limitación, la finitud, y la relatividad de lo humano todo. Empero, nada más injusto que olvidar que ello es también en buena parte producto del saber de la ciencia, pues acabado el fetichismo científico del XIX, no da la ciencia actual pié alguno para mantener pretensiones de conocimiento absoluto. Estas quedan de otras herencias y vuelven ahora por otros caminos. La ciencia ha sido la primera en convertirse a la razón histórica; pero salva su relatividad en la prueba de la experiencia".[308]

Medina considera que las ciencias sociales no deben crear un simbolismo idéntico al de las naturales, pero sí, a lo sumo, que sea análogo para que no quede perdido en su manejo el referente concreto de experiencia a que aluden.[309] Sus propuestas se levantan sobre la crítica que hace a las del "bando contrario", a las que califica "de tipo místico y emocional".

Medina propone el establecimiento de un foro científico revolucionario "En donde todos puedan dejar oír su palabra por modesta que sea, y en donde lo decisivo no es la gran personalidad sino la confirmación y la prueba."[310]En relación a las "comunidades" de las que habla Gaos dirigidas por un "magisterio de personalidades", Medina refuta: "En el régimen de masas, que querámoslo o no representa el estado actual de nuestra civilización no caben posturas recolectoras y aisladas de minorías selectas. O esas masas se incorporan a los valores ganados por la civilización o ésta perece. Y para eso sólo son posibles dos caminos: o el del conventículo que tú propugnas, o el de la revolución abierta del foro científico ….El foro abierto de la ciencia es medio poco propicio para la demagogía y el influjo emocional; el convertículo es por el contrario campo estimulante: pedagogos mystagogos y demagogos son en él difícilmente diferenciables." Más adelante, afirma concluyente: "Por muy terre a terre y positivista que todo parezca, prefiero el magisterio de los hechos al

[306] Ibidem., p. 109.

[307] Ibidem., p. 109-

[308] Ibidem., p. 113.

[309] Ibidem., p. 113.

[310] Ibidem., p. 112.

magisterio de las personalidades vigorosas. ¿Dónde está en este caso el auténtico afán de dominación?." [311] Medina expresa su resolución: "Lo racional no tiene imperio absoluto en la vida humana, pero aunque de ahora en adelante tengamos que contar con las fuerzas irracionales y reprimiéndolas como en el viejo racionalismo, la inteligencia tiene que mantener su derecho a ser la válvula de su regulación."[312]

En el ámbito de la reflexión historicista, las cartas estaban echadas por un tipo de historia que guardase íntimas ligas con la filosofía. ¡Impensable la separación entre ambas!. Leopoldo Zea, en su introducción a *El Positivismo en México* (1943), expresa sin mayor reparo en aquellos años: "En otras palabras, la historia no es posible sin la filosofía, ni la filosofía sin la historia".[313] Ambas, historia y filosofía —a decir de Ortega— debían quedar integradas en una "historia de la filosofía", ya que, según el filósofo español, la historia de la filosofía de acuerdo a como se ha entendido no ha cubierto otra función que la de presentar la historia de unas "ideas abstractas, descarnadas, desligadas de sus creadores".[314] Un tipo de historia así, en que se muestran las ideas filosóficas separadas de los hombres que las crearon y de las circunstancias de dichos hombres, no puede ser historia; por que de lo abstracto, es decir, de las ideas filosóficas por sí mismas, no puede haber historia, sólo hay historia de la vida humana. De modo que separar las ideas de sus circunstancias, de la realidad concreta de la que surgen, es tanto como separar la filosofía de su historia. Sobre la relación entre filosofía e historia, Zea señala lo siguiente en el año de 1943:

> (...) Toda filosofía es obra de un hombre y como tal se realiza en un determinado tiempo y lugar, siendo ésta la razón de su condición histórica. Toda filosofía tiene su adecuación con la realidad, sólo que ésta realidad no es permanente, sino histórica. No es posible saltar la barda de la historia. Cuando cambia la historia, necesariamente tiene que cambiar la filosofía, puesto que esta no puede ser sino filosofía de una realidad y ésta realidad es histórica. Así, no es posible desligar la historia de la filosofía, ni la filosofía de la historia. Cada historia tiene su filosofía, es decir, una forma de expresión conceptual que les es propia; y cada filosofía tiene su historia, es decir, un contenido o realidad que les es propio(...)[315]

Al hablar de los años cuarenta, hablamos también de un mundo dividido por la guerra. Un mundo objeto de disputas entre "aliados" y alemanes. ¿Será que la confrontación armada a gran escala —como decían los historicistas—, no era sino el reflejo de las distintas concepciones sobre la historia, y de lo que ésta debía ser?. Parece ser que en México, en el ámbito historiográfico, decir "aliados" y alemanes era tanto como sobreentender franceses y alemanes. Pero específicamente hablando, la idea sugiere la identificación con dos escuelas: la

---

[311] Ibidem., p. 113.

[312] Ibidem., p. 113.

[313] Zea. Ibidem., p. 21.

[314] Ortega. *Prólogo a la historia de la filosofía de Emile de Bréhier.* Buenos Aires, Sudamérica, 1942. P. 20

[315] Zea. Ibidem., p.21.

escuela francesa y la escuela alemana. El paralelismo sugiere, entonces, más puntualmente, los sinónimos positivismo e historicismo para cada una. Pues bien, visto bajo este enfoque, el problema revelaba la siguiente cuestión: ¿Qué tipo de formación historiográfica habrá de ser difundida en el país: francesa o alemana?.

Al respecto, en el año de 1944, Eugenio Imaz comentó para la revista *Cuadernos Americanos* lo siguiente: "Es una cuestión que debemos replantearnos siempre la de la conveniencia de traducir sin ton ni son o al son que nos tocan a los filósofos o pensadores más en boga en cada país, especialmente a los alemanes, pues, por circunstancias que no son del caso examinar ahora, por ahí ha derivado la curiosidad filosófica hispano—americana desde hace una porción de años."[316]

Aludiendo, implicitamente, al tipo de formación "cientificista" dada a conocer en México e inspirada en la obra del historiador alemán Leopoldo Von Ranke, señala: "Lo que me parece propenso al estrago —la pedantería, el mayor— es ese servicio rápido y aperitivo de novedades, con arreglo al cual, durante algunos años, van sonando insistentemente como 'chiboletes' unos cuantos nombres alemanes eminentes de cuya obra el lector de lengua española se entera cabalmente cuando ya han sido 'superados'".[317] En este mismo texto, refiere a la obra de Guillermo Dilthey, a la que por esos años daba a conocer en ocho tomos, y explica:" Esta vez no se trata de hombres de última moda, ni de aperitivos. Tampoco de quintaescenciados pensamientos de pensamientos de pensamientos que tanto facilitan nuestra propensión a la retórica filosófica. Se trata de obras extensas, poligráficas, demasiado apretadas y ricas, demasiado poco abstrusas para fomentar una moda."[318]

Cincuenta años después (1994), Silvio Zavala dio a conocer su punto de vista respecto a la situación considerada en el apartado anterior, y explico además, cual fue su labor en relación a esa "tendencia germanófila":

(…) si España tenía la idea se seguir los modelos alemanes era por que los consideraba los más altos en Europa. En contacto con ellos, muchos españoles pasaron por la experiencia alemana; entonces los jóvenes, claro, seguían el ejemplo de los anteriores, y la Junta para Ampliación de Estudios con todo gusto les daba las becas para ir a Alemania. En cambio, no pensaban en enviarlos a Iberoamérica. Fue Altamira quien quiso corregir eso y también la tendencia germanófila en la política; él era aliadófilo, y en la guerra de 1914 ya se destacaba en la defensa de los aliados. Ahora bien, ¿qué pasó después en México con la emigración? Vino gente como Eugenio Imaz, con profunda formación alemana, y para ellos lo más natural era dárnosla a conocer; el 'Dhilthey' en ocho tomos, al cuidado de Imaz, es una obra fundamental e inmensa. Cuando yo fui a Francia, una de las quejas de Febvre y Braudel era que el Fondo de Cultura Económica no publicaba libros franceses. Decían que todos los estaban traduciendo del alemán o del ingles, y algo influí también en esa corrección: el 'Erasmo' de Bataillon, admirablemente traducido y editado por Antonio Alatorre; los libros de Jean Sarrailh, de Fernand Braudel, etc. Nunca deje de recomendar aquello que Francia producía de buena calidad. Era el ejemplo de mi maestro Altamira. El sostenía que no había que cegarse y

---

[316] Eugenio Imaz. "Guillermo Dilthey", en: *Cuadernos Americanos*, vol. II, marzo –abril, 1944, pp. 120 –122, p.120.

[317] Ibidem.,p.121

[318] Ibidem., p. 121.

seguir sólo a los alemanes…" —Más adelante señala— "Wenceslao Roces murió con libros alemanes en la mano. Yo tuve que aprender la lengua alemana en España, pues sin ella ninguna aspiración podía sobrevivir: era indispensable (…..)[319]

Sin embargo, en el mismo año del 44, Ramón Iglesia expresó la pertinencia de seguir a los alemanes, dado que, en su opinión, fue en Alemania donde se dieron a conocer las normas para la investigación científica del pasado (Leopoldo Von Ranke) y, además: "Fueron los mismos alemanes quienes en la segunda mitad del siglo (XIX) y los comienzos de éste (XX) se plantearon la cuestión: pero, si la historia trabaja tanto y tan bien, si los resultados de este trabajo no se parecen a los de las ciencias naturales ¿no será que la historia es un tipo de conocimiento distinto y que habrá que investigar cual sea éste conocimiento?."[320] Siguiendo con el argumento de Iglesia, el resultado de tal cuestionamiento llevo a los alemanes, primero, a considerar para las humanas el nombre de *Ciencias del espíritu* (Dilthey), y después, más depurada, la reflexión impuso para las mismas la concepción de *Ciencias Culturales* (Heinrich Rickert). Por tanto, para los exiliados, la preferencia por los "modelos alemanes" tuvo que ver con un apuntalamiento —en ese momento— en los estudios teóricos históricos y filosóficos.

No es casual entonces el hecho que O´Gorman haya formado su pensamiento sobre la base de una elaborada noción alemana sobre la historia. Es decir, muchas de sus posturas están ancladas en el pensamiento alemán (Friedrich Meinecke, Guillermo Dhilthey, y Martín Heidegger), que seguramente tuvo ocasión de discutir a fondo con los exiliados españoles, especialmente con Gaos.

Contrario a la inclinación de su oponente Zavala para quien *El Colegio de Francia* era de la más alta estima y mantuvo "profundo vínculos de trabajo intelectual", así como "contactos" con algunos de sus miembros más distinguidos, —uno de los más importantes fue el historiador frances Marcel Bataillon—; además, estableció una cercanía intelectual con los hispanoamericanistas franceses Jaques Lafaye y Francois Chevalier, y los historiadores Fernand Braudel y Lucien Febvre.[321]. ¿Será acaso que la disputa historiográfica entre franceses y alemanes, haya tomado cuerpo en México en las figuras de O´Gorman y Zavala?

Puede parecer aventurada la especulación. Pero digamos en su defensa, que nada infundada, pues algo nos sugiere lo esbozado hasta este momento. Si bien es cierto que en el pensamiento de Zavala fue decisiva la concepción historiográfica rankeana, también tuvo un aporte muy significativo en él la influencia historiográfica francesa y, específicamente, las contribuciones de historiadores como Marcel Bataillon, a quien, como ya vimos, lo consideró "precursor" en algunos trabajos como el de *EL Enchiridión y la Paraclesis en México*, por haber

---

[319] "Silvio Zavala. Coversación autobiográfica con Jean Meyer". Op. Cit., p. 327.

[320] Ramón Iglesia. *El Hombre Colón y otros ensayos*, México, El Colegio de México, 1944, pp. 308. p. 149.

[321] Zavala. Ibidem; p.328.

encontrado documentos que testimoniaban “la savia erasmiana” en las obras que mandó imprimir Zumárraga. Zavala se expresó del historiador Marcel Bataillon en los siguientes términos:

> (…) a esa figura con la que naturalmente tenía que entenderme que era Marcel Bataillon, en el Colegio de Francia, él con su 'Erasmo' en España, yo con mi 'Tomas Moro' y mi 'Vasco de Quiroga' no podíamos trabajar sin entrar en íntimo contacto(...)[322]

A Zavala le interesaba la difusión de lo que “Francia producía de buena calidad”. O´Gorman, por su parte, pugnaba por la realización de una “historiografía auténtica”—en oposición a la “historiografía tradicional”—emanada de la influencia del pensamiento alemán, representado en aquellos momentos en la figura del filósofo Martín Heidegger.

Para O´Gorman, era urgente dar inicio a esa revolución en el ámbito de lo historiográfico, para acabar de una vez por todas con lo que consideraba “tradición”. Pero eso, no podía ser posible, a palabras del propio O´Gorman, “sin tomar en cuenta los análisis de ser y tiempo” libro capital en el que la filosofía alemana, bajo un enfoque existencialista, había des—cubierto un modo “autentico” de concebir la existencia humana desde la perspectiva de la “muerte”, la “temporalidad” y la “finitud”. De esta obra, O´Gorman expresó lo siguiente: “El libro de Heidegger es la explicación ontológica del *“nobles obligue”*; por eso se me ofrece como un manual de la autenticidad o como una guía de la vida autentica, que no tiene más motivo para ser abrazada que por que sí”.[323]

Me parece que, si cotejamos las influencias intelectuales tanto de uno como de otro, encontramos elementos como para no hacer pasar del todo infundado el supuesto enunciado líneas atrás. Considero también que en este punto, no estaría del todo fuera de contexto recordar, otra vez, el resultado que arrojo el estudio de Patrick Romanell en relación a las influencias intelectuales que orientaron el rumbo del pensamiento mexicano de 1900 a 1950.

Pero busquemos más con respecto a aquello que en los cuarenta se pensó, como una forma alternativa y viable para resolver el problema de la “crisis” en la historia. Nuestra mirada continúa puesta en el año de 1944, año en el que Ramón Iglesia, daba continuidad a esta oleada de ofensivas y apabullantes ataques teóricos, al presentar una sugestiva y penetrante colección de estudios enmarcada bajo el título de *El hombre Colón y otros ensayos*, considerada posteriormente como una de las más grandes obras de éste historiador por su aporte y comprensión al conocimiento historiográfico.

A la historiadora de las ideas Monelisa Lina Pérez Marchand, una de las más destacadas alumnas del profesor Gaos, tocó la presentación—reseña de esta obra. Dicha reseña fue publicada en la revista *Cuadernos Americanos*

---

[322] Zavala. Op.cit.p. 323.

[323] O´Gorman, Edmundo. *Crisis y porvenir* …. op. cit., p. 234.

y, en ella, la historiadora Marchand hizo referencia a las distintas concepciones en las que se tenía a la historia por aquellos días, y explicó que había unas "que la entienden como el desapacionamiento relato de una sucesión de hechos, como simple presentación o interpretación deshumanizada de documentos, como ciencia positiva," en tanto que otras —nos dice—, "la interpretan como una expresión vital del ser humano, y por lo tanto, inmensa en sus sensibilidades e insensibilidades sucesivas." Ubicando, por supuesto, en el segundo enfoque a la obra de Iglesia, comenta: "Dado su temperamento, Ramón Iglesia no podía ofrecernos otra concepción que ésta última…"[324]

En dicha obra, Iglesia señala desde el principio: "La historia, pienso en la obra histórica, en la historia—relato no podía sustraerse, ella menos que ningún otro conocimiento, a la crisis de nuestros días."[325] De acuerdo con la concepción histórica que Iglesia abrazó en sus reflexiones, puede notarse la composición de su obra cuidadosamente entretejida en torno a una idea central: salir a la defensa de la historia— relato.

Menuda defensa se propuso Iglesia en aquellos tiempos de combate historiográfico en nuestro país. Iglesia pugnaba por la realización de una historia—relato, es decir, por un tipo de historia, "reflejo de la vida, en la que se mostrasen los constantes cambios y movimientos a los que se sujetan las cosas vivas. Una historia, reflejo del humano existir, que pueda mostrar al ser humano sensible a inclinaciones y prejuicios, apostado en las limitaciones de su humanidad finita e imperfecta. Una historia—relato, pues, sinónimo de una historia—vida, que tenga la intrepidez de salir al encuentro de los múltiples problemas e interrogantes que la aquejan, para poder dotarla así, de un contenido más humano." Y todo ello, —en su opinión— no puede ser de otra forma, ya que la historia: "es la disciplina que mantiene el contacto más estrecho con la vida." [326]

Esta obra, —entre otras cosas—, pretende encausar el rumbo del historiador con miras a establecer una cada vez más profunda cercanía con la vida, una conexión cada vez más intensa, que permita enriquecerse de ella y hacerla traducible al vasto público carente de una adecuada orientación histórica. Esta es la misión del historiador en sus propias palabras: ".... llegar al mayor número de lectores, pues, el libro histórico no es una especulación de alta matemática, coto cerrado para las personas no iniciadas"[327], más bien, debe ser una obra de arte, síntoma de su "Humanización". Obra de arte, por demás "poética", resultado de la solución que el historiador debe dar a la entramada problemática que supone su "composición y perspectiva": "Obra de arte es, al fin , la historia. Nada creó que se la rebaja por aceptar verdad tan discutida.....; Gran artista era Ranke, el

---

[324] Monelisa Lina Pérez Marchand, "Reseñas bibliográficas" (Historia), en: *Cuadernos Americanos,* vol.II, marzo – abril, 1944, pp. 109.

[325] Iglesia. Op. Cit., p.9.

[326] Iglesia. Op., cit. P. 56.

[327] Ibidem., p. 178.

arquetipo de los historiadores científicos, aunque él, tal vez, no lo aceptase. Grandes artistas son todos los grandes historiadores. Lo demás, por mucho que se haya hecho hincapié en ello, por mucho que se nos haya puesto ante los ojos como desideratum, es trabajo mecánico."[328]

En esta obra manifiesta su concepción de la verdad histórica de la que señala: "no es una y absoluta" sino que depende de la "condicionalidad histórica". Es decir, que depende de las "circunstancias condicionantes e integrantes de determinadas situaciones". Sin embargo, tal "condicionabilidad", advierte, "no debe dar lugar a relativismo histórico alguno, que peligrosamente pueda desembocar en un escepticismo radical y un fatalismo quietista". La historia debe ser vista en su dinamismo, en constante evolución, no reducirla a "una simple acumulación de datos", sino verla como "un cambio de punto de vista motivado, no por lecturas o reflexiones, sino por una experiencia vivida…"[329]

Iglesia no deja de dar señas de estar dispuesto a dar la pelea teorética a la que se sentía exigido en aquellos años: "Ya va siendo tiempo de que estas personas se den cuenta de que la 'imparcialidad histórica', en el sentido absoluto en que la conciben, no existe. El concepto mismo de imparcialidad es un mito. El hombre no se puede situar frente a los hechos humanos en la misma actitud que el químico ante sus tubos de ensayo. Cada hombre, además, ve una sola porción de la realidad, es decir, su visión es siempre parcial. Los historiadores de profesión parecen ignorar por lo general una noción muy conocida de siempre, pero que sólo recientemente ha sido elaborada con cierta precisión: me refiero a la noción de perspectiva."[330]

A poco más de un par de meses de publicada la obra de Iglesia, —en Junio del 44—, Zavala era incorporado a la Academia Nacional de la Historia. En el discurso de incorporación se menciono lo siguiente:

> En el solar patrio dedicó largas jornadas a ordenar y clasificar parte de las nutridas compilaciones documentales que aportará con su labor benedictina por centros culturales europeos…. durante un cuarto de siglo consultó personalmente las fuentes primigenias en ellas conservadas, dando a las prensas obras capitales y reuniendo copiosos y fundamentales escritos que continuamente son utilizados por estudiosos que en México consagran su labor y energía a documentar el pasado…. *Ha sabido elegir su camino y ha alcanzado con su concentración decidida al estudio, madurez de juicio y el debido equilibrio mental para no lanzar sin la debida documentación opiniones ligeras y fugaces, de las que hacen alardes quienes precisamente ignoran que el intrincado laberinto que en su jardines tiene Clío no es senda fácil, ni vereda ancha, para quienes allí se asoman sin el debido bagaje*.[331]

---

[328] Ibidem,., p. 13.

[329] Ibidem., p. 56.

[330] Ibidem.,p.60.

[331] "Incorporación del Académico Correspondiente Sr. Silvio Zavala" (10 de junio de 1944), en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. 18, Academia Nacional de la Historia, 1945, pp. .70-74,p. 72 (El subrayado es mío).

Opiniones contrapuestas que evidenciaban una clara división en el gremio de los historiadores en México. Una "crisis de nuestros días", tal como fue señalada por Iglesia, que mantuvo sumido al conocimiento historiográfico de nuestro país en una batalla teórica propiciada por dos enfoques, dos métodos, dos concepciones de la verdad histórica.

Era necesario combatir a como diera lugar a esa nueva corriente histórico—filosófica en el país. Si no es posible por la vía de la confrontación intelectual, queda el recurso de las calumnias y el hostigamiento. De ello, desafortunadamente, da cuenta uno de los iniciadores de esta revolución historiográfica en México, José Gaos, quien en 1945 comentó en la revista *Cuadernos Americanos* lo siguiente:

> A los Doctores García Bacca y Luis Ricaséns Siches… y a mí, nos tienen por unos orteguianos que deberíamos a la influencia del gran maestro español el ser historicistas, existencialistas y por fuerza relativistas escépticos, y yo hasta ateo— permítaseme insinuar que por efecto del frecuente error, en que incurren hasta los profesionales, de atribuir al que profesa filosofías ajenas, en el sentido de exponerlas, el profesarlas, en el sentido de compartirlas, mas que por que las profesemos realmente en este sentido, de lo que sabemos nosotros mas, naturalmente, de los que nos tienen por dicho. Si profesamos en el primer sentido el historicismo y el existencialismo, es por tenerlos por los movimientos filosóficos de los últimos tiempos con una significación más radical, que hay que superar. Sólo que pensamos que la superación no puede venir por vía de 'ignorancia' de su existencia o importancia, como sino representasen nada fundado, sino únicamente de asimilación de lo que en ellos hay de fundado, que algo 'tiene que haber' so pena de admitir que la historia sea capaz de proceder a movimientos semejantes sin fundamento alguno, lo que sólo le sería posible admitir sin contrasentido a un existencialista.[332]

Queda pues confirmada, lo incómodo que resultaba la presencia de los así llamados "historicistas" o "existencialistas" en el medio académico de la historia. De ello no sólo queda el registro, también contamos con el testimonio de sus osados estudiantes que siguiendo la línea de sus formadores no han vivido para callarse. Ellos ahora nos hablan "de aquellos tiempos cuando la facultad de filosofía y letras dejó Mascarrones al pasar a la ciudad Universitaria y O´Gorman fue blanco de una hostilidad abierta e intolerante… a los que fuimos sus discípulos en épocas tempranas, antes de que sus provocativas preguntas y respuestas fueran aceptadas, no deja de sorprendernos ahora, al recordarlo, la forma feroz en que alguna vez se le combatió"[333]

Considerando todo lo anterior, ahora sí, pasemos al escenario en el que se esperaba la realización de un "debate".

3.6 El frustrado intento de "debate" y sus implicaciones.

---

[332] José Gaos, "Cinco años de filosofía en México", en: *Cuadernos Americanos*, núm. 20, octubre- diciembre, 1945, p. 159- 160.

[333] Josefina Zoraida Vázquez. "La historiografía mexicana en las décadas recientes",en: *Revista de la Universisdad*. Op.cit.,p.12

El afán por descubrir algún concepto universal, válido para todo hombre independiente de su situación en el mundo, parecía llegar a su fin. Añeja tradición enraizada en las entrañas del pensamiento europeo. Herencia del viejo mundo, celosamente cultivada entre quienes han visto en la "una verdad" la "verdad una". La afanosa y desesperada búsqueda de alguna filosofía universal, que apretadamente pueda entrar en nuestra realidad concreta y local, empezaba a vislumbrarse como una engañosa visión.

Una visión muy distante de mostrar y explicar nuestra peculiarísima manera de ser. Existencialismo e historicismo parecían ofrecer la intrepidez intelectual, de desvanecer tan aniquilante aporía. La presencia de tales corrientes de pensamiento en América, hizo que algunos hablaran de una "crisis cultural", mientras que para otros, más bien se trataba de una "crisis en la historia". La incesante búsqueda americana comenzó a tomar otros cauces. Los jóvenes países americanos comenzaron a buscar en su historia y sus tradiciones los elementos que posibilitaran el conocimiento de sí mismos, así como la realización de una cultura que les fuera propia.

En México, un grupo de intelectuales ante el descontento de quienes se mantenían asidos a las pautas "tradicionistas" del pensar histórico, resolvieron iniciar una revolución en el ámbito del conocimiento histórico, oponiendo a las "verdades absolutas" y a las "malas copias" de la gran filosofía europea, una visión en la que lo histórico, fuera concebido "como expresión de una experiencia humana" y no como una "verdad absoluta". Es decir, que a las grandes filosofías de la cultura europea que tan poderosamente habían influido en América, creadoras de los grandes conceptos de "eterna validez" y buscadoras de algún gran "valor universal", opusieron un enfoque filosófico, —instrumento creado por el propio pensamiento europeo—, pero en este caso, con miras a centrar la atención no en entidades abstractas, absolutas, o sobrehumanas, sino en la vida humana, finita e imperfecta. En la experiencia humana.

Las implicaciones de estas novedosas ideas en el pensar histórico en México, fueron de hondas consecuencias y paralelas a las exigencias del país en aquella década histórica de 1940.

El ser político y social de México adolecía de un terrible malestar: la falta de creación de algo propio, "nuestro" y nuevo. Era urgente la construcción de un "ente nacional" que fuera concebido como el resultado genuino de "nuestra" historia. Los nuevos tiempos reclamaban una nueva comprensión del pasado, en la que se dejara a un lado la necesidad de hacer historias de héroes y de batallas. Desterrar la idea de que la historia de México ha sido realizada por caudillos, mártires y líderes; para fijar la atención en algo de mayor fondo.

Para decirlo en términos de Guillermo Zermeño "Podríamos aceptar con Zavala que la crítica desarrollada por la 'historia anticuaria' ya no era suficiente en ese momento para responder a la 'crisis' desencadenada durante el periodo revolucionario. La cuestión, entonces, es saber si esa crítica era suficiente para entender el alcance de la

crisis que estaba en proceso según lo apuntado por O'Gorman..."[334]. Siguiendo con esta idea, Zermeño sostiene que la forma institucional que adopto la disciplina permitió homogeneizar a la historia alrededor del "discurso del método". Esto fue posible gracias a que en el campo de la historiografía, Zavala desarrolló la crítica de las "formas tradicionales" de hacer historia apoyado en instituciones que le dieran estabilidad y continuidad.

De este modo, Zavala con Cosío Villegas y Alfonso Reyes "hicieron realidad el sueño de un nuevo discurso sobre el pasado en gestación antes de la Revolución"[335]. El sueño tomó forma en la realidad bajo la institucionalización de la disciplina. La *institución* permitió, entonces, dar un espacio propicio a las ideas sobre el "método", ideas que fueron desarrolladas a fines del siglo XIX por metodólogos como el alemán Bernheim y sus divulgadores en Francia, Langlois y Seignobos. En suma, para Zermeño, la noción de "crítica" quedó ceñida a la noción de "método", y tuvo como trasfondo, "la idea y el proyecto de un país nacional—revolucionario". Lo expresa de la siguiente manera: "El 'método' y la idea de nación enmarcada por la idea de progreso se constituyeron en los elementos preexistentes de la crítica al momento de recoger y observar los hechos históricos"[336].

Contra esta idea, en O'Gorman la concepción de la "crisis" no se encuentra fuera de la historia, significa que la solución no implica hacerla entrar en un método tomado desde el exterior, desde un *afuera,* sino que es constitutiva del mismo proceso histórico. Por tanto, para afrontar la "crisis" se requiere del ejercicio de la "crítica", único camino de redención o de "salvación intelectual". Zermeño comenta la noción de "crítica" en O'Gorman:

> La crítica presupone tomar parte en la esfera de opinión pública, por eso no está contemplado el buscar refugio en la ambigüedad o en el silencio, por tenerla por cobardía, y todavía más si sólo queda amparada en la fama. Se trata de intentar 'por cuenta y riego propios, hasta donde den las fuerzas, de aclarar por sí mismo y para los demás el significado de las propias actividades del espíritu'. Esa es la forma que concibe O'Gorman de 'salvación intelectual' para quien se concibe a sí mismo 'como hombre de ciencia'. [337]

Dicho de otra manera, la invitación de O'Gorman a elevar el grado de crítica en la historia, implica, por encima de todo, no disfrazar la subjetividad del historiador bajo el velo de la imparcialidad y la objetividad. Esta noción de crítica presupone una relación entre el sujeto y el objeto en la que ambos están implicados, es decir, la "crítica" no se realiza frente a un objeto independiente del observador, tal como postulan las nociones clásicas de

[334] Guillermo Zermeño Padilla, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica,* El Colegio de México, México, 2002, p. 225.

[335]Ibidem; p. 224

[336]Ibidem; p. 225

[337] Ibidem; p. 227.

imparcialidad y objetividad. Por tanto, la “critica” apunta a la revisión de estas nociones. En síntesis, O’Gorman pone al descubierto el carácter político—instrumental del discurso histórico científico, cuyo proceso de institucionalización, produce un tipo de historia que tiene como destinatario y beneficiario principal a “el nacionalismo moderno”[338].

La “crítica” propuesta en materia historiográfica había quedado marcada por la tendencia historicista en México. Pero para poder seguir dicha senda, primero había que combatir tenazmente al cientificismo dominante en el país; es decir, a aquellos brillantes historiadores cientificistas interesados en erigir en la historia una estructura inmutable, levantada sobre la base de datos, fuentes, archivos y un montón de testimonios que, acumulados pacientemente y meticulosamente, “algún día” habrían de posibilitar el aseguramiento de una verdad exclusiva, única, alcanzable y en condiciones de dar cuenta de la pretendida imparcialidad.

De acuerdo con todo lo antes comentado, se vuelve evidente como un discurso producido *desde* un “lugar social” quiere apoderarse del sentido de los textos, quiere dictaminar cual es la lectura correcta y cual es la falsa. Sobre la base de los mismos, se pretende construir un discurso propio, por medio de operaciones cubiertas en un aparato de representación, ejemplificada en una labor erudita o de minuciosidad por el detalle. La imagen de autoridad que acompaña a la academia o la *institución* encuentra su sentido en la producción de una “historia”, que debe orientar y fundamentar la reflexión del público, hacia el origen de la organización social imperante: la nación. De este modo, la fundamentación que realiza la academia es imprescindible para el poder estatal, pues de esta manera se crea una apariencia de racionalidad en cualquier acción del Estado que se explique con el discurso académico, es una especie de justificación del “derecho divino”. Michel de Certeau lo señala de la siguiente forma:

> Por una especie de ficción el historiador se ha colocado en este lugar . De hecho no es el sujeto de la operación de la que es el técnico. *No hace la historia, lo único que puede hacer es una historia*..... Él únicamente está “al lado” del poder, del cual recibe, bajo formas más o menos explícitas, las directivas que en todos los países modernos influyen en la historia —desde las tesis hasta los manuales— y constituyen la tarea de educar y movilizar..... Su análisis se desarrolla, pues, “al lado” del presente, con una escenificación del pasado, parecida a la que, desfasada en lo que se refiere al presente, produce el futurólogo en términos de futuro.[339]

[338] Tal como comenta Zermeño, esta idea fue desarrollada por O’Gorman en su libro *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, publicado en el año de 1947. En él “pasa revista al proceso de institucionalización de la historiografía en Alemania. O’Gorman consigue dejar al descubierto el carácter político—ideológico de la arquitectura científica de la historiografía de corte rankeano..... —de aquí deriva su— ..... crítica de una noción político—instrumental de la noción de método que se impuso en México durante la década de los cuarenta”. Ibidem; p. 228.

[339]Michel de Certeau, *La escritura de la historia*. 2ª. México, U. Iberoamericana, 1993, pp. 21-22.

Para el historiador historicista, por otra parte, la tan socorrida y desesperada búsqueda de imparcialidad en el asunto de la historia, es algo que no existe y no ha existido jamás. Alega que cada historiador es parcial a su modo; que la parcialidad en la que, por cierto, van incluidos el punto de vista propio, las ideas y los sentimientos, condicionan la apreciación de los hechos humanos, condiciona en el historiador su manera de mirar las cosas y no nos garantiza en modo alguno ni la objetividad, ni la imparcialidad, sino, más bien, muestra en la obra histórica, el reflejo de su ser.[340]

Estos fueron los fundamentos del historicismo, estas sus armas, estas sus razones. Era menester aprestarlo para la confrontación final, para la batalla decisiva. Muchos fueron los sobresaltos que ésta sofisticada arma metodológica había provocado en el gremio de historiadores en general, y en la elite del conocimiento histórico en particular. Y fue precisamente a esa elite, a quien estratégicamente estaba destinada la descarga del sólido arsenal historicista, "aquella postura tradicional que, —comenta O´Gorman— está tan cargada de méritos como de años y que, salvo por su aspecto imperialista y terrorista que es positivamente perjudicial, seguirá teniendo su razón de ser, sobre todo mientras exista gente dispuesta a aburrirse y a dejarse aburrir. Es digno de advertir, sin embargo, que las posturas que representan la postura tradicional reciben, como nunca antes en México, el favor de amplios medios materiales, y que, constituyendo una especie de casta cerrada, gozan de este tipo peculiar de prestigio que siempre rodea a quienes gustan presentarse como 'los iniciados'. Antiquísimo arbitrio de todo terrorismo. ¡Y esto acontece precisamente cuando, también en México, se difunden con gran profusión las grandes obras maestras del pensamiento histórico contemporáneo!".[341]

Lo anterior, fue señalado por O´Gorman en el año de mil novecientos cuarenta y cinco, a cuatro meses de haber tenido lugar el frustrado intento de debate en el que la corriente tradicionalista sencillamente "no dio la batalla." Pero vayamos a él, al escenario preparado para la contienda. Es decir, que ha llegado el momento de hablar de la batalla final.

Menuda concurrencia tuvo este escenario. En él se dio cita una importante afluencia de distintas vertientes del pensamiento, —representado en aquellos momentos—, en las figuras de sendos historiadores, filósofos, arqueólogos, antropólogos y demás involucrados en el problema de "la verdad en historia". Distintas fuerzas acudieron al llamado de la *Sociedad Mexicana de la Historia*. La intención era poner frente a frente a los dos más fuertes exponentes teóricos de las dos más influyentes y significativas corrientes de pensamiento en historia: la cientificista y la historicista. Así, la batalla teórica tomaría forma en sus defensores. Y para este duelo teórico, se eligió una fecha y lugar. El periódico *El Universal* anunciaba en su sección sobre "actividades culturales", que el

---

[340] Juan Ortega y Medina, "La verdad y las verdades en historia" en: *El historiador frente a la historia*, México, 1992, pp. 130, p. 43.

[341] O´Gorman, Edmundo. "Cinco años de historia en México", op. cit., p. 183.

día 15 de junio de 1945, en *El Colegio de México*, habría de suscitarse una interesante confrontación de ideas entre Edmundo O´Gorman y Silvio Savala[342].

Una autentica barra intelectual de peso, aguardaba el momento de formar parte del "debate" que se esperaba tuviera lugar y, a la vez, abriera la programación de tres sesiones dedicadas a discutir temas de metodología y teoría histórica. Figuras de primer orden en el ambiente cultural de aquellos años: Alfonso Caso, Justino Fernández, Arturo Arnaiz y Freg, José Medina Echavarría, Eduardo Nicol, Rafael Heliodoro Valle, Paul Kirchkoff, Wenceslao Roces, Isso Brante Schweide, Domingo Barnés, Rafael Altamira y Crevea, Ramón Iglesia, José Gaos y Edmundo O´Gorman.

Lamentablemente, a dicho encuentro no asistió uno de los principales contendientes: el historiador Silvio Zavala. En efecto, Zavala no cumplió con "ese formal compromiso que había contraído". Pese a que la fecha de la reunión, —inicialmente acordada para otro momento— se pospuso a petición del propio Zavala, este historiador tuvo que aducir como motivo de su ausencia el que por esos días andaba "fuera del país". ¡Vaya manera de responder a un desafío intelectual de tamaña envergadura!. Esta situación, ha generado comentarios como el siguiente "…es de deplorarse, una vez más, el que Silvio Zavala, emplazado a defender su postura, no pudiera acudir al reto intelectual que se le hizo, dejando prácticamente vacante la defensa de su posición".[343]

Sin embargo, al momento, no faltó quien forzadamente y ante la falta de oponente, se vio obligado a decir algo respecto a la doctrina cuestionada. Este fue el papel desempeñado por el historiador Rafael Altamira y Crevea, maestro de Silvio Zavala. Digamos que gracias a la participación de Altamira, la controversia no perdió totalmente su carácter, y a decir de la historiadora Carmen Ramos, fue una polémica "aunque no plenamente realizada".[344]

Pues bien, ya entrados directamente en la cuestión, cabe señalar que la primera sesión de mesa redonda contó con la presencia del Sr. Rubio Mañe, entonces Secretario de la *Sociedad Mexicana de Historia*, el cual designo como presidente de la misma a Rafael Altamira. En esta mesa, —aparte del ya nombrado "presidente" (Altamira)—, se encontraban prestos a discutir los intelectuales: Edmundo O´Gorman, Alfonso Caso, Isso Brante Schweide, Domingo Barnés, Pual Kirchkoff, José Gaos y José Medina Echavarría.

La discusión fue abierta por el provocador y responsable de que tal reunión hubiese tenido lugar; en otras palabras, por el líder de la insurgencia historiográfica de aquella década: Edmundo O´Gorman. En su discurso de apertura a la contienda, O´Gorman comenzó señalando escuetamente el antecedente inmediato que había dado origen al encuentro intelectual, y que, —como fue señalado en otra parte (ver: *El inicio de la controversia:*

[342] *El Universal*, "actividades culturales", México, 1945, año XXIX, núm. 10354, Tomo CXIII.

[343] Carmen Ramos. "Edmundo O'Gorman como polemista", en: *Conciencia y Autenticidad*...op.,cit.p.61

[344] Ibidem.,p61

Discusiones sobre la enseñanza de la historia)— dicho origen se remonta a una discusión sostenida por O´Gorman y Zavala en el *Seminario para el Estudio de la Técnica de la Enseñanza de la Historia* realizado en la ciudad de México del 16 al 21 de marzo de 1945; a lo que O´Gorman enfatizó: "Cumplo así con el compromiso contraído en una discusión pública que sostuve con el Sr. Silvio A. Zavala en una de las sesiones del Seminario sobre Métodos de Enseñanza de la historia, recientemente celebrado en México".[345]

Una vez aclarado el motivo de tan urgente e imperiosa reunión, O´Gorman procedió a lanzar su demoledora crítica a los supuestos en los que reposa la escuela que llamó "tradicionalista", así como a proponer "una nueva aventura espiritual", no sin antes, especificar el trasfondo e influencia intelectual en el que se apoya su ponencia: "No pretendo exponer nada que pueda llamar original mío: apoyado en la huella que me dejaron muchas lecturas (Ortega merece especial atención)…he intentado contrastar en los supuestos más íntimos, la postura contemporánea historicista".[346] Nuevamente, el escenario era el espacio idóneo para señalar la época de "crisis" en que se vivía así como otras ideas que conformaban el "nuevo programa".[347]

Pues bien, la "postura contemporánea" representada en la figura de O´Gorman, señalaba la "crisis" de la historia a razón de "tener conciencia de lo histórico en un sentido nuevo y radicalmente revolucionario", argumento presentado como la mejor arma de combate de la corriente historicista. Pero tal sentido y su novedad, —en lo historiográfico—, sólo puede ser entendido plenamente si se considera, primero, aquello con lo que no se está de acuerdo por considerarlo arcaico o tradicional. Por tanto, O´Gorman se propuso partir de lo que la escuela "tradicionalista cientificista" concibe como método y concepción de la historia, para después, sobre la base de ésta "crítica", echar los cimientos de la "nueva" y "revolucionaria" concepción histórica.

O´Gorman expuso la manera en que la postura tradicional "concibe a la historia y al pasado humano". Caracterizó a la postura histórica tradicional, como aquella que consiste en un tremendo y deshumanizado esfuerzo por asimilar la historia a las disciplinas científicas, y específicamente, a las físicas y naturales: "…Esto quiere decir que se ha intentado constituir la historia en ciencia rigurosa, fundamentándola en idénticos supuestos, aspirando a iguales pretensiones y garantías y empleando los mismos métodos que cualquiera otra de las ciencias".[348]

Para O´Gorman, las implicaciones de este intento de asimilación son tan "inhumanas" como "monstruosas". Esto supone que de lo mismo estudiar la luna, una piedra o el pasado. Si se mira bajo éste enfoque al pasado,

---

[345] "Consideraciones sobre la verdad en Historia", (texto en el que aparecen publicadas las ponencias de dicho debate) en: *Filosofía y Letras,* tomo X, núm. 20, octubre – diciembre de 1945, pp. 245 –272.

[346] Ibidem., p. 245.

[347] Ibidem., p. 245.

[348] Ibidem., p. 245.

entonces, no se repara que en el fondo lo estamos mirando como una realidad independiente de nosotros, de nuestra vida. Es “el pasado”, no “nuestro pasado”. He aquí la principal divergencia y la diferencia radical que O’Gorman encuentra entre una y otra de las tendencias disputantes, en lo que a la concepción del pasado se refiere. La cientificista que pugna por “el pasado” y la historicista que defiende “nuestro pasado”.

Pero de las implicaciones de mirar al pasado como cualquier “cosa” o como un “pasado cualquiera”, se desprenden consecuencias mayores. Si se da por entendido que el pasado es una realidad idéntica a cualquier otra (una piedra, la Luna, etc. …), “entonces, tendremos que admitir, que la vida del hombre, es también, en esencia, idéntica a cualquier cosa”. Esto conlleva la absurda conclusión de que nuestro “ser”, el ser “humano”, es idéntico al ser de todas las demás cosas, es decir, “…es algo fijo, estático, previo, siempre el mismo, invariable. En eso, se dice, consiste precisamente su identidad, desde Aristóteles y aún mucho antes, como si se tratase en esencia de un mismo concepto”[349]

Ahora bien, si “el pasado” es algo independiente del hombre, si le es indistinto, si es una identidad que es ajena a él, entonces, “su pasado es tanto como un mero accidente, algo que le pasó, que le vino de afuera y no algo que él hizo que pasara, algo que salió desde su propio interior”.[350]

O’Gorman pone al descubierto la noción de la postura “tradicional” de abordar el pasado en tanto objeto de estudio medible, cuantificable, formulable y reproducible por vía de la experimentación que los “documentos” y las “fichas” ilusamente creen hacer posible. Esta noción ha terminado por poner al hombre frente a “este pasado” como al científico frente aquella “cosa” por explorar, frente a algo independiente del ser del hombre, y lo que es más, frente a algo independiente del ser del historiador, es decir, frente a “un pasado cualquiera”, o sea, “el pasado”, más nunca frente a “su pasado”.

Obvio es entonces, que si se exige al historiador esa fría actitud frente a su pasado, si se demanda de él una radical indiferencia frente a esa parte de su ser, entonces, su labor habrá de quedar reducida a dos fundamentales pretensiones: imparcialidad y totalidad. Si el pasado está fuera de él, si a él acude como a la piedra por analizar, entonces su estudio debe ser el reflejo de una actitud des—identificada del objeto, una dimensión en la que queden excluidas sentimientos, emociones y pasiones; de modo que a cada uno de los hechos habrá de dársele la misma importancia, pues la preferencia por el estudio de alguno de ellos, puede poner en riesgo la devoción de la tan venerada “imparcialidad”.

---

[349] Ibidem., p. 246.

[350] Al respecto, y en otro momento, el filósofo José Ortega y Gasset puntualizó: “La vida humana es un proceso interno en que los hechos esenciales no caen desde fuera sobre el sujeto – individuo o pueblo – sino que salen de éste, como de la semilla fruto y flor. Ortega, op. cit. p. 10.

De aquí se deriva la otrora y añeja pretensión de conocer la “totalidad” del pasado humano. Resulta claro que si cada uno de los hechos “reclama con idéntico derecho el ser conocido”, entonces, la omisión de alguno, puede ser juzgada como una “notoria violación, inconsciente o no, de la exigencia de su estricta imparcialidad”.[351]

Andados ya por estos caminos, O´Gorman nos muestra en su exposición lo que la escuela tradicional concibe como “verdad histórica”. Según dicho análisis, para la postura “tradicional” la verdad histórica depende de una “visión completa” del pasado. Quiere decir, que para el cientificismo, la verdad en la historia será una realidad cuando se posea “la suma total de los hechos averiguados”. Es decir, que representará un conocimiento del pasado más completo y, por ende, más verdadero si se cumple la siguiente premisa: “a mayor número de datos averiguados, más completo, es decir, más verdadero el conocimiento del pasado”. Pero sucede, que en la búsqueda de una verdad total e irrefutable, el historiador cientificista se la pasa más en la busca de nuevos datos, que en escribir historia. Pero además, la construcción de esa verdad a la que aspira la “postura tradicional”, es tanto como un ensueño, una ilusión. Algo inalcanzable. Por la sencilla razón de que, en sí, obtener la totalidad de los datos del pasado, es una empresa imposible.

La imposibilidad radica en el hecho de que el tiempo mismo se ha encargado de destruir las “fuentes” y “testimonios” de una enorme cantidad de hechos, por lo que la aspiración de la tan deseada verdad se antoja tanto como una quimera. Y a decir de O´Gorman: “Se trata de una verdad fragmentaria, de una aproximación que en todo momento está sujeta a ser rectificada por la posible aparición de nuevos datos, y en consecuencia, lo que para esta escuela se llama interpretar los hechos, no es sino la operación mecánica de reajuste o rectificación, de la suma siempre provisional de lo ya averiguado …(por tanto), los supuestos de la escuela tradicional ponen al hombre en la falsa coyuntura de conformarse con una verdad que no podrá jamás poseer…(y esto) produce un tipo de historia inhumano y un tipo de historiador deshumanizado”.[352]

Luego de esta sucinta repasada crítica de O´Gorman a los “supuestos más íntimos” de la corriente considerada “tradicional cientificista”, su explicación se centró en la médula del pensamiento “contemporáneo historicista”, categóricamente identificado con una “visión autentica” del pasado humano, en oposición a la “visión completa” referida a la concepción “tradicionalista”.

¿En que consiste esta novedosa propuesta designada como *visión autentica*?. Pues bien, se trata de lo siguiente. A diferencia de aquella “visión completa”, abstracta e inalcanzable postulada por la escuela histórica “tradicional”, la búsqueda ahora se propone hacia aquella “visión autentica”, concreta y al alcance de las posibilidades humanas, cuya finalidad sea dar razón de nuestra vida. En esto, básicamente, radica su

[351] Ibidem., p. 246.

[352] Ibidem., p. 247.

autenticidad; es decir, en el estudio de la vida humana como algo “nuestro”, que se refiere a un conocimiento de nosotros mismos, y no como el estudio de algo que es independiente a nosotros y de nuestro ser.

Si para el cientificismo el pasado es una realidad independiente del hombre, como la piedra por analizar, para el historicismo se trata no de “el pasado”, sino de “nuestro pasado”, de algo que nos es constitutivo, de algo que no puede estar ajeno o fuera de nosotros por la sencilla razón de que forma parte de “nuestro” ser, está dentro, en tanto que, el hombre es el único ser hecho de pasado: “Por que adviertase que decir lo que le ha pasado a un hombre, es decir lo que ese hombre es, y, en definitiva, nosotros somos lo que somos, precisamente por que hemos sido lo que fuimos”.[353]

De manera que la distinta concepción del pasado, tiene que ver con una diferente concepción del hombre. Para el cientificismo “el hombre ‘es’ piénsese en la piedra, un ser fijo, estático, previo e invariable”; para el historicismo, por el contrario, el hombre no “es”, sino que “va siendo”, se va haciendo, es decir, “vive”. “El pasado humano —comenta O´Gorman— en lugar de ser una realidad ajena a nosotros es 'nuestra' realidad, y si concedemos que el pasado humano existe, también tendremos que conceder que existe en el único sitio en que puede existir: en el presente, es decir, en nuestra vida. La conclusión fundamental a que ha llegado el pensamiento contemporáneo por estos caminos es revolucionaria respecto a la vieja tradición que ha venido concibiendo al hombre como un ente dotado de un ser fijo, estático, previo e invariable. 'El hombre', dice Ortega no es, sino que va siendo … y ese ir siendo… es lo que llamamos vivir. Por eso el maestro concluye que no podemos decir que el hombre 'es', sino que el hombre vive”.[354]

De aquí se desprende el problema de la imparcialidad. Es decir, que si reparamos en el hecho de que la “realidad radical” del hombre es su vida, y si concedemos que su pasado es parte de esa realidad —“ser en la forma de haber sido”— entonces, podemos entender que el conocimiento del pasado es conocimiento de sí mismo. Por tanto, dicho conocimiento no puede ni debe ser imparcial. De modo que el conocimiento del pasado, —que es conocimiento de sí mismo—, no puede exigir y mucho menos justificar “esa fría, inhumana, monstruosa indiferencia que la imparcialidad supone”.

Al contrario: “Las preferencias del historiador son las que comunican sentido pleno y significatividad a ciertos hechos que, por eso mismo, son efectivamente lo más importantes, los más históricos, y en definitiva los más duraderos. Y no se diga que esta operación selectiva es arbitraria, a no ser que se afirme a la vez que la vida humana es para el hombre una arbitrariedad; lo que en todo caso es un grandísimo disparate”.[355]

---

[353] Ibidem., p. 248.

[354] Ibidem., p. 248.

[355] Ibidem., p. 249.

Considerando todo lo anterior, O´Gorman proclama entonces una “visión auténtica” del pasado humano, que implica la consideración de los siguientes ingredientes básicos: la consideración de que el pasado es “nuestro pasado” y la aceptación plena de la parcialidad en el conocimiento histórico: “…hay que admitir con franqueza y alegría que el conocimiento histórico es parcial, el más parcial de todos los conocimientos, o lo que es lo mismo, que es un conocimiento basado en preferencias individuales y circunstanciales, en suma, que es un conocimiento producto de una selección, el conocimiento selecto por excelencia”[356]

Finalmente, en su ponencia plantea como última cuestión, cual deba ser el método que haga posible en la historia ese “dar razón de la vida humana”. Siendo que la “visión auténtica” propone una visión limitada cuantitativamente, es decir, que no tiene pretensiones de abarcarlo todo, en cuanto estamos hablando de un conocimiento como el histórico, “selecto” y basado en preferencias individuales y circunstanciales; entonces, el método cientificista empleado en las ciencias naturales (“visión completa”), tendrá que ceder su lugar por otro. Otro que sea capaz de acercarnos a la dimensión de lo humano, que sea capaz de dar razón de nuestra vida, de nuestra verdadera realidad: la vida humana. Para O´Gorman: “El método histórico no será ya ningún método de los empleados en las ciencias naturales; no será el método de la simple acumulación de lo ‘averiguado’, sino que será el método narrativo, único verdaderamente capaz de dar razón de la vida humana, de nuestra vida, nuestra verdadera realidad. Este dar razón de la vida humana es lo que yo llamó historia”. De este modo, los diferentes puntos que fue tocando O´Gorman en su ponencia, lo llevaron a la siguiente conclusión respecto a la verdad histórica: “Podemos concluir, pues, que verdad en historia no es otra cosa sino la adecuación del pasado humano (selección) a las exigencias vitales del presente”.[357]

O´Gorman exhorta a comprobar lo anterior a través del más somero y superficial examen de la historiografía. Es decir, que a través de los tiempos los hombres de cada generación han escrito “su historia”, desde su punto de vista y en virtud de su peculiar situación o circunstancia. Al afrontar su realidad vital, (su vida) han sentido la profunda e ineludible necesidad de enfrentarse con su pasado, y de aquí, de esta compleja operación, brota la verdad histórica; la de cada generación, la que cada generación construye y pronuncia, que es una verdad, que no puede ser tal para otra generación, ni anterior ni posterior, sin que ello, —esto es, no ser la verdad para todos los tiempos—, le quite a la verdad de una determinada generación, su carácter genuino, verídico y auténtico. Y es precisamente a consecuencia de esa necesidad acendrada en la raíz misma de cada generación, que los mismos acontecimientos de que dan cuenta los documentos a través de los tiempos, sean narrados de diversas maneras.

O’Gorman concluye su ponencia de esta forma: “Se verá claro que la cuestión a debate puede y debe reducirse a lo siguiente: si se concibe el pasado como una realidad independiente a nuestro ser, tendrá razón la escuela

[356] Ibidem., p. 249.

[357] Ibidem., p. 249.

tradicional; si en cambio, el pasado se concibe como realidad de nuestro ser en el sentido que he insinuado, entonces, la postura contemporánea tendrá que admitirse."[358]

Hasta aquí, la participación de O´Gorman. Ante la ausencia de oponente, el segundo en escena fue Rafael Altamira y Crevea. Exigido por la circunstancia, Altamira decidió tomar el lugar que su alumno, Zavala, había dejado vacante. Entonces, su respuesta fue corta, breve y concisa. En ella Altamira dejó en claro su posición frente a la historia y su divergencia en alguno de los varios puntos esbozados por O´Gorman. Al referirse a lo primero, comentó: "Yo soy, por razón de ideas, un hombre ya casi del pasado; por lo menos debo ser un hombre de la antigua escuela, pues en todo lo que he escrito como historiador he tomado ante el problema la postura que hoy se da como característica de la escuela tradicional de la historia…"[359]

Lo segundo, tiene que ver con el problema de la "objetividad", a lo que señaló: "…hay una porción de notas que se presentan como representantes de esa historia con las que no estoy conforme".[360] Veamos a que se refiere tal inconformidad. Para Altamira, el hombre como la naturaleza son dos entidades tan iguales como impredecibles. En el caso del primero, no se puede asegurar o tener la certeza de ningún acto de ningún hombre, y respecto a la segunda, no se puede anticipar ni mucho menos prever acontecimiento o fenómeno físico y natural alguno. Pues bien, no obstante la incapacidad de predicción tanto en uno como en otro caso, Altamira considera que el único camino seguro para la comprensión de ambos, es el que ofrece el método científico.

La aplicación de éste al estudio de la naturaleza y del hombre habrá de producir resultados positivamente semejantes, ya que las incapacidades y desafíos de la ciencia para con la naturaleza, serán las mismas que tengan que enfrentar el conocimiento histórico para con su objeto de estudio: el hombre. Altamira lo expresó de la siguiente manera: "…el hombre es el ser dotado de mayor número de posibilidades y cambios en ellas…pero recuerden ustedes que esta misma posición es hoy día la de los fenómenos de las ciencias físicas y naturales… El ser naturaleza ha mostrado que es tan variable como el hombre. Pero lo que me ha preocupado principalmente en el estudio de la historia es llegar a averiguar alguna cosa con fundamento…Yo he creído también que la única verdad histórica es la verdad que se ha podido comprobar… Exactamente lo mismo pasa en las ciencias naturales".[361]

Fiel a su concepción histórica, el maestro español hizo aterrizar el punto crucial de su pequeña ponencia en "la cuestión capital de la objetividad", de la que no vaciló en dar la siguiente definición: "La objetividad consiste en

---

[358] Ibidem; p. 249

[359] Ibidem., p. 250.

[360] Ibidem., p. 250.

[361] Ibidem., p. 250.

que, cuando se ha estudiado una serie de hechos históricos, no se diga de ellos sino lo que se ha encontrado, no se presente sino lo que ellos están diciendo, no prefigurando ningún juicio sobre su ideología".[362]

En este sentido, Altamira manifiesto su preocupación de la siguiente manera: "Lo que me ha interesado a mí es averiguar con una serie de pruebas o fuentes que me satisfagan por el momento, la verdad que hoy puedo conocer": La concepción histórica defendida por el historiador español, lo condujo a mirar en la historia el problema de su interpretación: "En la interpretación interviene la ideología del sujeto y su orden de los valores". Más adelante, sostuvo: "…hacemos más caso de nuestro juicio y nuestro conocimiento, lo que nosotros decimos que es nuestro conocimiento, que de la realidad tal como se ofrece en los actos mismos de la vida humana".[363]

En síntesis, Altamira no comparte la idea de la influencia interna del autor en el documento o hecho estudiado, por considerarla una inconveniente interpretación de la persona en los hechos, a lo que cuestiono: "¿Hay acaso algo en que la interpretación de la persona no sea ya una introducción de elementos ajenos a los hechos mismos?."[364]

Ambos intelectuales habían fijado sus posiciones. Pero la última palabra, —algo que a la postre iba volverse casi costumbre en asuntos de debate historiográfico—, la tuvo O ´Gorman. Contestó sobre la cuestión de la "objetividad", que los documentos suelen ser a veces los hechos más contradictorios, y que no sólo llega haber diferencias en el contenido de los mismos, sino hasta entre los mismos historiadores que los estudian, y lo que es más, un mismo historiador suele diferir en dos momentos distintos de su vida, por lo que la pretendida "objetividad", sencillamente no tiene acomodo en el quehacer historiográfico.

Después de esta respuesta, la voz que representaba a la corriente contrapuesta hizo silencio. Una vez que habían sido delineadas las cuestiones fundamentales de las corrientes en disputa, entonces, se dio paso a la intervención de los demás congregados en aquella primera sesión de mesa redonda. Además de los ya nombrados, tomaron la palabra Alfonso Caso, Isso Brante Schweide, Domingo Barnés, Paul Kirchkoff, José Gaos y Medina Echavarría. Los temas de discusión giraron en torno al problema de la verdad histórica, la objetividad, la honestidad del historiador, y el concepto mismo de historia. La consideración de Caso en el sentido de que la labor del historiador es como la del poeta, tuvo la acogida de Gaos, quien además, —complementando la repuesta de O´Gorman— sostuvo que con relación a un hecho histórico, éste sólo permanece igual en tanto que hecho físico, documento, monumento, etc. … lo demás es interpretación. Por último, la intervención de Medina permitió la distinción clara de los principios fundamentales derivados de las doctrinas opuestas, siendo éstas, obviamente, historicismo y cientificismo.

---

[362] Ibidem., p. 250.

[363] Ibidem., p. 250.

[364] Ibidem., p. 250.

La segunda sesión tuvo como presidente de la mesa a Alfonso Caso. En ella tomaron parte: José Gaos, Paul Kirchkoff y Ramón Iglesia. Las reflexiones dieron inicio con la lectura de la ponencia de Caso titulada: *Notas acerca de la verdad histórica*. El antropólogo Caso, hecho mano de su profunda formación filosófica, —pues en aquellos días fungía como profesor de teología del conocimiento—, y expuso sus ideas en torno a la objetividad y la subjetividad en el conocimiento histórico.

Caso manifestó su posición respecto a "la elaboración del conocimiento histórico" y señaló: "Se engaña sin embargo quien crea que el historiador es puramente pasivo ante el hecho histórico …El hecho histórico queda ya determinado (desde un principio) por el interés del historiador y no por el *interés humano*, que es lo que podríamos llamar objetivo, pues objetivamente, es decir fuera del espíritu, no hay hechos interesantes".[365] Caso sostiene que no se pueden aplicar categorías tales como "acertar" o "errar" a un conocimiento que no es ni ha sido "objetivo", más bien: "Lo que se puede pedir al historiador no es que diga lo que realmente pasó, pues esto nadie puede afirmarlo; sino que abandonando hasta donde pueda sus propias ideas, prejuicios o intereses, procure adentrarse o identificarse con el mundo que nos revive y explica. Y será gran historiador si logra hacerlo; pero nunca podremos estar seguros de que lo ha realizado".[366]

Por tanto, para Caso la objetividad no tiene acomodo en el conocimiento histórico, por que en la historia "el principio de la causación nunca se realiza; por que la causa es tan compleja, tan concreta, tan personal, que (por eso) es histórica". De acuerdo con su postura, ciencia e historia son dos métodos de conocer la realidad. En cuanto nos interesamos por estudiar no la individualidad de un fenómeno, sino sus semejanzas con otros y fundir tales semejanzas en la identidad de una ley, entonces aplicamos el primero. Pero cuando lo que buscamos en un fenómeno, es precisamente su individualidad —trátese de un hombre, país, época o cultura— y su diferencia no sólo con otros sino con nosotros también, entonces debe aplicarse el segundo.

Según su punto de vista, la verdad histórica es sólo una "probabilidad". En consecuencia, la misión del historiador ha de ser la de "comprender"; —él en tanto juez de los hechos que estudia—, debe esforzarse por hablar el mismo idioma moral que el de los enjuiciados: "Si es difícil ser un juez justo, cuando el acusado y el juez admiten la misma moral, como no será difícil ser justo, cuando el juez y el acusado hablan idiomas morales separados por siglos de prejuicios". Por tanto, señala que "la misión del historiador es comprender..... No es historiador el que predeterminadamente cierra su espíritu para no comprender los móviles de las acciones de los otros hombres; y si es sincero, debe creer que ha acertado; pero estar convencido de que su reconstrucción es un esquema de lo que realmente sucedió". [367]

---

[365] Ibidem., p. 252.

[366] Ibidem., p. 253.

[367] Ibidem; p, 255

Caso apuesta por una "esquematización" del hecho histórico "para hacerlo inteligible, para despertar en nuestro espíritu reacciones semejantes a las acciones que fueron sus causas. Esquematizar el hecho para entenderlo, tal es la misión del sabio y la del historiador".[368]

En la conclusión de esta ponencia, aparece implícitamente el pensamiento histórico del corte de Benedetto Croce, el cual puesto en palabras de Caso se lee como sigue: "Nos parece ahora descubrir que la historia, considerada en grandes períodos, es la realización de la lucha del hombre por alcanzar su liberación. La lucha contra sus enemigos: el miedo, la miseria, la explotación, la tiranía, la ignorancia y el fanatismo. Es la suma de los anhelos individuales por ser, por cumplir con lo que en cada hombre hay de humano …Y éste es, quizá, el único criterio objetivo en la gran marcha histórica de la humanidad, lo que justificara, a pesar de todo, esta perturbación de la naturaleza que llamamos: el hombre".[369]

Después de la participación de Caso, José Gaos tomó la palabra para reafirmar el comentario que había expresado en la sesión anterior —sobre la interpretación— y para exponer brevemente su preocupación teórica sobre la necesidad de contar con "la unidad y pluralidad de la realidad". De lo primero, sostuvo, que la realidad histórica depende del historiador mismo, es decir, que al hecho lo construye la interpretación misma. De lo segundo, dijo, que aún y cuando se adviertan distintas realidades históricas, construidas por los distintos puntos de vista de distintos historiadores, estos, en rigor, no pueden ser tan distintos como para que no haya unidad alguna entre ellos, por tanto, es menester una teoría de la unidad y la pluralidad que pueda explicar el "hecho de que estos sujetos en parte coinciden y en parte discrepan. Esta teoría sería la única capaz también de hacer justicia al historicismo y a la vez de superarlo, precisando sus límites y correlativamente aquellos dentro de los cuales es posible una verdad válida para más de un sujeto".[370]

Paul Kirchkoff, —creador del concepto de "mesoamérica"— aunque no era historiador, en la mesa de discusiones destacaba como brillante etnólogo. Después de la intervención de Gaos, expresó sus comentarios sobre lo que calificó como *Mi pensamiento frente a la historia*. Desde su particular enfoque, manifestó no estar de acuerdo con las ideas del historiador O´Gorman ni con las del Antropólogo Caso: "No debemos oponernos a la idea de que hay una verdad absoluta; me parece que tanto O´Gorman como Caso se han colocado en una posición con la cual yo no estaría de acuerdo". [371]

Según Kirchkoff no se puede negar que hay una realidad a la que tratamos de aproximarnos, pero no podemos descubrirla directamente, sino dando "un paso adelante y dos atrás". Para el etnólogo alemán de lo que se trata en

[368] Ibidem; p. 256

[369] Ibidem., p. 256.

[370] Ibidem., p. 257.

[371] Ibidem., p. 257.

la historia, es que, de entre los fenómenos que la componen (estructuras económicas, sociales, jurídicas, institucionales, creencias, costumbres, etc.,…) se identifiquen “las grandes líneas de desarrollo” que posibiliten la comprensión no sólo de la sociedad moderna sino de otras sociedades anteriores: “El punto básico en mi pensamiento frente a la historia...... es que nuestra aspiración debe ser entender las tendencias históricas dentro de estas grandes agrupaciones de fenómenos, es decir, para usar un término concreto, las tendencias de desarrollo dentro de nuestra sociedad moderna, o lo mismo en otras sociedades anteriores”. [372]

Al historicismo y su interés por lo individual, opuso el estudio e interés por las tendencias generales de desarrollo: “Pues lo que necesitamos es encontrar, dentro de determinada característica, una relación de desarrollo. No se trata de considerar la historia como una serie interminable de acontecimientos aislados … Existe el problema fundamental de la búsqueda de la verdad histórica. Esta búsqueda es de la verdad de grandes líneas de desarrollo, dentro de determinadas etapas del conjunto de la humanidad; no es en sí la búsqueda de la verdad acerca de un conocimiento individual y sólo puede ser interpretada dentro de un conjunto”.

Para finalizar su intervención, abordo el problema de la imparcialidad y la objetividad en los siguientes términos: “Me parece que se ha presentado una idea que, para mí, es bastante peligrosa. Se afirma que cualquier historiador parcial representa las ideas, la tradición, etc.; ..... De hecho el historiador es simplemente el exponente de un grupo social. Toda esta cuestión de si un historiador puede ver la misma realidad, en diferentes momentos de su historia individual, de dos maneras distintas, es simplemente el reflejo de que el historiador vive dentro de un mundo en continua pugna”. [373]

El último en tomar la palabra en esta sesión fue Ramón Iglesia, quien desarrolla su punto de vista bajo una ponencia titulada: *El estado actual de los estudios históricos*.

Iglesia abrió su comentario manifestando su sentir respecto al mundo en que vivía y a la “crisis” que por esos días hacía gala de presencia en todos los planos de la cultura: “Curioso fenómeno el que presenciamos en nuestros días: se ha puesto en tela de juicio todo, absolutamente todo: creencias religiosas y políticas, sistemas económicos, formas de cultura. Y los únicos que parecen reacios a darse cuenta de que existe la crisis son los más directamente obligados a relatarnos como la crisis se produce: los historiadores, que insisten en ser los últimos en enterarse”.[374]

Por esta razón, Iglesia considera apremiante combatir en el campo de las ideas, y en especial, en el terreno teórico de la historia en donde el “trabajo valioso, sólido, serio, bien documentado, imparcial, y, en el mejor de

[372] Ibidem; p. 258.

[373] Ibidem; p. 258.

[374] Ibidem., p. 258.

los casos, exhaustivo, definitivo" tiende a mostrar "una visión totalmente deformada de la historiografía". Según su pensamiento el historiador esta exigido, por la misma "crisis", a replantear el rumbo, sentido y finalidad de su que—hacer. Esta obligado a desbaratar ideales que por irrealizables y mal fundados teóricamente, reducen la labor del historiador a la "pasividad de copista", el cual mientras más neutro, más distante del anatema; esto es, de ser señalado "parcial y anticientífico": "El ideal del nuevo historiador —que no es tan nuevo, después de todo— consiste en no existir, en dejar, según él pretende, que los hechos hablen por sí solos. Y lo más estupendo es que al sentar este enorme prejuicio dice que está libre de prejuicios".[375]

El principal reclamo de Iglesia para con el historiador cientificista, es su falta de "proximidad" a la vida y su falta de sensibilidad para con otras formas de la cultura: la filosofía, la literatura y las bellas artes. Este tipo de historiador, "frío, datístico, documentista", está dispuesto a sacrificar la vida por la técnica y a poner al servicio de está aquella. Y advierte: "Llenas están las revistas especializadas de unas reseñas en las que el valor de un libro de historia se hace depender de la cantidad de autores citados, de la abundancia de notas y bibliografías, de la profusión de índices analíticos. Lo que ya no encontramos con tanta frecuencia es un juicio sobre el contenido mismo del libro, sobre las ideas que en él se encierran, sobre cual es la índole de su mensaje, de su aportación para nosotros." [376]

Iglesia caracteriza al historiador cientificista de la siguiente manera: "..... metido en su oscuro rincón, que considera torre de marfil, amontona datos y más datos, esperando a que pase el temporal para luego poder estudiarlo en forma serena, objetiva y desinteresada." Mas adelante señala: "El historiador científico tiene un orgullo ingenuo, el orgullo de su perspectiva y su estimativa defectuosas. Es el enano enamorado en hombros del gigante, que si descubre algún error, por pequeño que sea, en cualquier historiador que le haya precedido, cree haberlo superado definitivamente." Considera que: "Todo esto es sumamente grave, por que mete a la historia por una vía muerta".[377]

Las implicaciones de seguir modelos arquetípicos en el quehacer historiográfico, —según Iglesia— pone en riesgo el futuro de la profesión, pues a las nuevas generaciones habrá de entregárseles una historia científica por la que nadie se interesa y que ningún tipo de estímulo puede ofrecer en pro de su mejoramiento y desarrollo: "Esta tendencia actual de los estudios históricos no sólo ha dejado a la historia erudita sin lectores, lo cual al historiador profesional le trae sin cuidado, pues lo considera un mérito más de su disciplina… sino que fatalmente produce una selección al revés en los centros de enseñanza superior e investigación. En ellos se

---

[375] Ibidem., p. 259.

[376] Ibidem; p, 259

[377] Ibidem., p. 259.

prefiere a los muchachos más dóciles, más apocados, menos inquietos intelectualmente, para que lo antes posible se dediquen a reunir ficheros impresionantes sobre temas minuciosos".[378]

La raíz de la oposición para con los historiadores científicos, tiene que ver, con esa su actitud tan rigurosa para con los documentos, y que a decir de Iglesia, no han comprendido "que los documentos no hablan por sí solos, como ellos pretenden, en forma única, sino que sus lenguas son múltiples, según las personas que los manejan. Querer estudiar la historiografía y no querer aceptar el hecho de que es un continúo cambio de perspectiva, de que hay siempre una forma de visión que les *impone* a los hechos estudiados, es marchar en el vacío".[379]

La participación de este vigoroso combatiente llegó a término bajo su personal manera de concebir la labor del historiador: "Lo que hay que predicar con insistencia es que el documento no es nada en sí, que tiene que ir acompañado por una actitud tensa por parte del historiador, que la interpretación, la selección, la elaboración, el punto de vista no son sus pecados, sino sus virtudes. Y aceptar de una buena vez que la verdad histórica no es una sino múltiple, según los lugares y las épocas, lo cual podría darnos algún día una historiografía, rica, multiforme, como lo son las historias de la filosofía, la literatura y el arte …Lo que importa (en el historiador) es que su visión, forzosamente parcial de la realidad, sea intensa y rica, pues es la única forma en que podrá tener sentido amplio y humano. Todo lo demás es un triste esfuerzo por lograr la objetividad del directorio de teléfonos".[380]

La tercera sesión fue, básicamente, de valoración, de evaluación respecto a lo hasta ese momento discutido. En ella se tocaron no sólo los principales puntos de controversia, sino que también se hizo alusión a los puntos que habían quedado pendientes. Fue presidida de nueva cuenta por Alfonso caso, y se integraron José Gaos, Paul Kirchkoff, Edmundo O´Gorman, Arturo Arnaiz y Freg, Isso Brante Schweide, Justino Fernández y José Medina Echavarría.

En esta ocasión, tocó a José Gaos abrir las discusiones con la presentación de un resumen de su propia hechura, en el que expuso los puntos a que se había llegado en sesiones anteriores y aquellos que aún estaban en lista de espera. Uno de esos puntos se refería a la sucesión y concatenación de los hechos históricos, la cual puede ser bajo una categoría causal, o quizás, otra que se refiera no a una "causa" sino a una "posibilidad": "las posibilidades reales de elección".

En esta mesa se encontraron José Gaos y José Medina Echavarría, de cuya disputa intelectual, aludimos en otro apartado (ver: *La contienda en el horizonte de lo editorial*). Como en aquella otra ocasión, ambos disputantes defendieron su particular enfoque y concepción de la verdad histórica. Al final, se volvió a caer en el problema

[378] Ibidem., p. 260.

[379] Ibidem., p. 261.

[380] Ibidem., p. 262.

que había originado el debate entero, es decir, en el del método: el criterio histórico en función del cual habrá de valorarse el documento histórico y la manera de trabajar con él. El documento como garantía de "lo que verdaderamente ocurrió" o como objeto cultural. Sobre el particular, aparte de los ya referidos, tomaron la palabra los demás integrantes de esta mesa de discusiones.

CAPITULO 4

EDMUNDO O'GORMAN ES CASO APARTE

Dada la índole de la crisis que por todos rumbos invade a la cultura, acertar o no acertar es secundario. Lo que importa es expresarse con valor; darle la cara a los verdaderos problemas, que siempre son los propios, los íntimos.

Edmundo O'Gorman, *Crisis y porvenir de la Ciencia Histórica*.

CAPÍTULO 4

EDMUNDO O'GORMAN ES CASO APARTE.

4.1 La culminación de la controversia:Crisis y porvenir de la ciencia histórica..

Parece ser que en la "junta" para discutir los problemas filosóficos de la historia, los argumentos de la corriente historicista tuvieron mayor peso. El consenso sobre esta postura en la década de los cuarenta, considero que las verdades en la historia están condicionadas por las circunstancias históricas de las que surgen y por la "perspectiva" o el punto de vistas del historiador que las analiza.

A la verdad pretenciosamente incuestionable, incontestable, aspiración y defensa de los historiadores cientificistas, le fueron presentadas doctrinas filosóficas como el perspectivismo y el circunstacialismo que ponen en duda la validez de tal "verdad", al afirmar, que en tanto ésta se absolutize en el campo de la historia, en realidad, lo que se está haciendo es negar a la historia misma, que es cambio y condicionamiento. De esta manera, las verdades existen en cada momento histórico determinado y surgen como respuesta a los problemas o cuestiones que en dicho momento se plantean. Ortega y Medina lo menciona de la siguiente manera:

> Todos los historiadores son, aunque afirmen lo contrario, parciales a su modo; la parcialidad, el punto de vista propio, son factores ineludibles en la apreciación de los hechos humanos y por lo tanto en su relato, que es la obra histórica. La personal ecuación de cada autor y su complejo de ideas y sentimientos condicionan su manera de mirar las cosas y no nos garantizan en modo alguno ni la objetividad ni la parcialidad. El historiador historicista rechaza la pretensión de la historiografía cientificista de asegurar la existencia de una verdad exclusiva, única, que se pueda alcanzar, y de la que se infiere la pretendida imparcialidad."[381]

Por tanto, lo que se combatió fue la idea de que "el campo histórico" no afecta el acontecer mismo; es decir, se combatió la idea que no hay afectación entre lo que pasó y lo que se dice de lo que pasó. Además las críticas se destinaron hacia la noción de lo "histórico" como un ámbito distinto del presente; como algo que separa y aísla al historiador del actor "real". Este pensarse separado de la "historia", —como quien se separa de algo que le es ajeno— es lo que permite la noción de un sentido y la búsqueda de "objetividad".

En la concepción cientificista se prioriza un sentido de la historia como *cosa.* Este objeto deberá ser abordado de manera metódica por medio de investigaciones "empíricas". La intención es entender y explicar el proceso histórico mediante este modelo de "ciencia" aplicado al ámbito de la historia. Sólo de esta manera el historiador

[381] Juan A. Ortega y Medina, *La verdad y las verdades en la historia...* op., cit, p.43

podrá reconciliarse con la realidad de la que se ha separado, justificar su aislamiento, así como su frustración al no poder ser enteramente parte de la historia.

A través de una serie de operaciones graduadas de lo más simple —como "fichar"— hasta lo más complejo —exponer los resultados de la investigación—, se pretendía llegar a producir una visión ampliada y total del presente—pasado. Al final, la suma del todo podría conducirnos a conocer más y más sobre lo que a la "historia" —o a la *cosa*— le había acontecido, pero que ya no podía seguir afectándonos. Esta manera de concebir lo "histórico", no toma en cuenta que nosotros, desde el presente, con nuestras preguntas y cuestionamientos, somos quienes afectamos al pasado. Desde éste *afectamiento* damos lugar a la construcción de un pasado, espejo de nuestro ser, en el que proyectamos nuestras aspiraciones y expectativas vigentes. En suma, se mantiene la idea de un pasado duro, cognoscible por medio de los artificios metódicos del historiador, pero debilitado con respecto a su pretensión irrestricta de "objetividad pura". Uno de sus principales objetivos es tender hacia un conocimiento "objetivo" del pasado, para ello, debe desaparecer el historiador como subjetividad social, ya que "el pasado se expresa por sí sólo en el libro de historia". [382]

Desde este programa de ciencia histórica, se otorgo una importancia primordial al acontecimiento, por tanto, la historiografía entendida como el discurso de los historiadores quedo relegada a segundo plano. La historiografía quedo subordinada como *no necesaria* con relación al privilegio dado a las *fuentes primarias*, en la medida en que se penso que éstas refieren por sí mismas a la realidad de los sucesos del pasado. De aquí la distinción entre historia e historiografía; o sea, investigación del pasado y discurso de los historiadores.

En el siglo XX surge una conciencia nueva que cambia la semántica de la historia y desdobla los fundamentos de su discurso en la transición del siglo XIX al XX. La premisa es la siguiente: "no hay conocimiento del pasado que no tenga que ver con el presente". La historiografía ahora es considerada como un enfoque. Una forma reflexiva de acercarse a la historia que renuncia a la objetividad imposible del naturalismo historiográfico, y se plantea como problema central: ¿qué es leer el pasado por medio de sus fuentes?. Es una forma de acercarse al pasado que concibe todo resto como "documento de cultura", trátese de una crónica o testimonio de algún historiador, o de cualquier fuente.

De esta manera, los fundamentos epistemológicos y ontológicos del metodologismo cientificista de la ciencia de la historia y, en general, de las ciencias sociales perdieron su *evidencia* durante la segunda mitad del siglo XX. La crisis de lo "evidente", de lo "obvio", se hizo manifiesta cuando fue puesta al descubierto su raíz histórico—social. De acuerdo con Mendiola y Zermeño esta "acción por medio de la cual una proposición pasa de ser a—histórica a

---

[382] Alfonso Mendiola/Guillermo Zermeño. "De la historia a la historiografía" en: *Historia y Grafía*, UIA, núm. 4, 1995. p. 249.

histórica expresa los cambios de la sociedad"[383]. Lo que se quiere decir con esto, es que si la fundamantación decimonónica dejó de ser una creencia sustentada, no se debe a la genialidad de ningún sujeto colectivo o individual; es decir, nada que tenga que ver con la genialidad, sino a que la auto—descripción de la sociedad cambió a mediados de nuestro siglo. En este cambió, uno de los elementos principales, —pero no el único—, fue la extensión y radicalización de los medios de comunicación.

La sociedad decimonónica fundaba su auto—observación en una filosofía de la conciencia, mientras que la del siglo XX la basa en una filosofía del lenguaje. La filosofía de la conciencia se preguntaba por las condiciones de posibilidad del *conocimiento verdadero*, mientras que la filosofía del lenguaje se pregunta por las condiciones de posibilidad de la *comunicación*. La auto—descripción decimonónica, que se encuentra en el positivismo, comprende a la sociedad como *cosa*, que para ser conocida basta con observarla de manera controlada: bajo las reglas de un método para impedir que los prejuicios del historiador la distorsionen. En cambio, la auto—descripción de la segunda mitad de este siglo comprende a la sociedad como un sistema de comunicaciones, es decir, lo específico de la sociedad no son las cosas sino la *producción de sentido*. "De la sociedad como cosa a la sociedad como sentido"[384]. Este cambio es el que termina con las evidencias en que se sustentó el conocimiento de la ciencia de la historia hasta fines de los cincuenta. O'Gorman sostiene al respecto:

....Y no es que falte ni talento, ni capacidad de trabajo, ni técnicas de investigación, ni tampoco debe cargarse la culpa a la falta de ficheros y de catálogos de documentos inéditos, como algunos para excusarse quieren; falta, precisamente, el libre y gozoso ejercicio de aquella imaginación de cuyo abuso se nos acusa. Por que es la imaginación creadora la que, en presencia de la letra muerta que la razón y las técnicas entregan, inventa por su cuenta y a su riesgo eso que llamamos los hechos en cuanto que son significativos para y en nuestra propia vida. Imaginativas son siempre las preguntas y las contestaciones esenciales a nuestra Vida, y el proponernos preguntas y el darnos contestaciones esenciales, so *pretexto* (las fuentes) del pasado, y el expresar este íntimo diálogo con nosotros mismos en formas bellas y adecuadas, es la verdadera tarea y gloria del historiador[385].

En la medida en que se radicalizaba la auto—descripción de la sociedad como sistema de comunicaciones, es decir, *no como cosa sino como productora de sentido*, el concepto de *correspondencia* entre lo que se dice del pasado y el pasado mismo resultó difícil de sostener aun por los metodólogos del proyecto positivista.

---

[383] De acuerdo con este planteamiento, "...La historiografía tal como se entiende actualmente, no es más que la expresión del reto que los avances de las disciplinas en lingüística, teoría social, ciencias cognitivas, teoría de sistemas, biología, etcétera, le plantean al historiador. La historia como ciencia podría permanecer ajena a todas las transformaciones que se han dado, tanto en los ámbitos cognicitivos como socioculturales y políticos, pero a costa de perder todo interés por la sociedad. Es decir, la ciencia de la historia no puede protegerse en una ciudadela de todos los desafíos que la sociedad actual le plantea; y aceptarlos es lo que hace la nueva historiografía". Alfonso Mendiola/Guillermo Zermeño. "De la historia a la historiografía" en: *Historia y Grafía*, UIA, NÚM. 4, 1995.

[384]Ibidem; p. 254

[385] O'Gorman, "Cinco años de historia en México", en *Filosofía y Letras*, no., 20, octubre—diciembre, 1945.

Esta nueva forma de comprender la actividad historiadora acepta que el historiador tiene acceso a los llamados "hechos" por mediación de la escritura: "la historia se hace con documentos". Pero estos documentos son considerados comunicaciones producidas en la sociedad que se estudia; es decir, el documento es la emisión de un hablante a un oyente en una situación determinada. Por tanto, el "documento no me lleva al referente externo sin la reconstrucción del sistema de comunicaciones en que se generó". De aquí se desprende que no hay "hechos" sino "comunicaciones".[386]

De acuerdo con esta postura, las llamadas fuentes para la historia son, antes que nada, *textos de cultura*. En consecuencia, si la historia como ciencia trabaja sobre escritura y no sobre "hechos", entonces, esta consideración termina con la distinción entre historia e historiografía. "Ésta última insiste en una cosa: *la historia se hace con grafía y produce grafía*". El historiador hasta hace muy poco, analizaba los documentos como si todos ellos fueran enunciados constatativos, es decir, que describen un estado del mundo. "Le ha preocupado *lo que el documento dice* pero no *cómo lo dice"*. Este nivel del *cómo lo dice* es el que permite entender al documento como parte de un sistema comunicativo social. Considerando todo lo anterior, podemos coincidir con Mendiola y Zermeño que: "la historiografía es una auto—observación de lo que lleva a cabo el historiador cuando escribe libros de historia, y ésta auto—observación es hecha en términos histórico—sociales". Dicho de otro modo: "La historiografía no es el estudio de las ideas o métodos del historiador, sino de las prácticas sociales que lleva a cabo como miembro de la institución historiográfica"[387].

A esto respondió el interés de la polémica en los cuarenta anteriormente expuesta. [388] Ahora bien, este tremendo zarandeo teórico del que fue objeto la escuela cientificista, no quedó ahí nada más. Faltaba uno más, un último rudo golpe al "terrorismo historiográfico" acusado por sus impugnadores. Ese fulminante impacto adoptó la forma de un libro: *Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica*; elaborado por O'Gorman.

---

[386] Ibidem; p, 255.

[387] Ibidem; p, 255.

[388] En 1945, a pocos meses de haber tenido lugar el intento fallido de "debate", O'Gorman escribió para la revista *Filosofía y Letras*, que la mencionada polémica obedeció a: "... una inconformidad de mi parte con la tendencia que predomina hoy en día en México en los estudios históricos. ¿Qué decir, por ejemplo, de la Revista de Historia de América? (de Silvio Zavala que) Tiene a su favor, sin duda, muchos méritos que sólo la ceguera maliciosa podría negar; pero es también muy evidente que una porción muy considerable de su colaboración, en el tono general de los intereses que fomenta, y en la ideología que inspira a sus páginas se percibe un sentido cientificista y especializado que peligrosamente se acerca a la esterilidad espiritual de las proverbialmente famosas tesis de las universidades alemanas. Y bien está que estudios de este tipo se sigan haciendo; pero mal está que se sigan sirviendo bajo el signo de ser culminación y remate del pensamiento histórico... Y también se dice por ahí que a nosotros los iberoamericanos, a nosotros los mexicanos no nos conviene romper las ataduras con los ficheros, de las investigaciones exhaustivas y de las notas al calce; que... nos conviene quedar reciamente uncidos al carro de la especialización científica positiva... Pero quien así dice que somos eso que dice que somos, no repara en que, generalizando absurdamente, incurre en aquello que censura, y en todo caso, no advierte que en el fondo de esa tesis hay una petición pro-inautenticidad."op.cit.,p.181

De aquí se desprende la importancia de comentar, —en este apartado y hasta donde sea posible—, una de las mayores obras de la historiografía mexicana de los últimos tiempos.

Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica fue una obra publicada en el año de 1947 y nació al calor de las reflexiones del autor sobre la historia; mismas, que dos años antes había expresado abierta y públicamente en la señalada "junta".[389] Digamos entonces, que esta obra fue la resultante de la controversia historiográfica que animó la vida intelectual de los años cuarenta, o para decirlo de otra manera, fue su extensión y remate. Baste, pues, a modo de testimonio, citar el fin perseguido de la misma, que a palabras de O'Gorman es: "...exponer la orientación y exhibir las bases del estudio histórico a que estas páginas deben servir de introducción doctrinal". Señala también, que lo que en ésta se expresa, en tanto "conocimiento revolucionario del pasado", no podrá dejar de incomodar a quienes se encuentran cómodamente situados en la ortodoxia de la "historiografía tradicional". Y además, alude: "Si alguno de estos llega a enterarse, sabrá disimular, convenciéndose y a quienes estén bajo su autoridad y terrorismo, con aquello de que son 'cosas de filosofía'."[390]

En este libro, O'Gorman expone su personal concepción de la historia pero con una particularidad muy notable: se asienta sobre bases filosóficas y específicamente en la ontología. La composición de la obra toma como base a otra fundamental y rectora del pensamiento filosófico de su tiempo; es el caso de *Ser y Tiempo* del filósofo alemán Martín Heidegger "principal exponente del existencialismo."

Aunque la asimilación de la doctrina heideggeriana por O'Gorman, se debió, en gran medida, a las discusiones que sostuvo con Gaos, esto no le quita ni un ápice a la originalidad y aportación de su propio pensamiento. Del pensador alemán señala lo siguiente:

> ..... hemos de partir de las conclusiones capitales que ha conquistado a este respecto la filosofía de nuestros días, reconociendo una vez más la deuda que todos hemos contraído con Heidegger, principal exponente del existencialismo[391].

De las discusiones con Gaos comenta:

---

[389] En el mismo artículo citado anteriormente de la *Revista de Filosofía y Letras*, O'Gorman mencionó de la polémica que: "Quien lea atentamente las actas y ponencias de esa junta,... advertirá que lo esencial de la discusión verso sobre los límites que han de ponerse a un subjetivismo absoluto que, por otra parte, nadie defiende. Advertirá, pues, que hubo un acuerdo en la orientación básica, por eso, por que la postura tradicional no dio la batalla... A nadie escapará lo significativo que resulta la ausencia de ponencias y el silencio de los portavoces de aquella postura tradicional que, por otra parte, está tan cargada de méritos como de años y que, salvo por su aspecto imperialista y terrorista que es positivamente perjudicial, seguirá teniendo su razón de ser , sobre todo mientras exista gente dispuesta a aburrirse y a dejarse aburrir." Op.cit.,p.183

[390] Edmundo O'Gorman. *Crisis...* p.183

[391] Ibidem; p, 182.

.....En lo personal hago extensivo ese reconocimiento al doctor José Gaos, a quien, entre muchas otras inapreciables enseñanzas, debo lo que yo alcanzo del pensamiento del genial filósofo alemán. El doctor Gaos ha traducido al español el libro fundamental de Heidegger y además ha explicado el texto en el magistral curso que sobre el particular ha ofrecido a los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México.[392]

O'Gorman se propuso examinar los supuestos más íntimos de la concepción cientificista de la historia, para mostrarnos que caen en el absurdo de ocultar "la esencial historicidad del hombre". Ello se debe, sobre todo, al afán —cientificista— de ver alcanzada la "dignidad de ciencia" para la historia. Pero, no sólo explica que es por eso que se oculta a la existencia su historicidad. También se oculta por el miedo que le produce a la misma tomar conciencia de que es precisamente eso: historicidad, temporalidad, finitud.

Pero vayamos por partes. O'Gorman fue en busca de las verdades de la historiografía naturalista, —para decirlo de forma más puntual—, con el afán de develar el carácter ideológico del discurso histórico científico. Verdades que, —a su juicio—, respondieron a las exigencias vitales del momento histórico en que fueron concebidas; es decir, respondieron "a ciertas exigencias vitales del momento." Dicho análisis lo llevó a encontrar los elementos que le permitieron sustentar su crítica a la función político—instrumental de la noción de "método", que se impuso en México durante la década de los cuarenta.

O'Gorman considera a la historiografía como "una forma de ser humano", en tanto es, ella, un hecho histórico más. Bajo éste enfoque se rompe la distinción entre historia e historiografía. Por tanto, la aporía racionalista que cosifica al pasado en nombre de una "verdad absoluta", encuentra una "salida vital" en la concepción del "pasado en sí" de la corriente historicista; cuyo relativismo, sólo es válido en tanto se aplique a la primera, o sea, a la "verdad absoluta", ya que, dicho relativismo aplicado al historicismo, desaparece para ver en el pasado "algo único, homogéneo y propio".

Aquí no se habla de un relativismo total y absolutamente relativizante, si no tan sólo de uno que aplicado a la noción naturalista de la historia, nos permite situarla en su dimensión de tiempo y circunstancia. De esta manera se rompe la absolutización de la verdad en el campo de la historia.

Para el historicismo el pasado no es una "cosa", no es algo "extraño" que se quedó allá atrás y que ahora es menester analizarlo. En historia el pasado es ante todo humano, es vida, es vida humana que fue y "existe en el único sitio en que puede existir: en el presente, es decir, en nuestra vida" que es el lugar donde se escribe y re—escribe constantemente. Por eso, O'Gorman exhorta a que veamos al pasado no como lo "extraño" sino como "lo nuestro, lo propio" y que, en lugar de buscar diferencias entre otras épocas y la nuestra, busquemos "re—conocernos" en ellas a modo que dejen de ser "las otras".

---

392 Ibidem; p, 182

Bajo este enfoque la historicidad humana no es otra cosa que "temporalidad"; dicho en palabras de O'Gorman "el existir humano es histórico justamente por que es temporal. Así se describe la historicidad"[393]. Por tanto, "la historia es existencia humana". Somos históricos justamente por que estamos marcados por la "temporalidad"; somos temporales. En consecuencia, "lo primariamente histórico" de la historia es el hombre, la existencia humana, no los objetos (las fuentes) ni los hechos así llamados "históricos", ya que es el hombre quien les confiere tal categoría.

De la misma manera, la verdad no es algo contenido en las fuentes, éstas no son de suyo verdaderas, no pueden hablar por sí solas, sino que somos nosotros quienes establecemos la verdad. Así vista, la historia más que ciencia debe ser conciencia de lo que somos. Debe ser "la manera en que la existencia hace inteligible para sí misma su propia actividad". Para O'Gorman la historia no es una "cosa" que está aguardando ser analizada; la historia es vida, vive en nosotros y, por ende, el historicismo opone el desarrollo de la capacidad para comprender "lo nuestro, lo propio", a la actitud cientificista que aspira comprender lo "extraño", lo "ajeno". Sin embargo, O'Gorman explica que dicha "cosificación" de la historia, nació como una consecuencia de la natural manipulación "instrumental" del conocimiento "científico—técnico", ligada a la finalidad pragmática de la historiografía tradicional, que es y ha sido, ofrecer el sustento teórico que justifique los "grandes problemas nacionales"[394].

---

[393]Ibidem; p. 206

[394394] Para demostrar tal afirmación, O'Gorman se propuso averiguar como se origina la ciencia para ver si la historiografía queda comprendida dentro de ese fenómeno. Aquí es donde el trasunto se complica un poco, pues O'Gorman, que interpreta a Heidegger, refiere que todo comienza a partir de una actividad primaria, y al parecer, inseparable del hombre: la "pre—ocupación". Entendida esta última no como angustia, sino como un "existir en", esto es, como "el existir del hombre entregado al mundo que lo circunda"; dicho de otro modo, actividad que antecede a una ocupación. El fin último que persigue la "pre—ocupación", es el de alcanzar concreción en múltiples operaciones de cuya práctica, se desprenda una manipulación instrumental con miras a considerarlo todo desde el punto de vista de su "utilidad posible". Pero según Heidegger, interpretado por O'Gorman, no únicamente existe este tipo de "preocupación practica". También hay otra singular forma de preocuparse; es la que se refiere a la "preocupación teórica", origen de la ciencia. Pero, en sentido estricto, desentrañar el origen de la ciencia, supone el hurgar una problemática de mayor fondo, a saber: ¿cómo se convierte la preocupación práctica en preocupación teórica?, es decir, ¿cómo se convierte el objeto del cual uno se sirve, en objeto sobre el cual se emiten juicios teóricos?. Según Heidegger, el como de la cuestión, se resuelve identificando el "juicio" a través del cual se verifique el tránsito de lo "en cuanto tal" a lo "en sí". Es decir, que lo importante es identificar el juicio que da lugar al cambio de perspectiva, el juicio en él que cambia la manera de ver o considerar la cosa, de una consideración del útil "en cuanto tal" útil, a otra en el que se le vea como "un ser objetivo corporal dado", es decir, bajo la formalidad de lo "en sí". En suma, la importancia del juicio radica en el hecho de que habrá de mostrarnos como la cosa deja de ser vista desde el mirador de aquello para lo que sirve, para enfocarla desde el mirador de "lo que es". Observar, pues, el cambio de perspectivas, que va de la perspectiva utilitaria (en cuanto tal) a la perspectiva científica (en sí) En realidad y valga la redundes, es cuestión de perspectivas. Tan perspectivista es la visión utilitaria como la científica, siendo que esta última, ofrece un punto de vista que no es el único posible, ya que toda ciencia alberga en sus entrañas un a priori, o sea: "la formalidad bajo la cual se va a considerar lo existente", dando así lugar "a cierto tipo de cuestiones". Ahora bien, si la historiografía es tan muy "ciencia" como suelen decir los cientificistas, entonces, O'Gorman se propuso someterla al análisis de la teoría heideggeriana sobre el origen de la ciencia para ver, si en efecto, puede ser considerada como tal. El resultado fue el siguiente. Al igual que todos los útiles que el

Primero con Hegel, al postular "el secreto despliegue de una 'Unidad' que se abre paso en el tiempo" y basado en el "a priori" de que el mundo está necesariamente regido por la razón. Se llegó a la conclusión de que la razón que se despliega en el espacio y en el tiempo, que se auto—estructura, que se crea y se proyecta haciéndose objetiva en leyes, obras de arte, constituciones políticas, etc., ... alcanza "la forma suprema de objetivización del espíritu" en el Estado. Pues en él, se da "lo universal realizando sus determinaciones", por tanto, a él debe obediencia el individuo pues sólo así se obedece a sí mismo, siendo que "lo subjetivo como algo particular... ha de someterse, sin duda, a lo universal"[395].

Así es como el papel de los individuos quedó reducido al de simples instrumentos de ese continuo auto—despliegue del espíritu, que en cada etapa, persigue su libertad. En seguimiento de la "cosificación" de la historia, (de la vida), aparece en escena Ranke y la dignificación de la historia en "historiografía científica" presentada como desinteresada e imparcial. Ranke, al intentar eludir el campo de la abstracción terminó por caer en el mismo,

---

hombre encuentra en su mundo circundante, el pasado posee un complejo sistema instrumental, es decir, se ha echado mano de él, del mismo modo en que se ha echado mano de un arco, de una flecha y hasta de un martillo. Es un útil y se utiliza. La pregunta entonces es: ¿cómo este útil pasó de la preocupación práctica a la preocupación teórica?, ¿Cómo es que la historia dejó de ser el objeto del cual uno se sirve para convertirse en el objeto sobre el que se emiten juicios teóricos?. La respuesta, sugiere, la indagación del "juicio" donde hubo lugar el cambio de perspectiva. Según la revisión crítica de la historiografía hecha por O'Gorman, desde el Renacimiento y aún hasta Niebuhr, no se tenía conciencia del pasado sino en cuanto "útil". A juicio de O'Gorman, no fue sino con la elaboración del método rankeiano que al pasado dejó de considerársele meramente bajo la formalidad de lo "en cuanto tal" para considerarlo bajo la formalidad de lo "en sí". Pero es precisamente en este intento de captación de la historia, no "en cuanto tal" sino "en sí", en donde se advierte la elaboración de un juicio, de entrada, viciado y, en consecuencia, "in—auténtico": "elevar la historia a la dignidad de ciencia". De éste se desprende la reflexión rankeiana acerca de que "el pasado no tiene ni puede tener influencia sobre la vida", y de aquí, la aspiración de ver al pasado como "lo que verdaderamente ocurrió". Es todo un sistema viciado que no permite la posibilidad de un conocimiento teórico "auténtico" de la historia, en tanto que es "un modo de ocultación de la posibilidad de conocer especulativamente a la historia" y, por tanto, es una maniobra de "la extensión de la utilidad" de que ha venido siendo objeto el pasado. La viciada representación del pasado humano a que dan lugar semejantes consideraciones, se debe, fundamentalmente, a lo "in—auténtico" del juicio del que dimanan. "In—autenticidad" que, —previa advertencia de O'Gorman—, no debe ser confundida con el "error", o sea, con el "no—ser" pues la existencia "no puede estar ontológicamente en el error", más bien, la in—autenticidad debe ser concebida como la "no—verdad" histórica, o si se prefiere "mentira histórica", ya que cae dentro del plano de las "apariencias", dentro del plano de la "imitación". De este modo lo "in—auténtico" es identificado como el "ser como", es decir, como una imitación (de las verdades y supuestos de las ciencias físicas). De aquí el carácter "in—auténtico" por imitativo, más no por erróneo, del juicio: "elevar la historia a la dignidad de ciencia". Es decir que: "se aspiró a que las verdades historiográficas 'fueran como' las verdades de que andaban ayunas las verdades de la historiografía precientífica". Por tanto, la estrategia consistió en fabricar artificiosamente con el pasado humano, un objeto que, por vía de la especulación, se pareciese a los objetos de las ciencias naturales. Esta hábil operación de simulación, dio por resultado la fabricación de un objeto (el pasado), que adoptado a la manera peculiar en que las ciencias consideran a un existente, quedó diseñado como "lo que verdaderamente ocurrió". Así pues, *la historiografía hizo del pasado humano algo "heterogéneo", distinto y separado de nosotros; un objeto "cosificado", cuyo propósito fue el de ampliar el alcance utilitario del pasado, para dar cumplimiento a las exigencias del programa propio a la "existencia preocupada", siempre dispuesta a adoptar todas las posibilidades de utilización.* Edmundo O'Gorman... Op. cit. pp. 133-165.

[395] Hegel. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Citado por Conrado Hernández, en *La idea de la historia en Edmundo O'Gorman*. Op; cit, p, 93

al elaborar una noción de verdad de acuerdo con las particularidades de un "método" en quien fincó la responsabilidad de dotar de ser al pasado. Pero el "método" no hizo sino prolongar la función pragmática del pasado concibiéndolo como "depósito de experiencia al servicio de intereses pragmáticos" y, consecuentemente, aumento la eficacia de la historiografía como instrumento de dominio "del hombre por el hombre".

En semejante "cosificación", se dio preferencia a lo cuantitativo sobre lo cualitativo y se buscó congruencia en donde no la hay, es decir, en la vida. De aquí la derivación de otras doctrinas (específicamente la marxista y la nazi—fascista) cuyo "verdadero y oculto fin", fue ofrecer el fundamento empírico a sistemas totalizadores que se ufanaban de contar con una cierta ética social, y que sugerían la uniformidad del hombre, concediéndole primacía y rango histórico al ambiente socioeconómico o a la violencia.

O'Gorman señala a la "historiografía científica" por sus fatales e insensibles consecuencias, ya que en su noble aspiración de "emancipar a la humanidad" en nombre de lo "universal", acabó por emitir únicamente sentencias de muerte. A ella también la responsabiliza de hacer que el hombre llegara al colmo de interpretarse a sí mismo como *cosa*, y que su tiempo no lo conciba como algo "único, propio, autentico", sino como una etapa más del discurrir histórico. En oposición a esto, O´ Gorman propone: "...... abandonar la utilización del pasado para poder, en cambio, interesarnos en comprenderlo como parte constitutiva de la estructura de la vida humana". Parafraseando a Heidegger remata: "El hombre, no su ciencia, es posibilidad; posibilidad, entre otras, de no ser ya lo que su ciencia le dice que es"[396]. Más adelante señala que el hombre es la posibilidad suprema de reírse de posibilidades realizadas, es decir, que está en la constante posibilidad de reírse de sí mismo, pero para que se pueda reír a sus anchas, necesita saber de qué es de lo que se ríe; he ahí la ardua empresa y el gran negocio del historicismo.

Ahora bien, la "ocultación" de la historicidad del hombre disfrazándola de *cosa* no se dio, nada más, por el hecho de querer volver a la historia: ciencia. Se debió también y en gran medida, al profundo temor albergado en las entrañas de la existencia, de saberse apostada en las limitaciones de su condición finita y temporal. De ahí que O´Gorman afirme que "el anhelo de poseer una verdad absoluta, suprema y de validez universal brota del fondo radical de inseguridad y angustia en el hombre"[397]. Significa que la negación o falta de conciencia de su humana historicidad (temporalidad), llevó al hombre a la insensatez de salirse de la historia y buscar una referencia, ya sea en la vida de ultratumba o en la vida natural.[398]

---

[396] Ibidem. , p. 112

[397] Ibidem; p. 112.

[398] Al respecto, arremete contra Hegel de quien dice que su obra es "el titánico esfuerzo del filósofo por superar tan intolerable condición (el relativismo de la propia época) arbitrándose una verdad absoluta que le sirve de alivio a esa angustia". Y de Ranke comenta que al igual que Hegel, la meta es "la de por fin superar el angustioso relativismo con que el hombre europeo viene padeciendo su presente". O´Gorman, Op. cit., p. 116- 118

De aquí se desprende la afirmación en el sentido que la existencia “in—auténtica” tiende a “ocultar” nuestra historicidad, o más concretamente, puede decirse que tiende a “ocultar” nuestra “mortalidad”. La “historiografía tradicional”, que según definición de O´Gorman: “es la ciencia que enseña a olvidarnos de nosotros mismos”, hace con la muerte lo mismo que con el pasado, es decir, considera que no le es constitutiva al hombre, que es algo que le viene de afuera, que está separada de él y, por tanto, “no tiene ni puede tener influencia sobre la vida”. Al igual que con el pasado, la muerte no es considerada como algo “nuestro”, lo que “somos”, sino que, más bien, “ese peculiar y ontológico olvido”, es parte de la maniobra de la existencia para no “asumirse a sí misma”. Es “en última instancia, huida ante la muerte, huida ante la finitud radical, de la cual ninguna existencia puede deshacerse”. La existencia in—auténtica “... es esta parte de nosotros mismos que nos oculta la miseria de nuestra condición original...”[399]

De ahí que la historiografía sea inauténtica y que su inautenticidad tenga que ver con ese “ocultar” la “esencial historicidad del hombre”. Su finalidad, pues, es eludir la “responsabilidad” inherente a la vida auténtica: un rechazo de la finitud humana, de la muerte, ya que para Heidegger, el hombre es un “ser para la muerte”. En el fondo del problema, entonces, se encuentra la negativa del hombre a asumir su condición de “ir siendo muerte”. Es un total y rotundo rechazo a reconocer que, “desde nuestro nacimiento, somos muerte”. Por eso, O´Gorman considera que la “auténtica ciencia histórica”, o sea, la “historiología” —como la nombra—, debe partir de la consideración del hombre como “temporalidad”. En esto ve una nueva aventura para el porvenir: “..... aceptar como realidad primera la constitutiva historicidad del hombre...... equivale a abrir la puerta a las nuevas posibilidades de la cultura....... cuando la conciencia de nuestra constitutiva historicidad llegue a vivirse con la plenitud que exige una creencia el anhelo de poseer para lo humano una verdad de las ahora llamadas absolutas habrá desaparecido”.[400]

Pero a todo esto, ¿qué sea eso de la autenticidad y la inautenticidad? Vayamos a fondo con esta cuestión. O´Gorman afirma que con el concepto de “autenticidad”, Heidegger pretende combatir la noción de “sustancia”, según la cual, se considera a la existencia humana como “algo dado”, como una “cosa”. El “ser yo” no es algo hecho, se va haciendo en tanto que implica decidirse por ciertas posibilidades. Por otra parte, la “in—autenticidad” no debe ser identificada como un “menos ser” o como “no—ser”, sino que debe ser concebida como “no ser sí mismo” o sea como “ser de un modo peculiar”.

Heidegger identifica a la “in—autenticidad” con el sujeto de la vida diaria, es decir, con el sujeto neutro e impersonal: el “uno”, el “se” del “se dice”. Ese sujeto abstracto “que a todos nos absorbe y que en todo tiempo trata de imponer un estándar que funde mi yo con otros, eximiéndome de mis responsabilidades propias y, por tanto,

---

[399] Ibidem., p. 245.
[400] Ibidem., p. 126.

impidiéndome ser mi yo mismo" al quedar identificado con lo "in—auténtico", queda comprendido como el "ser uno mismo" que a contraluz de lo auténtico es "ser sí mismo".

Lo "autentico" se manifiesta por la realización de lo más propio, lo más exclusivo, lo personal. Lo "inauténtico" es sinónimo de "disimulación", "olvido" o "huida" de eso mismo. Cada modo de ser de la existencia tiene su modo de interpretarse. El primero no acepta las interpretaciones "hechas" que encuentra a su paso sin antes reflexionar atenta y reposadamente acerca de sus supuestos para asegurarse el contacto con la realidad. El segundo todo lo interpreta en función de un mundo circundante al que concibe como "cosa" u "objeto", de modo que el hombre inauténtico acaba por concebirse a sí mismo como una *cosa* más en medio de las otras *cosas*. Autenticidad e inautenticidad no se encuentran totalmente separadas, pueden coexistir en un mismo hombre, dado que "el hombre autentico comienza por ser inauténtico". Pero además, no se es autentico todo el tiempo ni tampoco en todo. La inautenticidad (caída) es una tentación permanente para quien ha alcanzado lo opuesto. De manera que con relación a la "autenticidad" y su contrario O´Gorman apunta: "no se trata de dos existentes, sino de la única existencia de un mismo ser según dos modalidades".[401]

Siguiendo con el tema de la "autenticidad", Heidegger no sólo se contenta con explicar que ésta se refiere a "optar por las posibilidades de ser más propias", sino que, de entre estas, hay una radicalmente personal que rebasa a las demás; es la de la muerte. Es decir, que el hombre autentico es aquel que no elude en su vida esta posibilidad "suprema, extrema, propia, constante e ineludible". Heidegger explica que la muerte es constante e ineludible debido a que "la existencia es siempre capaz de morir y en todo tiempo está a punto de muerte". De modo que ante el morir se encuentra totalmente indefensa. Así concluye que el hombre es "ser para la muerte".

Por otra parte, el hombre de la "in—autenticidad" o de la cotidianidad, no puede menos que hacer una interpretación inauténtica de la muerte al considerarla no como algo que somos, sino como un suceso que viene de afuera. Esto es así, precisamente por que la in—autenticidad consiste en no hacerle frente en todo momento a esa posibilidad. Su interpretación, entonces, es que "tenemos que morir algún día" y no que "somos ya muerte". Ahora bien, las nociones de autenticidad e inautenticidad tienen implicaciones enormes en el plano del conocimiento, en tanto que, siendo estos modos de ser, entonces, también son modos de conocer. De manera que al modo inauténtico le corresponde un "descubrimiento": la no—verdad, que es huida de la muerte, huida ante "aquella radical posibilidad que condiciona a todas las demás". Y específicamente, en lo que a la historia se refiere, ahora sí, con mucho mayor claridad, podemos entrever que el famoso postulado de la historiografía tradicional: "el pasado es algo que no tiene ni puede tener influencia sobre la vida" no es sino un lindo subterfugio (huida) ante la revelación de nuestra "posible imposibilidad". No es sino —a decir de O´Gorman— "maniobra del modo de ser inauténtico de la existencia". Todo lo opuesto al modo de ser auténtico, que es un "modo privilegiado" de conocer, puesto que,

[401] Ibidem., p. 304.

cualesquiera que sean sus vías de acceso y las condiciones de su situación, siempre está en disposición de descubrir la “totalidad” de la existencia.[402]

De aquí se sigue que, quien vive auténticamente la temporalidad, mantiene la conciencia en la unidad esencial de la vida: ser cada uno su futuro y su pasado, afrontando el presente. Por eso, al considerar la historiografía tradicional el pasado y la muerte como cosas separadas de nosotros, rompe “la unidad temporal de la existencia histórica”, ésta queda hecha pedazos y se cae en la manera inauténtica de la temporalidad. La manera autentica de concebir la historicidad es la “concebida dentro de la unidad (pasado, presente, futuro) de la existencia humana”. La manera inauténtica de comprender la temporalidad, es también manera inauténtica de entender la historicidad.

Si la historiografía tradicional es caracterizada como “interpretación inauténtica de la historicidad”, es porque, en tanto carece de una profunda reflexión, tiende a transformar el leguaje en pura “habladuría”. La habladuría es empleada como un medio eficaz de imponer y afirmar el modo de ser impersonal y anónimo, que es “ante todo una existencia que vive en el se dice”; es sobre todo un “se dice”. Con la “habladuría” o el “se dice”, el lenguaje, lejos de ponernos en contacto con aquello de que se habla, éste se convierte en un fin en sí, es decir, que se habla sin reserva y sin comprender bien lo que se está diciendo, en suma, se habla por hablar. Las implicaciones del “se dice” en el conocimiento histórico, son enormes, y van desde el hecho de que “el lenguaje sobre el particular se haya poblado de términos e imágenes sacados de las ciencias naturales”, hasta el hecho de que a los documentos llamados “materiales históricos” o “testimonios”, no se les vea como “simples vehículos que nos pongan en contacto con la historia como existente”, sino que se toman como si fueran el pasado mismo: “los testimonios se convierten en el objeto de una investigación minuciosa y detectivesca que no es lectura reposada y comprensiva, sino mera ‘consulta’, en busca de ‘datos’, aprovechables al servicio de los intereses particularistas y pragmáticos de cada investigador. Aceptados los relatos y testimonios como si fuesen las cosa misma que relatan y atestiguan, se convierten en la finalidad del conocimiento. Se tratará de comprender esos relatos, no lo relatado; esos testimonios, no lo atestiguado”.[403] O´Gorman advierte, que es de este modo que en el terreno del conocimiento historiográfico se ha instaurado el “reino de las habladurías”; el terrorismo —según señala— de quien sabe más habladurías; así lo expresa:

......la tarea del historiógrafo se reduce a repetir todos los más decires posibles, traduciéndolos en su propio lenguaje dentro de una narración propia en que trata de comprenderlos y explicarlos, organizándolos de acuerdo con sus preferencias apriorísticas, y ofreciendo así una nueva representación o imagen de la historia, que es un ‘se dice’ más a lo que se había dicho. Cada nueva narración historiográfica significa una simple ampliación erudita de lo que se viene diciendo, y toda la inmensa producción científica de la historiografía no es sino una progresiva acumulativa del ‘se dice’ acerca del pasado. Se ha roto todo contacto con la historia como existente... todos se

[402] Ibidem., p. 307.
[403] Ibidem., p. 235

conforman con tales narraciones, y se pierde poco a poco toda curiosidad y aún la capacidad para comprender con verdad al pasado. [404]

De un modo u otro, se acaba por decir lo que "se" dice de lo que "se" dijo, porque: "lo que se 'dice' sobre la historia, es la historia; y el pasado es eso que 'se dice', porque así 'se dice'". [405]

Pero en sentido estricto, si ha de buscarse el motivo de tantas e inagotables "habladurías", éste ha de encontrarse en ese permanente eludir la reflexiva comprensión del pasado, que es "conocimiento o saber de sí mismo" y, que, por tanto, supone "el momento temeroso de reflexionar a solas consigo mismo y acerca de sí mismo". Para Martín Heidegger, es "una huida ante la responsabilidad de la existencia personal. Es la repulsa a asumirse a sí mismo". Que en última instancia, tiene como poderoso y oscuro fundamento: un rechazo de la muerte.

Resulta claro, entonces, que el pasado, como objeto de la "historiografía tradicional", es considerado como lo que "ya no es", en tanto separado y alejado de nosotros, y la manera de acercarse a él, es a través de "lo que queda". Y como "lo que queda" es un montón de papeles, documentos, testimonios, monumentos, etc.,... entonces, eso que queda, es considerado necesariamente como el "mundo histórico", al que tratará de conocer lo mejor y más completamente posible. Por tanto, ese "mundo" es histórico de suyo, y la historicidad que sólo es y puede ser constitutiva al hombre, queda relegada o transferida a ese "mundo". De éste modo, el hombre de la existencia inauténtica dirá que tiene historia (como tener una enfermedad), no porque él sea histórico, sino porque procede de ese mundo en su mismísima raíz; de aquí se deriva la afirmación de que "el hombre es producto de la historia". [406]

En suma, la mentira, la simulación, el olvido o la huida, propias de la interpretación inauténtica, aluden todo contacto con el existente mismo y se quedan únicamente con el "se dice" de las "fuentes" estableciendo así una apariencia. En oposición a lo anterior, O´Gorman afirma que la verdad debe penetrar la palabra e ir más allá del "se dice" y utilizar los documentos como lo que son: "intermediarios o vías de acceso que nos ponen en contacto con aquello de que hablan o atestiguan".[407]

Por todo lo anterior, para O´Gorman es necesario volver a plantear el sentido y objeto de la ciencia histórica, bajo la consideración de que éste nuevo planteamiento (el historicismo) no supone una "corrección al viejo sistema sino su destrucción", en esto radica lo "revolucionario" del conocimiento que ofrece en sus páginas esta obra. Dentro de este contexto, afirma que el fundamento de la historiografía "autentica" debe ser "un saber de nosotros mismos", esto es, "un conocimiento ontológico" o un "recordar ontológico", como el mismo O´Gorman definió a la historia. Por eso es que a ésta nueva ciencia histórica le asignó el nombre de historiología, no sin antes advertir, que no debe

[404] Ibidem., p. 236
[405] Ibidem., p. 236
[406] Ibidem., p. 230
[407] Ibidem., p. 259

confundirse historiografía con ontología, pues en el asunto de la historia, ambas son complementarias, es decir, se incluyen pero también se excluyen.

De modo que el fundamento de la historiografía debe ser el pasado concebido como "nuestro", pero en el sentido de que es nuestro en tanto *humano*, no *cosa*. Bajo éste nuevo enfoque fundado en que la verdadera ciencia histórica (la historiología) puede partir de la "no—verdad" histórica ("historiografía tradicional") O´Gorman especifica, que la primera, contrario a lo que se piensa, no crea a la historia como existente, pues la historia existe independientemente de cualquier consideración teórica al respecto, sino que crea "el ser de la historia". Pero para que haya lugar a lo segundo, primero debe entenderse lo primero, es decir, ¿qué es la historia como existente?. De la respuesta a esta pregunta parte todo lo demás, esto es, "la consideración genuina de la historia en el orden teórico". Antes que otra cosa, debe responderse que para esta concepción, la historicidad es entendida como "temporalidad". La historicidad es temporalidad. Dicha historicidad se comprende de dos modos: en el porvenir la historicidad es la capacidad de engendrar historia. En el pasado, la historicidad es historia hecha por las existencias que fueron. De aquí que la función de la verdadera ciencia histórica sea el mostrar el ejercicio autónomo de la historicidad de la existencia humana que ha sido. Dicho de otra manera, la historia debe mostrar las condiciones que determinaron el libre ejercicio de la capacidad de engendrar historia de las existencias que fueron. Porque, —explica O´Gorman—, conociendo esas condiciones, entonces se podrá tener acceso al conocimiento de las posibilidades reales efectivamente elegidas por dichas existencias, es decir, que se podrá dar razón de "los ordinariamente conocidos 'hechos históricos'".

Para esta nueva concepción, sencillamente no hay "hechos" en el sentido en el que se les entiende, sólo hay "posibilidades reales elegidas, entre muchas, para actuar". Es decir, situaciones de las existencias que fueron: condiciones y posibilidades de su existir efectivo. Este es el *a priori* (la formalidad bajo la cual se va a considerar lo existente) de la ciencia histórica. Sin embargo, para llegar a una formulación científica de los hechos, O´Gorman refiere a las teorías de la herencia y la repetición del maestro alemán Martín Heidegger. Señala que la herencia consiste en una aceptación plena del pasado, pues cuando hay tal, entonces, la existencia es con autenticidad. A esto llama Heidegger reconocernos herederos del pasado. Pero en todo caso, el peso de la herencia es doble: consiste, primero, en que la existencia acepta en todo momento el estar en el mundo "tal como ella ha sido antes" y, por otra parte, supone re— conocer el pasado en cuanto que las posibilidades del existir se encuentran condicionadas y señaladas por posibilidades anteriormente elegidas. De este modo, la historicidad autentica es heredera de sí misma. Sólo la existencia que tiene plena conciencia de la herencia del pasado, puede ser con autenticidad, pues sabe cuál es su "situación", es decir, reconoce el "donde uno está". Y es precisamente en el espacio de esa libertad, la contenida dentro de los limites de la "situación", la que habrá de permitirle el ejercicio libre de su historicidad. Por tanto, es del pasado de donde mana lo auténticamente hacedero, en tanto que "podemos

ser todo menos lo que ya fuimos". De aquí se concluye, que sólo conociendo la situación o las condiciones que determinan la historicidad (capacidad de engendrar historia) de las existencias que fueron, se puede entender las posibilidades reales efectivamente elegidas por ellas, (los llamados "hechos históricos")[408]

Ahora bien, la teoría de la repetición, deriva de la consideración del hecho de que algunas posibilidades ofrecidas a la existencia, serán repeticiones de posibilidades anteriores, por tanto, dicha existencia, para afrontarlas, deberá aceptarlas como parte de su "situación" y como consecuencia de su re—conocimiento de la herencia del pasado. Pero cabe advertir aquí, que la repetición histórica, no debe ser entendida en el pleno sentido de la palabra, es decir, que no se trata de una copia o plagio de algo hecho anteriormente. La repetición no coarta, de facto, el ejercicio libre de la historicidad de la existencia humana, sino que, por el contrario, en la repetición ejercita su libertad de elección de los ejemplos que propone e impone el pasado, dado que "las únicas autoridades que acepta un hombre libre son los ejemplos y los héroes que imita." Así es como en su despliegue, la existencia humana va dando lugar al "desbroce" de su historicidad fundada en el conocimiento de "sí misma".

Pues bien, aludiendo a las teorías de la herencia y la repetición, Heidegger contesta el dilema de la ciencia histórica, sobre si tal ciencia debe ocuparse de hechos únicos o pugnar por establecer leyes generales. Su respuesta es que no hay ni "hechos" ni "leyes universales". Pues quien aspira a una representación histórica dando cuenta de una serie de actos o hechos únicos, "desconoce la herencia del pasado"; más por otra parte, quien pretende ofrecer una visión de la historia como un puro "retorno", desconoce la libertad. El fin del conocimiento histórico debe ser relevarle a la existencia su verdadera historicidad, mostrando dentro del complejo de posibilidades reales elegidas por las existencias que fueron: lo único y lo que se repite (libertad y herencia.) Así, afirma, se "habrá descubierto a un mismo tiempo lo 'universal' en lo único".[409]

Así pues, la labor toda del historiador debe ser examinada desde los supuestos básicos en los que ésta descansa. Pero sobre todo, partiendo de la consideración de que no hay tales "hechos históricos", ya que los "hechos" no son en sí históricos, lo único o primariamente histórico sólo es o puede serlo el hombre. Por tanto, lo único de que puede hablarse con propiedad, son de "posibilidades reales elegidas por las existencias que fueron", lo que ha sido y sigue siendo a su manera, o lo que es lo mismo, y para emplear una frase del filosofo español Ortega y Gasset: "ser en la forma de haber sido". Siguiendo con la resignificación de los documentos usualmente llamados "materiales" y "fuentes", para la historiología no hay tales, sólo hay intermediarios. No se trata de "consultar" tal "fuente" o de aprovechar tal "material", sino de utilizar "vías de acceso a la realidad que está más allá de las palabras". Ninguna de las llamadas "fuentes" pueden ser ni más ni menos verdaderas que otras, por la sencilla razón de que la verdad no es algo contenido en ellas:

[408] Íbidem., p. 211
[409] Ibidem, p. 218

...carece de sentido para quien, en lugar de estar atento al ‘se dice’, mira a la historia. Se puede contestar que el verdadero historiador emplea las (fuentes) que le vengan en gana; que no importan si son una o cien, ni menos aún si son inéditas o no, pues que sólo son hilos conductores o medios provisorios que desaparecen como sombras al establecerse el contacto con la realidad que mientan y señalan... la posibilidad de descubrir la realidad radica en nuestra existencia, no en las cosas.

Más adelante señala:

Índice de la inautenticidad son las lamentaciones por el documento perdido. Se ve, pues, que el origen de todas estas cuestiones relativas a las ‘fuentes’ está en que la historiografía rompe el contacto con la realidad y establece, en cambio, una apariencia.[410]

En relación al “tema”, señala, que en la elección de éste, el historiador no hace sino expresar su personal circunstancia, pero que no lo hace de forma aislada, sino dentro del contexto de significaciones que conforman su mundo, significaciones que, o bien puede aceptar, o bien rechazar en virtud de su formación intelectual.

La finalidad, pues, del historiador, debe ser ponerse en contacto con “su” realidad histórica y reconocerse en ella al revelar su estructura. Mostrar la estructura constitutiva del pasado, haciendo inteligible para sí mismo, en su integridad, el ser de la historia tal como él la descubre desde la particular circunstancia en la que se encuentra. El “tema”, entonces, manifiesta la “situación” de una existencia concreta, tal como ella descubre la realidad de su pasado. Acusa, en su más genuina forma, el “donde uno está”. Es decir, el “tema” no es una cosa que el historiador encuentra ya hecha. Este, se le impone por vía de las representaciones que del pasado ha construido la tradición y que forman parte de las “condiciones de su existencia”. Su libertad, entonces, comienza por el reconocimiento de que tales condiciones, no conforman un “marco rígido, inmutable y predeterminado”. De este modo, la “situación” está constituida por el pasado propio, el mundo en que se es y por la libertad de la existencia para rescribir ese “su” pasado. De acuerdo con este enfoque, entonces, puede pensarse en la posibilidad real de dar cumplimiento a la definición de la verdadera ciencia histórica: la historiología; la cual, según O´Gorman “consiste en mostrar y explicitar la estructura del ser con que dotamos al pasado al descubrirlo como nuestro”. Dicho de otra forma: “mostración de la estructura de la realidad histórica según la descubrimos desde nuestra existencia”. Ello, teniendo en cuenta que se trata de la mostración de una realidad y no de la demostración de tal o cual idea o imagen.

Considerando todo lo anterior, el tema autentico es considerado por O´Gorman como “un índice de la manera en que es dable a un hombre asumir en un presente dado su propia existencia en cuanto ella es constitutivamente histórica”.[411] Por todo lo antes señalado, al historiador se confiere la misión de descubrir y relevar la estructura de

[410] Ibidem., p. 265.
[411] Ibidem., p. 276

la realidad que examina. Y en tanto es conocimiento de realidades y no de imágenes e ideas, de una forma u otra "ha de ponernos en trance extremoso de nuestra máxima posibilidad, sea la muerte".

Finalmente, en los últimos apartados de ésta fascinante obra, O´Gorman no pudo serle infiel a su inquieto espíritu de polemista. De su parte, algunas consideraciones finales acerca de la doctrina heideggeriana lo llevaron a combatir decididamente los supuestos más importantes de la misma. A Heidegger le reconoce los alcances mayúsculos de su filosofía. El penetrante análisis de la existencia humana llevado a su forma mas extrema por éste gran filósofo alemán, fue para el mismísimo O´Gorman pieza clave y de "ineludible consideración para todo aquel que quisiera, a lo sumo, dar un paso en el enorme y secular problema de la historia". Sin embargo, a Heidegger señala su actitud "autoritaria y despótica" pues refiere que al igual que Hegel intentó imponerle a la historia un dogmatismo filosófico como apriorismo fundamental al considerar al "hecho histórico" como "una posibilidad que la existencia se ha decidido escoger y actuar". O´Gorman considera que a la historia no tiene por qué imponérsele un "a priori" desde afuera, aunque éste venga "de la más alta filosofía".

El verdadero apriorismo histórico debe surgir desde las bases de una genuina e independiente ciencia histórica y elaborado a partir de la destrucción total del apriorismo básico de la historiografía tradicional. Esto es, que la solución debe venir de la "crisis de los fundamentos" a la que fue sometida tal historiografía. El resultado, entonces, debe ser un *a priori*, que sea la consecuencia directa de objetivar la realidad que se examina; significa que dicho *a priori* debe ponerse en presencia de un ser objetivo (el pasado) del cual se predique, como no puede ser de otro modo, que humano o relativo a nuestra vida. Por tanto, el verdadero y gran negocio del conocimiento histórico debe tener por finalidad revelar la estructura de la historia, considerando al pasado como "nuestro", o lo que es lo mismo, como "ser objetivo relativo al hombre". Al mostrar tal estructura, mostramos también la estructura humana y, por implicación, también revelamos nuestra constitutiva historicidad. De modo que tal mostración nos es dable en tanto que somos nosotros los que fundamos la verdad.

Planteada así la cuestión, a la filosofía únicamente le resta deducir las consecuencias ontológicas y metafísicas de tal manera de proceder de la historia, pero sin imponerle *a prioris* dogmáticos ni formas de conducirse. De hecho, a la ontología debe corresponder no el papel de establecer un *a priori* de la historia, sino mas bien, un *a posteriori* del conocimiento histórico. Así, la distinción hecha por O´Gorman entre historiología y ontología, radica en que a la primera le compete "revelar la historicidad hecha" (analítica de las existencias que fueron y que son a su modo), en tanto que a la segunda le corresponde "mostrar la historicidad en cuanto tal" (analítica del conocimiento histórico de la existencia). Por otra parte, este tenaz y aguerrido historicista, se pregunta si el análisis de Heidegger con todo y su conclusión ("ser para el fin") puede combatirse de algún modo, o en todo caso, debe aceptarse en tanto no hay otra posibilidad más extremosa de concebir el ser de la existencia.

Dicho de otra forma, cuestiona el hecho de si acaso no hay otra posibilidad de concebir el ser de la existencia que no sea el “ser para el fin”. Vale, pues, recordar, que para O´Gorman el historicismo “es siempre salida de una aporía”. Bajo este esquema montó un sutilísimo aparato de combate con miras a encontrar una salida diferente y de “rica promesa” a lo alcanzado por la analítica de la existencia heideggeriana. Anticipando resultados, baste decir, que a las “posibilidades reales” de la existencia heideggeriana opuso “posibilidades irreales”, al “ser para el fin” le encontró un opuesto igualmente extremoso “ser para el comienzo”, ante la categoría de lo “real” o “racional” invocó el derecho legítimo de lo “absurdo”; en suma y para acabar pronto, al imanentismo racional de Heidegger opuso el trascendentalismo, es decir, un sentimiento de trascendencia que “es literalmente un absurdo”.

No nos extenderemos más sobre estas hondas cuestiones, salvo para precisar, como se ha hecho, la índole y origen de su disertación a la doctrina de Heidegger, y que tiene como poderoso fundamento la sólida formación historicista de O´Gorman. Tal disertación, tiene como finalidad mostrar que en el fondo no hay nada definitivo que indique que nada más seamos para eso, es decir, para el fin, pues a su parecer, también podemos “ser para el comienzo” dependiendo de la “situación” en la que se encuentre la existencia. En consecuencia, y de acuerdo con su pensamiento, la salida a esta aporía no puede menos que abrir “nuevas posibilidades al porvenir”. En donde “ser para el comienzo”, —que no puede ser considerada por la analítica de Heidegger como una “posibilidad real” sino como un “absurdo”— sí puede ser una “posibilidad real”, es decir, una esperanza. Porque, enfático O´Gorman cuestiona: “¿cuál podrá ser la ‘herencia’, cual el mensaje que transmitirá nuestra existencia como ‘ser para el fin’ a la ‘situación’ por venir? ¿No será, acaso, su contrario?”, quizás, como en otro momento indicó: “el tembloroso aviso de la posibilidad contraria”.

4.2 Experiencia y expectativa

A pesar de los puntos en contra que O´Gorman encontró a la filosofía heideggeriana, el mensaje de esta última —junto con su “ontología fundamental” como competente medular— terminó por afianzarse en tanto punto de obligada referencia del cual partir hacia un nuevo y prometedor camino en el estudio del hombre. Esto es, abrió la brecha a un tipo de conocimiento en el que el hombre no fuera concebido como un mero resultado de “causalidades” varias que determinan su cuerpo o su psique, y sentó las bases para una revaloración o una resignificación del concepto de hombre, en la que se puso al descubierto que a éste no es posible concebirlo como una parte del mundo —o sea como una *cosa*—, ni como un simple “objeto” de la biología, de la sicología y la sociología, de acuerdo con la pretensión de la concepción científica naturalista.

De acuerdo con este nuevo enfoque, a lo único a que condujo el esquema tradicional fue a des—personalizar a las personas y establecer una falsa imagen de personalización de las cosas. Pero además, en esta ingeniosa maniobra lo

“personal” y “subjetivo” fueron satanizados a tal extremo que quedó impedido el acto genuino de ver al “otro” en cuanto persona. Estos conceptos quedaron prohibidos por la investigación científica, por considerar que la mezcla de sentimientos y actitudes del investigador para con el estudio que hace del “otro” deforman su percepción de él. A lo “personal” y “subjetivo” se opuso lo “imparcial” y “objetivo” para hacer creer que lo que se estaba haciendo era realmente científico. Por tanto, la mostracion de ese “ocultar” a la humana existencia su “historicidad” —y, con ello, el establecimiento de una “apariencia”—, dejó en claro que el estudio del hombre no puede agotarse completamente en el universo de las ciencias, porque, todo lo que el hombre sabe sobre su mundo, incluso lo que ha llegado a aprender de la ciencia, lo conoce, antes que nada, por su propia visión o experiencia del mundo (Husserl), sin la cual, hasta los mismos símbolos de las ciencias carecerían de sentido.

Así pues, apoyado en las lecciones de su maestro Husserl, Heidegger no se quedó únicamente con la “apariencia” o imagen del ser, sino que intentó ir más allá y desentrañar el *sentido del ser*. Para llevar a cabo semejante pretensión, optó por resolver la cuestión con el propio ser humano. Es decir, Heidegger no contempló al ser humano como un pájaro, como un Dios o como un espíritu absoluto, sino del modo en cómo se vio él mismo en su propia perspectiva. De manera que lo que hoy sabemos gracias a Heidegger, es que el ser del ser humano se diferencia del de la mesa o del árbol, porque el ser humano además de existir está en situación de preguntarse por su ser, por su existencia, al tiempo en que está en relación con otros seres humanos y objetos del mundo.

De esta manera el ser humano individual se encuentra en la “situación” de su “existencia”, “arrojado” al mundo y confrontado desde un principio con el hecho de su fin, de la muerte. Pero la perspectiva de la muerte y el “estado fundamental del miedo” en directa relación con ella, no son factores tomados con la intención de construir una imagen pesimista de la vida, sino por el contrario, siendo la muerte lo único que con toda seguridad afecta a todos los seres humanos, entonces trae consigo la posibilidad de llevar la vida a su plenitud. Por el que el ser humano que encuentra su miedo o huye de él, encuentra también su libertad o huye de ella: “el miedo lleva la existencia frente a su libertad”, explica Heidegger. Y como el miedo a la muerte, a la “nada” contiene algo por demás amenazante, el ser humano generalmente no suele estar consigo mismo; no es él mismo sino el “se” anónimo: “el ‘se’ puede permitirse que ‘se’ refieran constantemente a ello. Puede responsabilizarse con toda facilidad de todo, pues no es nadie que tenga que responder de nada”.[412]

Así, la posibilidad de conducir la propia vida por la vía de la confrontación con el miedo desde la "impropiedad” del “se” a la “propiedad” de una existencia que re—conoce su finitud, platea una gran cantidad de situaciones para encontrarse bien y para la propia realización. Pero a todo esto, en tanto la muerte es un acontecimiento situado en el futuro de mi vida, entonces, la noción de temporalidad queda determinada desde el futuro. El origen del presente no está en el pasado sino en el futuro. Significa que el comportamiento presente del ser humano está determinado

[412] Heidegger, op. cit. p.

por los propósitos, metas e intenciones que están situados en el futuro. Y si entendemos que el futuro es algo que todavía no es, mientras estamos en el presente, estamos incompletos; sólo el futuro nos va completando. Pero bien planteada la cuestión, somos nosotros los que elegimos la manera en que el futuro nos vaya completando. Y en éste elegirse, la existencia encuentra su libertad. La unidad temporal de la historia tiene que ver con una dependencia mutua entre pasado, presente y futuro. Cuando el ser humano quiere cambiar su situación presente, basa su proyecto en la anticipación del futuro y con ello se ve orillado a superar ese presente. Por otra parte, la superación del presente también supone la superación del pasado, pues no puede verificarse ninguna superación sino es desde un pasado, y es precisamente desde un pasado desde el que se toma la elección original de lo futuro. Así, el futuro es el que le da sentido y significado al pasado y es quien decide si el pasado está vivo o muerto. Por tanto, la comprensión de presente y pasado supone en cada caso su superación: el proyecto del futuro. Por todo lo antes dicho, no es casual que O´Gorman coincida con el filósofo alemán Martín Heidegger en que la historia no es sino la "proyección" en el pasado del futuro que el hombre se ha elegido. Es de esta forma cómo el futuro se proyecta "hacia atrás", y en la "proyección", se abre camino y condiciona al pasado en vista de lo que debe llegar a ocurrir. Por eso es que el compromiso de asumirnos a nosotros mismos es una tarea que marcha siempre hacia adelante. La responsabilidad de crearnos a nosotros mismo nunca "es" sino que siempre "está por ser".

Dicho de otro modo, la historia es un proyecto del futuro fincado desde un pasado y que el hombre se esfuerza porque vaya tomando concreción en el presente. Esta es la noción de temporalidad que desarrolló esta innovadora concepción teórica de la historia en los cuarenta. Es la forma como se concatenó "teóricamente" la disciplina histórica en nuestro país en aras de su profesionalización. Y permítaseme remarcar lo de "teóricamente", pues sólo en este orden el historicismo logró imponerse y acallar las voces "tradicionalistas". Pero a pesar de esto, y aunque resulte difícil de creerse, la concepción cientificista de la historia "sobrevivió" —para usar una expresión de Conrado Hernández López— aclimatándose a las exigencias de la enseñanza de la historia en México, tomando cuerpo en una gran cantidad de planes de estudio, colándose entre las posteriormente "nuevas corrientes historiográficas" y ocupando un lugar preponderante en la constitución de la llamada "hegemonía metodologica" que tiene como trasfondo la multidisciplinariedad y el dominio de las Ciencias Sociales. Conrado Hernández, explica:

> En las últimas décadas del historicismo solo quedó el mérito de conformar (con la conciencia de la 'historicidad' del hombre) un paso en un proceso perfectible del conocimiento, ahora cargado de un rigor empírico cada vez más especifico y hasta computarizado. Al parecer, la mayoría de los historiadores coinciden en que se trata de un asunto terminado, superado felizmente por las nuevas tendencias que aceptan la pluralidad e interdisciplinariedad de las ciencias sociales y el conocimiento histórico.[413]

[413] Conrado, op. cit., p.

De acuerdo con ésta percepción, Guillermo Zermeño advierte un serio deterioro en las relaciones entre el historiador y la critica en México.[414] A su parecer, no se trata tanto de una "crisis" de la historia, pues esta noción, señala, se comenta ya veladamente "por los entresijos y corredores en los que se desarrolla el trabajo de los historiadores".[415] Para Zermeño se trata mas bien de la "crisis" de una cierta noción de "critica" en la historia. Considera que la falta de "critica" en la historiografía mexicana, es y ha sido una consecuencia de la forma en como se profesionalizó la práctica historiográfica en nuestro país.

Refiere que la "crítica" —iniciada por historiadores como O´Gorman— fue frenada paulatinamente hasta quedar literalmente "cercada" por una empecinada "fetichizacion del archivo", con la que se pretendió construir una imagen libre de prejuicios y sin distorsiones sobre el pasado nacional mexicano. Muy a pesar del significativo esfuerzo de quien en esta década apostó por una "consideración genuina de la historia en el orden teórico", terminó por imponerse la idea —bajo diversos enfoques— de diseñar una imagen fiel al proceso de formación histórica de México, a partir de la busca de documentos y con la suma de investigaciones sobre la totalidad del pasado. De aquí se desprende la señalada tendencia a remarcar los "logros" del conocimiento historiográfico actual, como resultado de un supuesto momento originario o institucional o de liderazgo, a lo que suele advertirse que "falta mucho por realizar".

Zermeño explica que la ausencia de "critica" también obedece a que, si bien se advierten "retrocesos, inconsistencias (y) fallas en la investigación histórica" éstas no son buscadas en el funcionamiento interno de la disciplina, sino que se atribuyen a factores externos como la falta de rumbo y dirección en el crecimiento y ampliación de las instituciones, el desarrollo de otras ciencias que guardan un interés común con la historia, el avance de la historiografía en otros países y el consecuente "desfase" entre la forma de hacer historia en otras partes del mundo y lo que se hace aquí en México.

Sin embargo, factores más o factores menos situados al exterior de la disciplina no hacen sino dar continuidad a la tan temerosamente señalada "crisis". Para Zermeño el meollo del asunto, el "problema teórico fuerte" —según lo

---

[414] Guillermo Zermeño realizó un estudio que tuvo como mira observar la forma en cómo toda una generación de historiadores mexicanos desde 1980 para acá hace el balance acerca de la etapa de profesionalización de la historia en México, a la vez, este estudio intenta desentrañar la percepción que dicha generación tiene del "estado actual" de la disciplina, a partir, de la publicación de toda una serie de "libros reveladores" que por diversos motivos (celebración del Quinto Centenario, los 75 años de la Revolución, homenajes a historiadores, etc.) han abordado la cuestión. Su conclusión es la siguiente: "No estoy seguro de que la mayoría de los trabajos mencionados concreten su interés en hablar de una 'crisis' de la disciplina, sino pensaría más bien que intentan mostrar sus avances dentro de un proceso de perfeccionamiento progresivo y ampliación de miras temáticas y de enfoques. Por ello, (en estos trabajos) no deja de reiterarse la labor, encomiable sin duda, de quienes sentaron las bases (institucionales y de liderazgo) para el trabajo de las siguientes generaciones. Sin embargo también se advierten indicaciones sobre una cierta crisis de sentido, de liderazgo y de orientación. Para mí el punto estaría en saber hasta dónde la historiografía tal y como se practica actualmente ha conseguido auto—comprenderse". Guillermo Zermeño. *"Crítica" y "Crisis" de la historiografía contemporánea en México. Retos y posibilidades*. Op.cit.,p. 4

[415] Ibidem., p. 4

percibe— no está en buscar factores externos, sino en precisar a qué obedece él hasta el momento inseparable distanciamiento entre "teoría" y "practica" en el ámbito de la ciencia histórico— social. Es decir, el punto está en saber por qué el factor teórico, crítico y explicativo aplicado al objeto de estudio no ha conducido a los resultados esperados. En suma, el problema es "saber por qué el modelo ideal de futuro (la expectativa) no acaba de coincidir con el realmente existente (la experiencia)". Zermeño considera que de esto se trata la "crisis". Parece entonces que nos hemos habituado a hablar tanto de "crisis" que hemos acabado por olvidar el significado real de ese concepto. La crisis, básicamente, refiere a un momento en que las expectativas que fundamos sobre algo no coinciden con nuestra experiencia. Es un "desajuste entre lo que es y lo que debería ser (entre teoría y practica)". O para usar la terminología del historiador alemán Reinhart Koselleck sobre la semántica de la temporalidad moderna, —de quien Zermeño no desconoce su valiosa aportación y referencia—, se trata entonces, de la ensanchada distancia que separa a lo "real" de lo "legal", o sea que hablamos de una separación entre el "espacio de experiencia" (presente—pasado) y el "horizonte de expectativas" (presente—futuro). Este no coincidir la "expectativa" con la "experiencia", la "teoría" con la "practica", el "modelo ideal de acción" con los "hechos", es a lo que el historiador Koselleck define como "la forma de experiencia típicamente moderna".[416]

Partiendo de estos "desfases", explica el sociólogo Niklas Luhman —también citado ampliamente por Zermeño—, entonces es posible encontrar a la vez una vía que haga comprensible la emergencia de todo tipo de movimientos sociales, políticos y culturales. Porque, con las categorías "experiencia" y "expectativa" puede ser posible determinar el "tiempo histórico" no sólo en el campo de la investigación empírica, sino también en la "ejecución del movimiento social o político".

Quiere esto decir, que con las variables "experiencia" y "expectativa" no sólo es posible el fundamentar la posibilidad de una historia, ya que "no hay historia posible que no esté constituida mediante las experiencias y esperanzas de personas que actúan o sufren'", sino que además, gracias a su comprensión y a la adecuada identificación de las mismas puede ser posible determinar el "tiempo histórico" —por entrecruzar pasado y futuro— tanto en el campo de la investigación empírica como en el movimiento social o político.[417]

---

[416] De acuerdo con las reflexiones que Zermeño hace en torno a la obra del historiador Koselleck: *Futuro Pasado*, explica que la particularidad de la "forma de experiencia típicamente moderna" debe entenderse a partir del "distanciamiento progresivo entre el pasado y el futuro, entre una normatividad extraída del recuerdo y otra clase de normatividad que se fija no en función de lo ya acontencido, sino de lo que falta o puede suceder; en función más de los resultados situados en el futuro de la accion". Ibidem., p.6 De aquí que la especificidad del tiempo moderno venga dada por la tendencia a experimentar lo actual, lo propio, como 'un tiempo siempre nuevo' en donde la mayor carga se deposita no en el pasado sino en el futuro. Esto, aplicado al caso de la investigación histórica en México no hace sino recordarme aquel "falta mucho por realizar" que el historiador mexicano Enrique Florescano expresó en uno de sus textos con relación al estado de la disciplina en nuestro tiempo.

[417] Ibidem., p. 8

De modo que entre la “experiencia” y la “expectativa” es posible aterrizar en dos frentes, tanto en el de la investigación empírica como en el terreno político y social. La intención, entonces, es darnos cuenta que la noción de “crisis” comúnmente aceptada hasta nuestros días y que aspira a presentar a la sociedad como un ente que experimenta el presente como un constante y permanente cambio, no hace sino conducirnos a más “crisis”, por tanto, este concepto no tiene otra función que el de ser meramente auto— descriptivo de nuestra sociedad. Pero esto no nos puede sacar de la “crisis”. Lo importante es tratar de entender la relación que se establece entre el funcionamiento de la sociedad y sus consecuencias, es decir, lo importante es investigar por qué la formulación teórico—práctica únicamente se queda en el nivel “teórico” en tanto que el acontecer toma cauces diversos.

A este problema responde el sociólogo alemán Niklas Luhman señalando que lo que está en crisis es nuestra idea convencional de “critica”. Niklas Luhman —de acuerdo con la interpretación de Zermeño— sostiene que el tipo de “crítica” al que nos hemos habituado no tiene como fin entender o comprender a los otros, sino más bien a mal mirarlos por no compartir el punto de vista propio. El problema es que por “critica” entendemos a un conocimiento poseedor de un “saber superior”, moralmente implacable que sólo se reduce a describir las contradicciones de la sociedad o la historia, para luego preguntarse por qué los otros no comparten la misma opinión. Esta noción de “critica” únicamente nos ha llevado al mejoramiento de los procesos técnicos, a la multiplicación de sectas y al ninguneo mutuo. Pero fuera de esto, no existe la capacidad de observar la forma en cómo uno está siendo observado por el “otro”, no existe la intención de tomar en cuenta el punto de vista del “otro” pero sin reducirlo al propio. He aquí la médula del problema. Solamente nos conformamos con hacer “descripciones externas” y con explicarnos el origen de nuestra disconformidad con los demás partiendo del supuesto de que no hemos leído los mismos autores, no hemos consultado los mismos archivos o no compartimos el mismo marco teórico de referencia. Por tanto, la propuesta es tener la capacidad de desarrollar “observaciones de observaciones”. Es decir, hacer el noble esfuerzo “por observar aquel a quien se describe”.[418]

Ahora bien, las categorías “experiencia” y “expectativa”, —resultado de las reflexiones de los autores alemanes mencionados y retomados por Zermeño—, no responden a una casualidad ni mucho menos son considerados de modo arbitrario alguno. Estas, aparecieron en el marco de las reflexiones que los dos pensadores alemanes realizaron en Europa y, en particular, sobre la situación política e intelectual en Alemania. Aunque estos planteamientos —nos explica Zermeño— han surgido del análisis de otro contexto, o sea, el europeo, ello no representa mayor impedimento para trasladarlos al caso de México y, en especial, al de su historiografía, por tres razones fundamentales.

La primera de ellas tiene que ver con el hecho de que las categorías “critica” y “crisis” no únicamente se circunscriben al ámbito europeo, sino que forman parte de una descripción de un fenómeno global dada la

[418] Ibidem., p. 9

“condensación de tiempos y lugares que se rigen por reglas y convenciones similares” y que constituye una característica inevitable del tiempo presente. La segunda responde a que en ambos casos la aparición del conocimiento histórico y su consecuente “articulación institucional” fue un proceso que tuvo lugar en la época moderna y de modo semejante. Y la tercera, quizás la más importante, apunta hacia la esfera de opinión pública bajo la influencia de las formas de estado y la cultura política en general. Es decir, en ambos casos, la relación Estado—opinión pública dio lugar a la incorporación de dos categorías históricas que determinan decisivamente el aparejamiento de las experiencias: la de revolución y la de “nación”.

El historiador Koselleck —explica Zermeño— toma como punto de referencia la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas. Contexto del cual parte para situar el proceso en el que tomó forma la articulación de la ciencia histórica en Europa. Zermeño considera que para el caso mexicano, de igual modo se puede decir que “la Revolución Mexicana se convierte en el referente explicativo del surgimiento de las principales instituciones que se van a dedicar a la investigación histórica”.[419]

Dado lo semejante de las experiencias en ambos casos (Europa y México) en relación a la “articulación institucional” de la disciplina histórica y a la participación de los intelectuales en el “nuevo régimen revolucionario”, la cuestión de importancia para los especialistas mencionados líneas arriba, es identificar los momentos de “abandono” de la critica y la reflexión, a fin de reactivarla.

Pero concentrémonos específicamente en el caso mexicano. La hipótesis parte del supuesto de que la Revolución hecha gobierno estableció las condiciones para la participación de los intelectuales en la vida pública nacional. Aquí quedaron sentadas las bases que dieron lugar al nacimiento de la “critica” histórica. El nuevo régimen revolucionario y sus intelectuales hicieron de la critica liberal su antecedente. La tomaron en sus manos y la fabricaron a modo de presentarla como culminación de un proceso general e histórico. Para ello, dicho régimen dispuso de la colaboración de muchos científicos sociales e historiadores a quienes fue dada la tarea de fabricar “un retrato global de sí mismo”, que quedara fundamentado y legitimado no sólo política o militarmente sino además “científicamente”. Esta aspiración se entrecruzó con la reapertura de la “critica” —contra la vieja historia anticuaria o de coleccionistas y contra la historia política al estilo del siglo XIX— encabezada por figuras como don Daniel Cosío Villegas que defendía la asociación del hecho al documento para evitar caer en invenciones o falsas imágenes del país. Así pues, la crítica quedó sujeta a un proyecto de “nación”; Zermeño repara:

> Se establece así un tipo de ‘critica’ enmarcado dentro de un proyecto de nación. La noción de ‘crisis’ en el caso de la historiografía parte de la observación de que el ideal de veridiccion en la historia no acaba por cumplirse. Este ideal es parte de un proyecto ‘naturalista’ historiográfico que no toma en cuenta que la información que recoge para cubrir el lienzo del pasado es dato y ala vez producto. La Nación es una idea que preexiste al hecho mismo de

[419] Ibidem., p. 11

recoger la información; con ello no consigue dar cuenta de sus presupuestos inscritos en el proceso de investigación mismo.[420]

Como ya fue sobradamente mostrado, quien se encargó de iniciar si no es que liderar esta forma de "critica" en contra del naturalismo historiográfico, fue Edmundo O´Gorman. Ya fue explicado también el contenido de dicha "critica" con la exposición de su obra *Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica*. Insoslayable el valor y riqueza de este documento en tanto ejemplo vivo de lo que debe ser el ejercicio de la "critica" en materia historiográfica y que, a decir de Zermeño:

"Visto en retrospectiva y a la luz de las discusiones teórico—historiográficas recientes, lo dejan ver como 'el más moderno' entre los historiadores modernos mexicanos".[421]

El capítulo de esa "disputa" por la historia, se cierra con el establecimiento de una postura que enfatizó el carácter "realista" de la misma, frente a las dificultades de un tipo de historia anticuaria que pretendía hacer del historiador un juez del pasado y un "maestro" para la vida, y en contra de una posición que apostaba por el recurso de la "ficción" y la reflexión.

4.3 Las prácticas y los discursos.

De acuerdo con todo lo anteriormente expuesto, es importante detenernos aquí para señalar el valor de la reflexión en el campo de la historia; pero sobre todo, de una reflexión realizada *desde dentro* de la disciplina. Por que si —como señala Mendiola— se ha de admitir "que la teoría de la historia es una forma de auto—descripción de la ciencia histórica necesaria para su reproducción"[422], entonces, podemos concluir que toda práctica de la historia que no reflexiona sobre sí misma tiende a caer en una suerte de dogmatismo.
Sin embargo, el punto nodal de la cuestión sigue siendo si dicha reflexión puede realizarse desde las entrañas de la propia disciplina histórica o si debe considerarse como una elaboración que compete a otro campo, al de la filosofía, por ejemplo. La pregunta entonces es: ¿si la historia como disciplina puede, desde sí misma, describirse?. Reparar en el hecho de que la reflexividad de la historia tiene que hacerse desde la historia misma y no desde un camino distinto a ella, es asumir el desafío que Michel de Certeau lanza a los historiadores:

[420] Ibidem., p. 13
[421] Ibidem., p. 14
[422] Alfonso Mendiola. Expediente: Teoría e historia. Historia y teoría; en: *Historia y grafía*. UIA. Número 15. Año 2000. Pp. 338. p. 8.

(...) El historiador sería un cobarde, cedería a una coartada ideológica, si para establecer el estatuto de su trabajo recurriera a un *afuera* filosófico, a una verdad formada y recibida por otros caminos distintos a los que, en historia, todo sistema de pensamiento es referido a unos "lugares" sociales, económicos, culturales, etcétera. Semejante dicotomía entre lo que él hace y lo que diría de lo que hace, serviría, por otra parte, a la ideología reinante protegiéndolo de la práctica efectiva (...) [423]

Siguiendo con las reflexiones de Mendiola, la preocupación obedece a que durante mucho tiempo diversas discusiones que se pueden considerar como teóricas, en realidad, han nacido y permanecido *al lado* del desarrollo de la práctica escriturística de la historia en la modernidad. Esto se explica como resultado de esa larga búsqueda por asignarle a la historia un estatuto en el mundo de los saberes modernos. De modo que dichas discusiones han estado *al lado* y, al mismo tiempo, *dentro* de la figura del saber moderno de la historia.

Esto significa que la historia como disciplina, tanto en sus inicios románticos como positivos del siglo XIX, ha estado obligada a describirse reflexivamente, y a este discurso reflexivo es a lo que hemos dado en llamar teoría de la historia. Al parecer, algunos de los temas de esas auto—descripciones de la ciencia histórica han permanecido constantes, desde su emergencia en el siglo XIX hasta la actualidad.

Desde una perspectiva ingenua, entonces, podríamos considerar que en el campo de la teoría de la historia no se avanza mucho, por que se siguen discutiendo las mismas grandes cuestiones que se han discutido desde tiempo atrás. Sin embargo, es importante reparar, que no cambian las cuestiones que se discuten (la objetividad de la historia, la función social de la historia, la distinción entre literatura e historia, los tipos de representación del pasado que necesita la modernidad para orientar su dinámica, etc......) sino que, lo que en realidad cambia, es la recepción y el re—planteamiento que se hacen de estas cuestiones en virtud de los cambios en las estructuras de la sociedad. Al relacionar estas cuestiones con los cambios en las estructuras de la sociedad, estos temas adquieren nuevos contornos, de manera que aunque los términos sigan siendo los mismos, los problemas no lo son. Aparecen como repeticiones siempre distintas a través del tiempo. De esta forma, podemos observar que no se discute de la misma manera la objetividad de la historia a finales del siglo XIX que en el presente.

Ranke funda la nueva historiografía científico—académica; a decir de Zermeño, aprovecho la invitación para dotar a la historia de un "método" y darle un lugar propio en la universidad. En síntesis, este historiador "inaugura la arquitectura de la memoria histórica moderna basada en la idea de proyecto siempre inacabado".[424]

La importancia de la concepción representada por Ranke, es que rompe con la venerable idea de imitar el pasado, de tal modo que toda historiografía se vuelve "expresión", "creación". Su condición moderna y original radica en que no se trata de copiar un modelo externo o de llevar a cabo una formulación predeterminada. Nace de las

---

[423] Citado por Alfonso Mendiola. Ibidem., p. 8

[424] Guillermo Zermeño Padilla. "Sobre la Huellas de Ranke", en: Historia y grafía. UIA. Número 15. Año 2000. Pp. 338. P. 44.

entrañas de una reflexión que da pie al problema del cuerpo del texto, sobre si es posible o no un relato no teológico sobre el pasado.

Una de las preguntas centrales y de las bases del programa de Ranke, es acerca del lugar donde se encuentran las fuentes y el origen de toda perfectibilidad futura del conocimiento sobre el pasado. En este sentido, su operación quedó formulada en los siguientes términos: Si el modelo del futuro ya no se localiza en el pasado (ya que de éste sólo quedan sus ruinas), entonces habrá que indagarlo en los misterios de la naturaleza recubiertos por la acción del hombre. Este regreso a las fuentes, antes de su interpretación o malversación no esta ligado a un plan determinado, —como sugería la teodicea hegeliana—, sino que se intenta ver, como si fuera la primera vez, el pasado desde sí mismo.

De acuerdo con Zermeño, el fondo deísta de esta concepción radica en concebir que la voz de Dios se ha convertido en la voz de la naturaleza y éste impulso original ha degenerado en manos del hombre. Por esta razón su planteamiento supone sumergirse en la conciencia de la humanidad para indagar sin prejuicios e imparcialidad sobre ese pasado “natural” de la humanidad. No importa que tan detestable o agradable resulte lo acaecido. Lo que se busca es *ver las cosas tal como fueron*. [425]

En esta concepción se apoya y a la vez explica, la impresionante expansión que tuvo en el futuro la investigación y la escritura documental histórica. Llegados a este punto, podemos empezar avizorar el camino de las prácticas. Es decir, Ranke nos deja un conjunto de herencias y prácticas, que constituyen un nuevo lenguaje sobre el pasado y las reglas de su producción. Asimismo, hizo posible la profesionalización de la historia, que se identifico rápidamente con el método historiográfico rankeiano. Para poder entender el funcionamiento de la disciplina histórica en la modernidad, es necesario partir de una actitud reflexiva que tenga por finalidad —a decir de Jörn Rüsen— “la sistematización del horizonte de expectativas de lo posible en la constitución del conocimiento histórico”.[426]

Desde el mirador de esta actitud, es importante volver a destacar la importancia de problematizar el trabajo del historiador desde las condiciones de su propia disciplina y, particularmente, desde el ámbito de la teoría de la historia. Entonces es menester, como señala Jörn Rüsen hacer entrar en tensión los conceptos fundamentales sobre los que se levanta el conocimiento histórico, o en todo caso, hacer entrar en procesos críticos el desarrollo científico, pues la única manera en que “puede haber cambios capaces de producir progreso es a través de una autorreflexión crítica de la ciencia en cuestión”[427].

Por todo ello, intentare introducir algunos aspectos que me han parecido centrales sobre las prácticas y los discursos, tomando como eje de la explicación la obra de Michel de Certeau sobre *La escritura de la historia*. La

[425] Ibidem.,p.47
[426] Rüsen Jörn. “Origen y tarea de la teoría de la historia”, en: Pappe Silvia. *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana.* UAM y UIA. 2000. México, D.F., p.42
[427] Ibidem., p. 38.

finalidad es hacer énfasis en que toda historia es historiografía, y que la historiografía estudia socio—epistemológicamente el quehacer del historiador; o dicho de otro modo, es una auto—comprensión histórica del quehacer del historiador. Partiendo de esta consideración, entonces, la historiografía es una auto—observación de lo que lleva a cabo el historiador cuando escribe libros de historia, pero dicha auto—observación, debe hacerse en términos histórico—sociales. En otras palabras, el interés reside fundamentalmente, en el estudio de las prácticas sociales que realiza el historiador como miembro de una institución historiográfica.

Al tenor de las reflexiones de Michel de Certeau, la historia es concebida como una práctica (una disciplina), su resultado (el discurso), y su relación bajo la forma de una "producción". Su análisis apunta básicamente a la relación que puede establecerse entre lugares determinados y los discursos que allí mismo se producen.

Pero vayamos por partes. Para de Certeau "hacer historia" es una "práctica". Pero si es una "práctica", entonces el punto es: ¿quién determina las prácticas en esta disciplina?. De acuerdo con de Certeau, toda investigación histórica se enlaza con un "lugar" de producción socioeconómica, política y cultural. Implica un medio de elaboración circunscrito por determinaciones propias. Se halla, pues, "sometida a presiones, ligada a privilegios, enraizado en una particularidad". Es precisamente en función de este "lugar", "unidad" o "cuerpo social", en donde se establecen los métodos, una topografía de intereses se precisa y los expedientes de las cuestiones que vamos a preguntar a los documentos se organizan.[428]

Durante la primera mitad del siglo XX, una primera crítica al "cientificismo" reveló en la historia "objetiva" su relación con un "lugar", el lugar del sujeto. Esta crítica le quitó a la historia el privilegio del que presumía cuando pretendía reconstruir la "verdad" de lo que había pasado. Esta crítica que representó todo un esfuerzo teórico nos remitió a la "subjetividad" del autor. Hoy la lección que nos ha dejado dicha crítica es que los "hechos históricos" se hallan constituidos por la introducción de un sentido en la "objetividad".

De acuerdo con de Certeau, este lugar dejado en blanco u oculto por el análisis que exagera la relación de un sujeto individual con su objeto, es nada menos que una "institución del saber". Este "lugar" es "el que permite y el que prohibe". La investigación se ve circunscrita por el lugar que define una conexión de lo posible con lo imposible. Si se omite esta relación, entonces caemos en la simple y llana consideración de un "decir". Con esto re—introducimos la *Leyenda* en la historia, es decir, que tendemos a poner un no—lugar o un lugar imaginario, en vez del enlace del discurso con un lugar social. Contrario a esto, la historia debe definirse completamente por "una relación del lenguaje con el cuerpo" (social), y por consiguiente por su relación con los "límites" que impone dicho cuerpo. [429]

---

[428] M. de Certeau. *La escritura de la historia*. Fondo de Cultura Económica. México, 1997. Pp.69
[429] Ibidem.,p. 74

De esta forma, tener presente el lugar donde se produce la historia permite al saber historiográfico escapar a la inconsciencia de una clase —con una “base institucional”— que se desconocería a sí misma como clase en las relaciones de producción y, que, por tanto, desconocería a la sociedad donde está insertada. Enfático de Certeau señala: “El enlace de la historia con un lugar es la condición de posibilidad de un análisis de la sociedad”.[430]

De acuerdo con lo anteriormente expuesto, entonces se puede desprender, que si actualmente se fija el interés en las prácticas, es por que estas representan una “realidad social”. La función social del saber radica en que éste toma el relevo de las creencias y permite definir a cada grupo distinguiéndolo de los demás. Aquí radica lo novedoso del análisis. Es decir, lo novedoso no son las relaciones sociales, sino el hecho de que un saber o una doctrina sea el medio de proponerlas, de mantenerlas o de cambiarlas. La determinación de lo que se conoce y sus prácticas, proporcionan a la comunidad su modo de identidad y de distinción, circunscriben a la vez, contenidos intelectuales y límites socio—institucionales.

De este modo, podemos afirmar junto con de Certeau que el “hecho histórico” es el resultado de una *praxis*, signo de un acto y por consiguiente afirmación de un sentido. Dicho de otro modo, es el resultado de procedimientos que han permitido articular un modo de comprensión con un discurso de “hechos”.

De aquí que el historiador experimente una *praxis* que es inextricablemente la suya y la del *otro* (otra época o la sociedad que hoy lo determina). La ciencia histórica no puede disociar completamente su práctica de lo que capta como objeto, y tiene como tarea indefinida precisar los modos sucesivos de esta articulación. En este sentido, de Certeau sentencia que toda “doctrina” en historia que rechaza o niega su relación con la sociedad, queda en el campo de lo abstracto. Esto es, niega lo mismo que la está produciendo. Entonces, estos rasgos remiten la “condición de una ciencia”, es decir, a una situación social que consiste en lo que “no dijo”. De Certeau sostiene:

> (…..) Es pues imposible analizar el discurso histórico independientemente de la institución en función de la cual se ha organizado su silencio, o pensar en una renovación de la disciplina, que quedaría asegurada por la sola modificación de sus conceptos, sin que intervenga una transformación de sus conceptos, sin que intervenga una transformación de las situaciones adquiridas. [431]

Sin embargo, a pesar de sus silencios, es el texto mismo el que confiesa su relación con la institución. Está el “nosotros” del autor que nos remite a una convención. Desde esta perspectiva, el texto es la escenificación de un contrato social “entre nosotros”. En el “nosotros” se encuentra el sujeto plural que “sostiene” al discurso. Pero para esto, es preciso estar “acreditado” para tener acceso a la enunciación historiográfica. Es “la condición de los

[430] Iibidem.,p. 76
[431] Ibidem.,p. 78

individuos que tienen el derecho reglamentario o tradicional, jurídicamente definido o espontáneamente aceptado, de expresar cierto tipo de discurso".

Ahora bien, respecto al discurso, salen al encuentro en primera instancia las relaciones que mantiene con su *otro*, lo real. Al respecto de Certeau se hace la siguiente pregunta: ¿ Acaso el lenguaje no tiene como condición, no sólo implicar sino poner como otro distinto de él mismo, a la realidad de que habla?. Los discursos no son parte de un englobante que llamaríamos la historia. Son históricos por que están ligados a operaciones y definidos por funcionamientos. De esta forma, no se puede comprender lo que "dicen" independientemente de la "práctica" de donde proceden.

Hay en cada historia un proceso de "significación" que tiende siempre a completar el sentido de la historia. Da la impresión de contar hechos, pero en realidad esta enunciando sentidos. A esto, es a lo que se ha dado en llamar "efecto de lo real". Es decir, al artificio del discurso historiográfico que consiste en ocultar bajo la ficción de un "realismo", una manera, necesariamente interna al lenguaje, de plantear un discurso. "El discurso no sigue a lo real, únicamente lo significa al no dejar de repetir *así pasó*".[432]

Las palabras al estar cada vez más limitadas por una adhesión a lo real, se han vuelto cada vez más aptas para formular sentidos. Así, pues, el relato de "lo que pasó" desaparece de la historia científica. La referencia ahora se ha desplazado. Ya no se nos ofrecen objetos narrados o "reconstituidos". Ahora esta implicada la creación de "modelos" proporcionados a prácticas y la confrontación de lo que les resiste, los limita y hacen alusión a otros modelos, finalmente, "en la elucidación de lo que ha vuelto posible a esta actividad al inscribirla en una economía particular de la producción social".

Para de Certeau la historia es un discurso en tercera persona. El discurso del pasado tiene como condición ser el discurso del muerto. Es decir, el "objeto" que circula por allí no es sino el del ausente, mientras que el "sentido" lo da un lenguaje entre el narrador y sus lectores, esto es, entre presentes. Al respecto el autor señala:

> La cosa comunicada opera la comunicación de un grupo consigo mismo por medio de esa remisión *a un tercero ausente* que es su pasado. El muerto es la figura objetiva de un intercambio entre vivos.

De esta manera, se llega a una paradoja fascinante. El discurso se apoya sobre la muerte, es la forma en que el lenguaje en historia se enfrenta con su origen, la postula, pero a la vez la contradice por la misma práctica histórica. Por que —señala— que hablar de los muertos es al mismo tiempo negar la muerte y desafiarla. Evoca la función permitida a una disciplina que trata a la muerte como un objeto de su saber, y al obrar así, da lugar a la producción de un intercambio entre vivos. Al respecto señala:

[432] Ibidem.,p. 58

(…) Así es la historia. Un juego de la vida y de la muerte se desarrolla en el tranquilo fluir de un relato, resurrección y negación del origen, revelación de un pasado muerto y resultado de una práctica presente.

Consideraciones finales.

La principal conclusión que se desprende de todo lo hasta el momento señalado, es que, en realidad, no hubo "debate". Las reflexiones del historiador Guillermo Zermeño —expuestas en el capítulo cuarto de éste trabajo—, me permitieron contar con una percepción mas profunda y compleja del tema. Su acertada consulta hizo posible una nueva perspectiva del mismo, es decir, me permitió "mirar" de otra manera la problemática teorética de los años cuarenta con todas sus implicaciones. En base a ésto, algunas consideraciones finales son las siguientes.

Lo que sabemos acerca del proceso de formación de la disciplina histórica en México, lo sabemos, gracias a lo que nos "dicen" quienes se encuentran envestidos de una autoridad dentro de la misma en este país. Y tal vez, por eso mismo, es decir, por formar parte del circuito cerrado de la academia, parece que en lo que nos "dicen" rinden una suerte de reverencia tanto a las instituciones como a sus fundadores.

Sí, está bien reconocer —y no dejar de hacerlo— la sorprendente labor de los pioneros o "caudillos culturales" cuyo enorme esfuerzo nadie pone en duda; pero ¿por qué nadie nos habla —o no se atreven a hablar— acerca de cómo se articuló "teóricamente" la disciplina?, ¿Será que, como "dicen", todo anda más o menos bien en ese renglón y que lo único que nos falta por hacer, es aplicarnos más al mejoramiento de las técnicas de investigación, la metodología y el uso adecuado de los archivos, para estar a la altura con la forma de hacer historia en otras partes del mundo?

Reconozco que todo eso se escucha muy bien, pero, ¿y lo teórico?; esto es, ¿por qué el aspecto teórico no ha logrado ponerse al parejo con el práctico?, o ¿por qué se verifica en el plano de la práctica que el sustento teórico no arroja los resultados esperados?; ¿acaso esto sigue formando parte del silencio, o sea, del no hablar —o de evitar hablar— acerca de la articulación teórica de la disciplina?, si es así, entonces ¿a qué se debe ese evitar, ese no querer hablar o tal vez "ocultar"?

Las cosas mejor conocidas son las peor sabidas decía O´Gorman. Hoy en día, muchos de los profesionales de esta disciplina, se muestran ufanos al hablar de los supuestos "logros" a que ha conducido ese tan celebrado momento originario o institucional, en el que la disciplina histórica se transformó en una respetable profesión.[433] Pero si algún osado habla de "crisis", entonces, no faltará quien, inexplicablemente y con dificultad, diga que ésta no se encuentra en el funcionamiento interno de la disciplina, pues ése, es el lugar menos indicado para buscar.

---

[433] De acuerdo con Zermeño, aquí se hace referencia a algunos libros que desde 1980 han sido publicados por historiadores profesionales y que tienen como propósito exponer el "estado actual" de la disciplina. En este renglón aparecen entre muchos E. Florescano con: *El Nuevo Pasado Mexicano*, México, Cal y Arena, 1991, y Luis González con: *El Oficio de Historiar*, México, El Colegio de Michoacán, 1980.

Sin embargo, para todo aquel que se sienta llamado por su necesidad a hurgar en el origen no "institucional" sino "teórico" de la disciplina, habrá de descubrir que lo primero se ha sobrepuesto a lo segundo. En tanto persista la tendencia a dar por entendido y superado el momento "teórico" que acompañó al "originario" e "institucional" de la disciplina histórica en México, entonces no habremos de salir de los mismos problemas y de las mismas fatales conclusiones. De aquí que los esfuerzos se orienten a potenciar el recurso de la "crítica" como una forma de "salvación intelectual", que impida caer en un dogmatismo, y que además, nos enseñe a actuar correctamente y a transformar el mundo en que se actúa.

Todo parece indicar que a partir de intereses meramente institucionales, de grupo o particularistas, se ha dejado de lado la ingente obra y la rica aportación intelectual de uno de los más grandes pensadores de la historia en México. En estos términos sobra decir que a quien se alude es al mismísimo Edmundo O´Gorman. Pero para quien únicamente mira a la *institución* colgándole atributos más allá de los que con justicia merece; para quienes disfrazan la situación real del conocimiento histórico en el país vistiendo de "logros" insuficiencias y buscando "crisis" no dentro sino fuera de la disciplina; entonces sí hace falta decirlo fuerte e insistir, como para no olvidar que hay problemas que hay que reabrir, reconsiderar o "volver a mirar".

La propuesta está dirigida a que cuando hablemos de supuestos "logros" en el conocimiento histórico y retumbe en nuestra conciencia la concepción o´gormiana de la historia, no busquemos —en pro de nuestra vanidad— hacernos de la vista gorda diciendo que ése, es asunto superado, y que dicha visión de la historia ciertamente ayudó, pero ya no corresponde con nuestras grandes pretensiones de hoy en día.

Creo que más que una mirada complaciente a lo que quedó atrás, es menester una mirada reflexiva a los supuestos y planteamientos que dieron sustento a la articulación de nuestra disciplina. La consigna es que se siga poniendo el dedo sobre la llaga. De lo contrario, seguiremos haciendo historias de cualquier cosa, trátese de un archivo, de un panteón, de la calle en que vivo, del nombre que me pusieron o "de los precios de las verduras en los mercados de la Nueva España durante el siglo XVIII".

Siento que quienes hemos estado interesados en reconstruir este capitulo de nuestra historiografía, es porque advertimos que la lección no acaba por ser del todo comprendida. Este documento no tiene otro propósito que el de mostrar una situación que no puede seguir siendo esquiva para quien se diga interesado en el asunto de la historia, sobre todo, en nuestro país. Pero más importante aún, es que, quienes estemos iniciando nuestros primeros pasos por la senda historiográfica, es preciso hacerlo viendo de frente los problemas fundamentales que han quedado inadvertidos o que, por comodidad, sólo son vistos de soslayo. Aquí me parece que no estaría de más citar las palabras del maestro O´Gorman, palabras que, —valga decir—, he empezado a considerar cual si fuesen mandamiento:

Dada la índole de la crisis que por todos rumbos invade a nuestra cultura, acertar o no acertar es secundario. Lo que importa es expresarse con valor; darle la cara a los verdaderos problemas, que siempre son los propios, los íntimos.[434]

Para nadie es un secreto que, hasta ahora, la educación en México tiene altos matices de un cientificismo obsoleto, y pese a sus probadas deficiencias e inconsistencias, ha sobrevivido. La enseñanza de la historia, en consecuencia, se mantiene en los mismos vicios y no puede ir más allá de la búsqueda de documentos "inéditos", de la acumulación de fichas, de la idea del historiador como simple portador de la información que consulta y de la añeja esperanza en el perfeccionamiento de un método cada vez más infalible, que ofrezca la posibilidad de contar con una verdad para todas las cosas y para todos los tiempos. Parece que sigue siendo vital transformar nuestra forma de mirar a la historia. Cambiar nuestra forma de mirar al pasado no como algo ajeno o separado de nosotros o como algo que ya no "afecta" al presente, sino como parte de un mismo fenómeno: la vida; "vida consciente que al intentar hacer inteligible para sí sus formas de representarse el pasado o su actividad en el pasado, se bate en frenética lucha por auto—comprenderse"[435].

Al parecer, desde que la historia es profesión en México la problemática teorética no ha variado mucho. Digamos que los problemas teóricos de peso han quedado sueltos y que ahora, ante tamaña deficiencia, se impone la tarea de repensarlos. Partamos entonces de que no hay ninguna ley histórica que determine la marcha de las cosas. Y que el futuro es responsabilidad directa de las acciones y decisiones de los seres humanos. No somos juguetes del destino: somos nosotros quienes marcamos el rumbo de nuestro destino.

Pero el problema teórico de la historia en nuestro país no es exclusivo ni tampoco aislado, se empalma con una "percepción global" de la problemática teórica en esta disciplina que ha dado lugar a las reflexiones de los grandes historiadores hasta nuestros días. Significa que la batalla de O´Gorman en este campo no resulta en modo alguno anacrónica sino que, por el contrario, adquiere vigencia y actualidad. Por eso no es casual que haya quien considere a O´Gorman como "el más moderno entre los modernos historiadores mexicanos"; en correspondencia con esta afirmación puedo decir que su labor, sus preocupaciones, y las cuestiones sobre las que reflexionó, me hacen suponer que se trató de la actividad de un intelecto adelantado a su tiempo.

Uno no puede menos que recordar el pensamiento de O'Gorman, cuando en la escena de la discusión historiográfica contemporánea aparecen pensadores como Hayden White, insistiendo en la importancia de lo literario en la ciencia histórica, pero no sin advertir, que la escritura de la historia es ante todo histórica.[436] O los señalamientos de Michel de Certeau en el sentido de que el historiador sigue un patrón de comportamiento

[434] O´Gorman, Edmundo: *Crisis y porvenir...* op. cit. , p. 9

[435] Ibidem; p. 210

[436] White, Hayden, "El texto histórico como artefacto literario en: *Historia y Grafía*, UIA, número 2, 1994, p. 32

semejante al del consumidor, que "recibe pasivamente los objetos distribuidos por los productores", en tanto que éste, el historiador, "supone que un pasado 'dado', se revela en su texto".[437] Tampoco hay disconformidad con lo anterior si consideramos las formulaciones de Paul Ricoeur respecto a la narrativa ficcional y la narrativa histórica —que dicho en sus términos, refiere a la ficcionalización de la historia y a una historización de la ficción—, en las que encuentra características comunes que en todo caso las convierten en aliadas en la reconstrucción de los acontecimientos; sólo que mientras el novelista inventa acontecimientos, el historiador los descubre, pero los dos tienen como referente último: "la estructura del tiempo humano" que es el que permite la articulación de una trama con un inicio, parte media y final".[438]

Entonces si realmente vemos lo que vemos, habremos de constatar que no es mucha la distancia que separa este nivel de reflexión de los reclamos de O´Gorman para con la ciencia histórica: "Advertimos, pues, que atenerse a la información utilizada, por exhaustiva que quiera suponerse, deja en la sombra zonas del acontecer que sólo puede iluminar la imaginación, esa cuasi divina facultad inventiva cuya contribución es elemento sustantivo de lo que puede y debe estimarse como la racionalidad peculiar a la historiografía". En este sentido, O´Gorman se opuso a aquellos que acusan una "lamentable falta de imaginación" que en su apego férreo al "testimonio" únicamente muestran "la radical desconfianza que les merecen sus personales ocurrencias". A lo que sostuvo que esta "actitud de falta de osadía y de desconfianza tan generalmente aplaudida y premiada, tiene, sin embargo, un altísimo precio, porque abdicar a la imaginación es en última instancia rehuir la interpretación personal..."[439] Será acaso, entonces, que los esfuerzos tienden paulatinamente a dirigirse hacia un tipo de historia, tal como la que O´Gorman vislumbró:

> Quiero una imprevisible historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas; una historia susceptible de sorpresas y accidentes, de venturas y desventuras; una historia tejida de sucesos que así como acontecieron pudieron no acontecer; una historia sin la mortaja del escencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad; una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia—arte, cercana a su prima hermana la narrativa literaria; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo como nuestros amores; una historia espejo de mudanzas, en la manera de ser del hombre, reflejo, pues, de la impronta de su libre albedrío para que en el foco de la comprensión del pasado no se opere la degradante metamorfosis del hombre en mero juguete de un destino inexorable.[440]

---

[437] De Certeau, Michel, *La Escritura de la Historia,* trad. De Jorge López Moctezuma, 2ª. Ed., UIA- Departamento de Historia, México, 1993, p. 85

[438] Paul Ricoeur, *Tiempo y Narración, El Tiempo Narrado,* pp. 900- 917

[439] O´Gorman, *Fantasmas en la Narrativa Historiográfica*. UIA, Departamento de Historia, México, 1992, pp. 24-25

[440] Ibidem., p. 27- 28

Actualmente todo parece apuntar hacia un desplazamiento radical de la concepción tradicional, decimonónica y cientificista de la historia, por un tipo de historiografía que observa desde el mirador de una conciencia nueva. Una manera diferente de mirar, fraguada al calor del siglo XX y, en la que, lo que se mira, no es una historiografía como "cosa" (a lo siglo XIX). Es un tipo de historiografía que se niega a seguir aceptando la idea de que el pasado ya no "afecta" al presente, porque es "lo que pasó" o lo que quedó atrás, sino por el contrario, somos nosotros, desde el presente, quienes con nuestras preguntas y cuestionamientos "afectamos" nuestro pasado. Un tipo de historiografía que ya no ve en los documentos: "hechos", sino "comunicaciones". Es decir, las antes llamadas "fuentes" ahora son "textos de cultura". Por tanto, la preocupación ya no centra específicamente en "lo que dice" el texto sino en el "cómo lo dice", pues este nuevo tipo de historiografía quiere comprender el texto como producto y no como dato.

Los esfuerzos ahora se cifran no en explicar el pasado sino en explicar observaciones sobre el pasado, o explicar el pasado "sólo en la medida en que lo hemos considerado a la luz de algún tipo de descripción o especificación verbal".[441] Este enfoque en la escritura de la historia sólo puede ser comprensible desde una postura *reflexiva*, ya que exige que el investigador se pregunte por que dice lo que dice del pasado "y deje de creer que el pasado se expresa sin su intervención".[442]

[441] Alfonso Mendiola. "El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado", en : *Historia y grafía*. UIA, núm. 15, 2000. p. 183

[442] Ibidem.,p. 183

BIBLIOGRAFIA.

<u>*Libros:*</u>

AGUSTÍN, José. *Tragicomedia Mexicana. La vida en México de 1940 a 1970.* Ed. Planeta. México, 1994.

ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, ed. rev., Londres, Verso, 1991.

BABA Homi K., *La localización de la cultura*, Routledge, Londres- Nueva York, 1994.

BORDIEU, Pierre. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción.* Ed. Anagrama. Barcelona. 2001.

CARR, Barry. *La izquierda mexicana a través del siglo XX.* Ed. Era. México, D.F. 1996.

COLLINGWOOD, R. G. *Idea de la historia.* Fondo de Cultura Económica. México, 1982.

CONTRERAS José Ariel, *México 1940: Industrialización y Crisis Política. S. XXI* México 1980.

CROCE, Benedetto. *La historia como hazaña de la libertad.* Fondo de Cultura Económica. México, 1971.

DE CERTEAU, Michel, *La escritura de la historia*. 2ª. México, U. Iberoamericana, 1993.

DILTHEY, Wilhelm. *Introducción a las ciencias del espíritu.* Fondo de Cultura Económica. 2ª. Edición. México. 1949.

FLORESCANO, Enrique y Ricardo Pérez Monford. "El profesor O'Gorman y la metáfora del martillo", en: *Historiadores de México en el siglo XX*. Fondo de Cultura Económica. México. 1995.

GAOS, José. *Historia de nuestra idea del mundo.* Ed. UNAM . México D.F.F 1994

GASSET, ORTEGA. *El tema de nuestro tiempo*. *La rebelión de las masas.* Ed. Porrúa. México, 1985.

--------------- *Historia como sistema, e*d. El Arquero. Madrid, España, 1970.

--------------- Prólogo para los alemanes*;* en: Fernando Montes de Oca. *La filosofía en sus fuentes*, ed. Porrúa, México, 1976, pp. 156.

GONZÁLEZ, Stephan Beatriz, "Modernización y disciplinamiento. La formación del ciudadano: del espacio público y privado", en: Javier Lasarte, Graciela Montaldo, Beatriz González (comp.), *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, 1ª. ed., Venezuela, Monte Avila Editores, 1995, pp. 455.

GONZÁLEZ, Juliana, *El malestar en la moral. Freud y la crisis de la ética,* México, ed. Joaquín Mortiz, 1986.
GONZÁLEZ, Luis. *Los días del presidente Cárdenas.* El Colegio de México. México, 1981.
-------------- "Historiadores en el exilio", en: *Nicolas Sánchez Albornoz.* Instituto de Cooperación Iberoamericana, México, 1976.
--------------- "La cultura humanística en la Historia de México", en: *Historia de México,* Enciclopedia Salvat, pp. 2742-2754
HANSEN Roger D. *La política del desarrollo mexicano*. Siglo XXI, México, 1981.
HEATH, John. "El abasto alimentario en la economía de guerra", en: *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40*, Grijalvo, México, 1990.
HEIDEGGER, Martín. *El ser y el Tiempo,* Fondo de Cultura Económica, México, 1997.
HERNANDEZ, López Conrado. *La idea de la historia en Edmundo O'Gorman y sus implicaciones éticas y políticas. Trabajo de tesis para obtener el grado de Maestro en historia de México,* UNAM, 1996.
HOBSBAWN, Erick. *Historia del siglo XX.* Barcelona, ed. Crítica, 1997.
HUMBOLDT, Guillermo de. "Sobre la tarea del historiógrafo"; en: Ortega y Medina Juan. *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana,* UNAM, México, 1980
IGLESIA, Ramón, *El Hombre Colón y otros ensayos*, México, El Colegio de México, 1944.
KON, I. S. *El idealismo filosófico y la crisis en el pensamiento histórico*. Ediciones de Cultura Popular. México. 1974
KUHN T.S. *La estructura de las revoluciones científicas.*
KRAUZE, Enrique. *Caras de la historia,* ed. Era, México, 1983
LIDA, Clara E. *La casa de España en México*, El Colegio de México, México,1998.
LOMBARDO, Toledano Vicente. *Obras Completas.* Vol. XXVII. Gobierno del Estado de Puebla, Puebla, 1985.
MARTÍNEZ, Assad Carlos, *El laboratorio de la revolución. El tabasco Garridista,* México, Siglo XXI,1991, pp. 297.
MATUTE, Alvaro. *La teoría de la historia en México (1940-1973,* ed. Sep-Diana, México, 1981.
MARIAS, Julian. *Historia de la filosofía.* Alianza Universidad. Madrid. España. 1985.
MEDINA, Luis. *Historia de la Revolución Mexicana. 1940-1952.* El Colegio de México. México, 1982.

MEYER, Eugenia. “Del ser mexicano y de la historiografía de la Revolución”, en: *Conciencia y Autenticidad Históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman,* México, UNAM, 1968.

MEYER, Lorenzo. “La encrucijada”, en: *Historia General de México,* Tomo II, México, 1970.

MONSIVAIS, Carlos. “Sociedad y Cultura”, en: *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40,* Grijalvo, México, 1990.

NIETZSCHE, Federico. “La voluntad de poder”, en: *La filosofía en sus fuentes.* Fernando Montes de Oca. Comp., ed. Porrúa, México, 1976

NOIRIEL, Gérard. *Sobre la crisis de la historia*, Frenesi Cátedra Universitat d Valencia, Madrid, España, 1997.

OLIVERA, Alicia. “Edmundo O´Gorman. El asombro gozoso de la historia”, en *Historia e Historias. 50 años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas,* UNAM, México, 1998.

O’GORMAN, Edmundo, *La idea del descubrimiento de América, Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos,* 2ª. ed., México UNAM, 1976.

--------------- *La invención de América,* Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

--------------- *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir,* Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

--------------- “El triunfo de la república en el horizonte de la historia”, en: *A cien años del triunfo de la república.* Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México, 1967.

--------------- *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, 1947.

ORTEGA y Medina, Juan A. *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana,* UNAM, México, 1980

--------------- *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia.* UNAM. México D.F. 1992.

--------------- “La verdad y las verdades en la historia”, en: *El historiador frente a la historia, e*d. El Colegio de México, México, 1990.

--------------- (ed.), *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968.

PARCERO, María de la Luz. “El liberalismo triunfante y el surgimiento de la historia nacional”, en: *Veinticinco años de investigación histórica en México,* México, El Colegio de México, 1967, pp. 443.

PATRICK, Romanell. *La formación de la mentalidad mexicana. Panorama actual de la filosofía en México.1910-1950.* México.

RAMOS, Carmen, “Edmundo O’Gorman como polemista”, en: Juan Antonio Ortega y Medina, *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968.

RAMOS, Samuel. *Historia de la filosofía en México*. Ed. Imprenta universitaria, México, 1943.

RANKE, Leopoldo. “Prefacio a la primera edición de las historias de los pueblos latinos y germánicos”, en: Ortega y Medina Juan A *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana,* ed. UNAM, México, 1980.

RÜSEN, Jörn, “Origen y tarea de la teoría de la historia”, en: Pappe Silvia. *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana,* UAM y UIA, México, 2000.

----------------------- “Lo particular y lo general en el estudio de la historia (Manuscrito de 1860)”, en: Ortega y Medina, Juan A, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana,* UNAM, México, 1980.

SABORIT, Antonio. “El profesor O´Gorman y la metáfora del Martillo”, en. *Historiadores de México en el siglo XX,* Fondo de Cultura Económica, México, 1995.

SHOPENHAUER, Arturo. “El mundo como voluntad y representación”, en: *La filosofía en sus fuentes.* Fernando Montes de Oca. Comp., ed. Porrúa, México, 1976.

TIMOTHY, Ana, Jan Bazant, Friedrich Katz, John Womack, Alan Knight, y otros, *Historia de México*, Crítica, Barcelona, España, 2001.

TIRADO, Ricardo. “La alianza con los empresarios”, en: *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40.* Grijalvo, México, 1990.

TZVIN, Medin. *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana.* Fondo de Cultura Económica. México, D.F. 1994.

VAUGHAN, Mary Kay *La política cultural en la revolución. Maestros campesinos y escuelas en México, 1930—1940,* Sep./FCE., México, 2000

VAZQUEZ, Josefina de Knauth, *Nacionalismo y educación en México, e*d. El Colegio de México, México, 1975.

ZAVALA, Silvio. “Conversación autobiográfica con Jean Meyer”, en: Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, *Historiadores de México en el siglo XX*. Fondo de Cultura Económica, México, 1995.

ZEA, Leopoldo. *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia.* Fondo de Cultura Económica. México, 1985.

ZERMEÑO, Padilla Guillermo, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, Ed. El Colegio de México. México, 2002.

--------------------- "Crítica y crisis en la historiografía contemporánea de México; Retos y posibilidades", en: *Actas del II Congreso europeo de latinoamericanistas, Martín Luther-Universitat Halle-Wittember, 1998.* El Colegio de México.

<u>*Revistas:*</u>

DEL ROIO, Marcos, "Gramsci contra Occidente"; en: *Bajo el volcán. Revista del posgrado de sociología.* Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Año,2; núm. 3; 2º. Semestre de septiembre, 2001.

ESTRADA, Genaro, "Tomás Moro y la Nueva España", en *Letras de México*, vol. 1, no. 4, 1937.

FIGUEROA, Juan G. Perea, "Ética, derechos y universidad", en: *Topodrilo*, núm. 45, México, marzo—abril, 1997, pp. 5-12.

GAOS, JOSÉ. "Notas sobre la historiografía", en: *Historia Mexicana* . Vol. IX. Núm. 4. abril-junio de 1960.

-------------- "En busca de la ciencia del hombre", (una polémica), en *Cuadernos Americanos,* vol. II, marzo- abril, 1942,

-------------- "La Jornada de Dilthey en América", en: *Cuadernos Americanos.* Año IV. Núm. 2, 1945 Sep-Dic.

--------------- "Cinco años de filosofía en México", en filosofía y Letras, tomo X, núm. 20, octubre – diciembre, 1945. pp.145 –165.

GONZÁLEZ, LUIS. "Sobre la invención en historia", en: *Diálogos, Artes, Letras y Ciencias Humanas.* El Colegio de México. Núm. 52. 1973.

--------------- "La pasión del nido", en: *Historia Mexicana,* XXV;4,1976, p. 537, nota11.

HERZOG, Silva Jesús, "Lo humano, problema esencial", en *Cuadernos Americanos,* vol. II, núm. 1, enero – febrero, 1942.

"Incorporación del Académico Correspondiente Sr. Silvio Zavala" (10 de junio de 1944), en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* vol. 18, Academia Nacional de la Historia, 1945.

IGLESIA, Ramón, "Un estudio histórico de Edmundo O´Gorman", *Letras de México,* vol. II, núm. 15, 15 de Marzo, 1940.

IMAZ, Eugenio, "Conquista de la Libertad", en *Cuadernos Americanos,* vol. II, núm. 1 enero – febrero, 1942.

------------------- "Guillermo Dilthey", en: *Cuadernos Americanos,* vol. II, marzo –abril, 1944.

KNIGTH, Alan, "Popular Culture and the Revolutionary State in México, 1910-19402", en *Hispanic Américan Historical Review* 74, núm. 3: 393-444.

LIDA, Clara E. "Los historiadores españoles exiliados en México", en: *Universidad de México.* México. 1995. Núm. 532.

MENDIOLA, Alfonso/Guillermo Zermeño. "De la historia a la historiografía" en: *Historia y Grafía*, UIA, núm. 4, 1995.

MENDIOLA, Alfonso. Expediente: Teoría e historia. Historia y teoría; en: *Historia y grafía*. UIA. Número 15. Año 2000.

O'GORMAN, Edmundo. "Cinco años de historia en México", en: *Filosofía y Letras*. Núm. 20. Octubre de 1945.

----------------- "La obra de Luis González Obregón", *Letras de México,* vol. 1, núm 31, 1 de septiembre, 1938.

----------------- "Consideraciones sobre la verdad en Historia", en: *Filosofía y Letras,* tomo X, núm. 20, octubre – diciembre de 1945.

Revista de Historia de América. Núm. 19. Junio—Diciembre de 1945.

PÉREZ, Marchand Monelisa Lina, "Reseñas bibliográficas" (Historia), en: *Cuadernos Americanos,* vol.II, marzo –abril, 1944.

VILLAR, de la Torre Ernesto, "El doctor O´Gorman. Su separación del Archivo", en *Boletín del Archivo General de la Nación,* México, Secretaria de Gobernación, 19 Serie, Tomo XXIII, Núm. 2, abril – junio, 1952.

VILLORO, Luis. "Historia de las ideas", en: *Historia Mexicana.* Vol. XIV. Octubre de 1965.

ZAVALA, Silvio, "Letras de Utopía". Carta a don Alfonso Reyes, en *Cuadernos Americanos,* vol. II, marzo – abril, 1942.

----------------- "La cultura mexicana de 1910 a 1960", en: *Cultura, ideas y mentalidades.*

ZERMEÑO, Padilla Guillermo, "Sobre las huellas de Ranke", en: *Historia y Grafía*. México, Universidad Iberoamericana, No. 15, Año 2000.

ZORAIDA, Vazquez Josefina. "La historiografía mexicana en las décadas recientes", en: *Universidad de México.* México. 1995. Núm. 532.

--------------- "Edmundo O´Gorman y la historiografía mexicana", en: *Universidad de México.*

Periódicos:

Excélsior, mayo de 1944, México, núm. 9785—9792, año XXVIII, Tomo III.

El Universal, marzo—junio de 1945, México, núm. 10360—, año XXIX, Tomo CXIII.